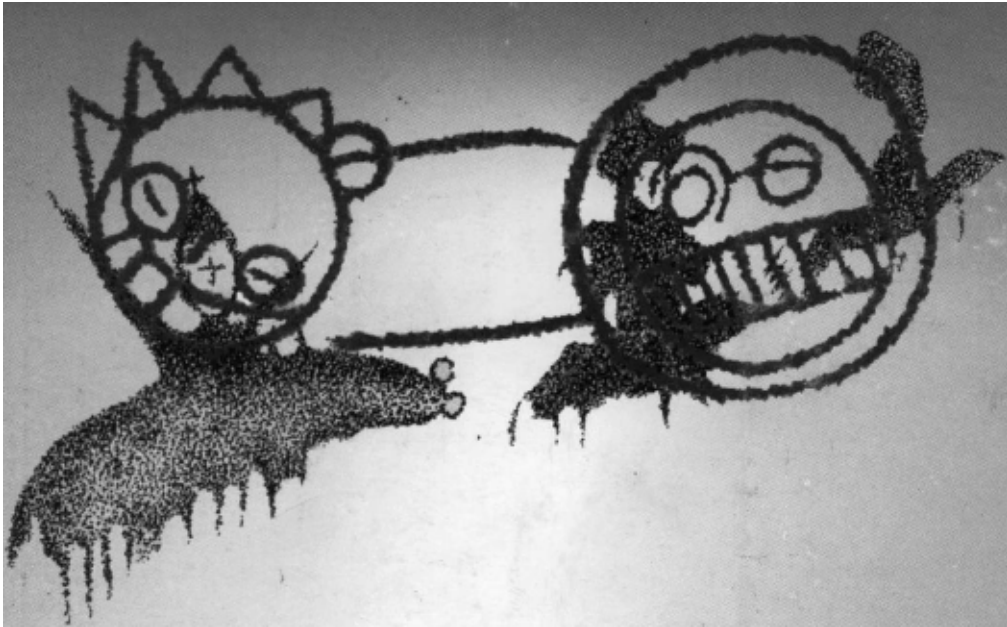


El Día y La Noche Del Taíno

**Las culturas aborígens
antillanas**



Ottón A. Suárez



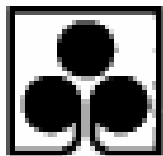
El Día y La Noche Del Taíno

El Día y La Noche Del Taíno

Las Culturas Aborígenes Antillanas

Ottón A. Suárez

Editorial Gente Nueva



Agradecemos a la Diputación de Sevilla por su colaboración para el financiamiento de esta edición

Edición Janet Raynen Martínez

Cubierta e ilustraciones Ottón A Suárez

Diseño y composición María Elena Cicard

Quintana

Corrección Mirta Andreu Domínguez

© Herederos de Ottón Suárez, 2001

© Sobre la presente edición Editorial Gente Nueva
2001

Imprime Aljamar. S L Sevilla España

DL SE-167-2001

ISBN 959-08-0405-5

Instituto Cubano del Libro Editorial Gente Nueva.
Palacio del Segundo Cabo, O'Reilly no 4, La
Habana Vieja, Ciudad de La Habana Cuba

A todos aquellos que aman y desean conocer
y conservar las cosas nuestras,
dedico este libro

Agradecimientos

AL paleobotánica Alberto Areces Mallea, por su ayuda e indicaciones sobre la flora primitiva y sus características: al malacólogo José Fernández Milera, por su colaboración en asuntos tan importantes como Los caracoles antillanos que fueron base de La alimentación aborigen, materia prima para objetos de uso y culto, y como eslabones de la cadena alimenticia, que se hizo extensiva a Los peces; al entomólogo Rafael Alayo Soto. AL paleontólogo Oscar Arredondo, por sus aclaraciones y ayuda sin limite al facilitar documentos y especimenes de su colección: al desaparecido mastozoólogo Luis S Varona por Las orientaciones y datos exactos aportados, a Los ceramistas Enrique Vázquez Nerín y a Juan Cuza Huart, quien también facilitó buena parte de La bibliografía; aL profesor Manuel Rwero de La Calle. a Los amigos editores Marta Esber Rodríguez y Fernando Nápoles Tapia, por el aliento y ánimo brindados para que no decayera mi constancia y a Jorge Santamarina Guerra, por haber tenido la amabilidad de prologar esta obra,

PROLOGO

Aunque el taíno nos acompaña desde niños, sigue siendo poco, muy poco, lo que sabemos de él. En nuestras primeras incursiones por la escuela aparece escurridizo, y si llamado Hatuey o Guamá, rebelde. Luego, con los años, la visión se nos va envolviendo en sombras, en dudas, la figura se desdibuja y así, imprecisa, llega a quedar solo como parte del dulce recuerdo aquel de las aulas iniciales.

Pero es un singular y fuerte recuerdo que nunca se desvanece del todo y que a ratos, ante la noticia del arqueólogo en su Última excavación, revive con un extraño y misterioso interés. Las mínimas palabras del cable nos dicen entonces de tantos esqueletos y partes de ellos, de fragmentos alfareros, de diversos utensilios, restos de animales —aún por identificar— y un mundo de imágenes imperfectas nos viene a la mente para reverdecer aquella impronta borrosa que siempre permaneció en nosotros

En la formación de nuestra identidad nacional se ha dicho con acierto, se mixturán las fuertes y coloridas culturas españolas y africanas. Arremetidas las unas contra las otras en una fragua histórica de siglos hombres y luminosos, se hibridizaron al cabo en una nueva nacionalidad, gestada en el barro irreplicable de nuestra realidad insular. geográfica y socioeconómica. Tres siglos después, en Yara, es el cubano que ya ha dejado bien atrás al criollo, pleno ahora en su hombradía, en su canto y en su esperanza.

Y podría pensarse que de los cubanos primigenios que desde mucho antes habitaban estas islas no hubiera quedado nada para impregnarse en la nueva piel, finalmente ni blanca ni negra, pero no es tan así. La brumosa huella nunca desaparecida del taíno está más presente de lo que por lo general advertimos. Está en la palabra y no es poco. Ingrediente decisivo de la cultura e identidad nacional, el hablar nuestro está plagado de hermosas sonoridades aborígenes que forman parte de la cotidianidad cubana. ¿Podrá decirse de cultura desaparecida, aquella capaz de traspasar su lengua, de mantenerla viva?

En el substrato de nuestra identidad está la cultura aborígen que en estas islas se asentaba y crecía en 1492. No por casualidad en el vocablo taíno pervive una de nuestras místicas más entrañables, hermanada con mambí, en el aura inasible de los valores más puros. legítimos y siempre actuales. del pueblo cubano. Tampoco en modo alguno es casual que José Martí, ante un hipotético descalabro moral, acuda al aborígen "Si entre los cubanos vivos no hay tropa bastante para el honor ¿qué hacen en la

playa los caracoles que no llaman a guerra a los indios muertos?”¹ Estremece el advertir del Maestro, ante tamaño homenaje a nuestros predecesores.

Los ejemplos que hacen pueblos, quedan En la rebeldía del Moncada se reedita, cuatro siglos más tarde, la de aquel intransigente antillano que perfino la hoguera a la conversión humillante Su temprana inmolación viril, hermosa y ejemplar, que marcó para siempre un lugar en nuestra historia y en la identidad del pueblo cubano, tuvo entonces, es de suponer, otro significado paradójico: la muerte del bravo cacique Hatuey ratificó quizás la premonición fatal que acompañaba a estos pueblos desde los tiempos infinitos y que aherrojaba sus fuerzas ante el intruso profetizado de las naves gigantescas, los ropajes inauditos, las armas invencibles, los dioses despiadados y las bestias aplastadoras de hombres. Ellos sucumbirían inexorablemente, así estaba dicho por sus dioses verdaderos, por sus pájaros y por el susurro del viento en las cuevas más profundas, pero traspasarían su aliento.

Todo ese mundo aborígen nuestro ha estado y está mucho más oculto que desaparecido, mucho más desconocido que muerto En rigor, muerto nunca, muy vivo en la canción cubanísima de los poetas más queridos, en el rumor del Maguana y hasta en el nombre mismo de nuestro país. Pero el museo, por lo general, apenas nos ha revelado algo más que una calavera, algunas osamentas casi siempre incompletas, fragmentos de “cosas” imposibles de descifrar para el espectador de las gradas y, por excepción y por fortuna, una que otra hacha, pulida y bella, que difícilmente asociamos a la rusticidad macilenta de todo lo anterior. El libro, por su parte, también ha preferido ser especializado, riguroso en mediciones e hipótesis comedido como es lógico a la hora de aseverar. A falta de más, sin nuevos apoyos. los del gran público permanecemos sólo con aquellos recuerdos confusos y con el sobresalto inexplicable por el nuevo hallazgo funerario y la nueva pictografía resucitada, lamentando siempre al lacónico periodista que no tiene espacio para más.

Este libro de Ottón A Suárez tiene la fuerza de la imagen. En estos tiempos del medio milenio de la hazaña de Colón, las páginas que siguen nos ofrecen una visión. estupefa en su rigor, en su belleza y en su universalidad, de la población y la cultura de estas islas antillanas al momento de interceptar al Gran Navegante en su periplo.

Ciertamente, y con razón, las cimeras culturas amerindias han ocupado la primera plaza a la hora del recuento, el análisis o la simple mención de lo nuestro aborígen. El esplendor azteca, maya o inca, los misterios nazcas o los genocidios aún frescos contra los pieles rojas de Norteamérica, han contribuido siempre a opacar las luces propias de las culturas autóctonas antillanas.

No se trata aquí de hacer comparaciones ni de aventurar desmesuras. El propósito de este libro es, como dijimos, ofrecer una visión del aborígen antillano, su vida y su cultura, su fisonomía, a través de imágenes. Al contrario de la mayor parte de los libros, y sobre todo de los que abordan estos temas, este de Ottón se apoya en el texto para reforzar la imagen que brinda y no a la inversa. Pensamos —aunque estamos lejos de recomendarlo— que el que observe todos estos dibujos sin leer una sola palabra, aprehenderá la esencia de su mensaje y su intención: el que además lea los textos de cada ilustración, ensanchará su información con creces; y quien lo lea todo, de seguro, disfrutará de toda su belleza. de la plenitud de su discurso en la figura y en la palabra.

Todos los de su vida, los años de Ottón en el dibujo, en la cerámica, en la ilustración científica, en el grabado, en el estudio de la fauna, en el empeño por la protección de la naturaleza y hasta en sus audaces acciones de combatiente revolucionario, están en este libro. Al reiterar que tras estas páginas está toda su vida, nos permitimos asegurar también que no es cierto lo que dirá su modestia, si le preguntaran, de que estuvo tan solo cuatro o cinco años enfrascado en su realización. La gestación de más de trescientos dibujos de esta obra escapa a un plazo tan breve

Aquí están, en toda su plenitud creadora y maravillosamente imbricadas, las cuatro virtudes que caracterizan —y totalizan— la labor de Ottón el rigor científico, la belleza artística, la cubanía mas raigal y su profundo conocimiento y sentido de protección de la naturaleza. Todo ello, por suerte para nosotros, volcado por su talento en estas paginas para hacernos ver el mundo antillano que franqueó la puerta americana a los primeros colonizadores.

Tanto es así, que el autor no se limita a lo estrictamente aborigen y en un novedoso y espectacular primer capítulo, “Antillea”, nos ofrece incluso una panorámica inédita e inolvidable del medio natural de estas islas antes de la llegada de los españoles. Aquí conoceremos de múltiples animales que las poblaron, hace ya mucho desaparecidos, de otros que coexistieron con aquellos primeros antillanos y que fueron desapareciendo desde entonces, y de algunos más que hasta nuestros días han venido sumándose a esa larga y triste lista. Si de los fragmentos del museo, de sus estudios y meditaciones, el acucioso científico ha sido capaz de armar una vista cosmogónica del aborigen nuestro y de su mundo, el propósito de Ottón es brindarle esa visión al no especialista. El ha partido del científico y del cronista de Indias, de sus investigaciones y testimonios, para elaborar la imagen que regala . Hacernos ver esa cultura fue su empeño y es su resultado que al cerrar este libro tengamos una idea válida y suficientemente completa de quién era ese abuelo cubano—antillano, cómo era, de qué vivía, qué adoraba, qué salía de sus manos.

Advertiremos, quizás sorprendidos. que en aquel mundo aborigen había también mucha belleza y en lo adelante conservaremos, con recrecido orgullo, ¿por qué no?, la exquisita imagen de su cerámica y de sus tallas, par ejemplo, junto a la sonoridad cautivadora de su palabra mágica que nunca nos ha abandonado.

El enemigo de los pueblos, colonialista ayer o imperialista hoy, no importa, siempre trata de cercenarnos las raíces. Por eso estos libros son tan útiles, además de bellos. Ya en las Antillas encontraron nuestros abuelos españoles, hace quinientos años, el pórtico de una cultura extraordinaria, pero cultura ella misma y antesala, como a poco resultó, de un mundo entonces inimaginable y fabulosamente nuevo. Las fronteras de aquellas culturas amerindias en nada se asemejaban a las que a fuerza de espadas y de cruces nos impusieron después, muy por el contrario, su vastedad parecía más bien estar dibujada por el vuelo majestuoso del cóndor, acaso por el río de caudal infinito o por la montaña alucinante, y en las islas nuestras por las tierras insurgentes de verde en el mar del azul insuperable. Todas las Antillas asentaban una sola identidad cultural. En los orígenes fuimos un mismo pueblo repartido entre las islas caribeñas, bellas, soleadas, tempestuosas y paradisíacas, mansas y rebeldes, según el caso. Nuestras simientes tienden a unírnos y hacérsolo ver resulta una utilidad más de estas paginas. A su belleza artística añadámosle, pues, el valor adicional de ser un libro desenterrador de raíces que juntan. Esto lo hace aún más hermoso .

Introducción

El Nuevo Mundo, América, se presentó inesperadamente en el camino, interceptando a los hombres que buscaban una vía hacia otras tierras. Pero no sólo entonces erraron, su equivocación se mantuvo cuando no consideraron a Los pobladores de Los lugares que se interpusieron en su trayecto, poseedores de la dignidad de los seres humanos. Las primeras islas encontradas —más tarde el continente— sostenían civilizaciones que ya tenían muchos siglos, que progresaban entre exuberantes selvas, en una profunda Naturaleza virgen que conviviendo aprovechaban con un mínimo de daño

Estos pobladores de las islas y del continente, creadores de sus culturas, no pudieron vencer al invasor. Era su mítico sino. Su saber se les borró con sangre y fuego para favorecer los intereses del europeo, trazando una historia de codicias y crueldades sobre las espaldas de estos pueblos inermes.

Don Fernando Ortiz resume el momento histórico y todo el proceso de aquella irrupción europea en América de forma concisa y exacta:

Los aborígenes de estas Indias Occidentales son aniquilados y con ellos se extinguen sus civilizaciones. Su sorprendente descubrimiento, su clamorosa conquista, sus riquezas hiperbólicas, sus selváticos exotismos, sus heroicas resistencias, sus desastrosas peripecias, su rápido aniquilamiento, su envidiada dominación, todo hizo que a su conjuro se agitaran por décadas y hasta por siglos la teología para discutir su condición humana desde Adán, la historia, para averiguar su procedencia desde Noé: la filosofía, para descubrir el "hombre natural desde la Creación; el derecho, para explicar su soberanía desde el Vicario de Cristo en Roma: la política, para debatir su gobierno desde Colón y España, la economía, para su explotación mercantilista desde Sevilla, la utopía, para recibir de su vida edénica las más audaces sugerencias revolucionarias: la literatura, para narrar heroicas gestas de una caballería vivida. y la ciencia. para cerrar el ciclo renacentista y recomenzar la vía del descubrimiento y la observación hacia la conquista de la realidad experimental

El indio queda esfumado y como fuera del recuerdo hasta que el enciclopedismo filosófico y el romanticismo literario lo reviven como figura emblemática del cubano expoliado y de la reivindicación nacionalista. Cuando renace el interés por el indio ya éste es arqueología.

Tomado de M R Harrington *Cuba antes de Colón*, tomo 2. Cultural. S A . La Habana. 1935. pp 70-71

Este trabajo, sin embargo, no se refiere a las etapas históricas en que ocurrieron los exterminios de la población aborigen y sus consecuentes rebeldías, como la inicial destrucción del fuerte de la Navidad en la isla Española, la resistencia del cacicazgo de Higüey, la lucha de Guamá en Cuba o de Hatüey — que combatió en dos de las Antillas Mayores— y que fueron suma de gestos heroicos, pero infructuosos, con que los antillanos trataron de mantener la libertad.

El método expositivo que se ha adoptado para este trabajo se basa en los escritos de a bordo, salitrosos y mareantes, de los que llegaron acompañando a los primeros viajeros y tropezaron con este Nuevo Mundo; la bitácora que ellos mismos anotaron: la historia de los que protagonizaron la Conquista: el relato de los que, narrando sus vivencias crearon las crónicas; las narraciones de los que relataban admirados las revelaciones de las cosas nuevas para los que no poseían la audacia de cruzar la Mar Océana y esperaban por sus tesoros: la palabra viva de los interlocutores de los protagonistas: y también de lo que escribió, el que, denunciando los desmanes, trataba de buscarles solución.

Son ellos la base, la fuente de información, son sus testimonios los que ilustran algunos de los temas, ya en notas o epígrafes, porque, además, todos son como una mínima muestra de la inmensa cantidad de páginas que se acumuló durante esta verídica aventura —las crónicas fabulosas—, base de una literatura creada en el Caribe, papeles que viajaron a España. Olvidados por años, muchos de estos documentos se han perdido, aunque algunos vieron la luz, se publicaron, se tradujeron y como fueron las primeras obras escritas en América, es como una literatura hispanoamericana.

Nos basamos también en La obra de todos aquellos estudiosos de los americanos primitivos que, de tanto saber de ellos, los comprendieron al descifrar sus símbolos. perseguir sus trazas, para tratar de entender el por qué de sus costumbres y de su forma de vida, para, más tarde, hacérsela saber. O en la obra de los que, sorteando peligros, rebuscan en las recónditas cuevas las pictografías o los objetos ocultos por el aborigen místico, reliquias que trataron de salvar de las llamas purificadoras en los autos de fe. O en los informes de la medición de los restos humanos encontrados, que tratan de aportar más conocimiento a través de los conceptos planteados, en los resultados de los informes especializados, del análisis de las técnicas radiactivas, despejando tinieblas, reconstruyendo el pasado para mostrar y solicitar que observemos con detenimiento el arte creado en nuestras Antillas, para que podamos admirar lo que quedó. lo encontrado. lo salvado, y que es no solo de nuestra región, sino también patrimonio individual de cada isla, pero que, formando un todo, son las culturas aborígenes antillanas.

EL Autor



Antillea¹

Antesala de un Nuevo Mundo

¹ Antillea es la zona insular tropical que comprende las Antillas Mayores, las Bahamas e Islas Vírgenes, con ecosistemas marítimos, costeros y de tierra adentro (boscosos). Denominada así por Raymond M Gilmore. tiene un alto índice de endemismo y extinción reciente de especies. Antillea es parte del vasto y rico reino neotropical que incluye los trópicos del Nuevo Mundo.

La llegada del hombre europeo creó un colapso en el proceso de vida del hombre primitivo en las Antillas, pues aunque llegó a decir que era la tierra más hermosa que ojos humanos hayan visto, de inmediato agredió el medio: cazó, capturó animales y hombres y llegó a enviarlos y exponerlos en Europa. La impresión de la belleza pasó: ahora tenían que aprovecharla, explotarla. Se desencadenó una serie de daños, unos irreversibles y otros, quizás, aún estamos a tiempo de rectificarlos y poder dejarles una herencia de vida a nuestros hijos.

La garza real, *Egretta thula*, fue un ave perseguida por la caza hasta la frontera del exterminio para surtir una moda de sombrear en la primera década de este siglo. Ahora se trata de recuperar la especie luchando contra la contaminación de sus áreas y poder asegurar su espacio vital que aún se encuentra a merced de algún que otro cazador furtivo, que ciego a la belleza y sordo a las leyes, demuestra el mayor desprecio al sentimiento de vida hacia los seres que vivimos en este planeta azul.



Antillea, antesala de un nuevo mundo

Y maravillados por lo visto, se encuentran los conquistadores con un problema que vamos a confrontar nosotros, los escritores de América, muchos siglos más tarde. Y es la búsqueda del vocabulario para traducir aquello. Yo encuentro que hay algo hermosamente dramático, casi trágico, en una frase que Hernán Cortés escribe en sus Cartas de relación dirigidas a Carlos V Después de contarle lo que ha visto en México, él reconoce que su lengua española le resultaba estrecha para designar tantas cosas nuevas y dice a Carlos V:

‘Por no saber poner Los nombres a estas cosas no los expreso, y dice de la cultura indígena: No hay lengua humana que sepa explicar las grandezas y particularidades de ella. Luego para entender, interpretar este nuevo mundo, hacía falta un vocabulario nuevo al hombre; pero además —porque sin el uno no existe lo otro—, una óptica nueva.

Alejo Carpentier ¹

¹ Alejo Carpentier, **Razón de ser**, p.74.

Numerosas son las islas beneficiadas por el húmedo clima tropical, donde la variada flora posee gran cantidad de plantas con frutas y frutillas exclusivas de la insularidad de la región. En ellas, la exuberancia de la vegetación tapiza desde los terrenos bajos hasta las montañas, con un dosel que el sol trata de atravesar y donde la línea costera, en los lugares bajos, pierde el límite preciso entre la tierra y el mar, por la maraña del mangle protector.

Este tupido encaje verde es lugar de estancia de muchas aves en su ruta de migración, o de residencia de las numerosas especies locales. Todas las islas poseen una variada fauna autóctona y son asiento de una incontable flora endémica.

Las aguas que las entrelazan son abundantes en especies marinas de mamíferos, quelonios, peces y moluscos.

Este paraíso es las Antillas, numerosas islas dispersas en el mar verdiazul del Caribe, archipiélago enclavado en una región que cierra el seno formado por los extremos sur de Norteamérica —desde la Florida y Yucatán— hasta la porción norte de Suramérica, con las costas de Venezuela por el este. En esta costa venezolana vierte sus aguas el río Orinoco. cuya desembocadura conforma una zona que tendrá gran influencia en el área antillana.

El gran archipiélago de las Antillas ha sido dividido en tres grupos geográficos: las Antillas Mayores, de elevado relieve, formadas por Cuba, Santo Domingo o La Española, Jamaica y Puerto Rico; las Antillas Menores, más numerosas y constituidas por los subgrupos de Barlovento y Sotavento; y las Bahamas o Lacayas, de estructura coralina, situadas más al norte, y al oeste de la Florida.

En las Antillas Menores, las islas de Sotavento son: San Martín, San Cristóbal, María Galante, Antigua, Anegada, Virgen Gorda, Islas Vírgenes,

Guadalupe. Barbuda. Monserrat. Dominica y Martinica. El subgrupo de Barlovento lo integran: San Vicente, Granada, Granadilla y Barbados, entre otras menores. Las Lacayas o Bahamas agrupan las islas de Andros,

Gran Bahama, Gran Abaco, Eleutera, Pequeño Abaco, Gran Exuma, Bimini, Nueva Providencia, San Salvador, Moose Berry y Acklin.

Otros grupos de islas se extienden al norte de Santo Domingo: islas Caicos, Turcas, Gran Inagua y Pequeña Inagua. Al sur de Cuba, en el mar Caribe, se encuentran Caimán Brac, Pequeño Caimán, Gran Caimán y Swan. Frente a la Costa venezolana están Aruba, Curazao, Bonaire, Margarita, Trinidad y Tobago, de origen Continental.

Antiguamente, las islas antillanas no tuvieron las características que presentan ahora. Las Bahamas fueron, en ciertas épocas, una plataforma sumergida que en un momento estuvo sobre el nivel de las aguas; otras islas tenían una extensión mayor, y el arco antillano formado por las Menores se relacionaba más aún; entre Jamaica y América Central parece que se extendía una estructura de zona baja e islas de las que sólo existen islotes aislados.

La fauna de las Antillas no es rica en especies ni en géneros, pero en cambio es abundante en familias y profusa en individuos.

Los mamíferos no fueron numerosos. sólo el murciélago (quiróptero) es notable por su variedad.

La fantástica abundancia y diversidad de los murciélagos en los trópicos americanos requiere verse para poderse apreciar. Tengo la impresión general de que la biomasa de murciélagos en los trópicos americanos es probablemente superior a la de todos los demás mamíferos silvestres combinados y el número de individuos es indudablemente mayor.

Es posible también que, en masa y número, los murciélagos se aproximen a la totalidad de las aves.

Cuando uno observa la profusión de murciélagos comedores de carne, peces, insectos o frutas, o tomadores de sangre o néctar, se da cuenta de que estas criaturas desempeñan un papel extremadamente importante en la ecología de cualquier región.¹

Las islas también estaban provistas de una generosa fauna de roedores de vida arborícola como las jutías (capromidos), cuyas diversas especies tienen hábitos diferentes. Algunos viven en manglares costeros, otros en zonas rocosas y en árboles de las zonas interiores de las islas. Además de las jutías actuales, existían especies ahora extintas como una jutía de montaña, *Aphaetretus morttartus*, de la isla de Santo Domingo; una jutía pequeña, *Plagiodonta spelacum*, también desaparecida de Santo Domingo.

¹ R. H Pine Citado en Gilberto Silva Taboada: Los murciélagos de Cuba, p. VII.

En Cuba desapareció una jutía de rabo corto, *Geocapromys columbianus*, entre otras muchas. En las Antillas Mayores habitaron otros tipos de roedores, que ya no existen. Entre ellos, la rata espinosa, *Heteropsomys insulans*, de Puerto Rico o la *Heteropsomys contractus* de Santo Domingo. En la isla de Puerto Rico también existió un roedor parecido al agutí, *Heteropsomys antillensis*. En la isla Anguila se reportó el hallazgo de los restos de un roedor gigante, tan grande como un venado, el *Amblyrhiza inundata*. La mayoría de estos roedores antillanos desaparecieron hace unos pocos miles de años.

Casos muy especiales son los desdentados, de los cuales no queda ningún vestigio viviente en las islas. Por sus orígenes, los desdentados insulares debieron estar relacionados con la fauna continental de perezosos terrícolas y arborícolas. En Puerto Rico desapareció el pequeño perezoso, *Acratocnus odontogonus*. De Santo Domingo desapareció el mayor mamífero desdentado descubierto en las Antillas —cuyos restos fueron encontrados asociados ya con la presencia del hombre primitivo en nuestro país—. el gran perezoso cubano. *Megalocnus rodens*. de aproximadamente metro y medio de largo.

De la rica fauna antillana también desaparecieron el *Mesocnus browni*, el *Neocnus gltriformis*, el *Miocnus antillensis*, y otros más.

Entre los insectívoros, el almiqui de Cuba, *Selenodon cubanus*, y el de Santo Domingo, *Selenodon paradoxus*, son los gigantes de este mundo de pequeños cazadores de insectos actuales, uno de cuyos representantes, el *Selenodon marcanoi* es una especie dominicana ya extinta.

Los Nesophontidae, todos extintos, representaban una extensa familia de pequeños insectívoros. El orden Pinnipedia, que comprende a las focas, dejó hace tiempo de ser abundante en las aguas antillanas. La foca tropical, *Monachus tropicalis*, formaba enormes serrallos, encabezados por los machos, en las playas de las Bahamas y en otras costas del golfo de México y en el mar Caribe. Lamentablemente, se le considera una especie extinta.

Otro mamífero representado en gran profusión en las aguas antillanas es el manatí, *Trichechus manatus*.

En el orden Cetacea, las aguas del Caribe tuvieron la presencia de especies muy ricas que visitaban el litoral de las islas y sus bahías. y las desembocaduras de los ríos. El más frecuente es la tonina o delfín, *Thursiops truncatus*.

Entre los vertebrados más representativos figuran las aves, cuyo número en su paraíso antillano ha debido lamentar la pérdida de numerosas especies ya extintas: cerca de mil seiscientas, entre ellas, las Aras: Ara

martinica; el guacamayo rojo de Guadalupe, *Ara gossier*; el guacamayo amarillo y verde, *Ara erythrocephala* de Jamaica; el *Ara atwoodi* de Dominica; el *Artodorythchus purpurances* o guacamayo violeta de Guadalupe. El *Ara cubensis* o guacamayo rojo de Cuba, es de la única que se conserva un ejemplar en el país entre los pocos conservados en el mundo.

De la opulencia de estas aves en Cuba, quedó un testimonio del padre de Las Casas, acerca de la zona del poblado de Carahatas, en la actual provincia de Villa Clara: “en obra de quince días que allí estuvieron, se comieron más de diez mil papagayos, los más hermosos del mundo. que por alguna manera era lástima matarlos.”¹

Debe de haber sido impresionante la visión de miles de aves como los papagayos, en un paisaje verde. Poder disfrutar en la actualidad, en esa misma zona, del espectáculo de una colonia de flamencos rosados que se perfila contra el borde de la costa, es una imagen impresionante. Las bandadas de aquellas aves —víctimas desde entonces de la depredación con que en poco tiempo se agrediera al medio natural antillano— debieron ser un espectáculo más que maravilloso.

Otros de los grupos de la fauna antillana muy fécondos, fueron los anfibios y los reptiles, desde los quelonios —innumerables en las aguas de las plataformas insulares y las zonas de desove en las playas arenosas— hasta los saurios, como las iguanas. habitantes de cayos e islas. Aún quedan como testimonio de aquellos tiempos lejanos, la iguana de Cuba, *Cyclura nubila*. y una notable cantidad de pequeños lagartos. Las ranas y culebras de los bosques y montes antillanos son animales inofensivos, ya que no existen especies de ofidios venenosos. En los ríos y cerca de la costa habitan cocodrilos. En Cuba, el más primitivo, *Crocodylus rhombifer*, es una especie endémica.

Las islas también eran ricas en crustáceos, y los fondos y costas estaban colmados de moluscos marinos de todo tipo y tamaño. La fauna malacológica se extendía por los manglares y tierra adentro, donde los moluscos terrestres eran parte importante del ecosistema insular.

La actividad de los insectos debió ser considerable: comejenes, hormigas, abejas de la tierra, avispas, mariposas y coleópteros asociados a la verde y abundante flora tropical.

Los peces abundaban en las aguas antillanas y en el golfo de México. La lista de sus nombres sería inacabable. pero la más importante para aquel mundo primitivo debió ser la lisa, *Mugil sp.*, que nadaba en enormes

¹**Fray Bartolomé de las Casas. Citado en Manuel Rivero de la Calle: Las culturas aborígenes de Cuba, p. 36. "**

cardúmenes en las desembocaduras de los ríos y en las bahías de poco fondo. También eran frecuentes las rayas y obispos. Dasyatidae, Aetobatidae, en los lugares de fondo fangoso. Además debieron afluir muchas otras especies que viven en ecosistemas diferentes, como los bancos de coral o las raíces de los manglares costeros. Las aguas interiores proveían peces, ya que ríos, lagunas y esteros, eran habitadas por multitud de especies.

Para imaginar la flora de las Antillas de entonces es necesario estimular al máximo nuestra imaginación y suponer un paisaje no degradado por la mano del hombre, donde la exuberancia del bosque densamente poblado hacia de las islas una casi interminable superficie verde, sólo interrumpida por una que otra formación abierta del tipo de las sabanas. Las zonas de palmares abiertos, de palmas barrigonas, asociadas a pinares ralos, pueden haber sido también parte de los paisajes de aquellos tiempos. Los mangles borrarían toda relimitación de la costa, difuminando el borde de la tierra y el mar. Todo este ambiente en equilibrio, con los factores del clima, Influyo favorablemente en el desarrollo de la fauna arriba descrita.

La flora de las islas tenía sus variaciones según el clima particular de cada una, así como las variaciones del sustrato, la fisiografía y la energía del relieve, como también la historia geológica de cada una.

De ahí la distribución restringida o endémica de algunas plantas. A medida que las islas estaban más próximas al continente suramericano, la flora y la fauna se identificaban más con las de la zona continental, en relación con una importante influencia de la región Orinoco-amazónica. Las islas de altas montañas presentaban una flora más vanada, en relación con la de los climas templados. Del mismo modo, ha ocurrido con los lugares donde la carencia de agua ha propiciado la proliferación de plantas xerofíticas, más típicas de los climas desérticos y semidesérticos. En los valles y tierras bajas, el régimen tropical con copiosas lluvias estimuló el desarrollo de una vegetación más opulenta.

En la variedad del suelo antillano y del clima de la región, se ha desarrollado una flora muy rica, en la cual se clasifican miles de especies.

En muchas de las islas las primeras formas de vegetación se entrelazan en la orilla del mar, desdibujando la línea de la costa, con las grandes concentraciones de mangle, *Rhizophora mangle*, muy devastadas en la actualidad por los efectos conjuntos de los contaminantes del medio, las obras de ingeniería que interrumpen la dinámica de las aguas, y la explotación maderera para leña, carbón y tenerías, lo cual ayuda a que contraigan enfermedades y plagas.

En las costas arenosas y, a veces, detrás de los mangles, las plantas de hicaco, *Chrysbalanus icaco*, también cubren la orilla del mar.

Entre las gramíneas se encuentra el maíz, *Zea mays*, pero de una planta primigenia de dos o tres mazorcas o espigas por planta, muy lejos de ser el maíz de mazorcas llenas de granos en hileras que se conoce en la actualidad. Aquel maíz contaba con muchos menos granos.

Los tubérculos han contribuido notablemente a la historia de las islas antillanas: la yuca, *Manihot esculenta*, creció en todas ellas, junto a la malanga blanca, *Xantosomea sagittifolium*, y el boniato, *Ipomea batatas*. Las palmas o *Arecaceae* eran muy abundantes, aunque con una distribución más bien local. Las había reales (*Roystonea* spp.); jatas y yareyes (*Copemecia* spp.); canas (*Sabal* spp.); guanos (*Thrinax* spp.), y yuraguanos (*Coccothrinax* spp.)

Los árboles notables por su corpulencia eran el najesí (*Carapa guianensis*), las ceibas, *Ceiba pentadra*, que lucen sus fornidos troncos en muchas de las islas del archipiélago antillano.

Los árboles de madera dura y preciosa proliferaban en número considerable: el quiebrahacha en Cuba, *Capaifera hymenaeifolia*, o el resinoso guaconejo dominicano, *Amyris maritima*; el guayacán, *Guaisacum officinale*, que tanto en Cuba como en Santo Domingo conserva el mismo nombre aborigen; el ocuje —el mari-a de los aborígenes de La Española—, *Calophyllum brasiliense* var.

Antillarum; la caoba, *Swietenia mahagoni*, que mantiene también el mismo nombre aborigen en todas las islas; el preciado cedro, *Cedrela mexicana*. Otros de madera dura muy preciada: el coronel (*Krugiodendron ferroum*), que es una de las más duras y pesadas del mundo; el cerillo (*Exostema caribaeum*), con el corazón vetado; el ébano carbonero (*Diospyros crassinervis*); el ácana de madera roja (*Manilkara* sp.); la bijáguara (*Colubrina arborea*), y otras que pueden ser preciadas por sus propiedades tintóreas, etcétera.

Más tarde, cuando se poblaron las Antillas, los aborígenes no fueron indiferentes a la flora de sus islas. Muchas especies vegetales les servían por su fibra textil, como es el caso de los *Agave* sp., conocidos por magueyes en Cuba, y también la guana, el yarey, la majagua y la guacacoa.

Por sus propiedades tintóreas utilizaron la bija, *Bixa orellana*, que da un tinte rojo y la jagua, *Genipa americana*, que tiñe de negro.

Por sus maderas, la flora antillana tiene plantas muy codiciadas y muchas de las cuales conservan su nombre aborigen: el yamagüey (*Belairia* spp.); el dagame (*Calycophyllum candidissimum*); la yaba (*Andira* sp.), y el yaiti (*Gymnanthes lucida*).

También se deben considerar a algunas plantas de la flora antillana de propiedades medicinales y curativas, como la yamagua, *Guarea* sp.; la maboa (*Cameraria latifolia*); el manajú (*Rheedia aristata*); el guajaní (*Lau*

rocerassus occidentalis); e incluso por ser cáusticas, venenosas o urticantes, como los conocidos guaos, (Comoclaelia spp. y Metoptum spp.): la yayabacáná (Pera oppositifolia), y el curamagüey (Echttes umbellata), entre otros.

Por sus frutos comestibles, los anones silvestres (Anonna spp.), el sapote culebra (Pouteria dominguensis); y los papagayos silvestres (Carica cubensis), con el fruto de masa compacta. Los cactus se suman a estas plantas de frutos comestibles, como el de las pitahayas (Harrisia spp.); (Opuntia sp.); el (Selenicereus spp.) y tunas (Opuntia spp.). También se consumía el pitajoni (Alibertta edulis), arbusto de frutillas: el sabey (Passiflora sp.), que es una enredadera o el capulli (Muntingia calabura), entre muchos.

Este mundo de rica flora y rebosante fauna fue el medio ecológico que propició el asentamiento de los pobladores aborígenes que evolucionaron insular mente para dar origen a las principales culturas autóctonas antillanas.

En este mapa de las Antillas. donde se muestra la configuración paleográfica del Caribe hace ocho mil años, se pueden apreciar los cambios ocurridos: existencias de islas ahora desaparecidas, una gran zona emergida donde hoy es el archipiélago de las Bahamas y otros cambios de la configuración terrestre. Se muestran tres vías potenciales de acceso hacia las Antillas: desde el sureste de Norteamérica: desde Centroamérica, vía Jamaica, y desde el noreste de Venezuela a través de las Antillas Mayores.

La presencia en las Antillas de fósiles de mamíferos procedentes del continente suramericano, así como de aves de Norteamérica, que en la actualidad son únicas en las Antillas, fortalecen la teoría de las relaciones geográficas en otros períodos. Para la confección del mapa el autor ha tomado datos del arqueólogo dominicano Marcio V. Maggiolo y del también arqueólogo, el cubano Ernesto Tabio.



El tratar de expresar la variedad y exuberancia rancia de la flora de nuestras islas caribeñas en un dibujo en blanco y negro, no es tarea fácil. Para lograr una imagen de esplendor, movimiento, vida, muerte y de nuevo vida, de grandes árboles con lianas y dentro de una maraña vegetal aves, reptiles y algunos mamíferos arborícolas, el autor utilizó la tan conocida ceiba que con su corpulencia sobre—pasa la fronda de otras copas de árboles, y, resto, la imaginación y el amor a la belleza naturaleza...
asentó Sobre esto nos ilustra Las Casas: “Hai en esta isla, i comúnmente en todas estas dentro Indias. donde no es la tierra fría sino mas caliente, unos árboles que los indios desta Isla llamaban ceybas la y letra luenga, que son comúnmente tan grandes i de tanta copa i rama i hoja I espesura que harán (Citado sombra i estarán debajo del 500 de caballo,

i algunos cubrirán mucho más; es mui poderoso, alegre i gracioso árbol: tiene de gordo más de tres i cuatro bueyes su principal tronco, i algunos se han hallado, i creo que está uno en la isla de Guadalupe, que fueron 10 o 12 hombres, los cuales abiertos los brazos, i aun con dos pares de calzas extendidas, no lo pudieron abrazar, así lo oi certificar. . . . en la ribera de Hayna. 8 o 10 leguas de Santo Domingo el yendo hacia La Vega, hobo uno que de la llamaba el árbol gordo, i cerca del se una villa de españoles que la nombraron así, que si no me he olvidado cabían de sus concavidades, pienso que 13 hombres. i estaban cubiertos. cuando llovía del agua, i a mi en él acaeciò lo mismo, i creo que no lo podian abrazar 10 hombres si, como digo. no me he olvidado.”
en Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 48.)





El mangle creció y crece todavía en todas las costas de las islas antillanas llegando sobrepasar los 10 m de altura. Como las raíces sobresalen del agua y soportan al árbol, las ramas forman una maraña vegetal muy compleja, refugio de aves, peces, mamíferos, etcétera. así como lugar ideal para la reproducción de los moluscos, por lo que se convierte en la principal área de actividad de los aborígenes antillanos nómadas y seminómadas de las culturas

reagrícolas. El mangle, uno de los mayores defensores de los suelos y perfiles de a las costas, en la actualidad está siendo dañado por la explotación y contaminación de playas, bahías, y desembocaduras de ríos. El mangle llamó la atención de Las Casas, que nos dice: “...y están también ciertas raíces de árboles en la mar, que, según lengua de esta Española, se llaman mangles”. (Ibíd., p. 57.)



El ácana, *Manilkara albescens*, es un árbol corpulento de madera dura, muy solicitado para construcciones navales. Oviedo lo describe como: "... un árbol grande, e la hoja quassi como la del peral; la fructa es tamaña como un huevo e de aquella hechura. e huele muy bien, como una camuesa, e assi está amarilla e tiene el cuero o corteza delgada. El sabor es como propio queso: i aun si mucho fructa e de buena digestión". (Ibid., p. 44.)

El jagua, *Genipa americana*, puede alcanzar una altura de 10 a 20 metros. Las Casas nos habla de esto: Hay en esta Isla asimismo unos árboles que los indios llamaban xaguas: árboles son hermosos y



copados como naranjos, pero mucho mas altos y la hoja verde-oscura, no me acuerdo a que la pueda comparar: tiene una fruta de hechura de huevos grandes de abutardas, blanca la tez y dura por defuera, lo de dentro no hay a que lo pueda comparar de las cosas de Castilla. El zumo de esta fruta es blanco y poco a poco se hace tinta muy negra, con que se teñían los indios algunas cosas que hacían de algodón y nosotros escribíamos. Este zumo o agua de xaguas tiene virtud de apretar las carnes y quitar el cansancio de Las piernas y por eso se untaban los indios las piernas principalmente y también el cuerpo: después de pintada se quita con dificultad en algunos días que se lave. Estos mismos árboles y la misma fruta, a lo que parece, porque ninguna diferencia parece tener, hay en la isla de Cuba, y allí también los

llamaban los vecinos naturales de allí xaguas. (Ibid., p. 54.) Y Pedro Mártir de Alegría nos lo describe así: "Hay otro árbol llamado xaguá, de cuya fructa verde el jugo azul obscuro tiñe cuanto toca, pegándose tanto que con ninguna cosa que se lave se quita en menos de veinte días; cuando la fruta ha sazonado. el jugo pierde aquella virtud. La fruta se come y sabe bien." (Ibid.. p. 54.)

El guayacán, *Guaiacum officinale*, es un árbol de madera muy dura. que fue utilizado por los aborígenes antillanos para la confección de banquetas y otros objetos, y que gracias a ella se pudieron conservar hasta nuestros días. Puede alcanzar una altura de 12 a 15 metros.

“El árbol que se llama guayacán en lengua desta Isla, la silaba posterior luenga, cuya agua se toma para sanar de la enfermedad de las bubas, es árbol bien grande, como nogal pero mas lindo: la hoja me parece que será como la del peral de Castilla i mas clara, verde i mas chica, el tronco principal i las ramas son como plateadas i doradas entreveradas de dos o tres colores; para sacar el agua se ha de cortar la madera i hacer dos o tres almozadas de pedacitos mui menuditos i echallos a remojar en agua del río, que haya cuatro azumbres, cinco i seis días i mas, después cocello que mengüen los tres azumbres i quede solo el uno”. dice de él Las Casas. (Ibid., p. 51.) Oviedo, por su parte. nos lo describe como: “...árbol aqieste mui excelente e innumerables veces experimentado, assi en estas partes como en Europa e donde de acá se ha llevado para esta temerosa enfermedad de las bubas... i en España i en otras partes del mundo se han visto mui grandes curas que ha hecho este árbol en hombres que de mucho tiempo estaban tollidos e hechos pedazos de mui crudas llegas; i con extremados dolores... Cúrense deste mal fácilmente los indios, como en España de una sarna, i en menos le tienen, i este mui común. En aquesta isla es famoso el guayacán que se trae de una isleta que llaman La Beata, que está en la costa desta Isla o cerca della, e otros quieren otros, e como les place, lo escogen”. (Ibid., p. 51.)





El caobán o caoba del país, *Swietenia mahogany* Linneo, es un árbol de más de 20 m de altura, aunque en la actualidad los que se encuentran son árboles medianos, con el tronco de un metro de diámetro, aproximadamente. Su madera es preciosa y posee además múltiples usos medicinales. Del caobán nos dice Oviedo: “En esta Isla Española i otras i en la Tierra Firme hai mui grandes robles naturales e como los de España, e de mui madera: e la hoja es así como la de los robles de Castilla. Destos, i de otro árbol que tractaré en el capítulo siguiente, se hacen husos i exes e ruedas de los ingenios

de azúcar en esta Isla, e las vigas para las prensas, que son mui luengas e gruesas e a quatro esquinas labradas, de septenta e ochenta pies de luengo e de diez e seys palmos en cuadro e redondo e cintura, después de labrada la viga... Caobán es un árbol de los mayores e mejores e de mejor madera e color que hai entre todos los desta Isla Española, la qual madera es asaz colorada, e hácese della mui hermo-recia sas puertas e mesas, e caxas e tablazón para lo que quieren, e mui lindas vigas, e tan gruesas e luengas como las quieren o las pide la obra. (Ibid., p. 47.)

Guao, Met opium toxiferum Linneo.

Según Oviedo, el "Guao es un árbol que mas que planta e por esso lo llamo árbol: que también los he visto grandes. Quiere parecer en la hoja al que en España llaman acebo, i este guao tiene la hoja mui verde i assi crespa; puédesele



atribuir a su fuego e ardor todo lo que se dixo de los manzanillos de la hierva, porque si en ella le ponen los indios (que no me maravillaría desso) no lo se ni lo he oydo. Pero en lo demás es un fuego e potentísimo cáustico en tanta manera que cierta leche blanquísima que sale, cortando e despedazando las hojas. o cortando sus cogollos o el zumo de las ramas o hojas. e aun el roció que sobre tal árbol está, caído en la cara o en cualquier parte de la persona. lo abrasa cualquiera cosa destas e lo quema e alza ampollas e lo hinchan, que es cosa para admirar... sirve para corner la carne podrida de las llagas... Con todo esto es bueno para lo que agora diré. I es que las indias desta Isla, algunas dellas que se atreven a padescer por parecer mejor, corno han envidia de ver a las mujeres de España blancas, toman las raíces del guao e ásanlas mui bien; e después que están Mui asadas e blandas, tráelas entre las

Palmas buen rato frotádoles, e en medio la raíz, e hácenla tornar como pasta de enguente: e con ello üntanse la cara e pescuezo. e todo lo que quieren que le quede blanco, e sobre aquello ponen otras unciones de hiervas e zumos confortativos, para que el guao no las ase vivas o lo puedan comportar: e a cabo de nueve días quitanse aquello todo e lavanse e quedan tan blancas que no las conoscerán, segun estas mudadas e blancas, como si nacieran en Castilla". (Ibid., p. 50.)



En las Antillas existe una amplia representación de las pináceas, como es el cuaba o caoba, que en Cuba es llamado pino de la Sierra Maestra, *Pinus Occidentalis*. Esta especie, que alcanza los 30 m de altura, es de madera resinosa, con mucha tea.

Al sistema utilizado por algunos campesinos de pescar recorriendo el lecho del río de noche, alumbrándose con teas de madera resinosa para deslumbrar a los peces, se llamó cuabear, por utilizar para esto preferentemente la madera de cuaba.



Del maíz, *Zea mays* Linneo, nos habla Las Casas: Sembraban y cogian dos veces en el año el grano que llamaban mahiz, no para hacer pan del sino para comer tierno por fruta cruda y asado cuando está en leche, y es muy sabroso y también hacían del cierto potaje. molido y con agua: era menudo y de muchos colores, morado y blanco, y colorado y amarillo. todo esto en una macora. llamábanlo mahiz, y desta Isla salió este nombre." (Ibid., p. 55.)

En la actualidad se desconoce el maíz silvestre; sobre esta variedad afirma Darwin: ".los botánicos están casi de acuerdo en que todas las variedades cultivadas pertenecen a la misma especie. No cabe duda de que su origen es americano; los aborígenes lo cultivaban en todo el continente (Citado en Las Maravillas de la Vida. Barcelona, Edic. Luis Miraele S. A., 1968, p. 263.)

La historia del maíz se ha podido seguir hasta el año 3 600 antes de nuestra era, cuando constituía el alimento básico de los aborígenes de América del Norte. El maíz primitivo era de vaina, cuyos granos estaban adheridos a la mazorca por frágiles tallos que se rompían al

madurar, asegurando la dispersión de las sernillas. En la actualidad. las variedades modernas, con los granos fuertemente unidos, necesitan de la ayuda y cuidado del hombre para su reproducción.

Tabaco, *Nicotina tabacum* Linneo. El nombre de tabaco era dado al inhalador utilizado en el culto de la cohoba, y por extensión se le dio a la planta, pues



los españoles no nos transmitieron el nombre aborigen, como nos lo demuestra Las Casas en estas anotaciones: “Hallaron estos dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaban a sus pueblos. mujeres y hombres, siempre los hombres con un tizón en las manos, y ciertas hierbas para tomar sus sahumeros, que son unas hierbas secas metidas en una cierta oja, seca también, a manera de mosquito hecha de papel, de los que hacen Los muchachos la pascua del Espíritu Santo, y encendido por la una parte del, por la otra chupan, o sorben o reciben con el resuello para adentro aquel humo, con el cual se adormecen el cansancio. Estos mosquetes. o como los llamaremos, llaman ellos tabacos (Citado en Veloz Maggiolo: ob.cit., p. 57.)



De la pitajaya o pitahaya nos dice Las Casas: “Otra es llamada pitahaya, la penúltima sílaba luenga: es colorada la cáscara por defuera y tiene ciertas espinas no buenas en ella, lo de dentro es cuasi como lo de una madura breva.

con unos granitos muchos negros como los de los higos paharies de Castilla y de la hechura de la breva; algo es sabroso y fresca.” (Ibid., p. 57.) La mostrada es el *Leptocereus wrightii* León, cactus endémico del norte de la provincia de La Habana, que el urbanismo hizo desaparecer. En la actualidad, solo se encuentra en colecciones de aficionados que lo cultivan o en jardines botánicos. Es imprescindible denunciar la situación de peligro de extinción de muchas plantas, entre ellas, los cactus endémicos cubanos, que debieran ser restituidos a la naturaleza: *Melocactus harlowi*, y el erizo de costa, *Melocactus acuña* León. que aparece en la ilustración, ambos de las calizas de Guantánamo: el *Melocactus guiarti*, de Sancti Spiritus, y el tan agredido *Melocactus matartzanus*, del Cuabal de las Tres Ceibas, en Matanzas. Los *Melocactus* han sido objeto de búsqueda de coleccionistas inescrupulosos que han arrasado con las zonas o pequeñas áreas donde éstos se encontraban.

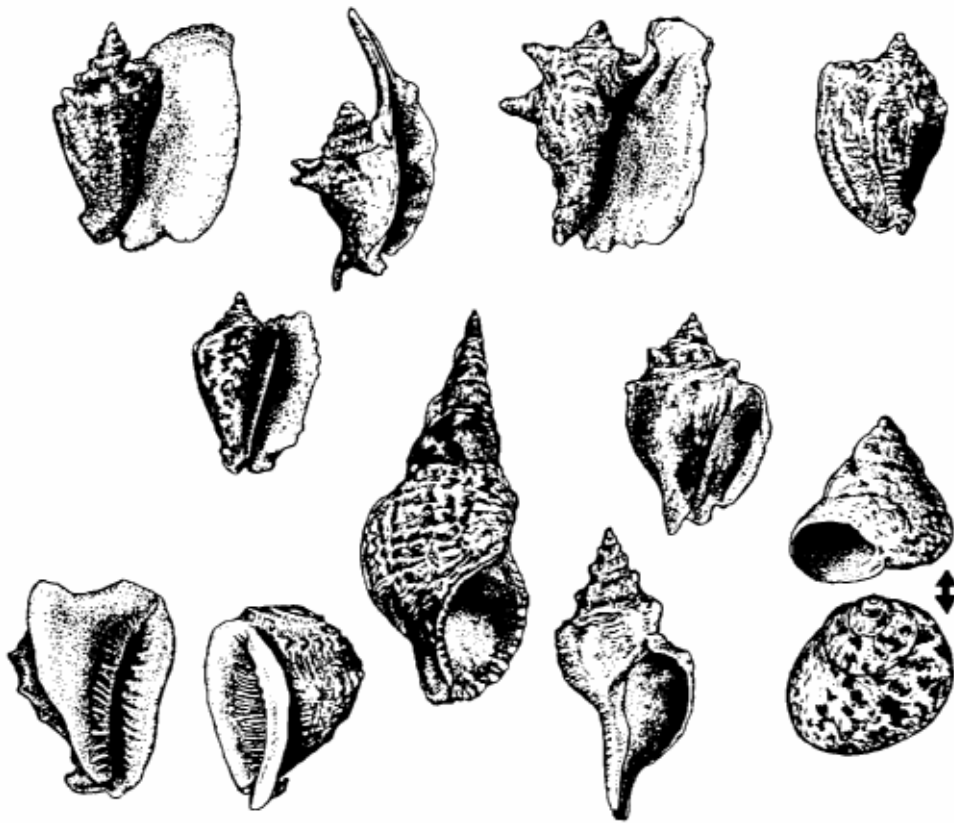




Una verdadera joya de la botánica cubana es la palma corcho de Pinar del Río, la *Microcycas calocoma*, de 6 a 8 m de altura, que dada su antigüedad evolutiva es una verdadera planta fósil viviente, al igual que la otra palma endémica, la yuraguana, *Coccothrinax victorini* León, de la provincia Granma.

Las humildes hierbas han sufrido también grandes agresiones. Se muestra la *Rhynchospora bucherorum* León, habitante de las sabanas húmedas. Se encontraba en la zona del aeropuerto de Moa, provincia de Holguín y actualmente es difícil de localizar. Otras hierbas raras que también escasean son: la *Rhynchospora Joveroensis* Britton, de la provincia de Pinar del Río. y de esta misma provincia la *Rhynchospora squamulosa* Kikenth.





Los moluscos gasterópodos de la provincia antillana, que comprende el área que se extiende desde las islas Bermudas hasta cabo San Roque en Brasil, desempeñan un papel importantísimo en la economía de la naturaleza, pues hay especies herbívoras, carnívoras, carroñeras y destrito-fagas, lo cual hace que elementos químicos entren en tránsito continuo de organismo organismo.

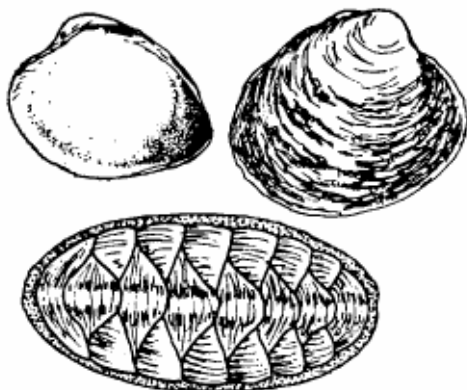
Arriba, a la izquierda, aparece un viejo ejemplar de *Strombus gigas*, comúnmente

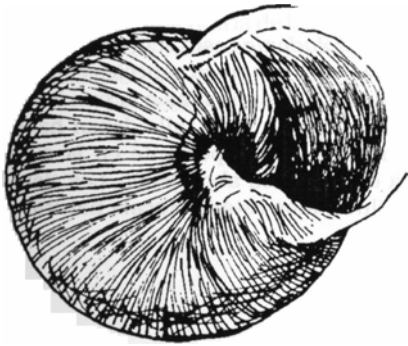
llamado cobo: le siguen el bello y raro *Strombus gallus*, el *Strombus samba*, el blanco *Strombus costadus*, el *Strombus* el *raninus* y el *Strombus pugths*. En el centro aparecen: el tritón, *Charonia variegata*, los llamados yelmos del rey y de la reina o quincontes, *Cassis tuberosa*, el *Cassis magadascariensis*, el *Turpinella angulata*, y el *Cittarium pica*, conocido por sigua y a muy abundante en otros tiempos.



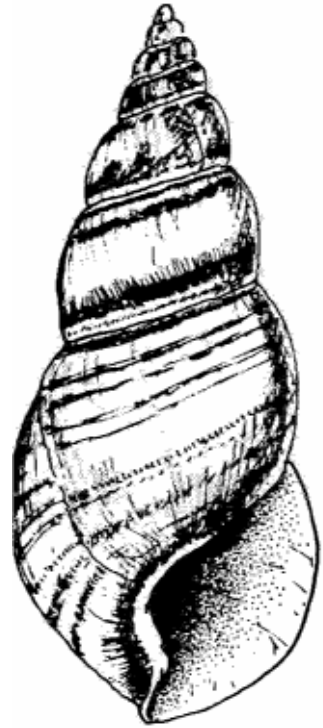
Una muestra de la riqueza malacológica antillana son los moluscos univalvos, que forman parte de la enorme masa de vida marina. Para nuestros primitivos pobladores ejercían un doble papel: como alimento y como parte de su ajuar. En la ilustración aparecen dos ejemplos del muy abundante *Melongena melongena*, el bello *Byscon perversum* de forma esbelta, atractivo y peligroso, a causa de su dar do tóxico. *Conus spurius* y el *Murex pomun*. Además, aparece la *Nerita peloronta*, y, por último, una vista oral y dorsal del *Strombus pugilis*, que, entre la familia de los cobos, es una de las más abundantes en el mar de las Antillas.

En su labor recolectora, los aborígenes antillanos completaron su dieta y encontraron materiales para sus elementos decorativos en la numerosas especies de almejas y cucarachas de mar (Chitones).





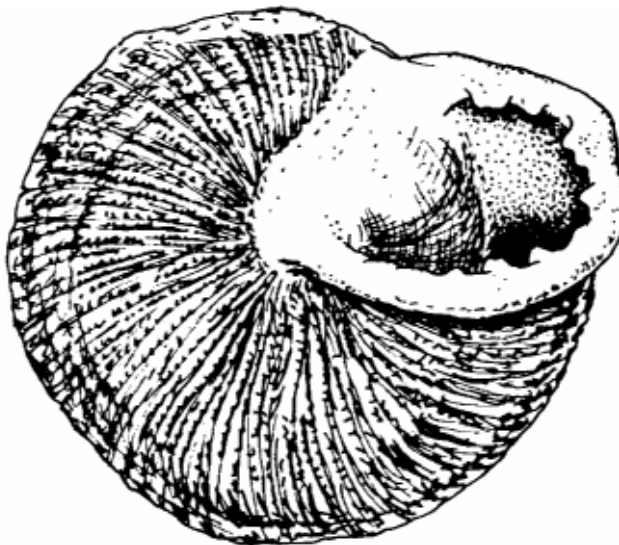
Los esbeltos y bellos *Ligus* están representados por más de 98 especies y subespecies. Son de hábitos arborícolas y de talla de mediana a grande (de 25 a 100 mm de largo). Cuando uno transita por el bosque y tiene la oportunidad de verlo resulta un bello espectáculo, ya que su concha contrasta con el tronco por el que va trepando. En la actualidad los que se pueden ver son

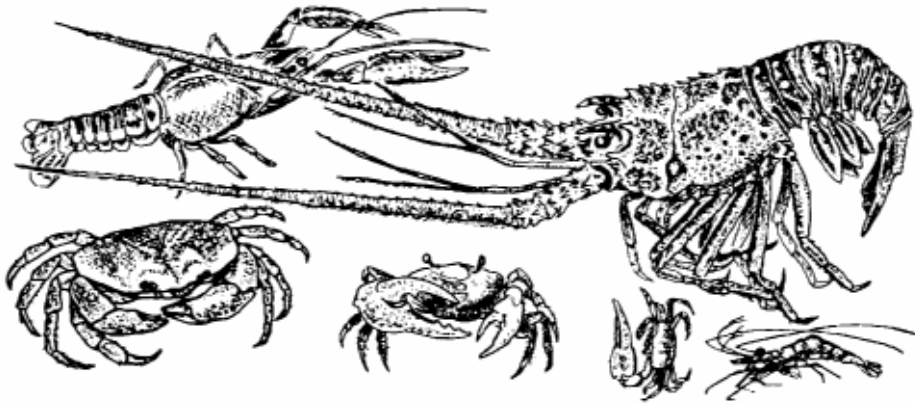


los ejemplares pequeños. La otra especie representada es la *Zachrysia guanensis*, aunque no es tan bello como su predecesor. Este genero está representado por 28 especies y subespecies, cuya gran mayoría son de talla grande (mayor de 40 mm). Es endémico de Cuba. Los ejemplares aquí dibujados están a escala, para poder apreciar el potencial alimenticio con que contaba el aborigen.



El genero *Polydontes* está representado en la isla de Cuba por cinco especies endémicas, todas ellas confinadas a la provincias orientales. Por su gran talla deben haber sido un elemento importante en la dieta básica de nuestros aborígenes. Los ejemplares ilustrados están a escala natural.





Los crustáceos que poblaban por millares fondos y playas arenosas, corales, ríos y tierra firme, formaban un fuerte eslabón en la cadena alimentaria de las islas y mares antillanos. Los restos de muchas especies como langostas y cangrejos fueron encontrados en los residuarios aborígenes.

Jaiba *Callinectes* sp.

‘Hay en los arroyos también unos cangrejos, que sus cuevas tienen dentro del agua, que los indios llaman xaybas; estos cangrejos o xaybas tienen dentro, en el vaso o carapacho, ciertos huevos o cierto caldo que parece cosa guisada con azafrán y especias’, nos dice Las Casas. (Ibid., p. 41.)

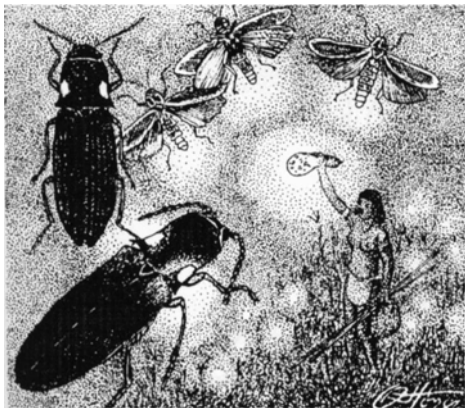


Millones de insectos pululaban en todas las islas; coleópteros, mariposas, mosquitos, bibijaguas, jejenes, cocuyos, comejenes, avispas, y abejas de la tierra, por citar algunos, muchos de ellos nominados con el nombre aborigen. En algunas zonas era tanta la actividad de ellos que limita los primeros asentamientos europeos, que no soportaban las plagas, al extremo que Oviedo nos dice: ...y los peores de todos son unos menudismos que llaman xixenes, que es cierto que pasan la calza algunos dellos, e pican mucho”. (Ibid., p. 41.)

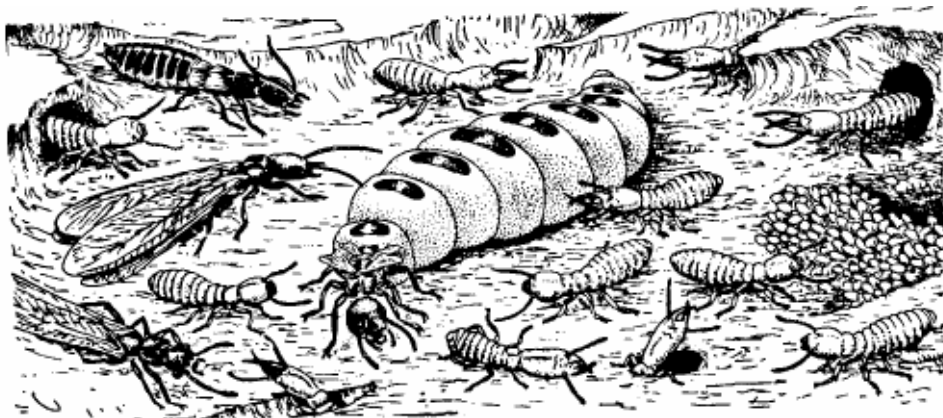
Y Las Casas nos amplla la descripción:

“Con todos los bienes y fertilidad que esta provincia (Marien) tiene, abunda de una poco menos que plaga más que otra, y es de muchos mosquitos de que los indios llaman xoxenes, que son tan chiquitos que apenas con buenos ojos, estando comiendo la mano y metiendo un ahijón que parece aguja recién quitada del fuego se yen: están comúnmente por toda la ribera del mar y por la tierra cercana a ella desta Isla, por la mejor parte, donde es la arena blanca, pero ninguno hay destos en tierra dentro.”~ (Ibid., p. 41.)



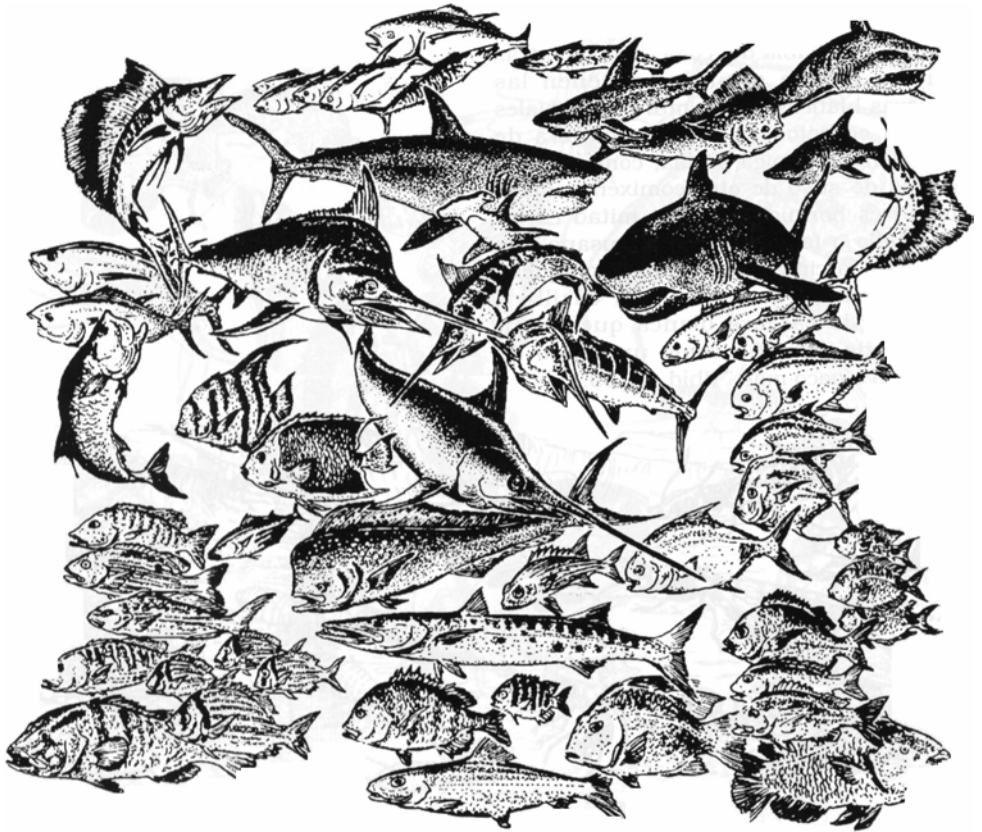


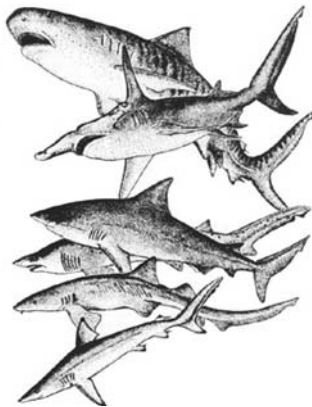
De los insectos luminosos. luciérnagas y cocuyos, nos dice asombrado Oviedo: “Así que destas luciérnagas acá hai muchas e diversas; pero pequeñas. Más hai una especial que se llama cocuyo. que es cosa de mucho notar... Tiene dos alas duras, debaxo de las cuales están otras dos más delgadas... tiene los ojos resplandecientes, como candelas, en tal manera que por donde pasa pasa volando, torna e retenidos estos cocuyos, para el servicio de las casas e cenar de noche a su resplandor, sin haber necesidad de otra lumbre.” (Ibid., p. 39.)



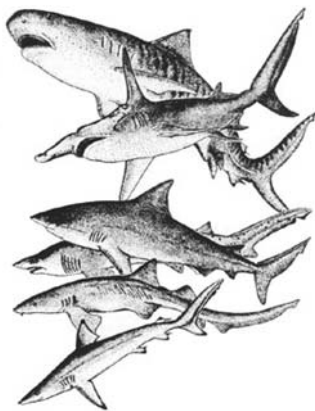
Oviedo nos habla del comején: “Hai otras que se llaman comixén. e tienen las cabezas blancas, e son mui perjudiciales en los edificios... Hai otra manera de comixén u hormiga propia, como se dixo de las de suso de otro comixén, sino la mitad es hormiga i la otra mitad es un gusanillo o forma de medio gusano que traen de la cinta abaxo, e metido aquello que parece gusano en una casilla a manera de cáscara blanca que llevan rastrando, tamaño como un grano de centeno o poco más,” (Ibid., p. 39.)

La provincia antillana, con su variedad de fondos y plataformas submarinas fue y es, muy rica en distintas especies. tanto en número, como en tamaños y formas de peces.

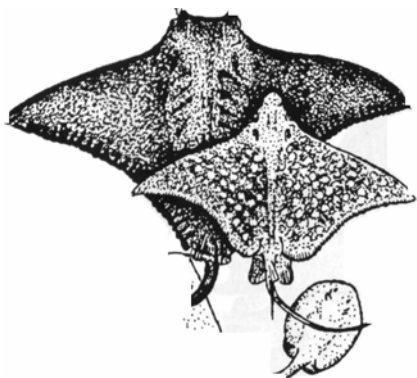




“Hai en la mar, y entran en los ríos, unos peces de hechura de cazones o al menos todo el cuerpo, la cabeza bota, y la boca en el derecho de la barriga, con muchos dientes, que los indios llaman tiburones, bestia bravísima y carnícera de hombres; el mayor tenía de luengo diez o doce palmo, de gordo, por lo más, poco menos que un hombre”. nos dice Las Casas. (Ibid., p. 43.)

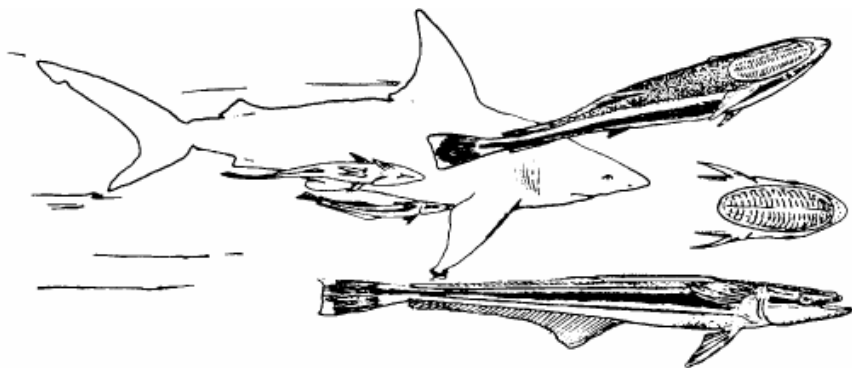


Entre las decenas de especies de tiburones que habitan las aguas antillanas hemos representado algunos como el alecrin o tiburón tigre, que acostumbra a merodear en la zona comprendida entre los cayos y tierra firme: la cornuda, que se aproxima a la costa en busca de fondos fangosos, y el cabeza de batea que gusta de remontar los ríos y esteros de agua dulce, así como la cañabota, y la gata.

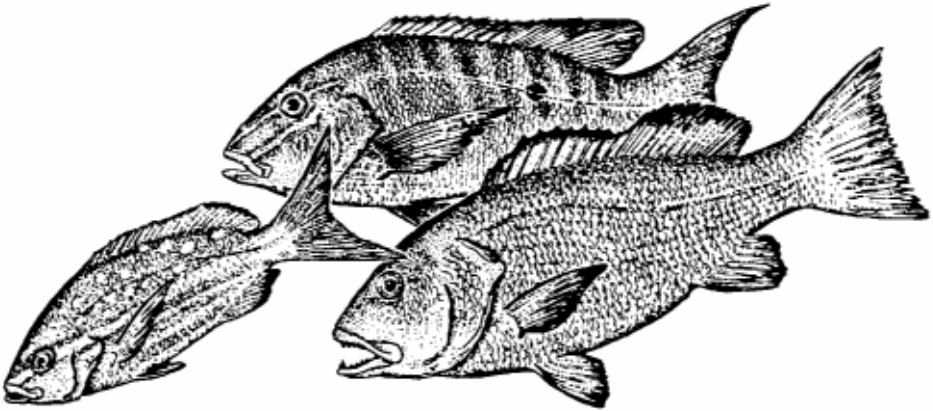
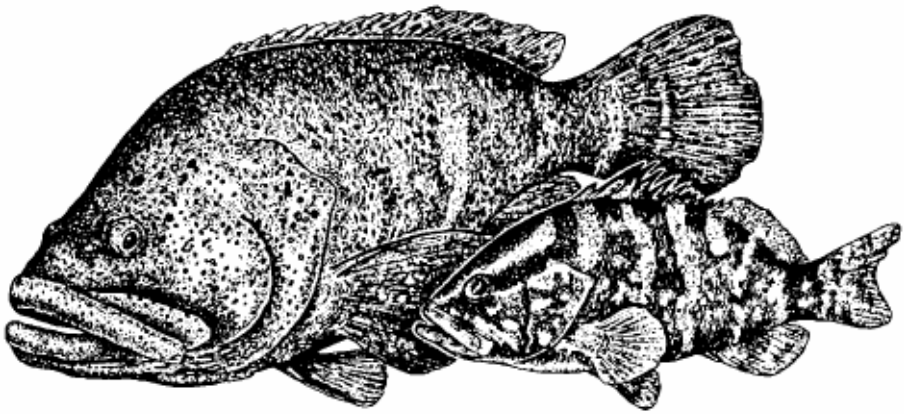


Una de las cinco especies que se encuentran en el área antillana, y la más popular de todas, es el pez pega o guaicán. *Echeneis naucrates*. Posee una ventosa, con numerosas láminas en la parte superior de la cabeza, que le permite fijarse a otros peces o quelonios. Las Casas dejó dicho que: "...sujeto a un hilo delgado, luengo

Otros peces abundantes en los lugares fangosos y de poco fondo, son las rayas, obispos, levisas, tembladeras y mantas, que, dado su forma, debieron ser arponeados o fijados con cierta facilidad por nuestros aborígenes. Los peces antes citados pertenecen a las familias *Dasyatidae*, *Urolophidae*, *Rhinopteridae* y *Mobulidae*, y están muy difundidas en el área.



de ciento y doscientas brazas (citado en Pichardo Moya: ob. cit., p. 67.), fue utilizado para pescar grandes peces y quelonios. Aceptar o no el método descrito por los cronistas ha sido muy discutido. pues en pruebas realizadas, en que se ha fijado el guaicán a presas grandes, el animal se ha quedado sin cola.

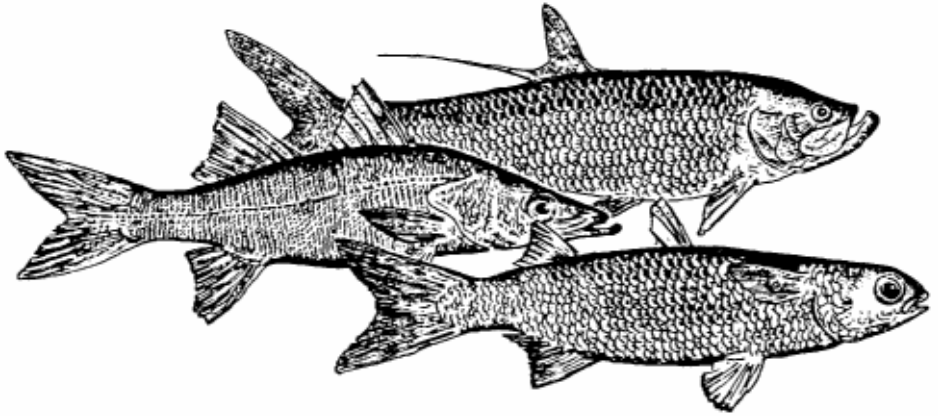


Otro genero de amplia representación en las Antillas es el *Epinephelus*, como la cherna criolla, *Epinephelus striatus*, de conocido valor alimenticio.

En el dibujo se muestra la guasa, *Epinephelus itajara*, que llega a alcanzar los 350 Kg. de peso.

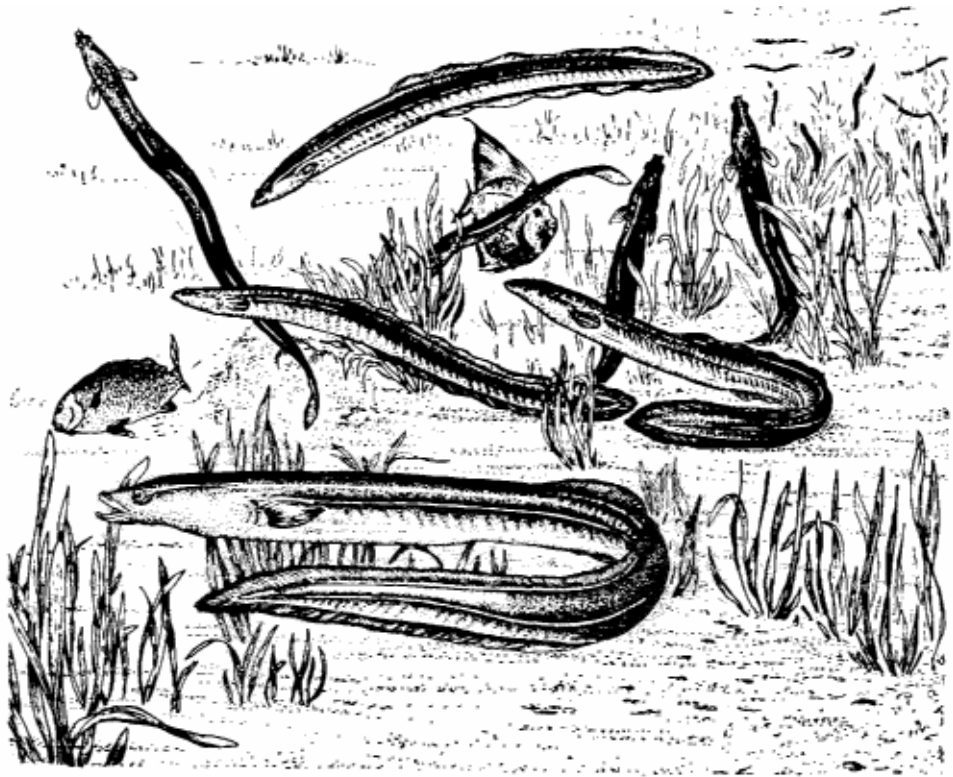
La amplia muestra del genero *Lutjanus* sirvió de alimento a los primeros pobladores de nuestras

Antillas, como el pargo, *Lutjanus analis*, que promedia unos 6 Kg. de peso: ha cubera, que recibe los nombres de cubera o figurina de acuerdo con su tamaño, *Lutjanus cyanopterus*, y puede llegar a los 50 kg de peso, y otras especies de peces, entre ellas la rabirrubia, *Ocyurus chrysurus*, que no llega al kilogramo de peso.



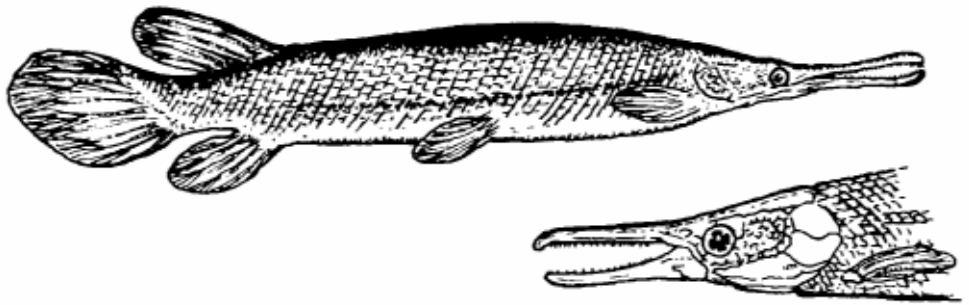
Los peces fluviátiles en las Antillas son variados: algunas especies, aunque acostumbran a remontar los ríos, son estrictamente marinas. El róbalo (que aparece en el centro de la ilustración), perteneciente a la especie *Centropomus undécimales*, es un bello pez plateado que alcanza el metro de longitud. Otro de iguales costumbres, aunque no pertenece a los peces fluviátiles, es la lisa o lebrancho (en la parte inferior), muy abundante en

las Antillas y de gran valor alimenticio. Y el sábalo (en la parte superior), aunque es una especie marina, se encuentra con frecuencia en ríos y esteros, como una bella y enorme sardina plateada. Puede alcanzar los 150 Kg. de peso y 1,85 m de longitud. Los peces que, aunque marinos, disfrutan de las aguas dulces o viceversa, son los llamados Anfídomicos.



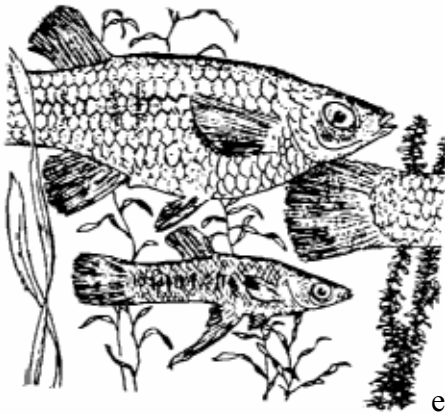
De la anguila nos dice Las Casas: "Tienen otra manera de pescar unos pececitos. tan menudos como unos fideos que se hacen de masa en Castilla, y en esta isla llamaban tití, la última aguda. Estos acuden cada luna por sus temporadas a las costas, huyendo de los indios con unas esterillas o mui menudas redes, y toman cuanto quieren, los cuales envuelven en unas hojas de árboles, de la manera que los boticarios hacen los confetis en papeles, pónenlos en el fuego y así se asan como si fuesen en horno cocidos, y Los guardan

mucho tiempo para sus comidas, mayormente, para cuando andan camino." (Citado en Veloz Maggiolo: ob. cit., pp. 42-43.) La anguila. *Anguilla rostrata*, es una especie ampliamente distribuida en toda la costa atlántica de los Estados Unidos de América y en todas las Antillas. Se encuentra en el mar y nace en él, y después de viajar hasta las costas, remonta los ríos. En la parte oriental de Cuba se le conoce por tetí. En su estado larvario adulto alcanza el metro de longitud.

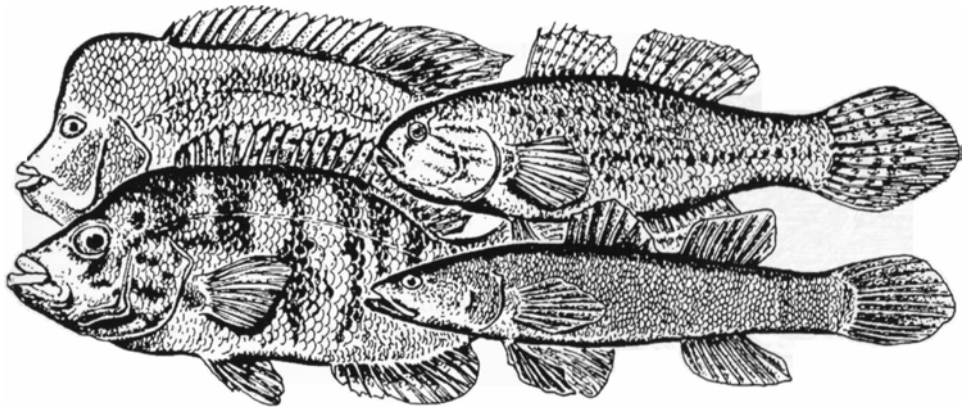


El manjarí, *Atractosteus tristoechus*, arcaico pez de agua dulce cubano que dio origen a leyendas, totems y tabúes de los aborígenes que habitaron la zona en que se encontraba el pez, como la Ciénaga de Zapata.

La fauna acuícola de pequeños peces es abundante en las Antillas, los conocidos por guajacones realizan una gran labor en el control biológico de larvas acuáticas, como las del mosquito. En el dibujo se representa el *Toxus creolus*, especie cubana que habita la vertiente sur de la sierra de los Órganos,



en Pinar del Río. La hembra mide 66 mm y el macho 34 mm. La introducción de especies exóticas agresivas en nuestras aguas interiores, pone en grave peligro la existencia de estas especies, muchas de ellas endémicas en la región.



Las aguas interiores, ríos y lagunas. contienen una buena y rica fauna de peces. crustáceos y moluscos, pero siempre en grave peligro de desaparecer, dada la contaminación que provocan los desechos de los procesos fabriles e industriales actuales. Como muestra de la fauna de peces acuícolas presentamos la biajaca. *Cichlasoma tetraacantha*, y el interesante joturo de Guantánamo, *Cichlasoma ramsdeni*, especie muy restringida en la isla

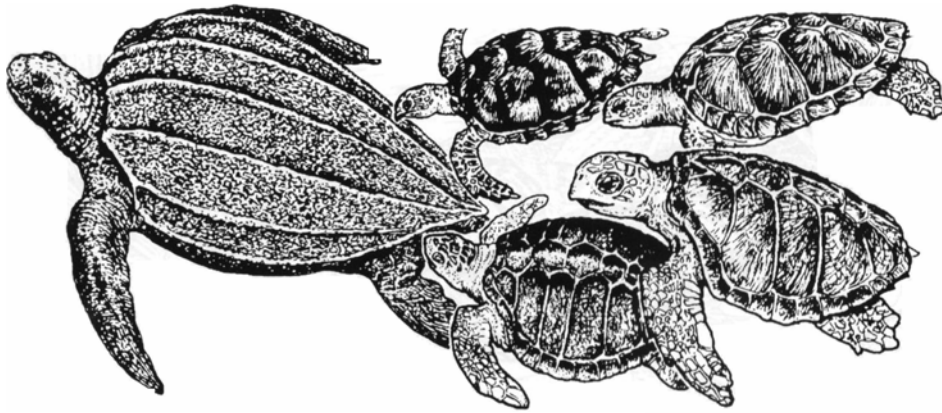
de Cuba, la cual es una biajaca que en su etapa de adultez presenta una giba predorsal. No gusta de aguas salobres como la biajaca corriente. Otras especie del suborden Gobiodei, es el mapo, *Dormitator maculatus*, que al igual que el guasábaco. Guavina guavina, son conocidos globalmente con el nombre de guabinas, y algunas son importantes especies comestibles de aguas dulces y salobres de las islas antillanas.



El sábalo o tarpón, que nos sorprende con sus magistrales saltos, aunque especie marina, frecuenta esteros, bahías y remonta los ríos. Gracias a su sistema respiratorio es el último que sucumbe en aguas sucias y estancadas. Cuando por descuido se han contaminado las aguas interiores de algún sistema, podemos ver aún saltando al sábalo, aunque ya no exista vida posible para otras especies en ese medio.

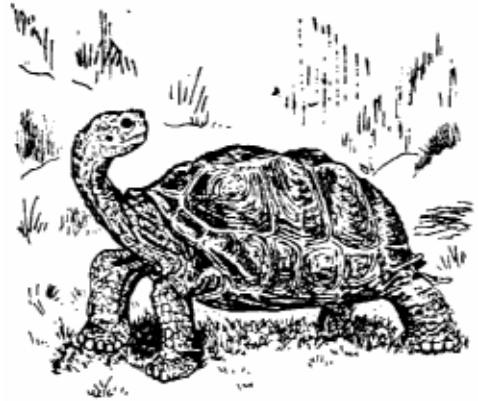
Ranas y sapos formaban parte integral del equilibrio biológico de las islas: un eslabón de la cadena alimentaria del medio: además, más tarde, formó parte también de la dieta de los aborígenes.





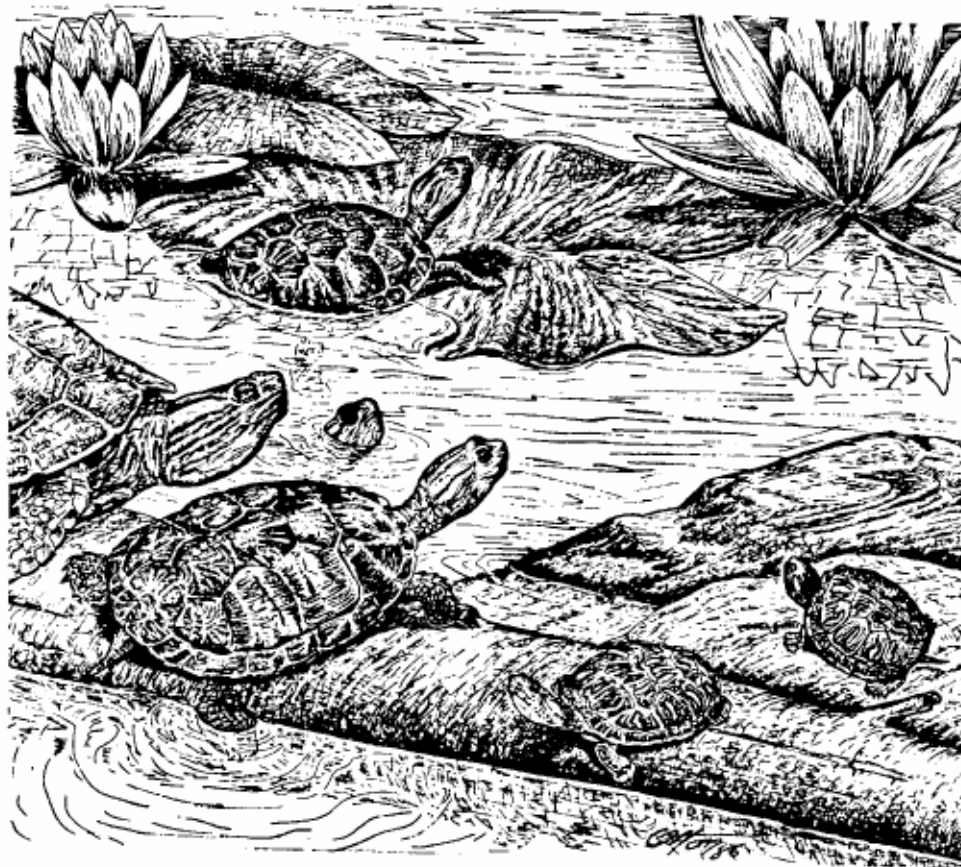
Las tortugas marinas eran llamadas por los aborígenes con el nombre de caguama a la bastarda y a la verde; y carey a la conchera, las cuales eran capturadas con gran facilidad cuando venían a desovar a las playas y sus posturas eran colectadas. Ambas cosas proporcionaban una buena fuente de alimento a los primitivos pobladores antillanos.

En la actualidad, el futuro de las tortugas marinas es muy dramático: las hembras,



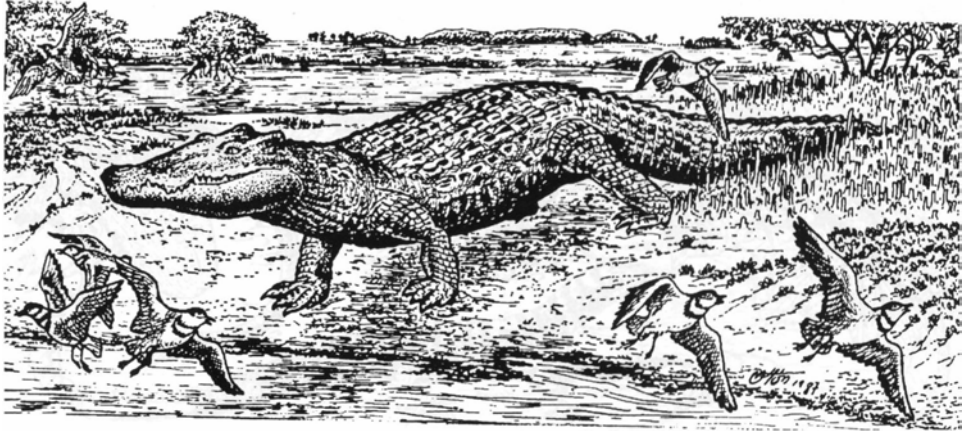
al tratar de depositar sus posturas en las playas, son capturadas: por otra parte, los perros, cerdos salvajes y el hombre buscan sus nidos. Las que logran nacer, tendrán que tratar de sobrevivir a la lucha contra las gaviotas y otros enemigos naturales. y ya, más tarde, las acecha el peligro de morir ahogadas en las redes de algún pescador. ¿Es o no incierto su futuro?

En el pleistoceno de Cuba existió un testudo semejante, y de talla muy similar, a los conocidos por galápagos.



Jocoteas *Trachemys* spp. Sobre ellas Las Casas nos dice: "Hay en ellos también hycoteas que son galápagos de los arroyos de Castilla. puesto que estas hycoteas son muy más limpias y más sanas que aquellos, según creo, porque no son tan limosas ni tan amigas del lodo y tierra, porque andan más por el agua, que los galápagos." (Ibíd.. p. 40.) Y Oviedo, a su vez, nos las describe:

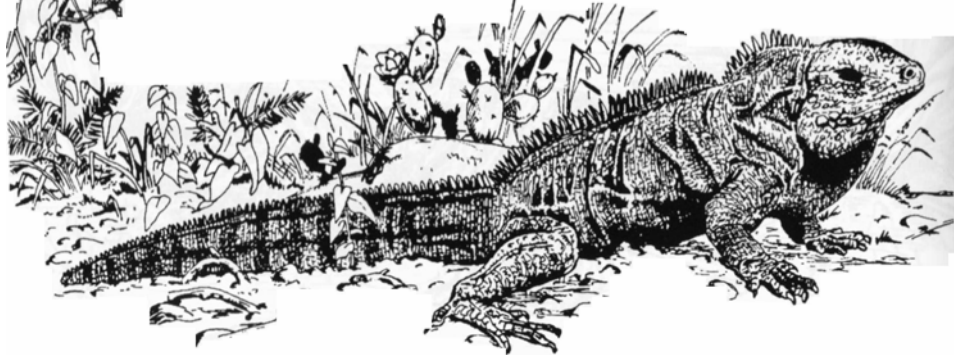
"...e muchas tortugas que llaman hycoteas... Las hycoteas o menores tortugas. que se hizo de suso mención, la mayor de ella será de dos palmos de luengo, e de allí abaxo menores. Estas se hallan en los lagos y en muchas partes de aquesta isla Española: y cada día se venden por esas calles e plazas desde cibdad de Sancto Domingo e son sano manajar." (Ibíd., p. 40.)



Cocodrilos *Crocodylus* spp.

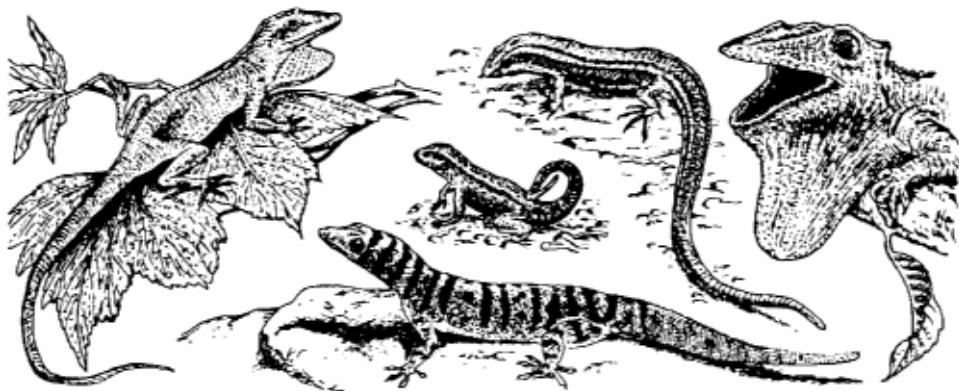
El género *Crocodylus* se encuentra ampliamente representado en las Antillas. El cocodrilo americano, *Crocodylus acutus*, se puede encontrar desde la Florida hasta Nicaragua y puebla las islas antillanas, nadando entre ellas. El *Crocodylus rhombifer* es la especie endémica de Cuba y uno de los animales de esta familia con rasgos más arcaicos. Muchas personas lo llaman incorrectamente caimán y los lugares que ellos frecuentan,

caimaneras. En las Antillas no existía el género Caimán, pero personas ignorantes e inescrupulosas introdujeron la especie Caimán *latirostris* o yacaré, también conocido por babilla, y con ello ocasionaron pérdidas a las especies nativas, ya que el yacaré es más agresivo y las ataca. Por eso toda introducción de animales en una zona debe ser cuidadosamente estudiada para que no se produzcan daños al equilibrio biológico establecido.



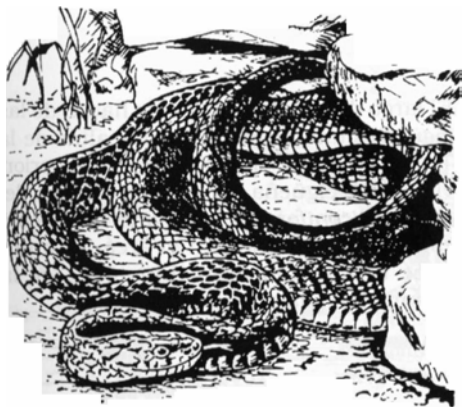
Iguana *Cyclura* sp. “Aprendieron más tarde que esas serpientes (iuanas) nacen en la isla, y los nuestros hasta ahora no se habían atrevido a gustarlas por su fealdad, que parecía causar horror, no solo asco. El Adelantado, inducido por el gracejo de la hermana del cacique, determinó catarlas poco a poco. Apenas el sabor de aquella carne comenzó a gustar al paladar y garganta, parecía que las deseaba a boca llena”, nos dice Mártir de Angleria. (Ibid., p.41.)

Los *Iguánidos* tienen una amplia representación en las Antillas. Los de mayor tamaño son conocidos por el nombre de chipoyo y así, en orden de tamaño, le seguirán la baboia, perritos de costa, caguayos, habujal, lagartijas, etcétera. Huesecillos de lagartos pequeños han aparecido en las bolas de tierra y en otras muestras de alimento de nuestros aborígenes antillanos.



En las islas antillanas no existen reptiles venenosos, con excepción de Martinica y Santa Lucía. Los ofidios antillanos, en general, son constrictores. Algunos, como el maja de Santa María, *Ephicrafer angulifer*, alcanzan gran tamaño.

En el pleistoceno de Cuba existió un buitre

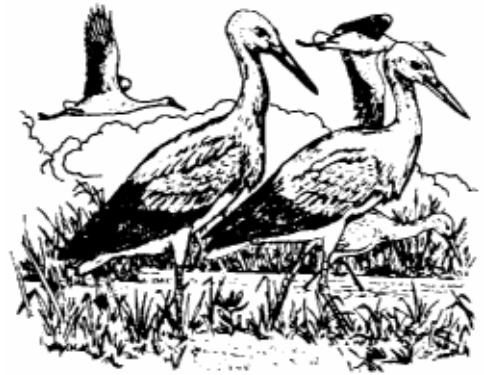


que por su tamaño to podemos comparar con un cóndor actual. En la ilustración podemos ver: uno cebándose en el cadáver de una foca tropical, mientras otro se solea y un tercero planea.





En la isla de Puerto Rico fue hallada, en las capas del pleistoceno, la Caracara la tebrosa, un ave que podemos ilustrar como parecida a una caraira actual. Restauración hipotética.



El largo del cuello y las patas hacen de las ciguenas una de las aves más altas de la Tierra. En Cuba, en el pleistoceno superior, vivió una cigüena, la *Ciconia maltha* del orden *Ciconiformes ciconidae* que debió estar muy difundida en el área. El autor hace una restauración hipotética de la misma, basada en especies actuales.



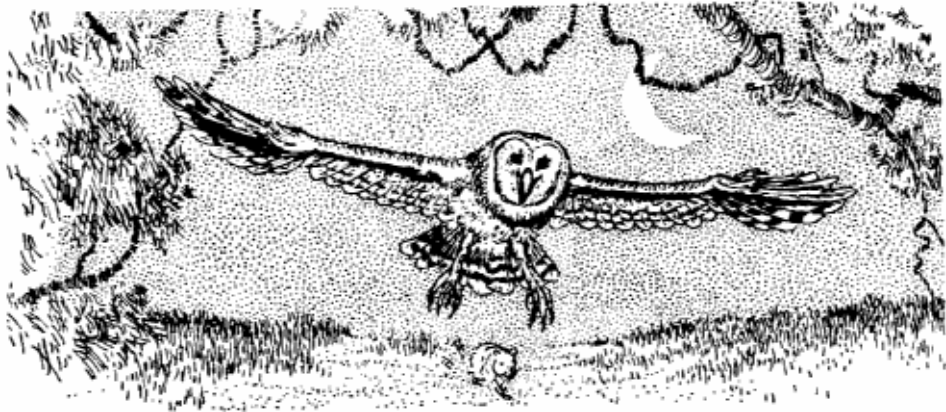
También en los estratos pertenecientes al pleistoceno se hallaron en Puerto Rico el *Gallinago anthonyi* que debió de ser un residente invernal, al igual que la becassina actual, *Gallinago gallinago*, preciada pieza de cazadores.



Se estima que hace, de 1.500 a 3.000 años, surcaban los espacios aéreos sobre las islas Bahamas, el aguila *Titanohierax gloveralleni*. y otra aguila, la *Calohierax quadratus*, ambas especies de dimensiones impresionantes. De las especies actuales de aguilas nose ha reportado su presencia en el area antillana, ya que no existen grandes presas, como fueron las crias de focas tropicales, frecuentes en las Bahamas en los tiempos de estas aguilas. En Cuba viviô una especie mayor aun que la *Titanohierax*, el *Aquila borrasii*.



Lechuzas del orden *Strigiformes* de la familia *Tytonidae*. La lechuza, *Tyto alba*, es un animal cosmopolita. y en la actualidad las que viven en las Antillas miden unos 40 cm de largo, porque hace menos de 10.000 años desaparecieron las lechuzas gigantes: de Cuba, la del género *Tyto*: de Haití, la *Tyto ostologay* en las Bahamas, en la isla Gran Exuma, otra gran lechuza. la *Tyto pollens*. Y. probablemente más tarde, pero todavía antes del arribo de los europeos. la lechuza *Tyto cavatica*, de la isla de Puerto Rico.



Las lechuzas gigantes de Cuba, la *Tyto noeli* y la *Tyto riveroi*, habitaron nuestra isla antes del poblamiento aborigen. Descubiertas y clasificadas por el paleontólogo cubano Oscar Arredondo, la *Tyto riveroi* es la segunda en tamaño en su género. Posada, su altura sería de un metro aproximadamente y su envergadura podría haber pasado de los dos metros. Era capaz de apresar a nuestros más corpulentos mamíferos terrestres como al almiquí gigante o a los perezosos. Para su reconstrucción el autor tomó como base una *Tyto* actual.



Gallinuelas, del orden *Gruiformes* de la familia *Rallidae*. Hace aproximadamente 1 .500 años un miembro de la familia *Rallidae*, el *Nesotrochis debooyi*, vivió en Puerto Rico y más tarde en las islas de Santa Cruz y Santo Tomás. Ya entre 1881 y 1890 se consideró desaparecida la *Amaurolimnas concolor*. El único miembro de la familia endémica de la región es la gallinuela sin cola o de Santo Tomás, y la *cyanolimnas cerverei* que vive en la Ciénaga de Zapata, Cuba, y es un ave muy rara.

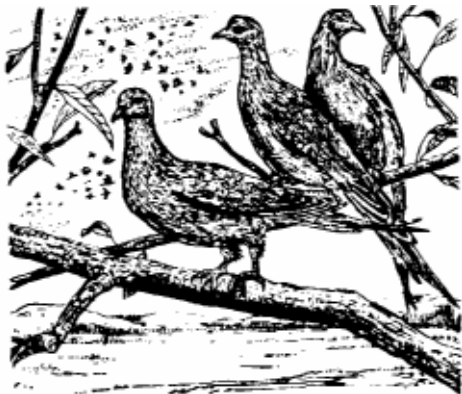
Antes de la llegada de los europeos a las Antillas desapareció de la isla de Puerto Rico la que pudiéramos llamar “paloma perdiz fantasma”, la *Oreopeleia larva*. Ya en el siglo pasado la paloma viajera, *Ectopistes migratorius*, nublabla el cielo en sus peregrinajes. Estos vuelos, que también surcaron las Antillas, tuvieron un tragico fin al afirmar los colonos norteamericanos que perjudicaban sus cultivos, y considerar que sus cadaveres eran buen

pasto pam cebar cerdos. En Granada corre gran peligro una paloma terricola, la *Lep~*

totila welisi, yen Cuba es rara la bella paloma perdiz, *Stamoenas cyanocephala*, cuyo

genero es endémico de Cuba. Recordemos que cuanto más pequeña es una isla, más

vulnerable es a la perdida irremediable de



sus especies nativas, y las palomas, incluidas entre las más preciadas especies cingéticas, no son una excepcion.

Antes de la llegada de Cristóbal Colón existió un búho gigante que no debió volar dada sus cortas alas, el *Orniniagalonyx otero*L. Reconstrucción hipotética.





Higuaca. Guacamayos antillanos *Ara* spp. del orden *Psittaciformes*. familia *Psittacidae*. Las Casas nos dice de los guacamayos antillanos: "Hay en esta isla, mayormente en esta Vega ayes infinitas, los aires llenos dellas, naturales en ella, como son palomas, tórtolas, gorriones, pezpitas, garzas, ñanades, ancares de paso muchas por navidad, y infinitos tordos negrillos, cuervos que dan gritos que apenas se pueden oír los hombres donde ellos están: hay aves de rapiña, como halcones muchos, no sé de qué especies, cernicalos, milanos, inmensidad de papagayos verdes con algunas manchas coloradas. Y en esta isla son tres especies dellos. mayores y menores y muy chiquitos, los mayores se llamaban por los indios higuacas, la sílaba de enmedio lengua, y éstos difieren de los de las otras islas en que tienen sobre el pico o la frente blanco, no verde ni colorado; los desta especie que hay en la isla de Cuba tienen sobre el pico o la frente

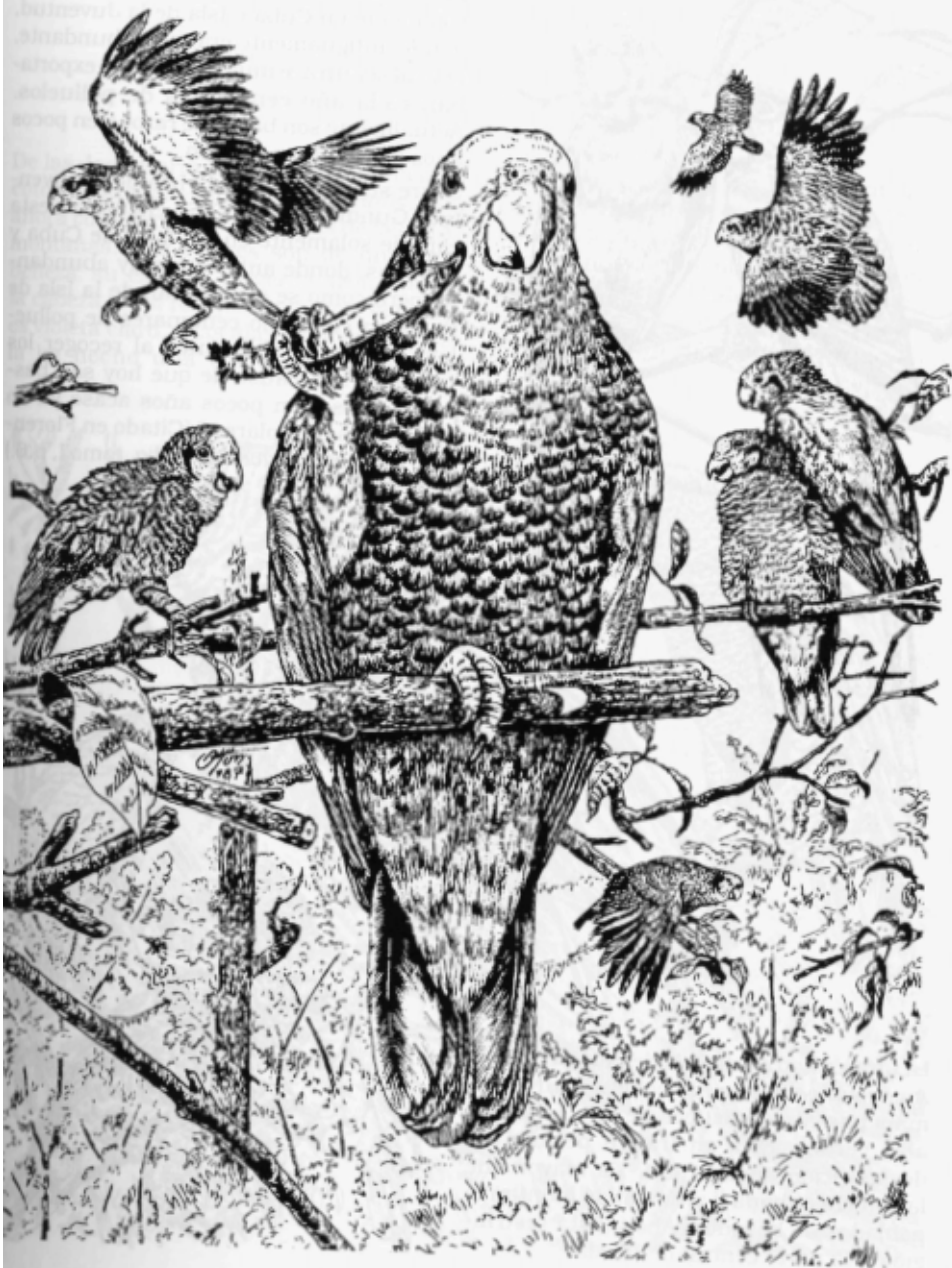
colorado. Estos higuacas son muy parleros, cuando les enseñan a hablar las palabras humanas." (Ibid., p. 40.)

Es una lista trágica de las que fueron una de las aves más bellas de las Antillas: el guacamayo rojo de Cuba, *Ara cubensis*, está extinto desde 1885: el tamblén rojo de Jamaica, *Ara gossei*, desde 1765; de este mismo lugar desapareció. en 1810, otro guacamayo, de color verde y amarillo, el *Ara erythrocephala*. El guacamayo rojo en Guadalupe, *Ara guadeloupensis*, desapareció en 1722; el de Dominica, verde y amarillo, *Ara atwovodi*, en 1791; el *Ara martinica* dejó de surcar los aires y alegrar el paisaje de la pequeña isla de Martinica en 1658. Antes de la llegada de los europeos desapareció, de la conocida ahora como isla de Santa Cruz, el *Ara autochtbones*, y el guacamayo, de color violeta, aunque de otro género, el *Anodorhynchus purpurascens*, desapareció de la isla de Guadalupe.

La cotorra cubana, *Amazona leucocephala* habita en Cuba e Isla de la Juventud y tiene subespecies o razas geográficas en Bahamas, confinadas a las islas de Abaco y Gran Iguana. En San Salvador ya no se reportan. Además, en Gran Caimán, vive la subespecie *Amazona Leucocephala bahamensis* que, dada la pequeñez del area en que vive, sus riesgos de extinción son enormes. El genero *Amazona* está ampliamente difundido en el area antillana y, como todas ellas, necesita de grandes conglomerados de individuos para sus vuelos nupciales. En la isla de San Vicente vive un solo tipo de cotorra en los bosques montañosos, la *Amazona guildingii*, con grave peligro de desaparecer. En la isla Dominica viven dos especies: la cotorra de cuello rojo con la frente y rostro azules, la *Amazona arausiaca* y la cotorra imperial, *Amazona imperialis*, que al igual que la

cotorra de Santa Lucia, *Amazona versicolor*, la amenaza de extinción pende sobre ellas. En Jamaica, la cotorra de pico amarillo, *Amazona collaria* y la cotorra de pico negro, *Amazona agilis*, se refugian en los bosques de montaña. La cotorra de Puerto Rico, *Amazona vittata*, se encuentra en precaria situación. Pero no cerremos el tema sin la lista fúnebre de las *Amazonas* extintas: en la isla de Guadalupe, la *Amazona violacea*, en 1722; y en la de Martinica, la *Amazona martinica*, también en 1722.

Al lector le habrá llamado la atención el énfasis sobre los *Spittacidos*. Por su fácil domesticidad, la facilidad de emitir e imitar sonidos parecidos a las palabras, su belleza y otros actos simpáticos, han sido apresados y extraídos de su medio silvestre, lo que los ha puesto en precaria situación.





El catey, *Aratinga euopos*, se encuentra solamente en Cuba e Isla de la Juventud, donde antiguamente era muy abundante, pero al ser un ave muy preciada se exportaban cada año centenares de polluelos. Actualmente son bastante raros y en pocos años acaso desaparezcan.

Sobre su extinción en la Isla de la Juventud, Gundlach previó: “Se encuentra esta especie solamente en las Islas de Cuba y de Pinos, donde antes era muy abundante: pero como se exportaban de la Isla de Pinos en cada año centenares de polluelos, esto y los accidentes al recoger los polluelos son causa de que hoy son bastante raros y en pocos años acaso ya no habra más ejemplares.” (Citado en Florentino García: *Las aves de Cuba*, tomo I, p.6.)

La única cotorra de la Isla de Santa Lucía, la *Amazona versicolor*, de cabeza azul y con manchas características de rojo sobre las alas verdes, está en franco periodo de desaparición desde 1950. Es mayor que la cotorra cubana y vivió en las montañas pobladas de bosques. Ahora está restringida a la parte central de la isla.

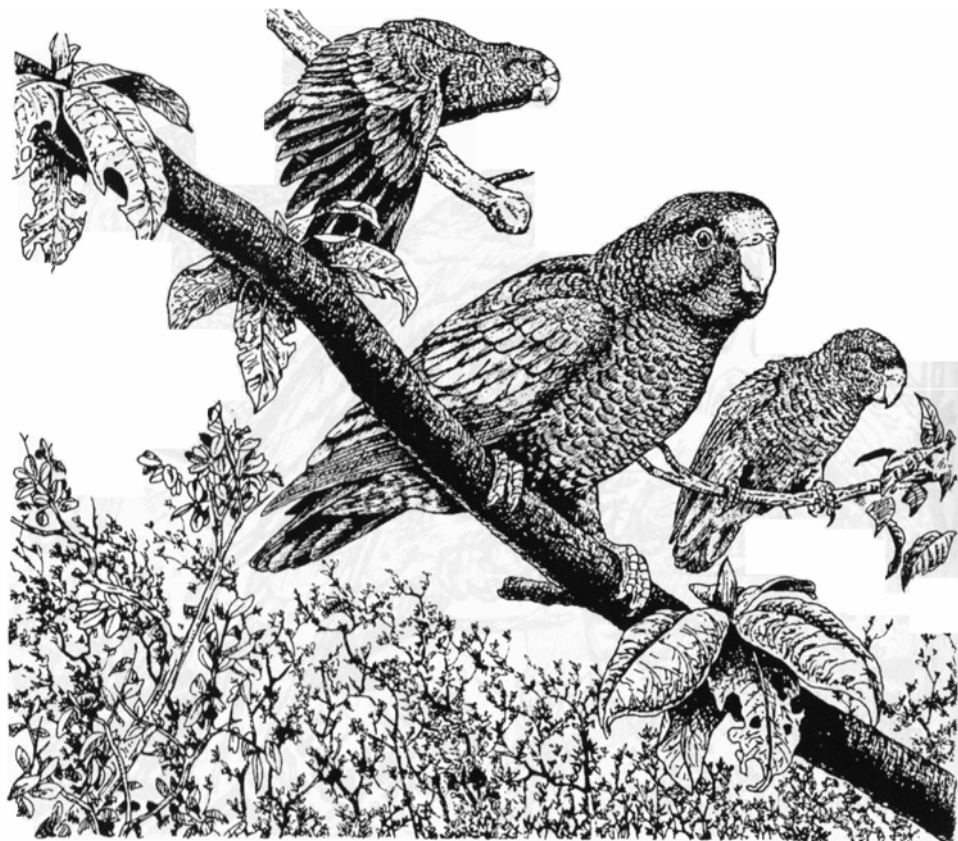


De las dos cotorras de la isla Dominica, la cotorra imperial, *Amazona imperialis*, está ahora confinada a las florestas de las altas montañas. Sus colores son de una gran belleza: su espalda es verde azul, que en la cabeza toma reflejos violáceos. el pecho es violeta claro. y las alas azul y rojo. Esto la ha hecho una codiciada presa para

amaestrar y exhibir. Es sumamente rara. La otra es la cotorra de cuello rojo, *Amazona arausiaca*, que recuerda a la imperial pero menos corpulenta. Su rostro es azul, el cuello y parte del ala, rojos. Al igual que la imperial está confinada a las altas montañas. pero en jonas más bajas.

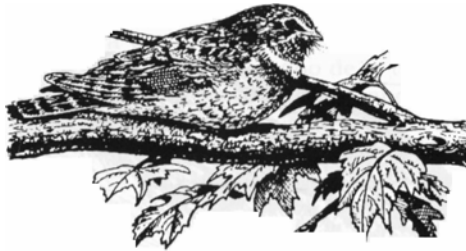


En la isla de Puerto Rico vive la raza geográfica o subespecie, *Amazona vittata vittata*, bella ave del tamaño de la cotorra cubana, de color verde con una banda roja sobre la base del pico y azul en el borde de las alas. En 1970 sólo quedaban 20 ejemplares de esta especie, confinados en el Luguillo Nacional Forest, en la isla de Puerto Rico. En las islas de Vieques y Culebra vivió la otra raza, la *Amazona vittata gracilipes*, extinta en 1912. Basado en un dibujo de Raúl Barruel.





Guabairos del orden Caprimulgiformes, familia Caprimulgidae. El *Siphonorhis americanus americanus* de Jamaica, desapareció en 1859. La introducción de la mangosta, *Herpestes auropunctatus*, por el hombre en las Antillas, pone en grave peligro a los animales que anidan o tienen madrigueras en el suelo, como ocurre con el *S. a. brewsteri*, de la isla de Santo Domingo y Gonave, la que se muestra en el dibujo.



Las aves oceánicas del orden Procellariiformes, están representadas en las Antillas por las familias Hydrobatidae y Procellariidae. De esta última familia se encuentra anidando bajo protección gubernamental en las vecinas islas de Bermudas uno de los pamperos más raros del mundo, el Cahow, *Pterodroma cahow*. En Cuba, en la costa sur de la Sierra Maestra, se ha reportado anidando el *Pterodroma hasitata*, llamado en la zona pájaro de la bruja. En las primeras décadas de este siglo, el Las aves de la familia Caprimulgidae, así como los vencejos, Apodidae, y las golondrinas, Hirundinidae, realizan una labor de control biológico con la caza de insectos al vuelo, dada su convergencia en hábitos alimenticios. El futuro de las aves

comedoras de insectos es, en general, muy incierto. Ello se debe a que las fumigaciones de pesticidas con DDT u otras que se utilizan para exterminarlos, los convierten en portadores de toxinas acumulativas. Lo que trae por consiguiente el envenenamiento de las aves.

P. h. hasitata, anidaba con frecuencia y abundantemente en Guadalupe, Dominica, Martinica y en las repúblicas de Haití y Santo Domingo, pero años más tarde esas colonias desaparecieron y una de las pocas localizadas fue en Haití, donde encontraron unos cuatro mil individuos anidando en Morne la Salle. En 1880 se considero extinta la raza pampero o diabolito, *Pterodroma hasitata caribbaea* de Jamaica



Reyezuelos del orden
Passeriformes, familia
Troglodytidae.

Dos especies de esta familia
ampliamente representada en
Norteamérica están en las Antillas.
Ambas con cantos muy notables. En
la isla de Guadalupe, en peligro de
desaparecer, vive la raza
Troglodytes aedon guadeloupensis;
esta misma especie, que también
vivió en la isla de Martinica, dejó de
lanzar sus cantos en 1886 y en la
isla de San Vicente está también en
peligro el *T. a. musicus*: el de la isla
de Santa Lucía, *T. a. mesoleucus*,
corre la misma suerte. En Cuba hay
otro género y otra especie repre-
sentados por la fermina, *Ferminia*
cerverai, La única ave de este tipo
que vive en las Antillas y habita en



una limitada zona de La Ciénaga de
Zapata, lo cual la hace muy vulnerable
al peligro de desaparecer.

Sijú de sabana. *Speotyto cunicularia*,
del orden Strigiformes, familia
Strigidae. El *Speotyto* se considera un
visitante invernal de Cuba, llegado de
la Florida, *Speotyto cunicularia*
floridana, pero en 1973 se descubrió
una población anidando en los suelos
de las sabanas arenosas del occidente



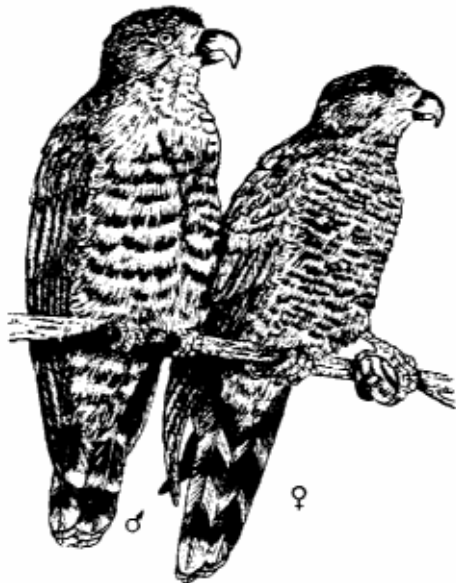
El peligro de extinción no ha perdonado a las aves del orden Passeriformes y de la familia Turdidae. En Gran Caimán desapareció, en 1938, el *Turdus Ravidus*. Otras familias del mismo orden se encuentran en peligro. como son la de Parulidae, las bijiritas de Barbados, *Dendroica petechia petechia*, y la Leucopeza semperí de Santa Lucia. De la melodiosa familia Mimidae, donde se agrupan los ruiseñores y sinsontes, peligra el *Ramphocinclus brachyurus* en las islas de Martinica y Santa Lucia, y el *Cinclocerthia raficauda* en Martinica, aunque

también habita en Saba, St. Eustaquio, St. Kitts, Nevis, Monserrate, Guadalupe, Santa Lucia, San Vicente y Dominica. En Granada, de la familia Tyrannidae, el pitirre de Euler, *Empidonax eulerei johnstonei*. A esta familia la amenazan los mismos peligros de todas las aves comedoras de insectos: la intoxicación. Y en Cuba corre gran peligro el cabrerito de la ciénaga, *Torreornis inexpectata*, de la familia Fringilidae. ya que al igual que la gallinuela sin cola, vive en una restringida zona de la Ciénaga de Zapata y ello lo hace ser un animal de gran riesgo.



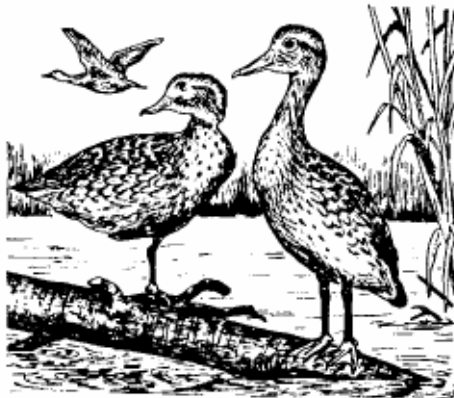


Gavilán cagarero de Cuba, orden Falconiformes, familia Accipitridae.



El *Chondrohierax uncinatus wilsonii*, es un gavilán comedor de moluscos terrestres, ahora reducido a unos pocos individuos en las provincias orientales de Holguín y Guantánamo, si no es que ya ha desaparecido. La otra especie, *Chondrohierax uncinatus uncinatus*, llamado en su lugar de origen gavilán de montaña, habita en las islas de las Antillas Menores, como Granada y Trinidad, y prolonga su área de dispersión a la América Central. En las Antillas desconocen su situación actual, que no debe ser buena. También en Granada habitaba una raza de gavilán de pico de gancho, el *Chondrohierax uncinatus mirus*, desaparecido muy recientemente, en 1955.

Layaguasa, *Dendrocygna arborea*, especie antillana que en el presente está considerada en peligro de extinción a causa de los cazadores desaprensivos. El yaguasin, de la especie *Dendrocygna bicolor*, está distribuida en las zonas norte y sur del continente. Otro pato arbóreo, el huyuyo, *Aix sponsa*, dada su gran belleza, siempre es preciada pieza para cazadores que no respetan su veda perenne.

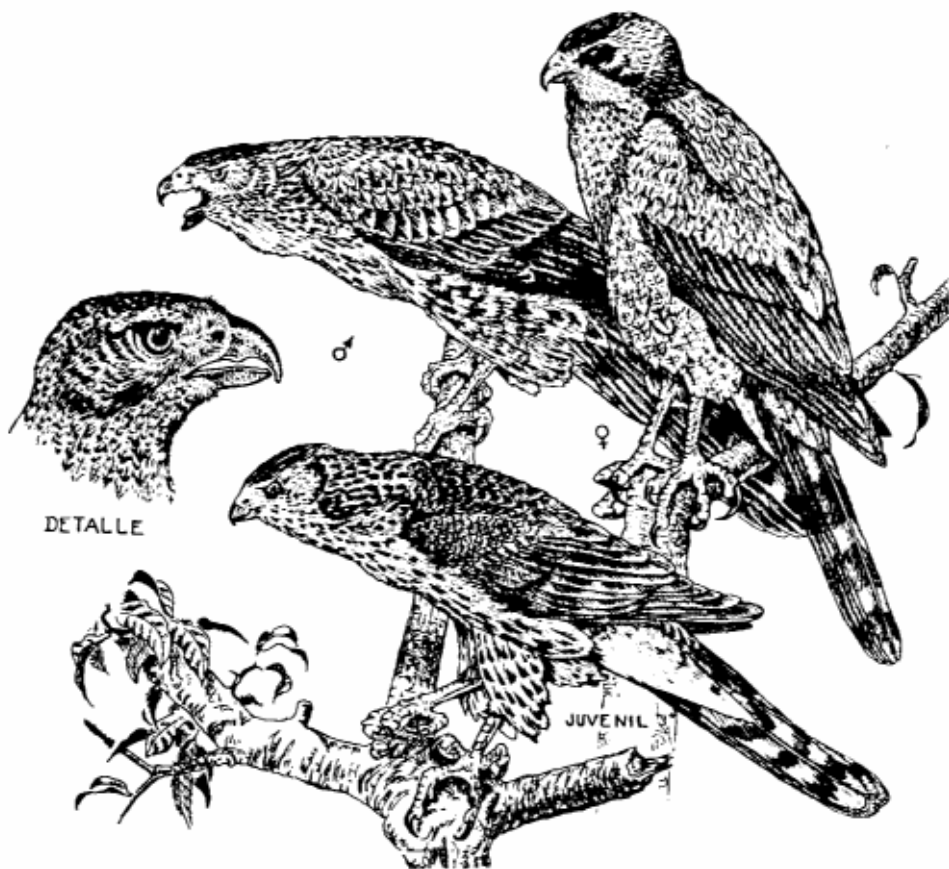


La mala fama que ha acompañado a los gavilanes como comedores de aves domésticas no exceptúa a los comedores de cangrejos, peces o caracoles, ya sean terrestres o lacustre. El gavilán caracolero, *Rosthramus sociabilis*, que se alimenta del caracol *Pomacea* sp. sucumbe bajo la mira de los cazadores de aves acuáticas, quienes creen así haber ayudado a los criadores de aves de corral.

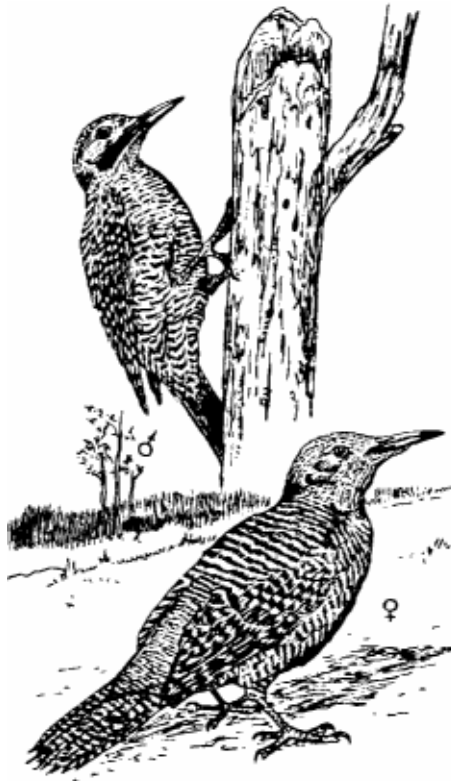
Grulla del orden Gruiformes, familia Gruidae. La grulla *Grus canadensis* nesiotés, subespecie endémica cubana, busca una playa con dunas de arena que no se la dispute el hombre para poder sobrevivir.



Gavilanes del orden Falconiformes, familia Accipitridae. El gavilán colilargo de Cuba. *Accipiter gundlachi*, sufrió por muchos años la presión de los disparos de los campesinos, que le daban exagerada fama de comedor de pollos. En la actualidad se ha convertido en un ave rara que continua persiguiéndose a pesar de las leyes de protección que comprenden a todo el orden Falconiforme.



Las aves del orden Piciformes, familia Picidae, son los pájaros carpinteros. Estas aves tienen un importante papel en la ecología de los bosques. El que aparece en la ilustración es *Nesoceleus fernandinae*, ave endémica cubana, llamado comúnmente carpintero churroso. Es un pájaro raro, con poblaciones relictas en el centro de la isla.



Un caso excepcional es el del carpintero real de la isla de Cuba, desaparecido en el continente. Al darse la sorprendente noticia de que aún quedaban con vida algunas parejas de la subespecie *Campephilus principalis bairdii* el estado cubano no demoró en intensificar la protección sobre esta ave: aplicó las leyes que ya estaban establecidas sobre la conservación de la flora y la fauna, y, además, no escatimó recursos y decretó ese territorio refugio natural, a pesar de lo que representaba económicamente tal medida, pues se trataba de una zona muy rica. El resto es asunto de la conciencia individual, pero no solo de los habitantes de esa región, la conservación del medio en que vivimos es un problema que nos atañe a todos: preservar para poder seguir viviendo.



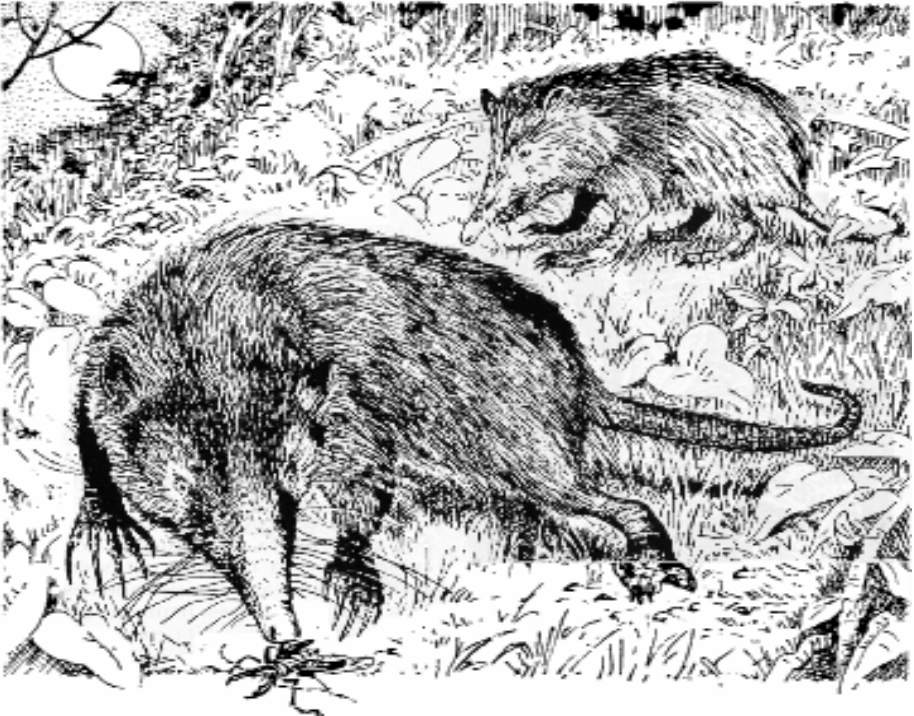
Dada la proverbial amabilidad y espíritu que caracteriza al paleontólogo cubano Oscar Arredondo, que nos facilitó los materiales y dibujos realizados por él, reproducimos a escala natural el esqueleto del *Nesophontes micrus*. La familia Nesophontidae del orden insectívora, de pequeño tamaño y hábitos nocturnos, se considera extinta en la actualidad. El *Nesophontes longirostri* vivió en Cuba en la parte oriental: y en la parte occidental e isla de la Juventud el *Nesophontes micrus*. En la Isla de Santo Domingo vivieron el *Nesophontes paramicrus*, el *Nesophontes parmicus* y el *Nesophontes zaramicus*.

En Puerto Rico vivió el mayor de ellos, el *Nesophontes edthiae*. En 1930, en el Monte Culo de Maco en la República Dominicana. Se reportaron huesos de *Nesophontes* en las egagrópilas (vómito de lechuza), lo que nos hace abrigar esperanzas en cuanto a la existencia actual de esta pequeña especie. En 1954, Arredondo encontró antiguas egagrópilas en la cueva de Pío Domingo, en Pinar del Río, con restos de ratas y mandíbulas de *Nesophontes*. Ello demostró que cuando en Cuba se introdujo la rata, por los colonizadores, aun existían los *Nesophontes*.

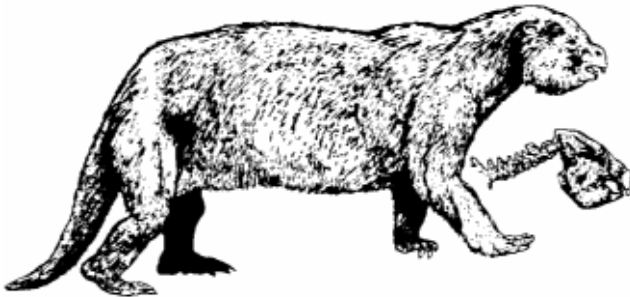


Uno de los mamíferos más interesantes del mundo es el almiquí. Habitante de las islas antillanas de Cuba y Santo Domingo. es el insectívoro de mayor tamaño existente. La familia Soledontidae estuvo representada en Cuba por dos razas: la *Atopogale cubana cubana*, en Pinar del Río y la Sierra Maestra, pero no se reporta desde 1890; y la *Atopogale cubana coeyana*, o *Solenodon cubanos*, como más frecuentemente se clasifican. Sobrevive un pequeño grupo en las montañas del norte de las

provincias orientales bajo grandes medidas de protección, aunque los perros jíbaros merman la población. El *Solenodon paradoxus*, de la isla de Santo Domingo, fue reportado en 1907, y fue redescubierto más tarde, en la década del 60, y se capturaron en la República Dominicana y la vecina de Haití, unos cuarenta ejemplares con destino a distintos zoológicos, lo que afectó grandemente la ya precaria situación y peligro de exterminio para esta rara especie.



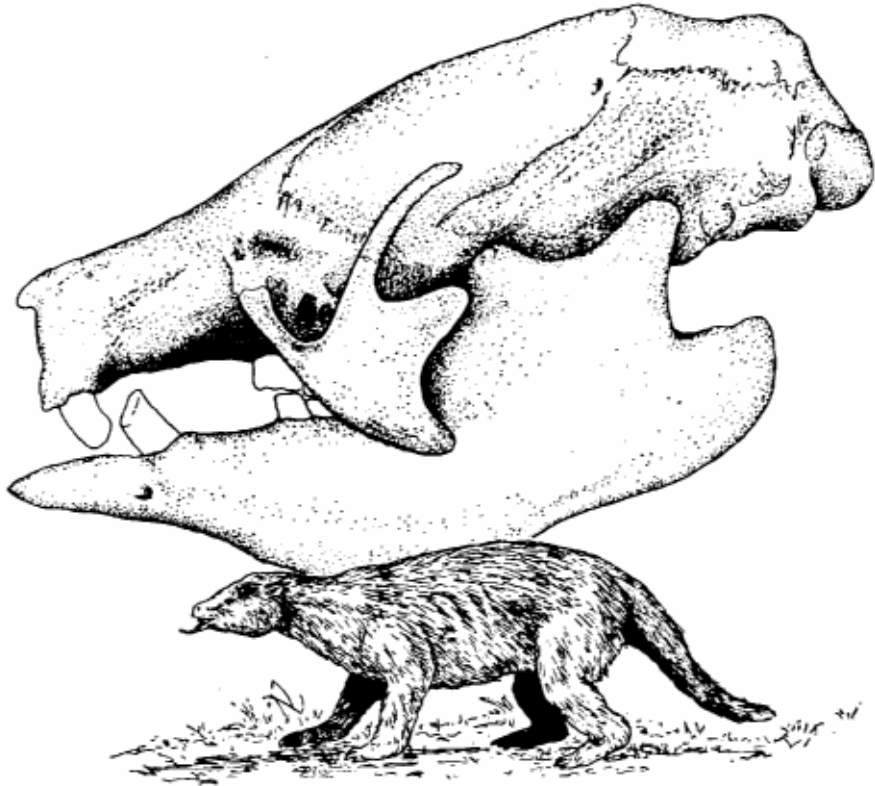
La fauna del orden Quiroptera ha sido dañada por diversas razones. Probablemente después de 1600 desapareció de Puerto Rico el murciélago de hocico largo, *Monophyllus frater*; en Cuba desapareció el *Phyllops vetus*, y también en esa época desapareció en Puerto Rico el murciélago de las flores, *Phyllonycteris major*. Igualmente ocurrió con el *Phyllonycteris obtusa* en la isla de Santo Domingo y, en Cuba, el murciélago de orejas largas, *Natalus major primus*. En Jamaica, en 1898, se extinguió el comedor de polen, *Phyllonycteris aphylla*; en La Española, en 1917, el *Phyllops hiaitiensis*. El fabuloso y mítico vampiro, *Desmodus rotundus*, desapareció de Cuba. Los murciélagos todos son inofensivos, además de beneficiar al hombre, pues los que se alimentan de insectos ayudan a realizar un control biológico de gran valor. Los que comen polen y néctar de las flores ayudan con su actividad a la polinización. Otros se alimentan de fruta y existe una especie que es cazadora de pequeños peces, los cuales captura con sus patas en vuelo rasante sobre arroyos y embalses. Además, sus deyecciones, llamadas guano de murciélago, las deposita en sus refugios, cuevas, etcétera, y son utilizadas como abono. Restauración



hipotética del gran perezoso de Cuba, *Megalocnus rodens*, único mamífero terrestre de gran talla con que contaba la fauna antillana.

Otro endentado encontrado en las Antillas es el Mesocnus, del que el autor hace una reconstrucción hipotética basada en muestras óseas suministradas por el paleontólogo Oscar Arredondo. El hecho de que las Antillas estuvieran pobladas en épocas muy remotas de esta

especie. muestra a los especialistas relaciones y conexiones entre las islas y el continente que dan posible respuesta a muchas interrogantes de los orígenes de la flora y fauna antillanas. El cráneo mostrado está en tamaño natural.



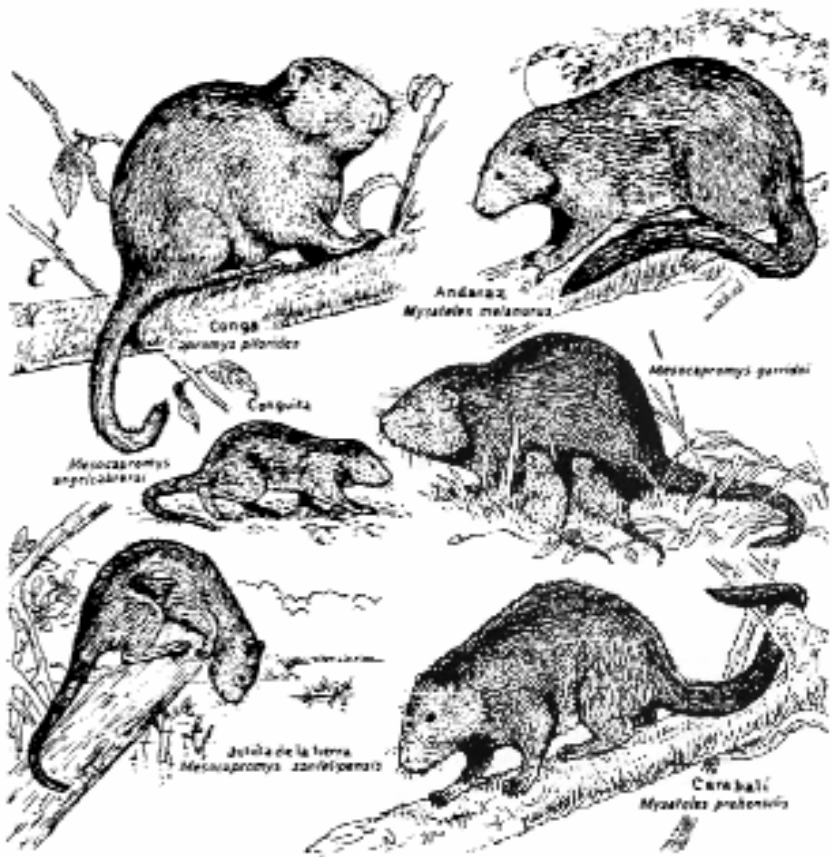


Uno de los edentados más interesantes es el Neocnus, perezoso arborícola del tamaño de un gato. Pertenece a la familia Megalonychidae, que incluye al Megatocnus, y además a los Mesocnus, Neomesocnus, Miocnus y Cubanocnus, todos desaparecidos de la mayor de las Antillas. De la isla La Española corrieron igual suerte el Parocnus y el Synocnus. De Puerto Rico desapareció el Acrotocnus.

La amplia fauna de roedores de las Antillas también ha sufrido desapariciones a causa de su parecido con las ratas, con las cuales no tienen parentesco. Se le llama popularmente rata de campo, *Oryzornys antillarum*, y la última de ella se colectó en 1877. La extinta rata de campo o del arroz de San Vicente, *Oryzomys victus*, se reportó por última vez en 1897. La de Martinica, *Oryzomys desmarestis*, posiblemente desapareció con la erupción del Mont Pelée en 1902. La de Barbuda, *Oryzomys audreyae*, y la de Santa Lucía, *Oryzomys luciae*,



en 1881. La llamada rata espinosa de Cuba, *Brotomys*=(*Heteropsumys*), la *Heteropsomys insulans*, la *Heteropsomys Offella* de Maisí, en el oriente de Cuba, son muy parecidas a las especies de Santo Domingo y Puerto Rico. Se ilustra una reconstrucción hipotética y un cráneo típico a tamaño natural.

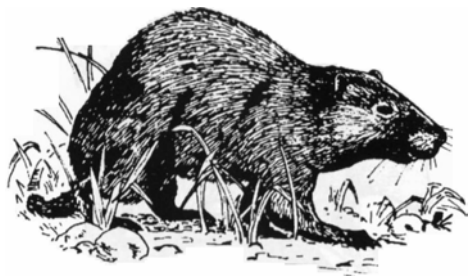


Jutías cubanas.

En la parte superior izquierda aparece la más común, la conga, *Capromys pilorides*; en el centro, a la derecha, la *Mesocapromys garridoi*: posiblemente extinta, y en el extremo superior derecho, la jutía andarás, *Capromys Mysateles melanurus*, de hábitos nocturnos, que habita en la zona oriental de la isla. La carabalí, *Capromys Mysateles prehensilis*, de cola semiprensil, en la parte inferior derecha; y en la parte inferior izquierda, la *Mesocapromys sanfelipensis*, que habita en el cayo del mismo

nombre en precaria situación. La *Mesocapromys angelcabrerai*, en el centro, a la izquierda, sin nombre vulgar.

Aunque no se encuentra en la ilustración, también son cubanas la jutía enana, *Capromys nana*, con escasa población en La Ciénaga de Zapata, y la jutía rata, *Capromys auritus*. La jutía de Cuvier, *Plagiodonta aedium* está extinta o es muy rara en La Española, y la *Plagiodonta hylaeum* es probable que esté confinada ahora a las florestas de la bahía de Samana en la misma isla.



La jutía de rabo corto de Jamaica. *Geocapromys browni*, en la actualidad trata de sobrevivir entre las rocas de las montañas John Crow. Otra raza, la *G. b. thoracatus*, corre igual suerte en la pequeña isla de Swan. Del mismo género *Geocapromys*, trata de existir en condiciones adversas la de las Bahamas. *Geocapromys ingrahami*. Tres razas o subespecies geográficas — una de ellas, la *G. i. ingrahami*, conferida actualmente a los cayos Planas—, eran común en la isla Achlins (San Salvador) y en la de Mariguana. Las otras dos, la *G. i. irrectus* y la *G. i. abaconis*, desaparecieron en las islas Crooked y Abaco. respectivamente.



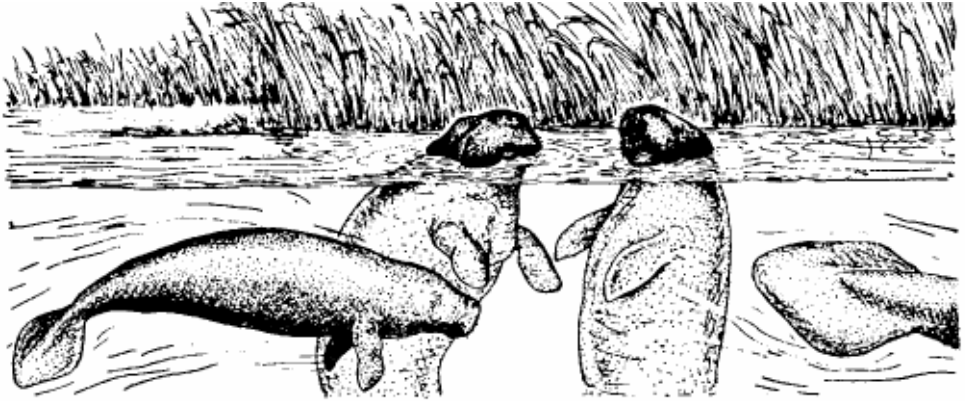
Reconstrucción hipotética del quemi, *Quemisia gravis*, roedor gigante de Santo Domingo. Oviedo nos habla de este animal: ‘Quemi se llama a otro animal de los desta Isla Española, el cual yo no he visto. ni al presente se hallan, segund muchos afirman. Este es un animal de cuatro pies tan grande como un podenco o sabueso mediano: y es de color pardo como la hutía, e del mismo talle e manera, excepto que el quemi es mucho mayor. Muchas personas hay en la isla y en esta cibdad que vieron e comieron

estos animales e le aprueban por buen manajar.’ (Citado en Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 42.) Después del arribo de los españoles y antes de 1600, desaparecieron de La Española los roedores *Hexolobodon phenax*, *Isolobodon levir* y entre ellos, una rata espinosa, *Brotomys voratus*. De Puerto Rico dos roedores gigantes: *Heptaxodon bidens* y el *Elasmodontomys obliquus*, y una jutía, *Isolobodon portoricensis*.

Segun Las Casas, al llamado perro mudo se le conocía por el nombre de aon, y Acosta nos aclara que también utilizaban la palabra alcos para denominarlos. Oviedo, por su parte. nos dice que Verdaderos perros no los había en Indias, sino unos semejantes a perrillos, que los indios llaman 'alcos'; . . . y son tan amigos de estos perrillos, que se quitaran el comer por dársele; y cuando van camino los llevan consigo a cuestras o en el seno. Más adelante nos aclara: “Eran todos estos perros aquí en esta e las otras islas mudos, e aunque los apaleasen ni los matasen, no sabían ladrar.” (Ibid., p. 39.) Luis S. Varona en Los mamíferos de Cuba narra sobre los cánidos salvajes que no ladran: de su llegada desde el continente con el aborigen a las Antillas, pues es indudable, gracias a los cronistas, el conocimiento de la existencia de un perro doméstico junto al aborigen antillano, el cual pertenecía al genero Canis. Como sabemos, los cánidos salvajes no ladran, sino que emiten un sonido como un aullido. Varona y Arredondo encontraron restos fósiles del llamado perro mudo asociado al indio, en este caso al agroalfarero cubano, clasificado como el Indocyon caribensis Arredondo. A partir de un resto mandibular también se clasificó el Cubacyon transversidens Varona-Arredondo, cánido que vivió en Cuba hace unos once mil años.



El manatí antillano, *Trichechus manatus*, tiene dos subespecies geográficas. La raza caribeña *T. m. manatus* se encontraba distribuida ampliamente desde las Bahamas hasta las grandes Antillas, al amparo de las riberas de mangle de



los ríos, estuarios y costas de las islas. En la actualidad es escasa, pues ha sido sometida a una caza indiscriminada. por lo que solamente perduran como reductos. los cuales van decayendo, las costas de Guyana. el Orinoco, y otros lugares de difícil acceso. La otra

raza, la *T. m. latirostris*, se encuentra en Carolina del Norte, Texas y en la península de la Florida, con una pequeña población en el río Suwanee.

La foca tropical o foca monje caribeña, *Monachus tropicalis*, formaba grandes serallos en el mar Caribe y el golfo de México, y toda la zona de las costas mexicanas hasta

Honduras. En una de las ma-

ntanzas de que tenemos noticia, en 1911, fueron exterminados más de doscientos ejemplares en Yucatán. En las Bahamas, en el siglo pasado, se le capturaba para emplear su aceite en el alumbrado publico. En la actualidad se le considera extinta.



Los especialistas cubanos Oscar Arredondo y Luis S. Varona expresaron las vicisitudes que para clasificar este primate no homínido se produjo al ser reportado en las Antillas Mayores pues, entre otras razones, nunca se había hallado ninguno. Sobre la clasificación actual de ese primate estos autores nos aclaran y precisan que el *Ateles anthropomorphus* (Ameghino, 1910), era un mono parecido a los monos arañas (platirrinos). También se reportó la presencia de otros primates en Jamaica, el *Xenothrix mcgregori*; y en Santo Domingo, el *Saimiri bernensis*.



El Encuentro de Dos Culturas



El mapamundi de Martín Behaim (1492), es una suma geográfica de datos registrados, correspondientes al suroeste europeo y ala costa occidental de África, dominio clásico de los navegantes de Portugal. La incertidumbre comienza desde Escocia y Escandinavia, donde un trazado supuesto convierte el hemisferio oriental en un lugar de leyenda, y repite el error de Toscanelli:

prolonga mucho el Asia hacia el este y hacia el sur, anulando el océano Pacífico. De la región donde sería hallada América, sólo aparece una isla próxima al Ecuador, la isla Antilia, supuestamente descubierta en el año 565 por san Brandán; también identifica la fabulosa isla de las Siete Ciudades y la isla Fantasma de San Brandán o San Borondón.

Entre otros desatinos, el océano oriental Índico aparece al noroeste de la gran isla Cipango y del Océano Índico superior.



El Encuentro de Dos Culturas

El 27 de octubre de 1492 llegó Cristóbal Colón a Cuba por primera vez, tocando en el discutido punto de Bariay, situado en la Costa norte de la provincia de Holguín, por las cercanías de la actual Gibara. Durante el primer tramo de su recorrido por la costa norte, probablemente vio indocubanos del grupo subtaíno: en el tramo comprendido entre Baracoa y Maisi es presumible que sean taínos a los que se refiere Colón en las reseñas de su Diario de los últimos días de inspección a la costa cubana, durante su primer viaje. Con posterioridad, dos años después, el Almirante regresa a Cuba y recorre la zona costera meridional de las provincias más orientales, en especial las islas y cayos del archipiélago Jardines de la Reina, donde, al parecer, hizo contacto con indocubanos del grupo ciboney a los que denomina “indios cayos”.

ERNESTO E. TABÍO y ESTRELLA REY¹

¹Ernesto E. Tabío y Estrella Rey: Prehistoria de Cuba. p. 203

Algunos hombres de ciencia de la antigüedad, concibieron racionalmente la hipótesis de la existencia de un desconocido continente al oeste del Viejo Mundo, vinculando esta idea con otra tesis de que la Tierra era redonda. Desde el siglo IV antes de nuestra era, Tales de Mileto y Eudoxio de Gnido consideraban que la Tierra era como un globo y se aventuraron a decir que tenía cuarenta mil estadios de circunferencia. Los filósofos de la escuela pitagórica parecen haber sido los primeros en admitir esta configuración de la Tierra.

Algo después, el filósofo griego Aristóteles sostuvo la esfericidad de la Tierra, y alegó varias razones. Entre ellas, consideró que la forma de la sombra arrojada sobre la Luna durante los eclipses, únicamente podía provenir de una esfera. Como consecuencia de la entonces sólo supuesta esfericidad terrestre, Aristóteles deducía que quien caminase o navegase hacia occidente, estaría forzado a llegar al oriente de Asia. Sólo la impresionante magnificencia del océano Atlántico hizo retroceder a los hombres de su época ante el proyecto de intentar esta travesía.

Por otra parte, se había divulgado entre los navegantes —y los sabios de la antigüedad lo habían corroborado— que el intenso calor de las zonas tórridas harían imposible vivir allí y que hervirían las aguas marinas. Estas preocupaciones no impidieron, sin embargo, que los antiguos navegantes avanzaran hacia el norte por la costa atlántica europea. En esa ruta se dirigieron entonces los más avanzados marinos del Mediterráneo. Pyteas, de la Marsella colonizada por los griegos a mediados del siglo IV antes de nuestra era, se aventuró más lejos aún y llegó al mar Báltico, donde tuvo noticias de Germania y de los países escandinavos, y la existencia de un mar congelado y de la aurora boreal. Pyteas fue el navegante

que más se aventuró en los viajes de descubrimientos geográficos de la antigüedad, y quien reveló la existencia de la “última Thule”.

La navegación en el Atlántico había producido, sin embargo, algunos descubrimientos: las islas Azores, las islas Canarias, las rutas comerciales de los marinos fenicios y cartagineses a lo largo de las costas atlánticas africanas, hechos en medio de corrientes y tempestades que los llevaron hasta zonas consideradas infranqueables. Ir más allá de las Columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar) los introducía en lo desconocido y los viajes prosiguieron bojeando los bordes continentales y de isla en isla.

Hamilcón, hermano del cartaginés Hannón, circunvalador de África, navegó por el Atlántico y encontró una enorme extensión de algas. En el “periplo” de Syllax de Karyanda, se afirmó que no se pudo navegar más lejos de la isla africana de Cerné a causa de la acumulación de hierba. En la obra anónima *De mirabilibus auscultationibus* se dice que unos fenicios que partieron de Gades (Cádiz), al atravesar las Columnas de Hércules, fueron arrastrados al oeste por vientos del este, y, al cabo de cuatro días, se encontraron en una región cubierta de algas.

El mismo Cristóbal Colón había copiado y citado más de una vez unos versos de la tragedia *Medea*, de Séneca, autor clásico latino que dicen:

*Venient annis saecula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens patebit tellus
Thetisque novos deteget orbis
Nec sit terris ultima Thule.*

Y que él mismo transcribió en castellano:

“Vernán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar Oceano aflojará los atamientos de las cosas y se abrirá una grande tierra y un nuevo marinero como aquel que fue guía de Jasón, que hubo nombre Tiphis, descubrirá nuevo mundo; ya entonces non será la isla Tille la postrera de las tierras.”¹

Un ejemplar de esta obra se conserva en la Biblioteca Colombina de Sevilla. El padre Gaspar Gorricio, de la Cartuja de las Cuevas, confesor y confidente de Colón, colaboró con él en la transcripción.

La página que contiene esta especie de profecía con la transcripción de Colón al castellano de su época —además de dos efemérides de eclipses observados por el Almirante en las islas Saona y Jamaica, y la apreciación de la longitud astronómica de éstas—, son de su propia mano.

¹ Luis Ulloa Cisneros: *América Historia universal: novísimo estudio de la humanidad*, t. 6, p. 145.

En la Edad Media no se hablan producido grandes cambios en las hipótesis científicas y otras predicciones sobre la forma de la Tierra. Más bien se puede considerar que aumentaron las leyendas disparatadas, las supersticiones y los temores. La Iglesia Católica y los teólogos combatían la idea de la redondez de la Tierra y san Agustín, una de las grandes autoridades eclesiásticas de su época, negó los antípodas. Hasta el siglo xv no hubo grandes cambios.

El viaje de navegación en torno al continente africano, realizado por los portugueses en pleno siglo xv, fue un elemento de cambio. Se había llevado a cabo por la necesidad de encontrar una nueva ruta de comercio con India, China y Siria, debido a las dificultades que al comercio y la navegación oponían genoveses, catalanes, venecianos, egipcios y turcos. Este viaje de circunnavegación de África fue estimulado por el príncipe portugués Enrique el Navegante, quien emprendió la metódica exploración de las costas africanas. Los éxitos de la primera expedición y de las posteriores navegaciones se debieron a la pericia de los marinos de Portugal; en particular, a Batolomé Dias, quien, en 1486, llegó hasta el cabo de Buena Esperanza, extremo meridional del continente.

El doctor Julio Le Riverend se ha referido en estos términos a la importancia del viaje de Colón como culminación de esta era de los descubrimientos geográficos:

Si miramos un mapamundi comprenderemos por qué et descubrimiento de América constituyó un acontecimiento de profundas consecuencias. Antes de 1492, en medio de leyendas y relatos confusos, no se conocía que hubiera otro continente entre Europa y Asia. Llegar al Nuevo Mundo no fue fácil, pues hubo que vencer prejuicios e intereses, temores e ignorancia. Cuando Cristóbal Colón (...) descubrió América y Cuba, en 1492, había recorrido un largo camino de experiencias náuticas y económicas.¹

Colón fue un marino practico y experimentado, vinculado a ciertas leyendas de anteriores navegaciones, predescubrimientos y corsos. Después de innumerables vicisitudes y de gestiones en la corte castellana logró la firma de las Capitulaciones de Santa Fe con los Reyes Católicos, el 19 de abril de 1492:

“Vuestras Altezas —señala el documento—, como señores que son de las dichas mares oceanas fazen dende agora al dicho don Cristoval Colón su almirante en todas aquellas Islas e tierras firmes que por su mano o industria se descubrirá o ganará...”²

¹ Julio Le Riverend: Breve Historia de Cuba, p. 5.

² Capitulaciones de Santa Fe. Tomado de Luis Ulloa Cisneros: ob. cit., p. 182.

Las Capitulaciones de Santa Fe son un documento de enorme trascendencia. Con ellas se expidió además a Colón un pasaporte, especie de misiva o credencial para los reyes que encontrara en su viaje. El documento se ha llamado “Carta al Gran Kan”. Tal era el convencimiento de que se llegaría a las tierras de Indias.

Durante la organización de la flota y el reclutamiento de la tripulación en Palos de Moguer, fueron escogidas las carabelas la Gallega, cuyo nombre se cambió por el de Santa María; la Pinta, al mando de Martín Alonso Pinzón; y la Niña, propiedad de Cristóbal Niño, que navegaría al mando de Vicente Yáñez Pinzón, hermano de Martín Alonso.

Colón embarcó en la Santa María y llevó como segundo o maestro al propietario de la nave, el famoso piloto vizcaíno Juan de la Cosa. La nave de Colón era la mayor de las tres, con 39 metros de eslora (largo) y una manga (ancho) no menor de 8 metros. El peso total era de unas 252 toneladas. La Pinta era más pequeña: tenía unos 18 metros de eslora. La Nina era un poco menor, con una eslora de aproximadamente 17 metros. Todas tenían puentes y eran de poco calado.

Las carabelas típicas del siglo xv tenían velámenes de forma triangular, las llamadas “velas latinas”, dispuestas en cuatro mástiles. Colón, sin embargo, sustituyó tres de las velas latinas de la Santa María por velas cuadradas. Las demás naves conservaron sus latinas hasta llegar a Canarias, donde la Nina cambió también su velamen por cuadradas.

La tripulación de la Santa María era de unos treinta y nueve hombres. En la Pinta navegaban veintiséis, y en la Nina, unos veintidós. Entre los enrolados se encontraban funcionarios reales puestos por los Reyes Católicos a las Ordenes de Colón y ningún sacerdote. En total, serían casi un centenar de tripulantes.

La partida se efectuó el 3 de agosto desde la barra de Saltes, junto al puerto de Palos. La misa de despedida estuvo a cargo del prior Juan Pérez, quien tanto tuvo que ver desde su convento franciscano de La Rábida, con las gestiones de Colón. Pérez, quien conoció a Colón en La Rábida, fue confesor de los Reyes Católicos y propició su entrevista con ellos.

Desde Palos, la flotilla se dirigió a Canarias para buscar el rumbo previsto en los cálculos. El 11 de agosto, llegó a la isla de Gran Canaria, donde se detuvieron por más de veinte días. Allí repararon el timón de la Pinta, dañado, según algunos testimonios, por Cristóbal Quintero, quien quería regresar.

El 6 de septiembre, la pequeña flota salió de la Gomera y en las proximidades de la más meridional y occidental de las islas del archipiélago canario, la isla de Fierro, Colón busca rumbo oeste, mientras procura no apartarse del paralelo 28.

Durante el viaje, entre los días 13 y 17 de septiembre, el Almirante hizo una observación importantísima, un descubrimiento científico, la desviación de la aguja magnética de la brújula, que según explicó, se debía a que la aguja seguía la posición de la estrella Polar.

La expedición logró atravesar sin problemas el mar de los Zargazos, a pesar de que el recelo y la desconfianza que se despertaron a lo largo de la travesía, podían, en cualquier momento, tornarse en rebeldía. Las dudas de la tripulación se exteriorizaban sólo en murmuraciones y quejas, a las que Colón se opuso con decisión inquebrantable de no retroceder y su firme convencimiento de que se dirigían a la tierra firme de la India.

Hay referencias de que el 3 de octubre Colón manifestó que, aunque estuviese cerca de unas islas, no perdería tiempo en visitarlas, ya que eran notables las pruebas que percibía de la proximidad de tierra, debido a la presencia de aves y vegetación flotante. El 6 repite su observación, pero, el 7, Pinzón lo aconseja, y el Almirante comprende la necesidad de no provocar a la marinería.

En las últimas horas de la noche del 11 de octubre, el mismo Colón vio a lo lejos una pequeña luz y, hacia las dos de la madrugada del viernes 12 de octubre, un marinero de la Pinta, Rodrigo de la Triana, disparó el cañonazo que dio simbólicamente el grito de "Tierra". Al amanecer, los hombres de las naves vieron que estaban frente a una pequeña isla.

Colón, los hermanos Pinzón y los funcionarios reales desembarcaron. Colón llevaba el estandarte de Fernando el Católico en una mano y el de Isabel la Católica en la otra. Así tomó posesión, a nombre de los dos reyes, de la isla que puso por nombre San Salvador, de lo cual levantó acta el escribano de la armada, Rodrigo de Escobedo.

No muy lejos, se habían reunido, en la misma playa, los aborígenes de aquella isla, sorprendidos y espantados al ver gente tan extraña, y embarcaciones tan grandes y desconocidas.

El encuentro de las dos culturas se había consumado.



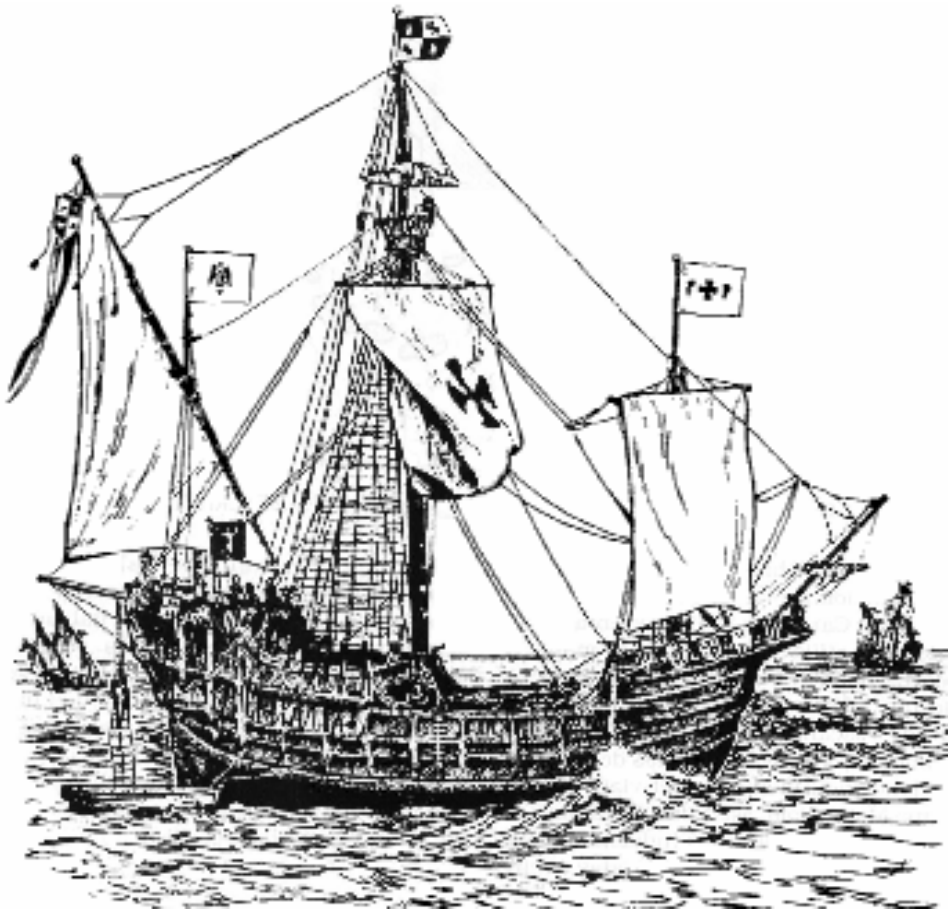
Planisferio del famoso astrónomo griego, nacido en Egipto en el siglo II d.n.e.. Claudio Tolomeo. En la Edad Media su obra, llamada por los árabes Almagesto, ejercía todavía gran autoridad. Todos los mapas que posee la obra fueron trazados en la Edad Media; se desconoce si originalmente el libro contuvo mapas unidos a su descripción del mundo. Este es reproducido del manuscrito latino que el florentino Jacobo d'Angiolo dedicó al papa Alejandro V.



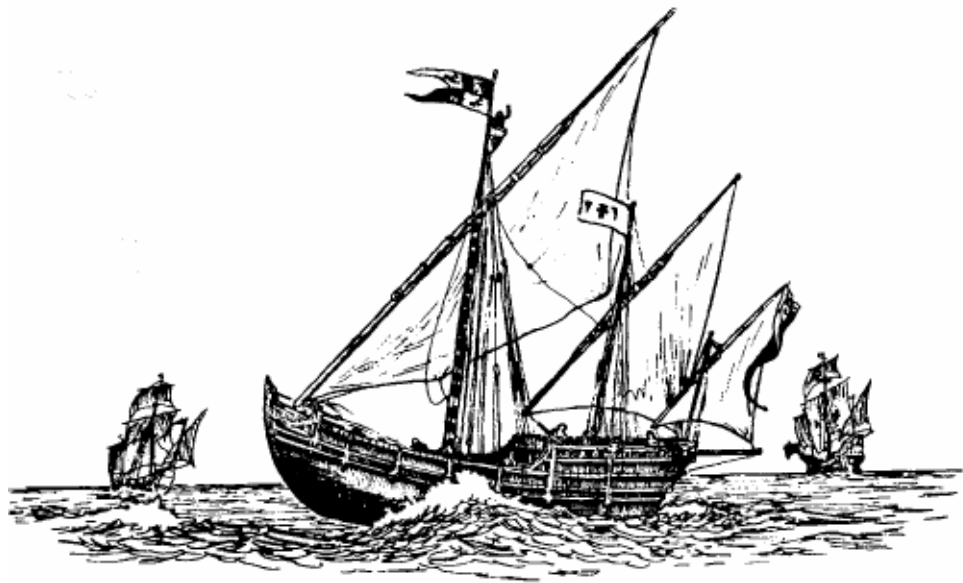
LOS CONCEPTOS GEOGRÁFICOS Y MARÍTIMOS DE CRISTÓBAL COLÓN

Superpuesto sobre un mapa real, se traza la extensión de las supuestas tierras de Cipango, Catay, las Indias Orientales y la isla de Antilia, basados en el mapa de Martín Behaim, así como la ruta que debía seguir Colón inspirado por los mapamundis de Toscanelli (1397-1482). Toscanelli, tomando como base los datos del geógrafo Alejandrino Tolomeo y del viajero veneciano Marco Polo, escribía: “El camino del Oeste en dirección a las Indias, donde se producen las especias, y del Catay o

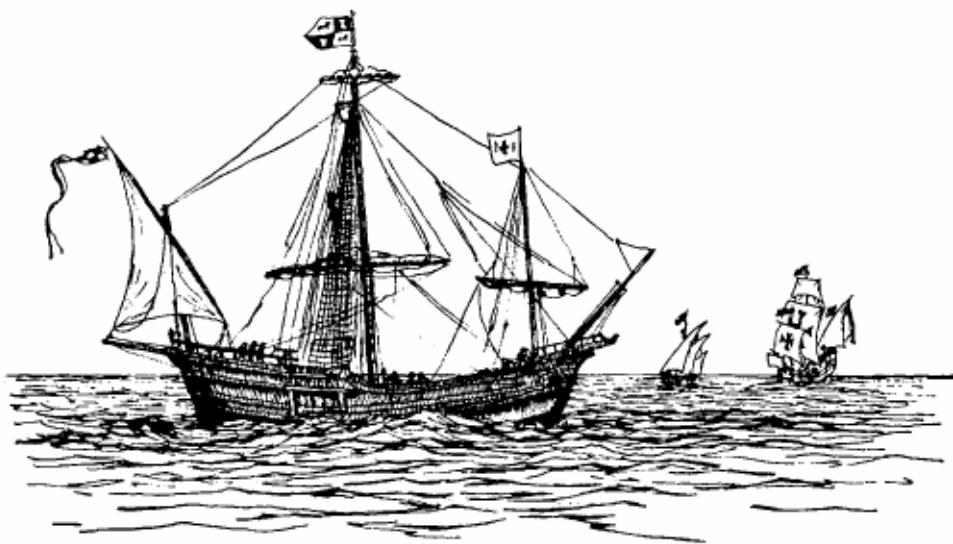
reino del Gran Kan es corto. De Lisboa, por el Oeste, hasta Quinsay y Zaitun hay mil seiscientos veinte y cinco leguas italianas; pero a partir de la isla de Antilia, situada a diez grados al oeste de Portugal y que se conoce bien, hasta Cipango hay dos mil quinientas millas marinas. Esta isla es rica en oro, perlas y piedras preciosas; los templos y los palacios están cubiertos de oro macizo.” (Citado en Historia Universal de las exploraciones: p. 52.)



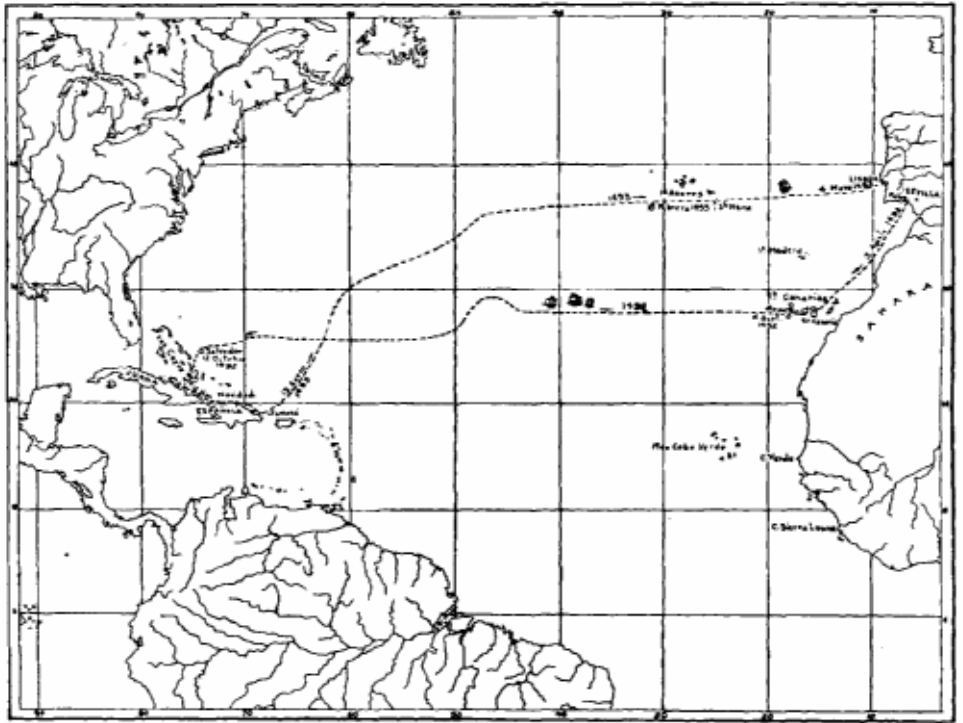
La nave Almiranta La Gallega, rebautizada por Colón Santa María, en honor a la virgen. Dibujo basado en la reconstrucción del arqueólogo naval italiano D'Albertis.



La Niña, que llevó el nombre de su propietario Cristóbal Niño, era la más ligera por poseer velas latinas. Cristóbal Colón la utilizó para su regreso al naufragar la Santa María.



La Pinta, propiedad de Cristóbal Quintero, se llamó así porque tomó el mando de ella Martín Alonso Pinzón, pues se acostumbraba nombrar los barcos por el apelativo de sus dueños o patrones. Era la nave cabecera.



La salida del primer viaje de Cristóbal Colon en 1492, se llevó a cabo a pesar del espanto de lanzarse a las profundidades de la “Mar Tenebrosa”, a los pavores de las sombras, a la tortura de los climas ígneos, a horribles tempestades o al marasmo de otras leyendas, una mar dormida y de una calma chicha con un aire muerto y sin viento.



Mapa de la costa norte de la isla La Española, dibujado por Colón en 1492: fue encontrado entre los restos del mutiladísimo cuaderno del Diario de Navegación del gran marino. La simbólica cruz, en la parte superior, corresponde a la que Colón colocó como señal de toma de posesión el 12 de diciembre de 1492, en el puerto de la Concepción. El examen paleográfico de este documento del archivo de los Duques de Alba, demostraron su autenticidad.

En el nombre de Dios
S. A. S.
X M Y
VIREY

++

Yo el Rey de Castilla por el Rey y
por el Rey de Portugal el Rey
Nuestro Señor de las Indias
Juan de Fonseca de Virrey de
Indias firmo

Yo el Rey de Castilla por el Rey y
por el Rey de Portugal el Rey
Nuestro Señor de las Indias
Juan de Fonseca de Virrey de
Indias firmo

S.
S. A. S.
X M Y
: Xpo FERENS. /

Distintas firmas de Colon. En la primera aparece con el titulo de Virrey y sus siglas, al pie de una merced otorgada por Colón, en nombre de los Reyes Católicos, a Juan Pestaña, tesorero de la Casa de Moneda de la isla La Española, el 29 de enero de 1500. La segunda fue estampada en un libramiento en favor de Francisco Murillo, hecho el 10 de diciembre de 1504, en Santo Domingo. Y la tercera, figura en una carta dirigida a los Reyes Católicos y tiene al pie el símbolo de Xristo-Ferens y las siglas del marino, de las que se han hecho diversas interpretaciones.



Reproducción del supuesto retrato de Cristóbal Colon, de la colección del archiduque Fernando de Tirol. Existe una copia en el Museo de la Marina, en Madrid, España.

Carta de Cristóbal Colón a su hijo Diego, sin fechar el año, pero tal vez de 1501, en la que se refiere a unos granos de oro “muy gordos”, para que



Se puede apreciar el trazo firme de dibujante y cartógrafo de Colón, así como la firma, donde junto a las conocidas siglas está el título de Almirante.

La Santa Treynidad guarde a V. A. como deseo y menester
habemos con todos sus grandes Estados y señorios / de Granada
a seis de febrero de mil y quinientos y dos años



.S.
.S. A .S.
X M Y
: Xpo FERENS. /

Carta de Cristóbal Colon a los Reyes Católicos, fechada en Granada, el 6 de febrero de 1502, donde expone algunas consideraciones sobre el arte de navegar. Dice textualmente:

“La Sancta Treynidad guarde á vuestras Altezas como deseo y menester habemos, con todos sus grandes Estados y señorios. De Granada a seis de hebrero de mil y quinientos y dos años”

La firma: (.S.) Supplex

(.S.) Servus (A) Altissimi (.S.) Servatoris

(X) Christus (M) Maria (Y) Joseph [Isabel] Xpo Ferens./”

La explicación de este facsímil es como sigue:

“La Sancta Treynidad guarde a

Vuestras Altezas como deseo y menester habemos, con todos sus grandes Estados y señorios. De Granada a seis de hebrero de mil quinientos y dos años.’

La firma la explica V. Margry del siguiente modo: Suplex Servus Altissimi Servatoris. Christus Maria Joseph Christoferens. Becher la traduce así: “Servidor Sus Altezas Sacras Jesús Maria Isabel Christoferens” Hay que saber que:

Xpo es la abreviatura del griego Kristos, que, seguida por la palabra latina ferens (portador), forma la Christoferens (portador de Cristo). (Citado en Rodolfo Cronau: ob. cit., p. 242.)

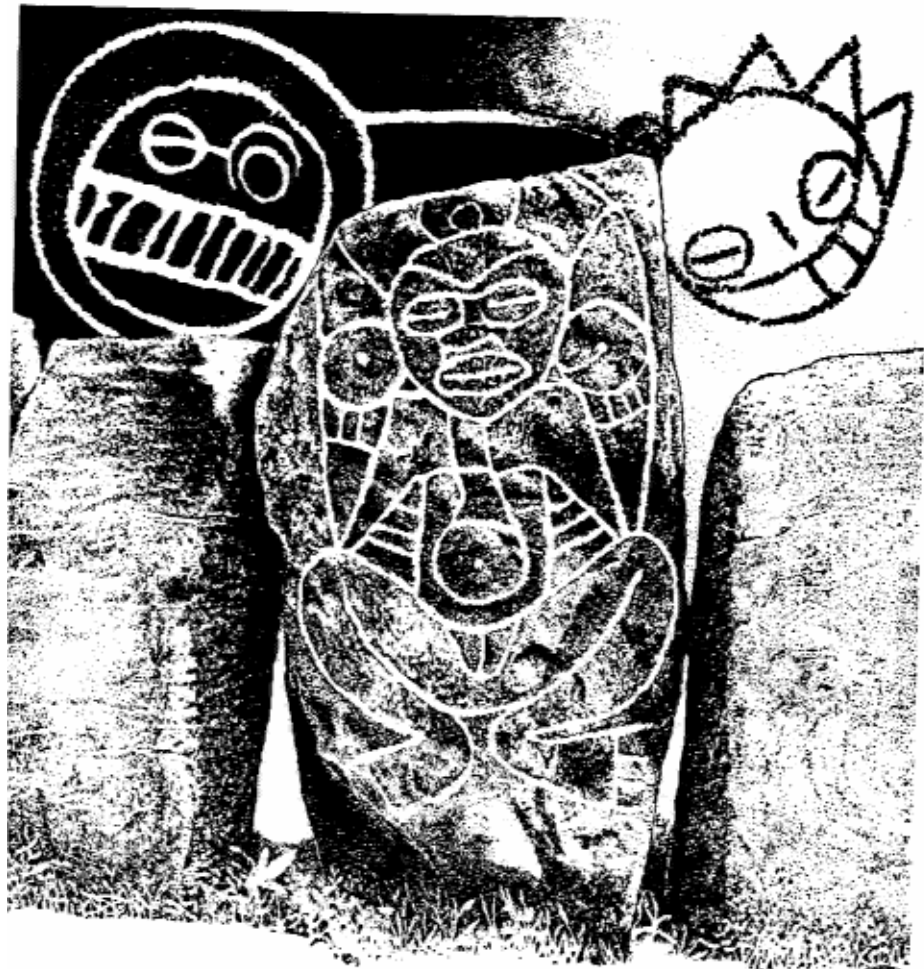


La muy adornada armadura de Cristóbal Colón, símbolo del invasor, es una muestra de la moderna técnica que lo protegía contra el inerme pueblo aborigen antillano.

Las Culturas Agroalfareras



Esta figura llamada Atabeyra está labrada en una de las piedras que rodean el área ceremonial de Capa, en Puerto Rico. De fondo, el Sol y la Luna tal y como están representados en la pictografía de la cueva de Las Mercedes, en Cuba. Debajo, un hacha y una cerámica taínas, como símbolo de estas culturas.



Las culturas agroalfareras

La Española tiene una provincia llamada Caonao, en la que está una montaña, que se llama Cauta, que tiene dos cuevas nombradas Cacibajagua una y Amayaúna la otra. De Cacibajagua salió la mayor parte de la gente que pobló la isla. Esta gente, estando en aquellas cuevas, hacía guardia de noche, y se había encomendado este cuidado a uno que se llamaba Mácoael, el cual, porque un día tardó en volver a la puerta, dicen que se lo llevó el Sol. Visto, pues, que el Sol se había llevado a éste por su mala guardia, le cerraron la puerta; y así fue transformándose en piedra cerca de la puerta. Después dicen que otros, habiendo ido a pescar, fueron presos por el Sol, y se convirtieron en árboles que ellos llaman jobos, y de otro modo se llaman mirobálanos.

El motivo por el cual Mácoael velaba y hacía la guardia era para ver a qué parte mandarían o repartirían la gente, y parece que se tardó para su mayor mal.

FRAY RAMON PANE ¹

¹ Fray Ramón Pané: Relación acerca de las antigüedades de los indios, nueva versión con notas, mapas y apéndices por Juan José Arrom. 3ra edición. Siglo XXI. México. 1978. p. 22.

Los grupos culturales de origen aruaco vivieron asentados en las costas del norte de Suramérica, particularmente en la zona norte de Venezuela, en la desembocadura del Orinoco y la región amazónica. A comienzos de nuestra era, los aruacos comenzaron a moverse para penetrar y conquistar el mar Caribe, remontando paulatinamente el rosario de islas que forman el arco antillano, donde evolucionaron insularmente para convertirse en expresiones locales muy definidas, según el arqueólogo dominicano Marcio Veloz Maggiolo.

Los aruacos eran tribus agrícolas que, además, modelaban y, más tarde, corrieron el barro. Por esta razón se ha llamado a sus grupos “culturas agroalfareras” o “ceramistas”. Estas denominaciones tienen una importante connotación, ya que la elaboración de piezas de alfarería da una traza a los estudiosos para relacionarlas con características, estilos y culturas, y a éstos con etapas o estadios de evolución y fechas. La cerámica es en sí una referencia con la que se puede contar para la interpretación de sus costumbres, formas de vida y otros tipos de manifestaciones.

A la llegada de los españoles, el primer contacto de Colón —relatado en su Diario— fue con los grupos aborígenes agroalfareros lucayos (subtaínos) que poblaban las Lucayas o Bahamas, quienes tenían contactos más directos con la isla de Santo Domingo que con Cuba, a pesar de estar mucho más cerca. Días después del primer contacto, los descubridores encontraron en Cuba grupos culturales similares, que se habían asentado aquí procedentes de Santo Domingo. Estos grupos habían llegado en oleadas sucesivas a la mayor de las Antillas y habitaban también Puerto Rico.

Por otra parte, en las Antillas Menores se estaba produciendo, en esa época, el asentamiento de grupos aborígenes muy belicosos llamados “caribes”, que ocupaban las islas de Trinidad, Granada, hasta Guadalupe.

La clasificación de las culturas ceramistas antillanas se realiza sobre la base de sus grupos culturales, todos dentro del ámbito aruaco.

Los grupos igneri, amerindios que se establecieron y poblaron la isla de Trinidad, antes de que las invasiones caribes la conquistaran, dejaron huellas en Islas Vírgenes, Puerto Rico y Santo Domingo.

Los taínos eran el grupo cultural más avanzado y dejaron expresiones culturales muy características que hoy se encuentran en los yacimientos arqueológicos estudiados por los especialistas, en los que aparecen restos de cerámica con incisiones de motivos ornamentales en secuencias que se logran en formas complicadas como vasos efigies y potizas. En cuanto a formación cultural, las crónicas de los descubridores y colonizadores informan que tenían conocimientos de la agricultura para la explotación y utilización de distintas especies de cultivos, y conocían el uso del riego. En las actividades superestructurales, como el uso de plazas ceremoniales para cultos tribales, el juego de batos o pelota; y en las manifestaciones religiosas, como el culto de la cohoba y el areito, ponían de manifiesto un grado superior de desarrollo que el resto de los grupos aborígenes. El artesano taíno dominó también la talla y el pulimento de la madera y el de la piedra para la confección de objetos característicos de sus cultos y de su mundo mágico, las cuales se han convertido en verdaderas maravillas del arte primitivo americano. La cultura taína se estableció en Santo Domingo, Bahamas, Islas Vírgenes, Puerto Rico y la región más oriental de Cuba.

Los ciguayo-macorix, quienes se identifican en su primera etapa, claramente, por sus diferencias con los taínos asentados en la isla de Santo Domingo en lo referente al lenguaje y otras manifestaciones —según relatan los cronistas—, fueron asimilados en su etapa final por los grupos taínos más tardíos y más desarrollados.

Los llamados subtaínos forman un grupo clasificado así, de forma especializada, por los arqueólogos, ya que los cronistas no repararon en sus diferencias. Estos grupos amerindios pretaínos, se fueron desplazando de este a oeste, debido a la presión ejercida por la llegada de nuevos grupos taínos quienes, en oleadas sucesivas, los obligaron a emigrar en esa dirección.

Su cerámica es más sencilla que la taína, pero, por lo demás, son muy semejantes. Los subtaínos se establecieron en Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Jamaica. Por último, el lucayo, grupo americano subtaíno, se encontraba en proceso de evolución hacia el taíno, con una expresión cerámica muy parecida a la de éste. Los lucayos habitaban en las islas Bahamas.

Todos estos grupos de origen aruaco (taínos, caribes y otros) dieron lugar a los procesos de ocupación insular mencionados arriba, en los primeros

trescientos años de nuestra era. Antes de estas invasiones, unos dos mil años antes de nuestra era, se había producido el asentamiento de otras tribus aborígenes reagrícolas que se sustentaban por medio de la recolección, la caza y la pesca. Estos grupos reagrícolas fueron desplazados posteriormente por los grupos agroalfareros, de mayor desarrollo sociocultural. Casi toda la información existente sobre los grupos preagrícolas es de origen arqueológico. Sin embargo, no fue frecuente el hecho de que se unificara el estudio del área antillana, pues prevaleció el interés por la labor individual, por islas, y proliferó el acaparamiento del material arqueológico en colecciones privadas. No ha existido, en el conjunto del área antillana, interés oficial por estudiar la cultura aborigen ni por salvaguardar el patrimonio de las naciones caribeñas, divididas, primero, en posesiones coloniales. Más tarde, al desinterés de los gobiernos regionales del neocolonialismo en la conservación del patrimonio, se sumó el vandalismo y el despojo. En años recientes, especialistas norteamericanos y europeos han llevado a cabo investigaciones del área antillana, que si bien aportaron criterios inteligentes sobre las culturas aborígenes, también alentaron el desperdicio de las muestras de estas culturas, enriqueciendo las colecciones de las instituciones a las que pertenecían o que los enviaron a realizar sus estudios.

Sólo ahora, en el caso de Cuba, la política cultural del Gobierno Revolucionario sigue una línea consecuente para la protección del patrimonio nacional, aunque algunos gobiernos del área comienzan a esforzarse por salvaguardar sus identidades nacionales frente a intereses incalificables. De la visión panorámica que en la actualidad se tiene de las culturas de las Antillas, se destacan los siguientes aspectos sobre la cultura ceramista antillana:

La población aborigen agroalfarera ascendía a una cifra entre 20 000 y 500 000 pobladores, en el momento del Descubrimiento. Los cronistas Gonzalo Fernández de Oviedo y Las Casas exageran esa cifra, pero los cálculos precisos no se pueden hacer sin contar con métodos demográficos modernos, los cuales se hacen sobre la base del estudio minucioso de las áreas de habitación y las secuencias de cultivo de los pueblos que practicaron la agricultura —por ejemplo el cultivo de roza—, y en el análisis de su producción y consumo. La caza y la pesca, sin embargo, no arrojan ninguna luz sobre estas cifras.

La agricultura era básica —complementada con el aprovechamiento de los recursos naturales— para la sustentación y el asentamiento de estos pueblos. El sistema principal de cultivo era el llamado “de roza”, asistido en algunos lugares por métodos rudimentarios de riego. El instrumento

más utilizado por el agricultor era la coa, palo aguzado y endurecido en uno de sus extremos por medio del fuego, con el cual se cavaba la tierra para sembrar la yuca, con la que se confeccionaba el casabe; o se sembraba el maíz, para confeccionar el atol. Las áreas de cultivo o conucos se preparaban mediante la tala y la quema, y en ellas se plantaban los esquejes o trozos del cultivo, o los granos. Se cultivó también el ajé o boniato y el ají para condimentar.

La producción agrícola se complementaba con la recolección de frutos silvestres, entre ellos el mamey, el anón, el caimito, la piña, el hicaco, la guanábana, la guayaba y los frutos de la tuna y la pitahaya. El maní y el algodón se colectaban silvestres, aunque éste último también se cultivó, así como el tabaco, de singular importancia.

La captura de animales en las orillas de ríos y mares suministró una amplia dieta de crustáceos, moluscos, peces y mamíferos, complementada con la recolección de huevos y la captura de reptiles. Las tortugas, además de carnes y conchas, proporcionaban aceite, y del agua de mar extraían sal, aunque también la obtenían de la maceración de los carapachos de los cangrejos. A la caza menor de aves y reptiles unían la de grandes especies como el manatí o la foca tropical.

Para la pesca en ríos y mares empleaban anzuelos y redes, y un método llamado “cuabear”, que realizaban de noche, deslumbrando los peces en las zonas bajas con teas encendidas para capturarlos.

Los aborígenes cocinaban sus alimentos por ser conocedores del uso del fuego y por contar con un variado ajuar cerámico para esos fines. Conocían, además, técnicas para ahumar los alimentos en las barbacoas.

Los antillanos conocían distintos tipos de bebida, logradas por medio de la fermentación de productos de origen vegetal, de donde obtuvieron los ingredientes para una amplia farmacopea. Algunas de estas bebidas eran estimulantes y algunos de los productos de su farmacopea eran inhalados con propósitos alucinógenos para provocar un éxtasis ritual en el llamado “culto de la cohoba”.

La artesanía había evolucionado no sólo en la cerámica sino también en la manufactura de adornos, vestidos y en una incipiente “industria” textil y de cordelería.

“Son gente muy sin mal ni de guerra: desnudos todos, hombres y mujeres, como su madre los parió. Verdad es que las mujeres traen una cosa de algodón solamente tan grande que les cobija su natura y no más.. .”¹

¹Cristóbal Colón. Citado en José M. Guarch Delmonte: El taíno en Cuba, Dirección de Publicaciones, Instituto de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1978, p. 173.

La ornamentación en hueso, piedra y concha fue muy amplia. Estos materiales eran ricamente tallados y se usaban en brazaletes y tobilleras. En su aspecto personal se destacaba la deformación física del cráneo. Sobre la apariencia de los indios antillanos es interesante el siguiente testimonio de Andrés Bernáldez:

En la canoa más grande vino él, (el cacique) en persona con su esposa y dos hijas, una de las cuales tenía alrededor de dieciocho años, muy bella, completamente desnuda, como ellos acostumbran y muy pudorosa;... En su canoa él llevaba a un hombre como heraldo. Este joven se paraba solo en la proa de la canoa usando un peto de plumas rojas de forma parecida a una cota de armas y en su cabeza usaba una gran corona de plumas que lucían muy finas y en sus manos llevaba una bandera blanca sin diseños. Dos o tres hombres, tenían sus caras pintadas, con colores en un mismo diseño, y cada uno usaba sobre su cabeza un gran yelmo de plumas, y en su frente un disco redondo, tan grande como un plato y cada uno estaba pintado como los otros en los mismos diseños y colores, de tal modo que estaba de modo uniforme, como también las plumas. Cada uno llevaba en sus manos un objeto que sonaba. Había otros dos hombres pintados de diferentes maneras y éstos llevaban dos trompetas de madera todas cubiertas con pájaros y otros diseños: la madera de las cuales estaban hechas era muy negra y fina. Cada uno de ellos usaba un casco muy bello de plumas verdes muy apretadas y puestas juntas. Otros seis usaban yelmos de plumas blancas y todos ellos pertenecían al séquito de guardadores de los objetos del cacique. El cacique usaba alrededor de su cuello algunos ornamentos de cobre que ellos llaman “guaní” de una isla de la vecindad, el cual es muy fino y luce como oro de 8 quilates. Era en forma de flor de lis y tan grande como un plato. Usaba alrededor del cuello, una sarta de cuentas grandes de mármol, que ellos consideraban de gran valor, y en su cabeza usaba una corona de pequeñas piedras ensartadas e intercaladas con algunas blancas mayores, con muy bello aspecto; y también usaban una gran pendiente sobre su frente, y de sus orejas colgaban dos grandes discos de oro con pequeños colgantes de pequeñas cuentas verdes. Aunque iba desnudo, usaba una faja de la misma confección de su corona pero todo el resto de su cuerpo estaba a la intemperie. Su esposa también iba adornada y desnuda, su cuerpo a la intemperie, excepto en una pequeña parte de sus genitales que se cubría con una cosita de algodón, no más grande que una cáscara de naranja. Usaba en sus brazos, por debajo de las axilas, unos rollos de algodón tales como las hombreras que se usaban en la antigua moda francesa, y dos similares, pero más grandes, en cada pierna, debajo de la rodilla, como las ajorcas moriscas. La mayor y más bella de las hijas iba completamente desnuda. Solamente usaba alrededor de su cintura una pequeña sarta de piedras muy negras, de la cual colgaba algo como una hoja de parra hecha de piedras verdes y rojas, puestas sobre una tela de algodón.¹

¹Andrés Bernáldez. Citado en José M. Guarch: ob. cit., p. 174.

De las viviendas y poblados hay múltiples descripciones de los cronistas. Las crónicas varían en el cálculo del número de habitantes de las aldeas y las mayores no pasaban de unos pocos cientos de personas, en relación con las zonas de sustentación y producción alimenticia. En las casas habitaban unas veinte personas, incluidos niños y adultos. Según las describe Las Casas, las comunidades aborígenes tenían “cuatro calles en cruz, quedando el pueblo en el medio”,¹ y: “Tenían una plaza comúnmente ante la puerta de la casa del señor, muy barrida, tres veces más luenga que ancha, cercada de unos lomillos de un palmo o dos de alto...”²

Los pobladores de Puerto Rico y Santo Domingo eran los más organizados. En las aldeas de Borinquen y Quisqueya tenían un batey para actividades tribales como areitos y batos, según han confirmado las excavaciones arqueológicas de los yacimientos, ya que de los materiales de construcción de las viviendas no se conservan restos.

La técnica de construcción que usaron los taínos se basaba en la misma técnica de los aruacos continentales y de los caribes insulares. Muchas de éstas sobreviven todavía en las humildes viviendas de los campesinos de las repúblicas antillanas.

Las viviendas aborígenes eran de dos tipos, el caney de base circular y techo cónico, y el bohío de base rectangular y techo de dos aguas. Los materiales de construcción empleados eran de origen vegetal, básicamente yaguas y hojas de palma, con cierta preferencia por las hojas de yarey y manaca, que también se cubrían con hierba. En las armazones y varales se usaban cañas bravas atadas con jirones de yagua en forma de cintas, llamadas ariques, o por medio de cabuyas obtenidas de la majagua.

En las comunidades aborígenes hubo casas comunales o de linaje que albergaban a muchas familias. Colón mencionó una de ellas, vista en la costa norte de Cuba durante su primer viaje: “debía ser de alguno principal de linaje, porque era de manera que se acogían en ella mucha gente, y debían ser parientes descendientes de uno solo”.³ Los arqueólogos han realizado trabajos para encontrar posibles huellas de las aldeas y, en particular, de las viviendas mediante la búsqueda de señales de bases, postes o pilotes, pero no han obtenido datos que compensen su esfuerzo. Sin embargo, existen suficientes datos de los cronistas sobre la forma y aspecto de las viviendas aborígenes, de la distribución en las aldeas y poblados, de las casas para distintos usos y de las llamadas “comunales”.

¹ Fray Bartolomé de las Casas. Citado en Felipe Pichardo Moya: Cuba precolombina, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1949, p. 63.

² Ibid pp. 63-64.

³ Cristóbal Colon. Citado por Felipe Pichardo Moya: ob. cit., p. 62.

El 6 de noviembre de 1493, Colón señala en su Diario: "Ayer en la noche... vinieron los dos hombres que había enviado a ver a la tierra adentro, y le dijeron cómo habían andado doce leguas y que había hasta una población de cincuenta casas..."¹ Y más adelante describe el parecido de algunos edificios rústicos con las carpas circulares y su concepto comunal: "diz que había vecinos porque viven muchos en una casa. Esas casas son de manera de alfaneques grandísimos."²

Fernández de Oviedo también describe una casa circular de Haití: Hincaban muchos postes a la redonda de buena madera y de la groseza (cada uno) conveniente, y en circuito a cuatro ó cinco pasos al poste: e sobre ellos, después de hincados en tierra por encima, en los altos ponen sus soleras, é sobre aquellas ponen en torno la vara con (que es la templeadura para la cubierta), las cabezas ó grueso de las varas sobre las soleras que he dicho, á lo delgado para arriba, donde todas las puntas de las varas se juntan é resumen en punta, á manera de pabellón. E sobre las varas ponen de través cañas o latas de palmo a palmo (ó menos), de dos en dos (ó sencillas), é sobre aquesto cubre de paja delgada é luenga: otros cubren con hojas de bihaos otros con hojas de palma y también con otras cosas. En lo baxo, en lugar de paredes la solera á tierra de poste á poste, ponen cañas hincadas en tierra, somera é tan juntas como los dedos de las manos juntas, á una á par de otra hacen pared, é átanlos muy bin con bexucos que son unas venas ó correas redondas que se crían revueltas a los árboles (y también colgando dellas) como la correhuela: Los quales bexucos son muy buena atadura, porque son flexibles é taxables. é no se pudren, é sirven de clavazon e ligazon en lugar de cuerdas y de clavos para atar un madero con otro é para atar las cañas assi mismo, El buhio ó casa de tal manera fecho llamase caney.

Las informaciones sobre el mobiliario y otros tipos de equipamiento son escasas. Consistía básicamente en hamacas, cerámicas, cestas, jícaras, jabas colgadas de las paredes con múltiples objetos, una serie de artefactos de uso hogareño, esteras, vasijas de cerámica, de origen vegetal o de concha, burenes, majaderos y avios de pesca y armas de caza. Fernández de Oviedo describió el mobiliario religioso de las casas aborígenes que visitó:

no he hallado en esta generación cosa entrellos mas antiguamente pintada ni esculpida ó de relieve entallada, ni tan principalmente acatada é reverenciada, como la figura abominable é descomulgada del demonio, en muchas e diversas manera pintado ó esculpido, ó de bulto, con muchas cabezas é colas é biformes y espantables é caninas é feroces dentaduras, con grandes colmillos, é des

¹ Cristóbal Colon. Citado por Ernesto Tabío y Estrella Rey: ob. cit., p. 161

² *Ibíd.*

³ Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en José M. Guarch Delmonte ob. cit., pp. 156- 157

mesuradas orejas, con encendidos ojos de dragón è feroz, serpiente, é de muy diferenciadas suertes; y tales que la menos espantable pone mucho temor y admiración... Al qual ellos llaman cemí, y a este tienen por su Dios, y a este piden el agua, ó el sol, ó el pan, ó la victoria contra todos sus enemigos y todo lo que desean.¹

Todavía no se ha llegado a conocer completamente el significado de muchas de las representaciones tutelares o espíritus familiares, llamados cemíes. Estos son ídolos que proliferaban por su carácter religioso. Muchos de ellos aparecían en posición acurrucada; otros, en otras posiciones. Además de los cemíes existían numerosos amuletos y manifestaciones del culto a los antepasados; entre ellas, la conservación de sus cráneos para venerarlos. La religión de los aborígenes antillanos era animista. Creían que cuando el alma se encontraba en el cuerpo de la persona viva se llamaba “boeiz” y que cuando la persona moría, el alma la abandonaba y se convertía en la “opita”, que era igual a las personas que carecían de ombligo. Según la mítica creencia, las almas salían por las noches a comer guayabas. Las almas de los muertos viajaban a Coaybay, paraíso semejante al de la religión católica.

El sacerdote Ramón Pané obtuvo informaciones acerca de algunos mitos taínos en La Española, por mandato de Colón. Los mitos taínos explicaban la formación del mundo y el origen de los hombres, y de la Luna y el Sol. Contaban también historias de los héroes taínos.

Los cemíes de piedra —según Pané— son de diversas suertes. Hay algunos que dicen extraen los médicos del cuerpo, y los enfermos consideran que son mejores para hacer parir a las mujeres preñadas. Hay otros que hablan, los cuales tienen forma de gran nabo, con las hojas extendidas por tierra, y largas como alcaparras; estas hojas, por lo general, se parecen a las del olmo; otras tienen tres puntas, y creen que ayudan a nacer la yuca.² Este cemí de tres puntas, al que se refiere Pané, es un trigonolito, dios agrario taíno correspondiente a su periodo final de desarrollo. Los trigonolitos se han localizado principalmente en Santo Domingo y Puerto Rico. En Cuba y Bahamas se ha encontrado sólo otro tipo, más pequeño, llamado microtrigonolito.

El doctor José Juan Arrom considera que los aborígenes tuvieron un concepto de la existencia de un ser supremo, al que llamaron por diversos nombres locales. Para el aborígen era de gran importancia la veneración de los espíritus malignos y ganar la buena voluntad de los considerados

¹ **Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en Manuel Rivero de la Calle: ob. cit., p. 120.**

² **Fray Ramón Pane. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: Arqueología de Santo Domingo McGraw-Hill Eastern Publications (S) Ltd., Singapur., 1978. p. 252**

benefactores. Debido a estas creencias proliferaron los cemíes, y su cultura derivaba hacia la implantación de cultos tribales, con mayor participación de la población.

Como agroalfareros, los aborígenes antillanos llegaron a ser buenos artífices. también se destacaron en el ornamento, talla y pulido de la piedra, la concha y el hueso; en particular, en los objetos confeccionados bajo la emoción mística del creyente o con sus conocimientos médicos ligados a su farmacopea vegetal y a sus ritos mágicos.

La organización social de las tribus agroalfareras insulares de origen aruaco era la de una sociedad de características matriarcales, en la cual la familia giraba en torno a la mujer. Esta concepción no se basaba sólo en la indudable consanguinidad del hijo y la madre como garantía de los lazos hereditarios, sino también por la función de la mujer dentro de las primitivas relaciones económicas de producción.

Según Colón, las mujeres cargaban con la peor parte del trabajo. Cultivaban, preparaban los alimentos, trabajaban los tejidos, la alfarería, etcétera. “Las mujeres —escribió—, me parece que trabajan más que los hombres.”¹ No obstante la importancia del papel desempeñado por la mujer antillana, ya se notaban signos de que la organización gentilicia aborígen comenzaba su tránsito hacia el patriarcado.

Los rasgos matriarcales de las comunidades agroalfareras aruacas mostraban su presencia básicamente con el reconocimiento del derecho de herencia por línea materna, como en el caso de la cacique Anacaona y el de una cacique caribe mencionada por Pedro Mártir de Anglería: dejan herederos del reino al primogénito de la hermana mayor (del cacique fallecido), si la hay: si no, al de la segunda; y si ésta no tiene prole, al de la tercera, porque hay certidumbre de que aquélla es prole nacida de la sangre; pero a los hijos de sus esposas los tienen por ilegítimos.²

El matrimonio sindiásmico de los aborígenes aruacos insulares es una muestra del predominio de las instituciones matrilineales porque “e después que muchos la han probado, sale ella sacudiendo el brazo, el puño cerrado é alto, diciendo en alta voz: Manicato, Manicato: que quiere decir esforzada ó fuerte é de grande ánimo, quassi loándose de que es valerosa é para mucho”.³

De los asentamientos de origen aruaco, los Caribes fueron los más belicosos. Los taínos eran pacíficos y los ciguayos, más aguerridos.

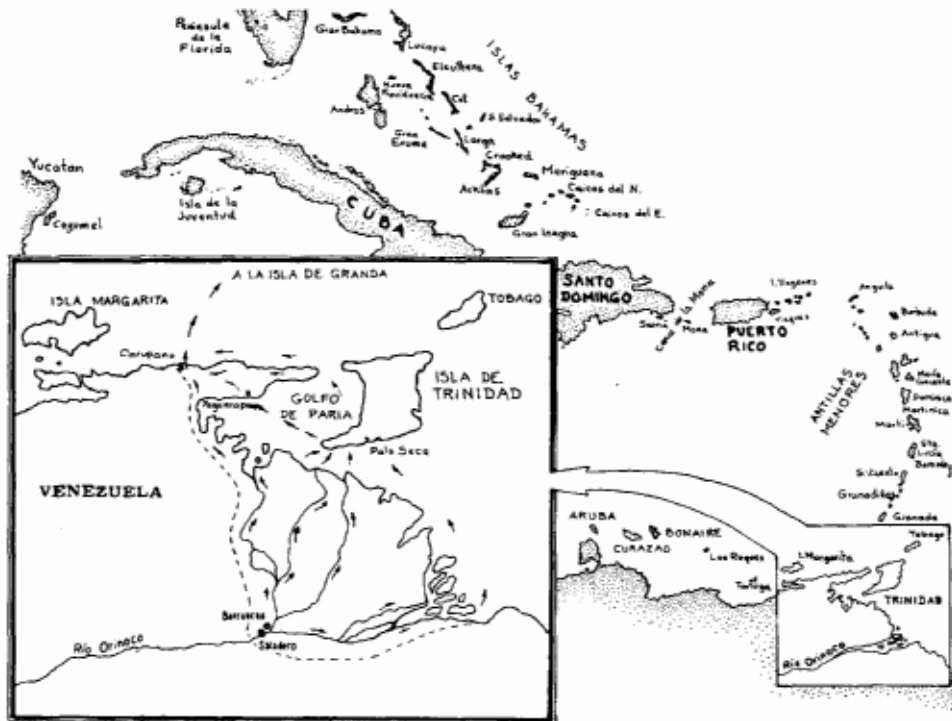
¹**Cristóbal Colón. Citado en José M. Guarch Delmonte: ob. cit., p. 165.**

²**Pedro Mártir de Anglería. Citado en José M. Guarch Delmonte: ob. cit., p. 164.**

³**Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en José M. Guarch Delmonte: ob. cit., p. 165.**

Las tribus basaban su trabajo en la cooperación; es decir, mediante el trabajo colectivo y la distribución equitativa entre los miembros de la comunidad. Mártir de Anglería dijo de los taínos: “Tienen ellos por cierto que la tierra, como el sol y el agua, es común, y que no debe haber entre ellos mío y tuyo.”¹

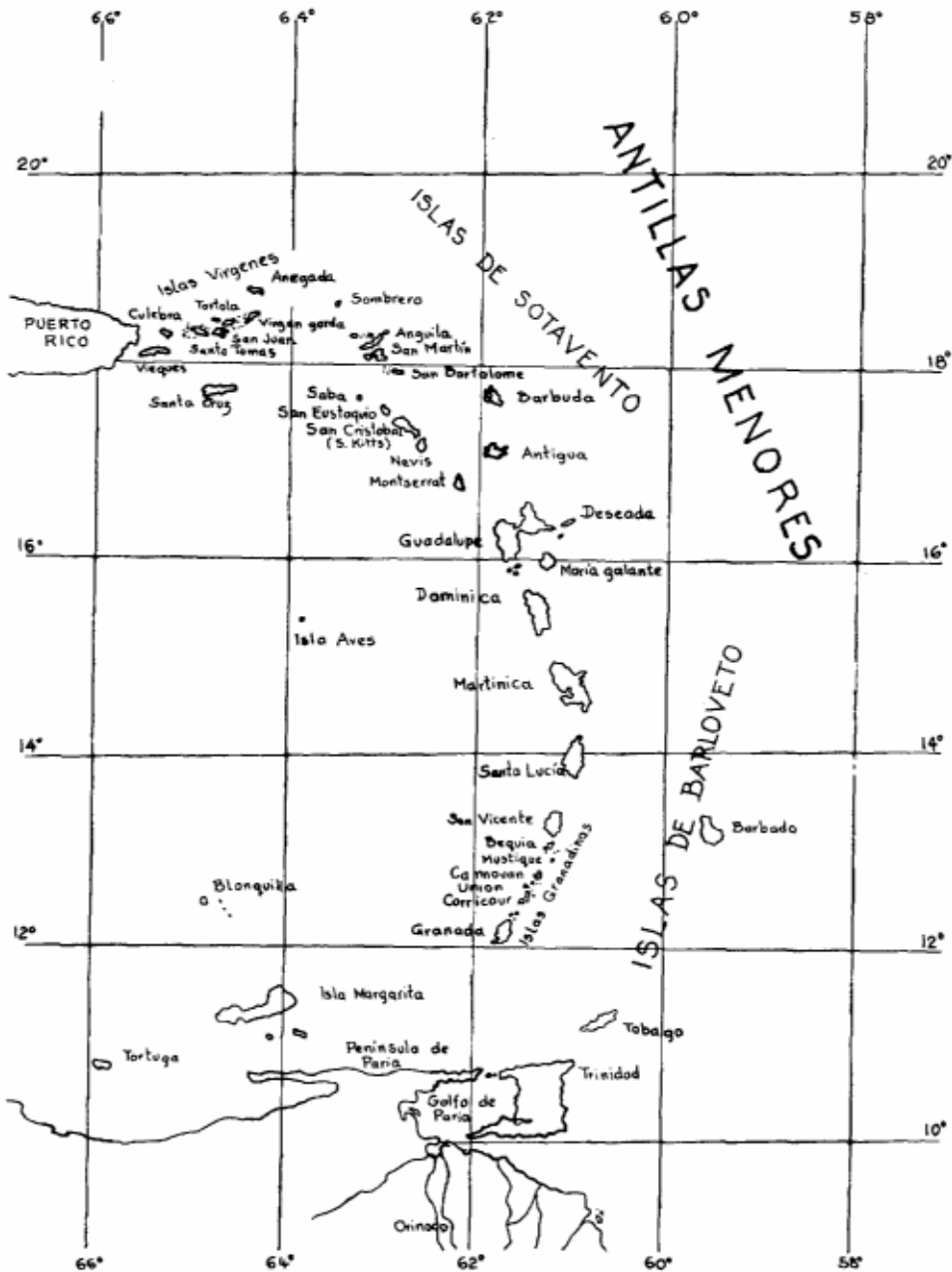
¹ Pedro Mártir de Anglería, Citado en José M. Guarch Delmonte: ob. ct., p. 166.



Mapa de las supuestas rutas marítimas de la migración aruaca, desde Saladero hasta las islas de Trinidad y Granada. Es lógico pensar que aprovecharan la vía acuática, y avanzaran de isla en isla hasta occidente, como lo atestigua el rastro de cerámicas y otros objetos dejados en sus asentamientos, seguidos hoy por los estudiosos, arqueólogos, etnólogos e historiadores.



Las culturas ceramistas radicadas insularmente en las Antillas son continuación de culturas del mismo tipo, ubicadas, al principio de nuestra era, al norte de Venezuela y en los alrededores de la desembocadura del río Orinoco, y que fueron remontando el arco antillano en sucesivas migraciones. Los aruacos pobladores de la isla Trinidad procedieron a migrar, obligados por la presión de conquistadores caribes. Estos aruacos agroalfareros dieron origen a la denominación, puramente cultural, llamada igneri, y dejaron muestra de esta cerámica en Trinidad, las Antillas Menores, Islas Vírgenes, Puerto Rico y la isla de Santo Domingo.



ANTILLAS MENORES

ISLAS DE SOTAVENTO

ISLAS DE BARLOVENTO

PUERTO RICO

Islas Virgenes

Anegada

Sombrero

Virgen gorda

Anguila

San Martin

San Bartolome

Barbuda

Antigua

Saba e

San Eustaquio

San Cristobal (S. Kitts)

Nevis

Montserrat

Guadalupe

Deseada

Maria galante

Dominica

Isla Aves

Martinica

Santa Lucia

San Vicente

Bequia

Mustique

Canouan

Utrique

Corricour

Granada

Islas Granadinas

Barbado

Blonquilia

Isla Margarita

Tortuga

Peninsula de Paria

Golfo de Paria

Tobago

Trinidad

Orinoco



Las Antillas Menores son un rosario de islas que se dividen en islas de Sotavento y Barlovento, para formar lo que se denomina el arco antillano. Ellas enlazan las grandes Antillas con el continente.

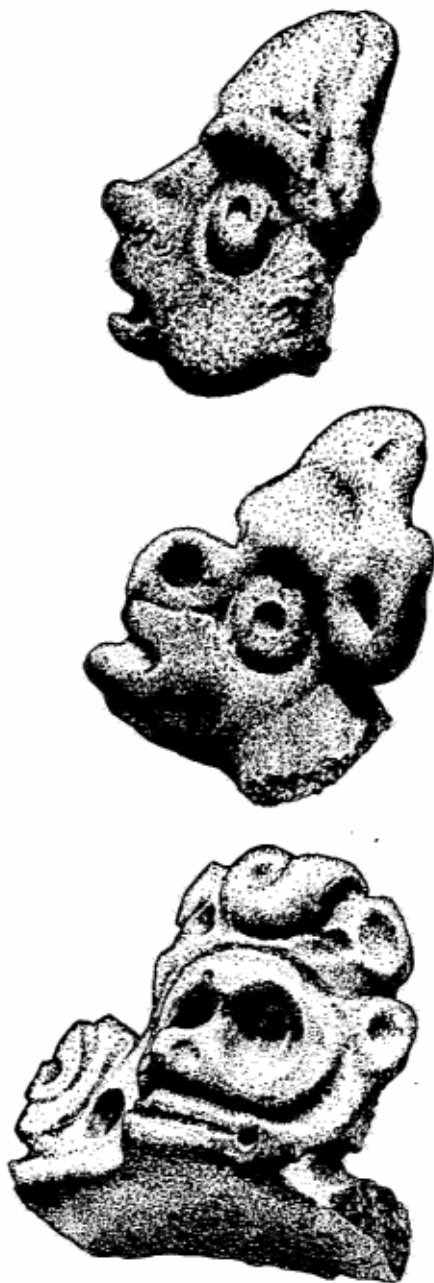
En la costa sur de la República Dominicana, en el yacimiento nominado La Caleta, se han localizado cerámicas y otros objetos de diseño y estilo igneri. Considerados los primeros agroalfareros, arribaron a esta isla con anteriores pobladores preceramistas. Posibles pugnas por el territorio no permitieron que éstos penetraran hacia el interior.

Hacha, denominada igneri de Santo Domingo, de 23,5 cm de largo. Del catálogo del Museo Arqueológico Región Altos de Chavon.

Cerámica igneri de estilo saladoide, con decorados de diseños geométricos, pintados en blanco sobre rojo. Es propia de los grupos agroalfareros de la zona Orinoco-amazónica, que en los siglos del i al m d.n.e. dio inicio al período neoindio en las Antillas.



Los grupos agroalfareros igneri, poseían formas y diseños en decoración muy típicos, como esta bella potiza de 14 cm de altura, procedente del yacimiento de La Caleta, en la República Dominicana.



Según el arqueólogo dominicano doctor Marcio V. Maggiolo, estas asas de cerámicas, encontradas en la zona de Ciguaya, mantienen aspecto barrancoide.

UTENSILIOS COMUNES DE LAS CULTURAS AGRO-ALFARERAS
TAÍNOS Y SUBTAÍNOS

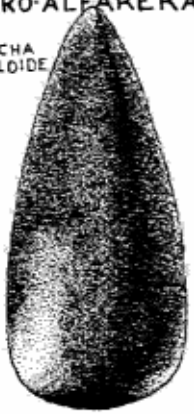
MANO
DE
MORTERO



PERCUTORES



HACHA
PETALOIDE



BURIL

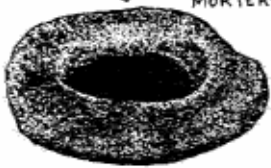


LABOR LÍTICA



SUMERGIDOR
DE RED
CON MUESCAS

MORTERO



CONCHA



ESCOFINA
DE CORAL



COLGANTE DEL
GÉNERO OLIVA



CUENTA



GUBIA



VÉRTEBRA
DE PESCADO

CERÁMICA

VASIJAS DE DISTINTAS
FORMAS



Utensilios confeccionados en piedra, concha y barro, de uso cotidiano, común a los grupos agroalfareros, y son los encontrados más frecuentemente en las labores arqueológicas. Estos útiles derivaron a formas más complejas y tomaron un sentido ceremonial, pasando de hecho a ser manifestaciones superestructurales de estos mismos grupos.

La pesca con redes y anzuelos fue una de las actividades que constantemente realizaban a la orilla del mar y en los ríos. Cuando los peces habían remontado el río, cerraban su desembocadura, para aprovechar la pleamar y bajamar de las aguas. Con esta técnica lograban atrapar gran cantidad de peces. La pesca era colectiva.



La partida de caza capturó una gran pieza, lo que provocó la algarabía de la muchachada de la tribu.



Los aborígenes antillanos conocían distintos métodos para preparar sus alimentos, entre ellos, la utilización del fuego.



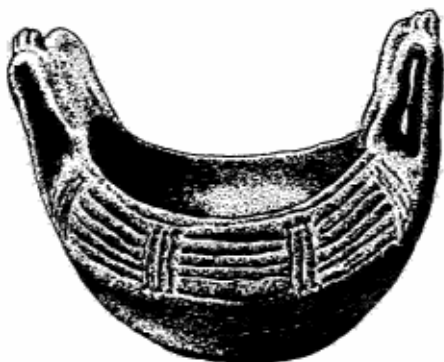
El alfarero aborígen antillano no conoció el torno y debió utilizar el sistema llamado de enrollado, que consiste en la superposición anular de delgados cilindros de barro blando, hasta lograr la forma de la vasija. Ésta luego era perfeccionada, gracias a la habilidad manual del artesano. La imagen está reconstruida a partir de una foto de una tribu contemporánea continental del ámbito aruaco.

Los pobladores ostiones son considerados subtaínos, y en su característico estilo cerámico, hallado en punta de Ostiones, cabo Rojo, en Puerto Rico, se notan manifestaciones tardías del estilo igneri. Se supone que más tarde se inicia una fusión de cultura de estos grupos agroalfareros en las islas de Santo Domingo, Jamaica y Cuba.





La vasta producción alfarera taína se caracteriza por las técnicas decorativas con diseños incisos, a manera de banda, de gran simetría bilateral. Las asas de formas figurativas nos hace pensar en su carácter simbólico y totémico. Las piezas ilustradas proceden de Santo Domingo y promedian 11 cm de alto por 15 cm de ancho.



El estilo Macao de Santo Domingo es un nuevo tipo de cerámica antillana que se caracteriza por las asas elevadas, de forma triangular, muy originales, y la decoración incisa. Fue quizás el inicio del estilo Boca Chica. Promedian 9 cm de altura en el centro, en los extremos, incluyendo las asas, unos 14, y un diámetro de aproximadamente 20 cm.

La cocción de la alfarería aborigen siempre ha sido un punto de discusión. En la secuencia que se presenta se trata de dar luz sobre el método del llamado de horno abierto. En la primera ilustración se ve la colocación de una camada de leña con vasijas puestas sobre ellas en posición boca arriba; dentro de las vasijas se colocaban pequeños pedazos de leña encendida para una mejor cocción.

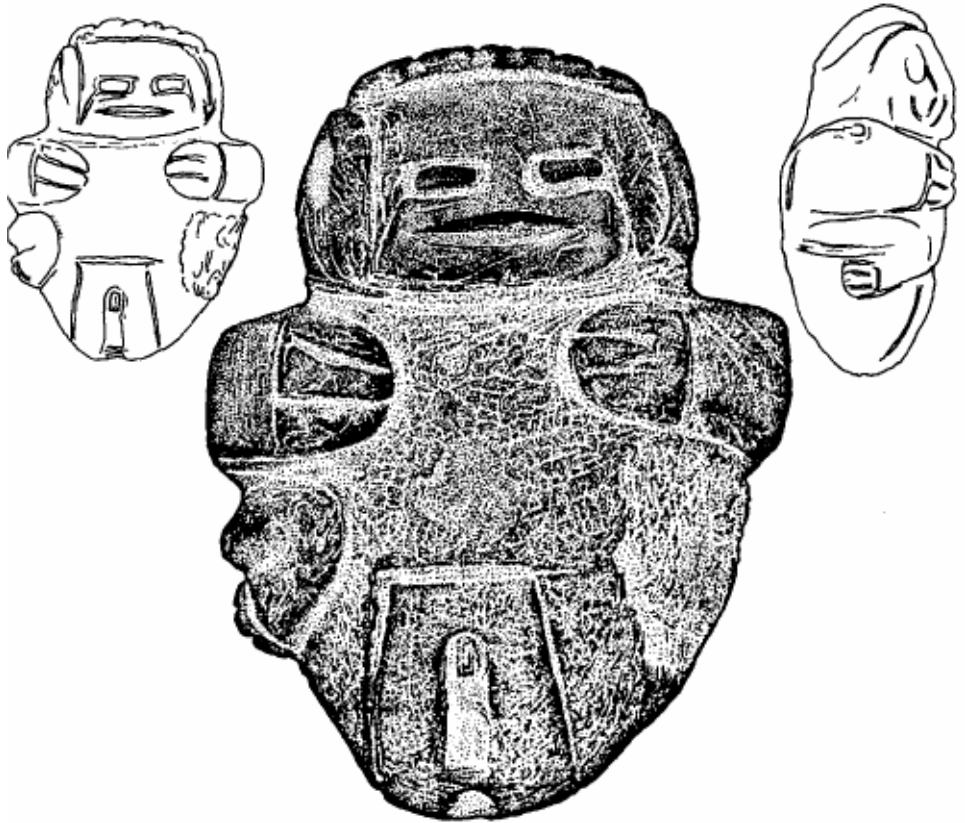


En la siguiente, las piezas se juntan unas contra otras y se les comienza a cubrir con leña. Se fabricará un trípode que servirá de base, soporte y aislante del recubrimiento con leña en forma piramidal para confeccionar el hogar. Al final vemos el túmulo o amontonamiento de leña que sirve para formar el hogar donde se colocan las piezas, y de esta forma intensifican el fuego y el calor en esa zona.

Entre las cosas que podemos imaginar a partir de la descripción de los cronistas se encuentra la gran casa comunal circular de techumbre cónica, que sirve de albergue para varias familias, y que coincide con el llamado caney. Este tipo de edificación existe también entre los aruacos continentales, junto a las casas rectangulares llamadas bohíos, de los aborígenes antilla nos, u otras chozas de techo de hojas y doble vertiente.

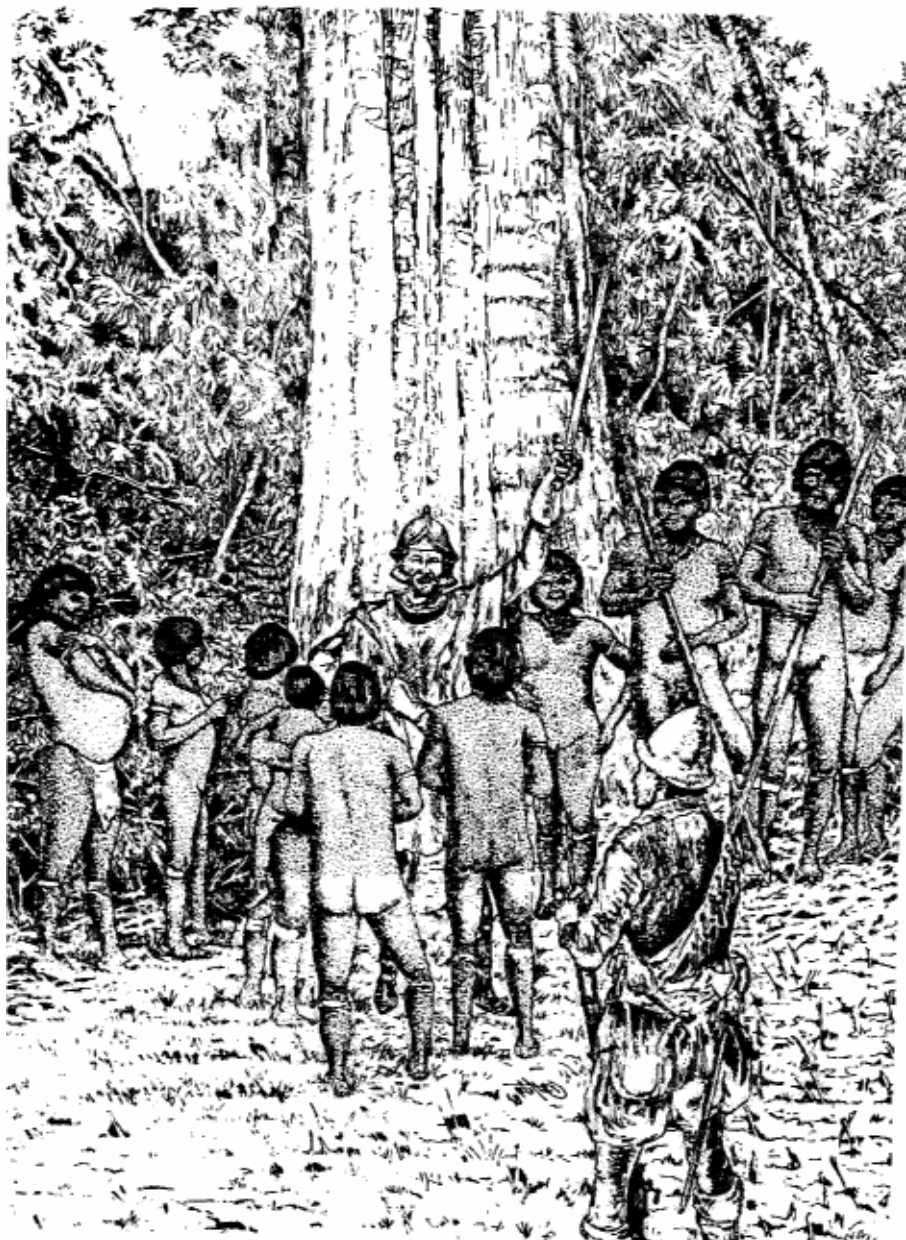


Según los cronistas de Indias, nuestros taínos construían sus viviendas siguiendo dos tipos: uno, de base circular techumbre cónica, el caney; y el otro, de base rectangular y techo a dos aguas, llamado bohío. Ambas eran de madera, yagua y hojas de palma, preferiblemente las del yarey y la macana, que servían para el techo. Pero éste también se cubría a veces con una fina hierba, que al decir de Las Casas, crecía en algunas sabanas. Las paredes, e incluso parte de la armazón, se formaban de caña brava, el bambú de Indias o bambusa vulgaris, fuertemente unidas por las cintas obtenidas de las yaguas, ariques, o por cabuyas procedentes de la majagua.



Los ídolos en el panteón de los indoamericanos agroalfareros, proliferaron de muchas formas. La Venus de Samá, encontrada en la cueva del Jobo, en Cuba, y que tan acertadamente describe y esclarece don Fernando Ortiz, es un ídolo femenino que se cubre con las manos los pechos, y sus piernas abiertas muestran el sexo. Es de un primitivo y dramático expresionismo.

Cuando el europeo desembarcó en las tierras de América, encontró un nuevo ser: el taíno. “Son todas de la frente y cabeza anchas más que otra generación que fasta aquí haya visto”, escribió asombrado Colón. (Citado en Pichardo Moya: ob. cit., p. 46.) Los taínos, según la descripción de los cronistas de Indias y confirmado por los trabajos arqueológicos, en el momento de la llegada de los europeos, se habían asentado en las Grandes Antillas, las Bahamas e Islas Vírgenes. Su evolución cultural insular se manifestó en su más alto grado en Puerto Rico y Santo Domingo.



El Taíno

Mientras navegaba por el golfo que hay entre estas dos islas, es decir, entre la de Santa María y ésta grande, á la cual llamo Fernandina, tropecé con un hombre que pasaba de la primera á la segunda. Llevaba consigo un pequeño pedazo de pan del tamaño de un puño cerrado aproximadamente, una botella hecha de calabaza y una excrecencia ó bola de tierra rojiza hecha de polvo primero y después vuelta á amasar, y algunas hojas secas ¹ que sin duda son muy estimadas por los indígenas, pues ya en Salvador me regalaron algunas de ellas. Llevaba además un cestillo trenzado á usanza de ellos que contenía una pequeña sarta de cuentas de cristal y dos blancas, ² por lo que vi que venía de San Salvador, tocando en Santa Maria, prosiguiendo su marcha hasta Fernandina.

CRISTÓBAL COLÓN ³

¹ Es muy probable que fuera tabaco. (Nota de la edición citada.)

² Pequeña moneda castellana. (Nota de la edición citada.)

³ Cristóbal Colón. durante su travesía por las Lucayas. lunes 15 de octubre de 1492. Citado en Rodolfo Cronau: América. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos, tomo 1. Montaner y Simón. Editores. Barcelona. 1892. p. 246.

Los taínos y subtaínos fueron los pobladores aborígenes de las Antillas que tuvieron el primer contacto con los descubridores españoles. Eran el grupo cultural más avanzado en el ámbito aruaco antillano.

De su encuentro con estos pobladores, los cronistas españoles de Indias no aportan una relación tan amplia como se desearía, pero sí es valiosísima en datos etnográficos sobre las comunidades primitivas agroalfareras, que evolucionaron en las Antillas y eran descendientes de las tribus aruacas continentales. Los taínos vivían en las Antillas Mayores y las Bahamas en el momento del descubrimiento y algunos llegaron a asentarse también en las Islas Vírgenes. Sin embargo, su cultura se manifiesta con mayor intensidad en Santo Domingo y Puerto Rico.

Además del testimonio escrito de los cronistas, también resulta útil para conocerlos el material colectado por el invasor español y enviado a Europa como información del “estado de las cosas” que encontraron entre los pobladores de las tierras a las que habían llegado. Todas son muestras muy valiosas y forman parte de la historia de estos pueblos. Es de lamentar, por otra parte, que, más tarde, durante el período de la Conquista, muchos testimonios materiales de estos grupos culturales fueron destruidos al desatarse el genocidio y los autos de fe.

Sin embargo, con el paso del tiempo, el hombre actual se ha preocupado por investigar y coleccionar muestras de aquellos primitivos pobladores y de su prehistoria. Dos destacados investigadores cubanos aclararon en una de sus obras acerca de los taínos lo siguiente:

Durante muchos años, los estudiosos cubanos han venido denominando con el único nombre de taíno, a todos los grupos agrícolas y ceramistas que vivían en nuestro país. Sin embargo, desde 1940, el doctor Irving Rouse, especialista en

culturas antillanas, ha establecido una diferencia cronológica y cultural entre las comunidades de Cuba que practicaban la cerámica. Así, las ha dividido en dos grandes grupos: subtaíno y taíno. Este punto de vista lo aceptamos nosotros y lo venimos aplicando, desde 1962, en nuestros trabajos investigativos.¹

Esta nota de los doctores Ernesto E. Tabío y Estrella Rey acerca del término taíno, que aporta tanta claridad sobre la nomenclatura aplicada a los grupos aborígenes cubanos, es aplicable a toda el área antillana y es la utilizada oficialmente por el Instituto de Arqueología de la Academia de Ciencias de Cuba.

Anteriormente, en 1921, Mark R. Harrington había establecido diferencias entre taínos y subtaínos, lo mismo que Irving Rouse en 1942, quien estableció las diferencias ya referidas por los doctores Tabío y Rey y amplió conceptos y términos.

Don Fernando Ortiz, en 1943; el ingeniero Juan A. Cosculluela, en 1947; el doctor Felipe Pichardo Moya, en 1949, y el doctor Manuel Rivero de la Calle, en 1963, mencionan el taíno sin establecer diferenciaciones al designar el nombre del grupo cultural. Por su parte, el doctor René Fritot, en 1951, había clasificado este grupo con el término “Complejo III”. En 1978, el doctor José M. Guarch sacó a la luz su obra *El taíno en Cuba*, ensayo de reconstrucción etno-histórica que es un aporte pionero en la interpretación de la vida del taíno.

Al tratar aquí la prehistoria antillana, también se utiliza el término taíno para designar al grupo aruaco antillano agroalfarero más desarrollado de las Antillas Mayores; es decir, Santo Domingo, Puerto Rico y el extremo más oriental de Cuba, en la cual no tenían más de doscientos años de inmigración y establecimiento. Se utiliza, además, el término subtaíno para designar al grupo aruaco agricultor más antiguo del área, que habitó también estas mismas zonas y la isla de Jamaica, pero que fue desplazado hacia otras zonas adyacentes a los asentamientos taínos.

El arqueólogo dominicano Marcio Veloz Maggiolo define un poco más el contenido del término “taíno” con las palabras siguientes:

“Es necesario hacer notar que existe un oscuro criterio que confunde los términos aruaco y taíno, Todos los taínos eran arawacos, pero por el contrario no todos los arawacos entran dentro del concepto taíno, que es un concepto cultural, determinante de una expresión material determinada.”²

Los cronistas de Indias usaron el término tempranamente, ya que en la primera visita que realizó Colón a la isla de Guadalupe, se capturaron

¹ **Ernesto Tabío y Estrella Rey: ob. cit., p. 118.**

² **Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 85.**

varias mujeres del grupo aborigen establecido en la isla que, según el Descubridor, gritaban: “Tayno, tayno que quiere decir bueno.”¹ El cronista Mártir de Anglería, en su obra *Décadas del Nuevo Mundo* fue quien dio pie a que llamaran “taínos” a los indígenas insulares, señalando que eran una clase privilegiada, una clase de hombres libres, con ciertas prerrogativas y posición. Aquellos a quienes Las Casas llamó nitáinos parecen haber sido miembros de este mismo grupo. Todo esto se presta a confusiones, ya que el vocablo es de uso arbitrario y ambiguo en las obras de los cronistas. Aunque fueron los taínos y subtaínos los primeros en hacer contacto con los españoles en el momento del encuentro de las dos culturas, los europeos no pudieron apreciar las diferencias entre ellos, debido a su origen común y a las sutiles diferencias materiales de sus culturas. Las referencias a algunas de sus costumbres y tradiciones; algunos vocablos que sobrevivieron y se incorporaron al idioma: algunos útiles y alimentos y forma de cocerlos: los pocos recuerdos que quedan de la cultura aborigen antillana, proceden de estos grupos indoamericanos y no de grupos siboneyes, como a veces se señala.

El párrafo que sigue puede aclarar estas ideas:

En la segunda mitad del siglo XIX, una tendencia de La lírica cubana, juzgada artificiosa y que sin embargo se hizo muy popular, dando rienda suelta al sentimiento patriótico entonces latente mediante el canto a temas aborígenes, y que se ha llamado siboneyismo, se encargó de divulgar la palabra con aquel significado de indio general poblador de Cuba, que en realidad Las Casas no le había dado. Así, no podemos estimar con real valor de tradición vernácula el uso del nombre siboney para designar a nuestra general población india —uso que parece haber tenido un origen literario.²

Si se hace uso de las referencias históricas, se encontrará que los primitivos historiadores de Indias, identificaban a los pobladores de las grandes Antillas como iguales entre si, y, principalmente Las Casas y Fernández de Oviedo, se refirieron a los pobladores de Cuba con el nombre genérico de Indios de la isla. Colón, por ejemplo, describe en su Diario el tipo físico de la gente vista: “son todas de la frente y cabeza anchas más que otra generación que fasta aquí haya visto”.³

En la actualidad se conoce que ese aspecto se debió a la deformación artificial del cráneo.

¹ Fernández de Navarrete. Citado en José M. Guarch Delmonte: ob. cit., p. 7.

² Felipe Pichardo Moya: *Cavernas, costas y mesetas. Interpretaciones de arqueología indocubana*, Jesús Montero, Editor, La Habana, 1945. p. 17.

³ Cristóbal Colón. Citado en Felipe Pichardo Moya: *Cuba..*, p. 48.

Las Casas y Fernández de Oviedo se refieren también a esta costumbre de deformación del cráneo, pero lamentablemente no dejaron aclarado su origen.

Según algunos, se deformaban el cráneo para embellecerse; otros, como el doctor René Herrera Fritot, sustentan que lo hacían para parecerse a un supuesto tótem, la tortuga, cuyo cráneo es deprimido. Figuras de tortugas han sido encontradas en innumerables representaciones y ejecutadas en distintos materiales.

“Al tiempo que nacen los niños —escribió Fernández de Oviedo—, les aprietan las cabezas de tal manera en la frente y en el colodrillo, que como son las criaturas tiernas, las hacen quedar de aquel talle, anchas las cabezas delante e detrás.”¹

El doctor Manuel Rivero de la Calle, especialista en antropología física, ha expresado su criterio al respecto:

De estos cráneos deformados existen alrededor de unos 25 ejemplares completos en las colecciones y museos del país. Han sido estudiados por el autor, y un resumen de esa investigación fue presentado al Sexto Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, efectuado en París, en el verano de 1960. En dicho trabajo afirmábamos que según se puede apreciar por las huellas que aparecen en los cráneos, el aparato deformador estaba constituido por una o dos tablillas que eran aplicadas en la frente, envueltas seguramente en algodón. Quizás, en algunas ocasiones se aplicaban las tablillas en el occipital, pero lo más probable, es que a esa parte posterior del cráneo sólo le aplicaran cintas de amarre o cabuyas, como se observa en otros grupos vivientes que aún siguen practicando este tipo de deformación. El antropólogo suramericano José Imbelloni, la ha clasificado dentro del grupo llamado deformación frontoccipital tabular oblicua, para diferenciarla de la llamada tabular erecta, que no ha sido hasta ahora reportado en las Antillas. A pesar de eso, nosotros descubrimos que uno de los cráneos del Museo Montané, presenta este tipo de deformación, y sabemos que en el Museo de Etnología de la República Dominicana, existe también otro cráneo con idéntica deformación. Opinamos que fue un error en la técnica de la deformación lo que hizo que esos cráneos adoptaran la forma tabular erecta, y no que el indio quisiera lograr este tipo determinado de forma craneal.²

Estudios antropológicos y etnográficos posteriores han confirmado esta descripción, hecha por Colón en su Diario:

“Los cabellos no crespos, salvo corredíos y gruesos, como sedas de caballos... Y los ojos muy fermosos y no pequeños... Los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás, que traen largos... Todos de buena estatura... Las piernas muy derechas todas a una mano, y no

¹ Gonzalo Fernández de Oviedo, Citado en Felipe Pichardo Moya: Cuba ..., p.48.

² Manuel Rivero de la Calle: ob. cit., pp. 112-114.

barriga, salvo muy bien hecha... Ellos son de color de los canarios, ni negros ni blancos...”¹ Además de los testimonios oculares de quienes los conocieron, la historia y la arqueología han suministrado muestras de algunos de los artefactos que utilizaron, para —relacionados con sus usos y costumbres— facilitar la reconstrucción del pasado. Así se ha logrado saber algo acerca de su agricultura y la utilización de la yuca, la elaboración del casabe, el cultivo del tabaco, la construcción de canoas, hamacas, viviendas, la evolución de sus cultos, etcétera. Todo esto pone en evidencia el origen continental aruaco del tronco étnico, lingüístico y cultural de estos pobladores antillanos. Los aruacos continentales procedían de América del Sur, donde se habían establecido desde mucho antes en las cuencas de los ríos Orinoco y Negro, en parte de Brasil, y todavía subsisten en las distintas zonas guyanesas. Evidentemente, antes del descubrimiento español del Nuevo Mundo, los taínos y caribes de las Antillas Menores tenían contactos frecuentes, al igual que los caribes, con los aruacos continentales.

Todavía se ignora el desarrollo de muchas de las ceremonias que seguramente realizaban las culturas agroalfareras antillanas: las referidas al nacimiento, la pubertad, la iniciación, el matrimonio y la muerte. Las Casas dejó versiones sobre el momento del parto y éstas concuerdan con las comprobadas entre las tribus aruacas actuales. Para el parto, la futura madre se refugiaba en el bosque y se apartaba y aislaba de todos. También hay referencias al baño de la parturienta con el recién nacido, casi inmediatamente después del nacimiento. No hay referencias de si los taínos practicaban la cavada, la cual consiste en que el padre ocupe el lugar y reciba los cuidados de una recién parida y finja los dolores del parto, con el propósito de reafirmar sus lazos de parentesco con el recién nacido.

Más adelante, la criatura era sometida a la deformación craneal, mencionada antes. Se quedó sin conocer con certeza la forma de cómo se le ponía nombre al niño y a quien correspondía hacerlo, si el nombre era para toda la vida, o si se le cambiaba en alguna ceremonia posterior. Se supo que entre los taínos cubanos era costumbre cambiarse entre si el nombre, como prueba de amistad. Esta costumbre se conserva aún entre los aruacos continentales. Gracias a informaciones sobre ellos, se conoce que la madre escoge el primer nombre del niño y, más tarde, al dar los primeros pasos, el medico-hechicero o behique, impone otro nombre con sus poderes sobrenaturales.

¹ Cristóbal Colón. Citado en Felipe Pichardo Moya: Cuba..., p.46.

Otra costumbre, conocida entre los de las tribus pomeroon y warrus, parecida a la de los taínos insulares, consiste en que las jóvenes, al llegar a la pubertad, deben cocinar alimentos en pequeñas ollas preparadas al efecto.

Los arqueólogos han estimado que unas pequeñas vasijas de barro encontradas en el ajuar del taíno insular pudieran ser juguetes, joyeros o depósitos de algo escaso y apreciado como el tabaco u otro polvo, asociados a costumbres parecidas.

Según Las Casas, parece haber existido la poligamia entre los personajes principales, y cita casos en la isla de Cuba y el territorio de Haití. También menciona que se debía entregar un pago o dote al padre por las hijas tomadas en matrimonio, mediante la entrega de cuentas llamadas sibas. Con respecto al matrimonio, Fernández de Oviedo relata la costumbre —observada, según él, solamente en Cuba—, mediante la cual la novia, en la boda, se entregaba a los asistentes con igual rango o nivel social del novio. Por esta razón podría considerarse acreedora del término de manicato —esforzada—, proferido a veces. De ahí puede suponerse que el rito nupcial era un modo de asegurar la procreación.

En las obras de los primitivos historiadores de las Indias se encuentran muchos detalles de la vida y las costumbres de los taínos, y esta información se complementa con los hallazgos arqueológicos posteriores. Las Casas ha sido una de las principales fuentes a la que es obligatorio referirse constantemente, pero también resulta muy interesante la obra de fray Ramón Pané. De él ha dicho Juan José Arrom que fue el primer misionero en aprender la lengua de los indios y en indagar en sus creencias. Su Relación es una de las piedras angulares de los estudios etnológicos de nuestro hemisferio.¹

Pané dice de sí mismo:

Yo, fray Ramón, pobre ermitaño de la Orden de San Jerónimo, por mandato del ilustre señor Almirante y virrey y gobernador de las Islas y de la Tierra Firme de las Indias, escribo lo que he podido aprender y saber de las creencias e idolatrías de los indios, y de cómo veneran a sus dioses. De lo cual ahora tataré en la presente relación.

Cada uno, al adorar los ídolos que tienen en casa, llamados por ellos cemíes, observa un particular modo y superstición. Creen que está en el cielo y es inmortal, y que nadie puede verlo, y que tiene madre, más no tiene principio, y a éste llaman Yúcahu Bagua Maórocoti, y a su madre Atabey, Yermao, Guacar, Apito y Zuimaco, que son cinco nombres, Éstos de los que escribo son de la isla Española: porque de las otras islas no sé cosa alguna por no haberlas visto jamás.

¹ Fray Ramón Pané. Citado en Juan José Arrom: “Estudio preliminar”, en ob. cit., p. 1.

Saben asimismo de qué parte vinieron, y de dónde tuvieron origen el sol y la luna, y cómo se hizo el mar y adónde van los muertos. Y creen que los muertos se les aparecen por los caminos cuando alguno va solo; porque, cuando van muchos juntos, no se les aparecen. Todo esto les han hecho creer sus antepasados; porque ellos no saben leer, ni contar sino hasta diez.¹

De todos los datos e informaciones que pueden acopiarse, aquí se enfatizan sólo algunos elementos de la vida cultural de los aborígenes antillanos, entre ellos: la yucubia, el batos, la caoba, y otros.

El taíno fue el grupo aborígen aruaco, considerado neo-amerindio, que en la prehistoria y en fecha bastante reciente antes del Descubrimiento, había llegado y se había asentado en la isla de Santo Domingo y Puerto Rico y en una pequeña porción de la zona oriental de Cuba. Fue indudablemente el grupo cultural aborígen antillano que alcanzó mayor desarrollo.

Estas tribus, ya sedentarias, tenían aldeas permanentes y plazas ceremoniales fijas, desarrollaban una intensa actividad agrícola y trabajaban la cerámica, la madera, la concha, el hueso y las fibras, en obras de carácter utilitario y artístico-religioso con propósitos rituales. En sus lugares de asentamiento, los taínos evolucionaron y se adaptaron a las nuevas condiciones de su medio insular y, sometidos a esta dinámica, progresaron su cultura, sus costumbres y sus relaciones sociales y de producción, sobre todo agrícolas. Su cultura asumió, desde entonces, estructuras más complejas en los ritos y manifestaciones artísticas.

Físicamente, los taínos tenían características muy peculiares. Eran de cara ancha, pómulos pronunciados, lampiños, de buena dentadura y baja estatura. De las proporciones armónicas de sus cuerpos y de la coloración de la piel, hay suficientes informaciones de los cronistas. Como se ha mencionado más arriba, se deformaban artificialmente el cráneo. También se perforaban el lóbulo de las orejas.

Según los cronistas, andaban desnudos, con algunos adornos, y usaban el pelo —negro, grueso y lacio— cortado y peinado. En algunas ocasiones se pintaban el cuerpo con tintes vegetales.

En la sociedad taína, los niños eran instruidos desde muy temprana edad en los deberes correspondientes a la división social del trabajo según el sexo: los varones cuidaban del conuco y se dedicaban a la caza y la pesca; las hembras aprendían a hacer tejidos, alfarería y a preparar la yuca para obtener casabe.

Las tribus eran dirigidas por el cacique, cuyas funciones eran asumir la jefatura política del grupo y presidir ceremonias tribales. La jerarquía del cacique se obtenía por línea matriarcal. El behique, médico-hechicero,

¹ Fray Ramón Pané: *Ibid*, p. 21.

también tenía importancia en el conglomerado social de la tribu taína. A su cargo estaban varios ritos, entre ellos el de la cohoba, y su función médica la realizaba a partir de sus amplios conocimientos de la farmacopea vegetal.

Entre las ceremonias más importantes de los taínos se cuentan el juego de batos y los areitos, especie de historia popular narrada mediante bailes y canciones.

De creencias animistas y totémicas, los taínos realizaban ritos funerarios en los que sus manifestaciones artísticas desempeñaron un importante papel. El arte religioso estuvo orientado a la confección de objetos y artefactos necesarios para el ritual. También su arte se manifestó en la realización de pictografías y petroglifos, situados en lugares ceremoniales.

Los taínos no fueron pueblos guerreros, aunque sostuvieron enconados encuentros armados con los caribes, quienes trataban de sojuzgarlos, y se defendieron aguerridamente contra el invasor europeo, muy superior en el dominio de los recursos técnicos de la guerra.

La Conquista y la Colonización desintegraron el régimen social primitivo de los taínos y, más tarde, las encomiendas y el genocidio, acompañados de plagas y enfermedades, diezmaron este pueblo, cuya cultura no se ha llegado a valorizar totalmente todavía.

Ahora sólo queda seguir su rastro mediante la investigación de sus sitios de habitación — poblados o paraderos— y de sus restos humanos y materiales en los centros funerarios o ceremoniales. Estas huellas se encuentran desperdigadas por distintas islas del Caribe y aparecen en Puerto Rico, donde sobresalen los sitios de Capa, en el occidente de la isla, y Esperanza, en el norte. En La Española, son notables los sitios de Boca Chica y La Caleta, en territorio dominicano, y el sitio de Carrier, en la bahía de Fort Liberté, en la costa norte de Haití.

En las Bahamas, hay evidencias taínas en las islas Turcas y Caicos. En Cuba, sus restos se encuentran en la parte más oriental de la isla, en un área formada por un amplio triángulo situado entre la punta de Maisí y las ciudades de Baracoa y Guantánamo. Su presencia en la zona oriental de Cuba era reciente, probablemente —según señalan los doctores Tabío y Rey— desde mediados del siglo XIV d.n.e.

En Cuba, los lugares explorados de mayor importancia se encuentran en la cueva de Ponce, muy próxima a la punta de Maisí, y en el sitio arqueológico de Pueblo Viejo. Las cuevas del Indio, La Patana y de los Bichos han proporcionado restos humanos y petroglifos.

Descripción gráfica del taíno.
tomando como base características de
tribus actuales del tronco aruaco, a la
que éste pertenecía étnica y
lingüísticamente.

“Los cabellos no crespos, salvo
corredíos y gruesos, como sedas de
caballos , deo dicho el Almirante.
(Ibíd., p. 46.)



Los grupos que habitaban la zona noro-
riental y la península de Samaná, en la
isla de Santo Domingo, eran los
macorixes, posiblemente de origen
brasílico, y los ciguayos, muy belicosos.
Hablaban una lengua diferente a la de los
taínos. lo que hace pensar que tenían
distinto origen étnico. Se caracterizaban
por llevar el cabello largo, atado y
adornado con plumas y otros objetos.
Estas etnias fueron más tarde asimiladas
por los taínos



Los niños tainos eran instruidos desde muy pequeños en distintas labores. Las hembras aprendían de sus madres el hilado, el tejido, el procedimiento de trabajar la yuca y también la alfarería. Los varones aprendían a sembrar, recoger, cosechar, custodiar la siembra, cazar y pescar. Pero como a todo niño, les gustaban los pequeños animales, los cuales domesticaban para su entretenimiento, como a este pichón de guacamayo. Deformación artificial del cráneo practicada por los taínos. Predominaba el tipo de deformación conocido por tabular oblicuo, según la denominación de Imbelloni. La capacidad craneana del taíno es la más alta de las Antillas: promedia 1.545 cc.



Se muestran cuencos primitivos de la zona guyanesa.

Actualmente se encuentran en el Instituto Smithsonian de los Estados Unidos de América.



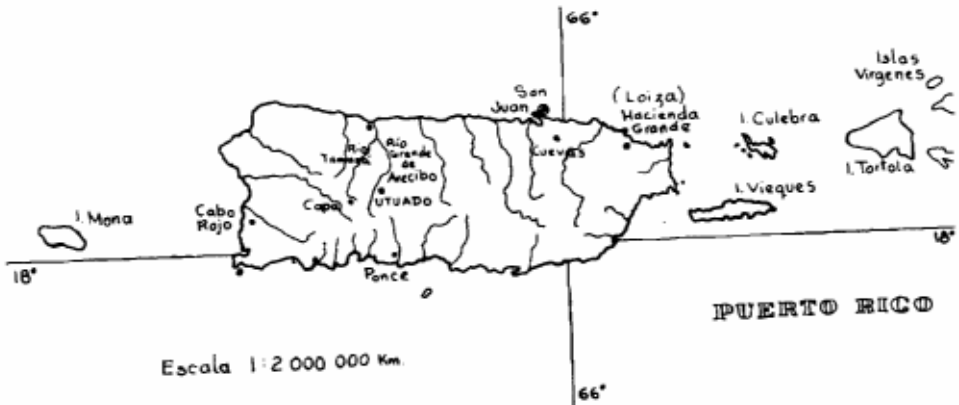
Realmente desconocemos cómo fue el aparato utilizado para deformar el cráneo a los niños, pero si sabemos que se aplicaban tablillas que sostenían y apretaban a las cabezas de las criaturas mediante tejidos.



Los macorixes y ciguayos eran grupos étnicos muy parecidos. El macorix habitó al este de la zona de la bahía de Samaná: mientras el ciguayo habitaba la zona de la península de Samaná y las estribaciones de la Cordillera Central.



El taíno supo utilizar los medios materiales que lo rodeaban. Aquí está en la paciente construcción de un guayo de madera, con piedrecillas o conchas incrustadas, utilizado para la confección de su imprescindible alimento: el casabe.



Puerto Rico, la Borinquén de los indios, es cuna del estilo cerámico Ostiones. Se sitúan los sitios arqueológicos de Capa, Utuado, Cuevas, etcétera.

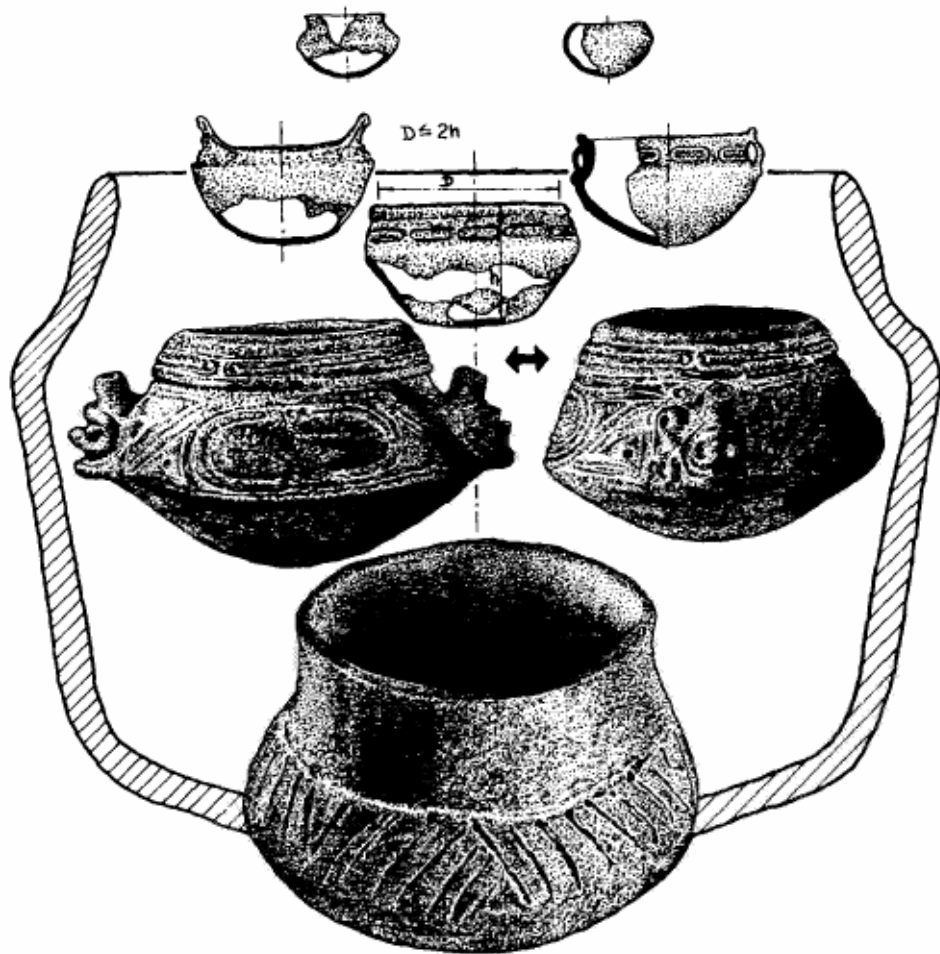


La isla Haití o Quisqueya, rebautizada por Colón como La Española, más tarde República de Haití y Santo Domingo, y actualmente República Dominicana, fue asiento de los indios que poblaron la sierra del Cibao. Se señalan algunos de los principales sitios arqueológicos.



Localización en Cuba de los grupos agroalfareros taínos y subtaínos.

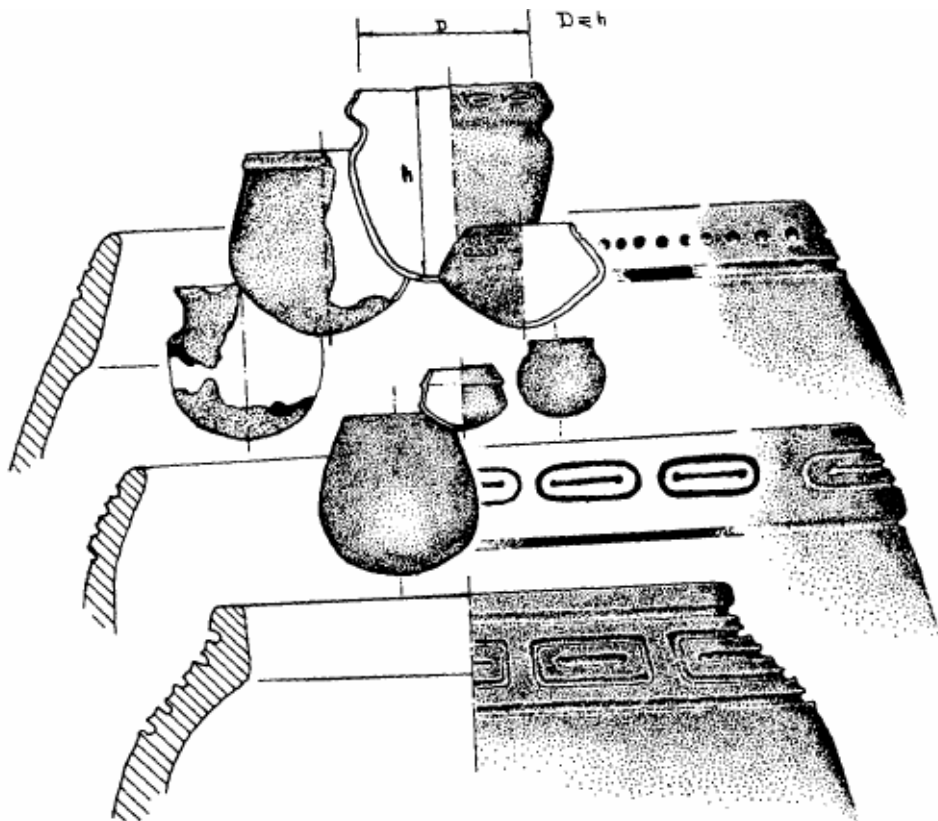
La zona más oriental, específicamente el triángulo formado por Maisí, Baracoa y Guantánamo, fue el lugar de arribo y asentamiento de las distintas tribus aruacas llegadas de La Española. Anteriormente, oleadas más antiguas se habían desperdigado por el resto del territorio en busca de lugares más adecuados.



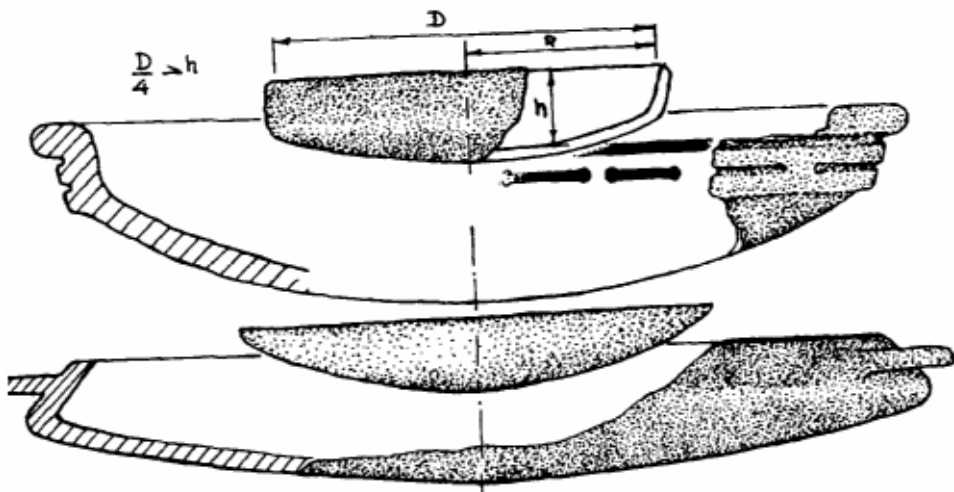
En su obra *El taíno de Cuba*, José M. Guarch dejó sentado que para dar la categoría de olla a una cerámica aborigen, el diámetro de la boca de la vasija debe ser ligeramente mayor que la profundidad e, incluso, el doble de ésta. En esta combinación se representa, en diferentes escalas, una gama de formas y secciones de piezas de cerámicas consideradas como ollas. Unas son sencillas, y otras, con ornamentaciones incisas, en secuencias. También se encuentran ollas que pudieran haber servido para ofrendas funerarias o de otro tipo, de utilización muy específica. Debajo, algunos tipos de asas más frecuentes, comunes a distintos estilos de cerámicas. De izquierda a derecha una tabular con relieve de gasa, otra con relieve que la convierte en mixta de tetón o mamelones prominentes y, por último, esta pequeña muestra de la adición con barbotina.

Las asas simples y fuertes tenían función de agarre; desconocemos el significado, quizás totémico, dadas por el artífice a las que poseen representación en relieve.

Estas piezas están agrupadas por los especialistas bajo la denominación de pots. Su característica principal es que el diámetro de la boca es similar o



menor a su profundidad. La decoración es incisa y no posee asas. La mayor de las piezas mide unos 30 cm. de diámetro.



Escudillas de formas muy simples, que aparecen frecuentemente sin esgrafiado o decorado inciso, o si acaso lo lleva, es también muy sencillo, sin complicaciones en el diseño. Sus bordes, por lo general, eran redondeados. Eran semejantes a un plato, pero no lo relacionemos con la función actual de este tipo de pieza.



La definición de José M. Guarch para definir el cuenco es: “... la profundidad sea desde ligeramente menor que el radio de la boca, hasta ser igual a la mitad de este”. (José M. Guarch: ob. cit.. p. 96.) Esto le evita al especialista confusiones a la hora de clasificarlo, porque, a veces, la frontera entre un cuenco y un pote o entre una olla u otro tipo de cuenco, es ínfima.

La belleza de la forma y el decorado de estas piezas, reta al ilustrador.

“Los cemíes de piedra son de diversas suertes. Hay algunos que... tienen tres puntas y creen que ayudan a nacer la yuca”, nos dejó dicho Hernando Colón. (Citado en V. Maggiolo: ob. cit., p. 252.)

Los conocidos trigonolitos o cemíes de tres puntas es una deidad relacionada con la fertilidad de los conucos y propiciatoria de la fecundidad y reproducción del género humano.





División de la isla de Santo Domingo en cacicazgos taínos:

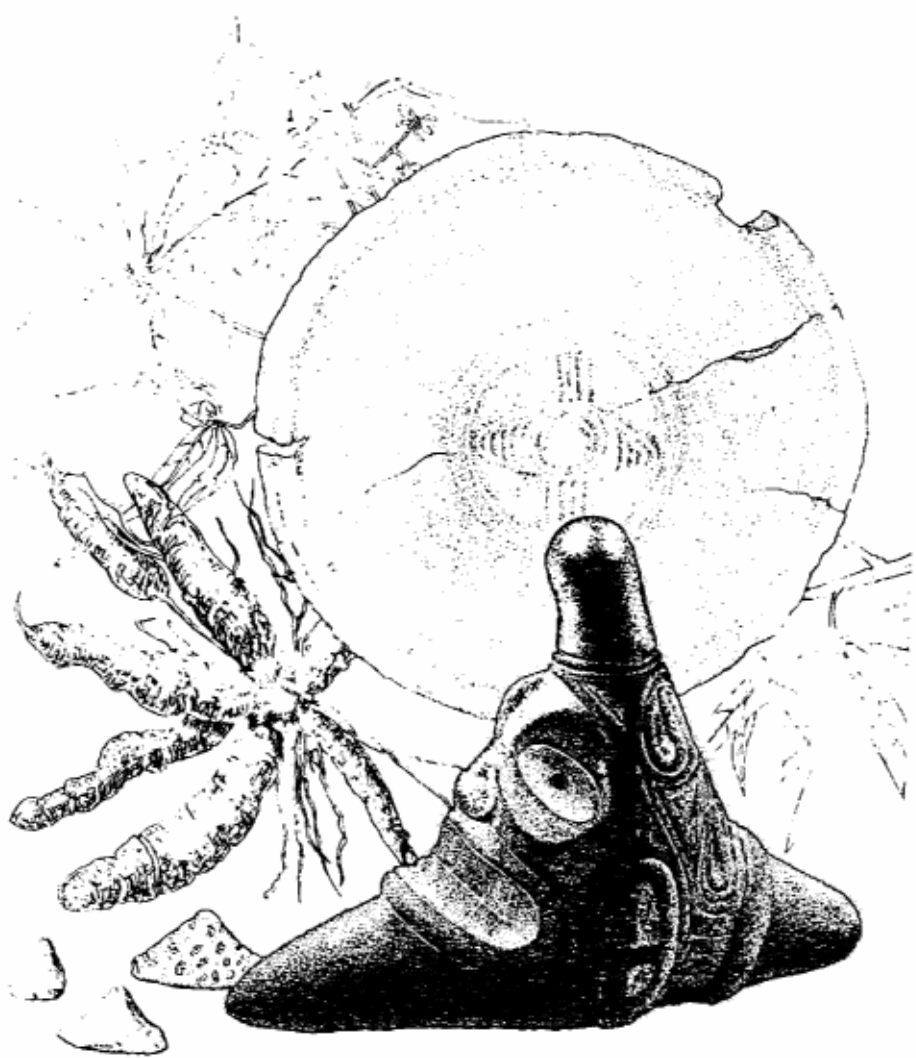
- 1) Cacicazgo de Magua, donde se incluía la zona ciguayo-macorix.
- 2) Cacicazgo de Marién.
- 3) Cacicazgo de Maguana.
- 4) Cacicazgo de Higüey.
- 5) Cacicazgo de Juraguá.



Este ignorado y desconocido artífice aborigen, quien esculpió la piedra o pulió con mística devoción la concha — ya sea para un cemí o un pequeño amuleto—, trabajó la cerámica o elaboró complejas tallas sobre un asiento o dujo para un jefe muy principal, dejó, como muestra de su cultura, una obra de arte a la humanidad.

Burén de barro reconstruido a partir de un fragmento que se encuentra en el Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana. Junto a éste aparece un cemí de tres puntas o trigonolito, que los aborígenes llamaban yucahú.

La pieza que aparece aquí procede de Santo Domingo y tiene una altura aproximada de 14 cm. Debió tener aditamentos decorativos de oro o conchas en los ojos y en la boca, que no se encontraron junto a ella. A su lado, otros trigonolitos de pequeño tamaño, que los especialistas llaman microtrigonolitos, y son del mismo tipo de los únicos que se han encontrado en Cuba. Al fondo, aparece la planta yucubia, de nuestros aborígenes, con su tubérculo, la yuca.



La Yucubia

Cuentan ellos que un boicio. es decir un sabio anciano, tras luengos años, vio en la orilla del río un arbusto semejante a la cañaheja. y que, arrancando la raíz, de silvestre la hizo de huerto, y que los primeros que comían cruda la yuca se morían de seguida. Como tenían gusto agradable, determinaron hacer experimentos varios y constantes sobre su uso. Asada y cocida era menos nociva. Por fin vinieron en conocimiento del veneno oculto en el jugo y de aquella manera. sacándola. condimentándola y haciéndola cazabi, da un pan más sano que el de trigo para los estómagos humanos, porque se digiere mejor.

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA ¹

¹ Pedro Mártir de Anglería. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p.58.

La yucubia, planta así llamada por los aborígenes —y su tubérculo comestible, la yuca—, ha sido la fuente de alimento básico de todas las tribus orinoco-amazónicas y, por ende, de las aruacas y caribes del área antillana.

Dada la enorme extensión geográfica de su cultivo, la yuca o mandioca (de la voz guaraní mandiog) superó al maíz y llegó a ser el cultivo principal americano. Se cultivó desde el sur de la Florida, gran parte de las costas mesoamericanas del golfo de México, y la zona maya del Petén, hasta llegar al norte de Argentina.

La yuca amarga, *Manihot utilissima* Pohl, crece silvestre en Cuba, donde se le conoce como una variedad agria y tiene propiedades tóxicas. Sus raíces son venenosas, mientras ella misma o sus derivados no se procesen por cocción. El fuego hace desaparecer el ácido cianhídrico y otros alcaloides que provocan su toxicidad. Más tarde, después de la conquista española, posiblemente traída desde Tierra Firme, se introdujo en las Antillas la variedad de yuca dulce.

Fernández de Oviedo escribió las siguientes líneas sobre la yucubia: Verdad es que en la Tierra Firme hay yuca que no es mortal, e no mata, la cual en la vista y en la rama y en el fructo e hojas es como la desta isla, que mata: y en esta isla e las otras comarcas desde golpho, toda la yuca que hay, por la mayor parte, es de la que mata, y también hay alguna que llaman boniata, que es como la de Tierra Firme que no mata y cierto debe haver venido de allá. Y en la Tierra Firme se la comen por fructa cocida o asada, porque allá no es mortífera ni allá saben hacer pan della, sino en pocas partes; y en aquellas que lo hacen, no es de la que mata, sino como la de acá. Verdad es que algunos soldados, prácticos en aquestas islas, han enseñado en Tierra Firme a hacer pan de la yuca que no mata; pero no curan dello por no perder tiempo. pues que,

como he dicho, la comen, sin hacerla pan, cocida e asada sin la exprimir ni hacer las diligencias que convienen, para que estotra no mate, hecha pan; e siempre se conoce entre los hombres del campo, qual es la una o qual es la otra.¹

La siembra de la yucubia se realizaba en campos (conucos) preparados al efecto. Estos conucos eran terrenos donde se talaban los bosques y se quemaban los árboles. Una vez concluida la tala y la quema, se preparaba un sistema de riego (acequias. según Las Casas) y se hacían montículos de tierra floja. En la corona de cada uno de ellos se enterraba un pedazo de rama nudosa: o sea, un sarmiento, con la yema hacia arriba. Con este cultivo se sustentaba la población aborígen y era uno de los medios de alimentación colectivos con que cultivaban las tierras comunes. La herramienta empleada para preparar el terreno era denominada coa y consistía en una vara de madera fuerte, con la punta endurecida por el fuego. También, existía un rito para la siembra, que consistía en el enterramiento en el conuco de piedras de tres puntas (trigonolitos), obras de talla y pulido esmerado, a las cuales se les atribuía el poder de estimular la fecundidad del suelo,

Las Casas narra en su obra los detalles de los hábitos y Costumbres de la siembra:

Pónese y criase, y cógese y amásase de la manera siguiente: hacían los indios unos montones de tierra, levantados una vara de medir, y que tenían un contorno 9 o 12 pies, el uno apartado del otro dos o tres pies, todos por su orden, rengleras de 1000 y 2000 y 10.000 de luengo, y otros tantos de anchura, según la cantidad que determinaban poner: hechos los montones tomaban la planta, que son unas ramas tan altas como un hombre, y como los sarmientos de las vides cuando están tiernas y verdes con sus yemas, puesto que mui mas gruesas y aun mas hermosas yemas verdes oscuras que los sarmientos que digo de nuestras viñas, y hacen pedazos dellas de a palmo o poco mas de palmo, y hincan seis o ocho o nueve dellos, las yemas hacia arriba, en la corona de cada montón, por su orden, apartados uno de otro, a la manera de un alquerque con que entre nosotros se juega, con tres o cuatro rengleras. según el montón es, dentro de todo en la tierra. salvo dos o tres dedos que dejan fuera.²

Una vez cosechado el tubérculo, se procedía a la preparación del casabe, labor de cuidadosa técnica que requería de una utilería adecuada.

La Corteza de la yuca era raspada Con unas conchas "como de almejas"³ y, ya desnuda la vianda, se rallaba en el guayo, generalmente hecho con

¹ Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 58.

² Fray Bartolomé de las Casas. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 58.

³ Fray Bartolomé de las Casas. Citado en Felipe Pichardo Moya: ob. cit., p. 70.

una tabla de madera a la que, con paciente labor, le habían incrustado, en una de sus caras, numerosas piedrecitas filosas muy juntas. Los hubo, al decir de Las Casas, hechos “con unos cueros de pescado como cazón, que los indios llaman libuza”.¹ Esta piel áspera la adosaban a una piedra plana y producía un rallado fino, y la usaban para obtener una harina de yuca más fina. Con ésta, se confeccionaba un tipo de casabe denominado “xabaxo” o “xabxao” —según Las Casas— y “xauxau” —según Oviedo. También se han encontrado en La Española otros guayos confeccionados con rocas madreporicas.

La masa de yuca rayada en el guayo, se recogía en depósitos de yaguas o madera llamados guariquetén, donde la dejaban reposar hasta el día siguiente, cuando procedían a exprimirla en el cibucán para extraerle el jugo venenoso. El cibucán era “una manga de empleita de palma y ancha cuanto quepa el brazo, con un asa en cada extremo”.²

Al igual que todos los aborígenes de la región orinoco-amazónica, se generalizó entre los taínos el uso de este cibucán, construido como una larga cesta de fibra entretejida en forma de manga, y una anilla en el inferior, a la cual se le atravesaba un palo que serviría para hacer palanca. También se lograba hacerla accionar mediante un peso, apretando la trama del tejido; o se podía hacerla girar, produciendo con ello el entornamiento de la manga, para exprimir el material introducido en ella. Las mujeres se encargaban de esa labor.

La masa de la yuca, así obtenida, en forma de panes duros y sin su dañino jugo, se pasaba por el jibe, un colador o cedazo hecho, como lo describe Las Casas “de unas canitas de carrizos muy delicadas”,³ donde se desborona y se cierne. Esta harina estaría entonces lista para ser procesada en los burenes, los cuales sólo eran platos de piedra o barro, donde, ya puestos al fuego, se les colocaba la masa de harina extendida, para la cocción. Los cronistas describieron los burenes como “unos como suelos de lebrillo, redondos y gruesos de dos dedos”.⁴

La masa de harina se extendía dejando muy poco espesor, según la forma del burén. Éstos, a veces, tenían dibujos e incisiones que seguramente se marcaban e imprimían en la torta por cada lado. Ésta se volteaba con un abanico de guano o paleta de yagua. Después se dejaba secar al sol durante dos o tres horas.

¹Ibíd., p. 51.

²Ibíd p. 72.

³Ibíd., p. 73.

⁴Ibíd., p. 73.

Una vez hecho el casabe, se almacenaba en las barbacoas, “unos cadalechos de palos o cañas sobre unas horquetas”.¹

El casabe constituyó, como se ha expresado, uno de los alimentos principales de nuestros aborígenes y aún puede encontrarse como un plato corriente en algunos restaurantes y en las cocinas domésticas de las provincias de la región oriental de Cuba.

La agricultura fue una forma básica de subsistencia de los pueblos aborígenes, a la que se añadía la caza menor de aves, roedores y reptiles, la recolección de moluscos y la pesca.

Es bien conocida la actividad agrícola mediante el llamado “cultivo de roza” y el riego de los pequeños conucos. Los aborígenes no emplearon la siembra de semillas para obtener sus cosechas, excepto en las plantaciones de maíz y maní, los cuales también estuvieron entre sus principales fuentes de alimento. La principal forma de cultivo se realizó mediante la siembra de esquejes o estacas.

Otros productos agrícolas con que contaban los indios para subsistir, los obtenían mediante la simple recolección de frutos silvestres, como el añón, el mamey, la guayaba, la guanábana, el hicaco y otros. Para condimentar sus comidas, empleaban el ají o axi, y una variedad picante que tenía un uso similar al de la pimienta.

Usaban, además, un tubérculo que, por ser parecido en sabor, sustituía a la cebolla, ya que en las Antillas precolombinas no había plantas bulbíferas que sirvieran de alimento. Esta planta se llama cibayoes, *Rajania* sp. La batata, el boniato, el ñame y otros tubérculos completan la dieta taína.

Las Casas se refirió a uno de estos tubérculos de la isla de Santo Domingo que los indios que los consumían llamaban guayiga o guayega, *Zamia* sp. Este testimonio muestra las costumbres taínas y el modo alimentario del hombre primitivo antillano.

Por todas las dichas mesas de lajas o peñas, i entre ellas, en la costa de la provincia de Higüey se crían unas raíces que non las hay en toda esta isla; estas raíces se llaman guayagas, i hacen dellas el pan que comían por toda esta provincia los indios: las raíces son como cebollas gruesas albaranas, las ramillas i hojas salen fuera de la tierra dellas, obra de dos o tres palmos, parecen algo como de palmitos de los que hai en el Andalucía, puesto que son más angostas i mas lis as i delicadas que los palmitos. Hácese el pan desta manera, conviene a saber, que en unas piedras ásperas como rallo, las rallan como quien rallase un nabo o zanahoria en un rallo de los de castilla, i sale luego la masa blanca, i hacen della unos globos o bollos redondos, tan grandes como una bola, los cuales ponen al sol, i luego pónense de color de unos sal vados o afrechos; están

¹ *Ibíd.*, p. 73.

al sol uno i dos tres días, i al cabo dellos Se hinchan de gusanos como si fuera carne podrida, i quedan eso mismo tan negros poco menos como una tizne, como un negro algo deslavado que tira a pardillo: después ya están en la dipusición. negros i hirviendo de gusanos tan gordos como piñones, hacen unas tortillas dellos, que ya es masa cuanto a la blancura i ser correosa como la de nuestro trigo. i en una como cazuela de barro que tienen ya sobre unas piedras, i fuego debajo, caliente, ponen sus tortillas, desde un rato que están cociendo de un lado las vuelven del otro. donde bullendo los gusanos con el calor se fríen y mueren i ssi quedan allí fritos. I este es el pan de aquella tierra i provincia, i si Se comiese antes de que se pasase prieto i no estuviese lleno o con alguno o muchos gusanos, los comedores morirían.¹

El taíno tenía la costumbre de comer en la mañana, al mediodía y en la noche. No crió animales para consumo doméstico y se sustentó sólo con los métodos rudimentarios de cultivo descritos arriba. En las festividades consumía bebidas y otros productos. Muchas de sus costumbres quedaron como remanentes culturales, modificadas en al área antillana.

¹ **Fray Bartolomé de las Casas. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p.51 y 52.**



Mujeres en el proceso de la recolección de la yuca. Para desenterrar el tubérculo utilizaban una vara de madera fuerte, con la punta endurecida por el fuego, a la que los aborígenes llaman coa



Dibujo basado en elementos de otras tribus del ámbito aruaco, sobre la posición y método de transportación de una carga de pesadas raíces de yuca.

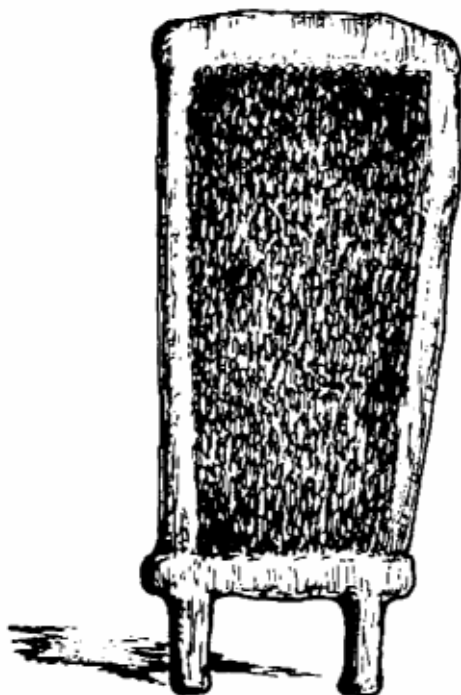


Los niños eran adiestrados por los mayores y participaban activamente en la recolección y transporte del preciado tubérculo. Acarreo basado en las formas aruacas continentales.

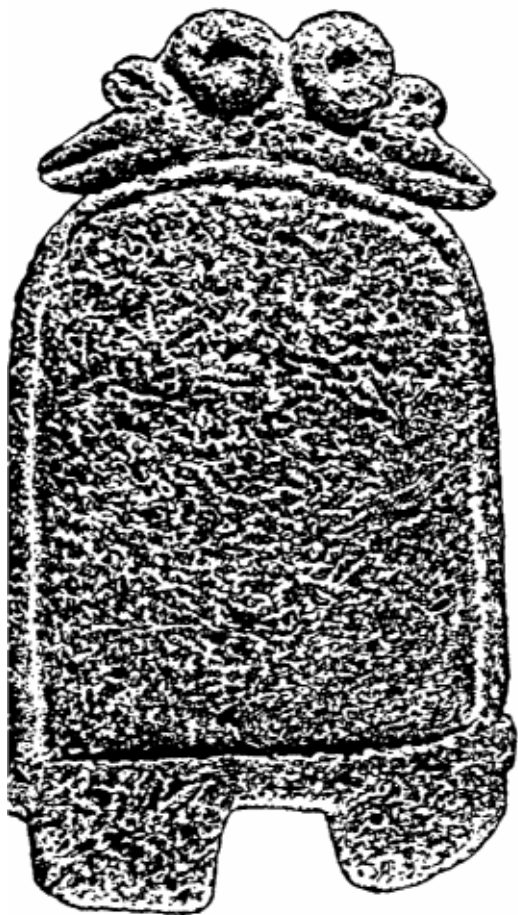


Según Las Casas, la corteza de la yuca se raspaba con unas conchas “como de almejas”. (Citado en Pichardo Moya: ob. cit., p. 70.)

La vianda desnuda se rallaba en el guayo, y caía en el depósito de yagua que nuestros aborígenes llamaban quariquetén, donde la dejaban reposar hasta el día siguiente.



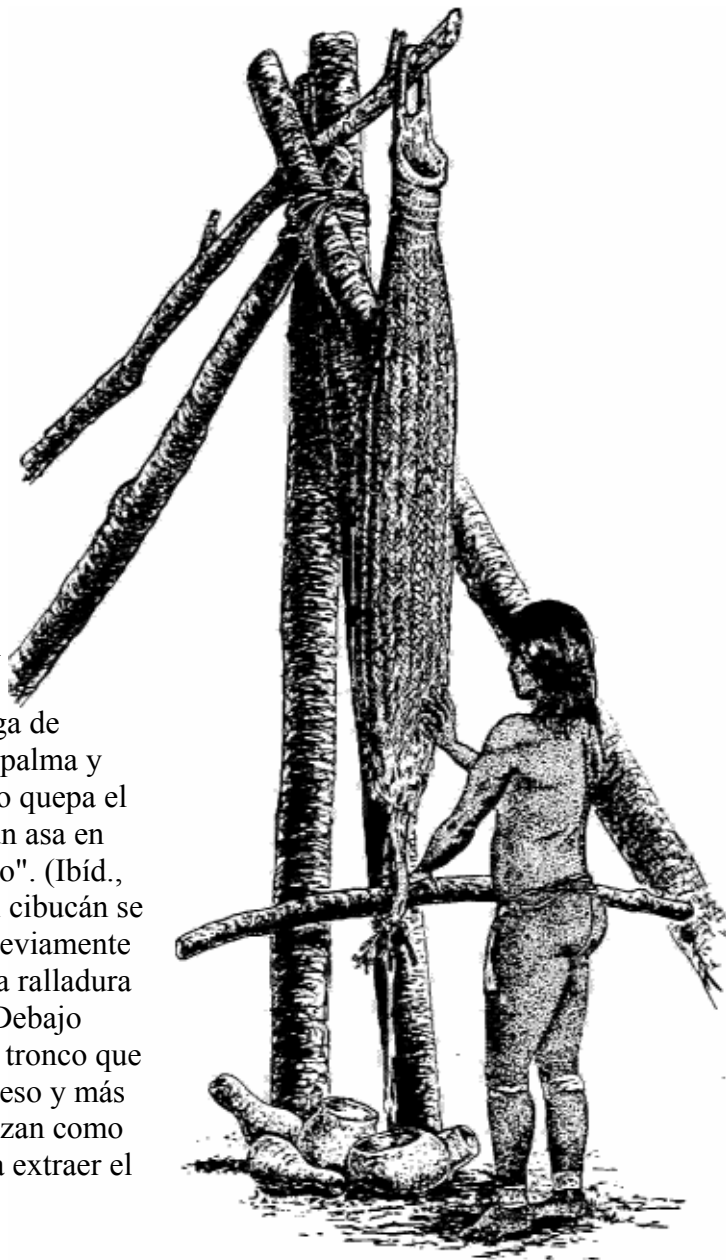
El guayo, que generalmente estaba hecho de una tabla de madera posiblemente de cedro, tenía incrustadas, en una de sus caras, astillas filosas de piedra o concha, unas junto a otras. El que aparece aquí representado es de 66 cm. de largo, 26 cm. de ancho y 3 cm. de espesor. Procede de Baracoa, en el oriente de Cuba, y se encuentra actualmente en el Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana



Talla de 47 cm. de largo, procedente de Santo Domingo, confeccionada en piedra, nos señala el proceso, cada día más perfecto, que el escultor aborigen se formaba sobre las estructuras ya establecidas. Es una pieza funcional. a la vez decorada como objeto místico: así lo demuestran las dos cabezas de pájaros en su tope; la parte funcional la circunda un borde que termina en su base con dos soportes o patas.

Según Las Casas, el cibucán era:

“...una manga de empleita de palma y ancha cuanto quepa el brazo, con un asa en cada extremo”. (Ibíd., p. 72.) En el cibucán se introduce previamente la masa de la ralladura de la yuca. Debajo descansa un tronco que le sirve de peso y más tarde lo utilizan como palanca para extraer el jugo.



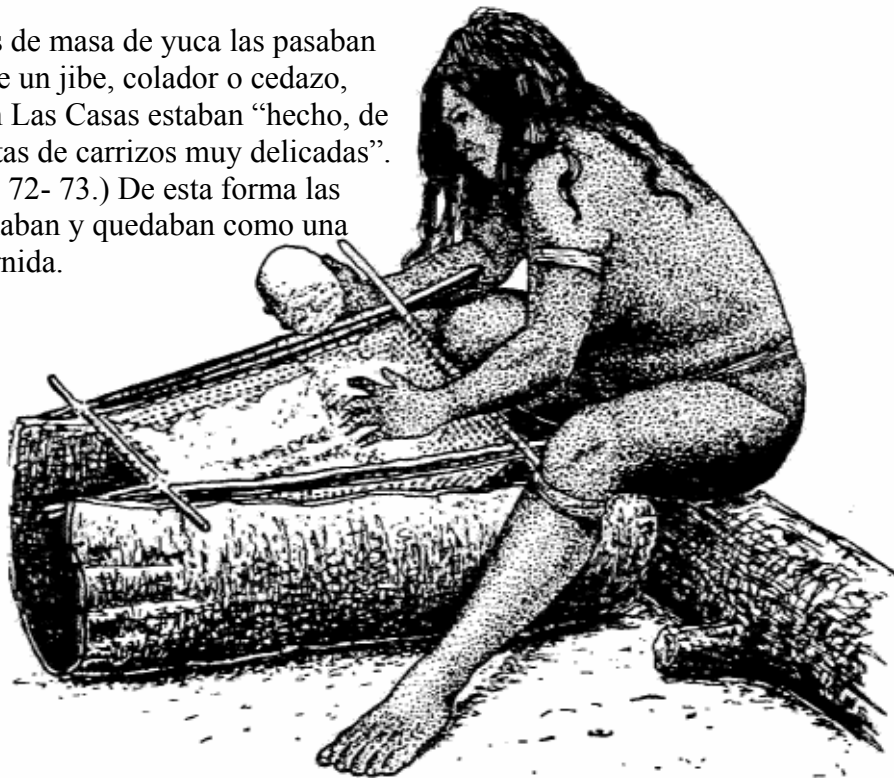
Al cibucán había
que exprimirlo con
cuidado para poder
extraerle el
venenoso jugo que
contiene la yuca.

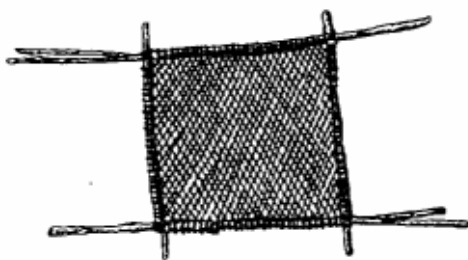


Pellas del casabe que mantienen las impresiones del tejido del cibucán, de donde se extrajeron ya sin su dañino jugo.



Las pellas de masa de yuca las pasaban a través de un jibe, colador o cedazo, que según Las Casas estaban “hecho, de unas cañitas de carrizos muy delicadas”. (Ibíd., pp. 72- 73.) De esta forma las desmoronaban y quedaban como una harina cernida.





El jibe, tejido de fino guano, era una pieza imprescindible del ajuar doméstico y es muestra de su artesanía con los tejidos vegetales.



Después de cocer al fuego el pan de yuca o casabe, se dejaba tostar al sol por dos o tres horas. Más tarde se almacenaba en las barbacoas, que al decir de Las Casas eran “...unos cadalechos de palos o cañas sobre unas horquetas”. (Ibíd., p. 73.)



La harina ya cernida se colocaba sobre los burenes, previamente puestos al fuego. Se extendía la harina sobre el burén y de esta forma quedaba confeccionada una torta de poco espesor, que cocinaban unos quince minutos por cada cara. Para voltearlas utilizaban un abanico en forma de pala. Al poner al fuego la masa de la yuca agria, sus toxinas se volatizaban, por lo que este último proceso termina de eliminarlas.

En la próxima página se muestra un vaso efigie comunicante mamiforme, de doble vaso, totalmente ornamentado con un diseño geométrico inciso. En el centro tiene una cara modelada, de aspecto espectral, con las cuencas de los ojos vacías, piernas laterales en arco, y la boca circular. El vertedero es cilíndrico y alargado, con remate abultado (faliforme). La pieza es de 18 cm. de alto y 20,4 cm. de ancho. Procede de Las Yayas, en San Juan de la Maguana, República Dominicana. Actualmente se encuentra en la colección de la Fundación García Arévalo, en ese mismo país. Como fondo, contornos de formas cerámicas más frecuentes en el ajuar taíno.



Manifestaciones utilitarias y artístico-religiosas

Este cemí Guabancex estaba en un país de un gran cacique de Los principales, llamado Aumatex. El cual cemí es mujer y dicen que hay otros dos en su compañía; el uno es pregonero y el otro recogedor y gobernador de las aguas. Y dicen que Guabancex se encoleriza, hace mover el viento y el agua y echa por tierra las casas y arranca los árboles. Este cemí dicen que es mujer, y está hecho de piedras de aquel país; y los otros dos cemíes que están en su compañía se llaman el uno Guataúba, y es pregonero o heraldo, que por mandato de Guabancex ordena que todos los otros cemíes de aquella provincia ayuden a hacer mucho viento y lluvia. El otro se llama Coatrisquie, el cual dicen que recoge las aguas en los valles entre las montañas, y después las deja correr para que destruyan el país. Y esto lo tienen ellos por cierto.

FRAY RAMÓN PANÉ ¹

¹ FRAY RAMÓN PANÉ : ob. cit., p. 45.

El origen del arte de los taínos, al igual que el de todos los pueblos primitivos, se debe buscar en la función o servicio que éste les presto a sus necesidades materiales y a sus creencias mágico-religiosas. El arte taíno es una manifestación que trató de relacionar e interpretar, mediante la manufactura del material escogido, el origen mítico de su múltiple, complicado y desconocido panteón mitológico, relacionado directamente con la naturaleza, de donde el taíno tomó los elementos fundamentales que componían su civilización y su cultura. Los elementos naturales eran para el taíno divinidades, como el Sol y la Luna, que propiciaban la lluvia, daban origen al temido huracán, o, como los cemíes de la yuca, daban lugar a la fecundación del terreno, o intervenían en la fertilidad de la mujer o denotaban claramente otros cultos relacionados con la fecundidad.

Son múltiples las manifestaciones utilitarias y artístico-religiosas de la cultura taína. Los trabajos de talla y decoración en madera debieron de ser numerosos, pero han desaparecido por tratarse de un material de fácil destrucción por el tiempo y los elementos. En madera, los artesanos taínos elaboraron najes o remos, inhaladores para el culto de la cohoba, espátulas, platos, bandejas, bastones, cemíes, dujos y otros enseres.

La talla y el pulido de la piedra produjeron manayas o hachas, que se complementaban con otros instrumentos hechos en concha o hueso.

Con conchas y con huesos, los taínos confeccionaron diversas piezas para su ajuar individual: orejeras, adornos labiales o para la nariz, peinetas, idolillos, espátulas, cucharas y otros recipientes.

La alfarería alcanzó gran desarrollo entre ellos, y produjo diversos estilos, tanto una cerámica utilitaria, confeccionada en su mayor parte por manos femeninas, como otra de producción masculina, dedicada a los cultos religiosos.

Otra manifestación cultural de gran importancia fueron las pictografías y petroglifos que aún se encuentran en toda la región antillana. Se trata de obras sumamente expresivas, realizadas no por artistas, sino por sacerdotes-hechiceros, dado su carácter votivo. Sus incisiones no se parecen a las incisiones en secuencia realizadas por los alfareros en sus decoraciones. Las pictografías y los petroglifos casi siempre se encuentran en laderas o abrigos rocosos, barrancos de nos y en cuevas o cavernas. Cualesquiera de estos lugares pudieran haber sido escenario de expresiones religiosas, todavía indescifrables.

Estas obras son actualmente las más expuestas a la destrucción o daño irreparable por personas ignorantes o irresponsables que tienen a veces acceso a estos lugares y graban allí sus nombres o escritos junto a lo que deben preservar.

Mártir de Anglería dejó un importante testimonio de la significación que tuvieron las cuevas para los aborígenes:

una cueva grande del mar que hay en la Española en la región Guacayarima, que se extiende algunos estadios dentro de altas montañas mirando al Occidente: ahora se navega por dentro de aquella cueva. En su último rincón, oscuro porque los rayos del sol aún en su ocaso apenas penetran por sus entradas, dicen con horror los que entraron que les hacían temblar las entrañas el formidable estrépito de las aguas que caen desde alto a la cueva.

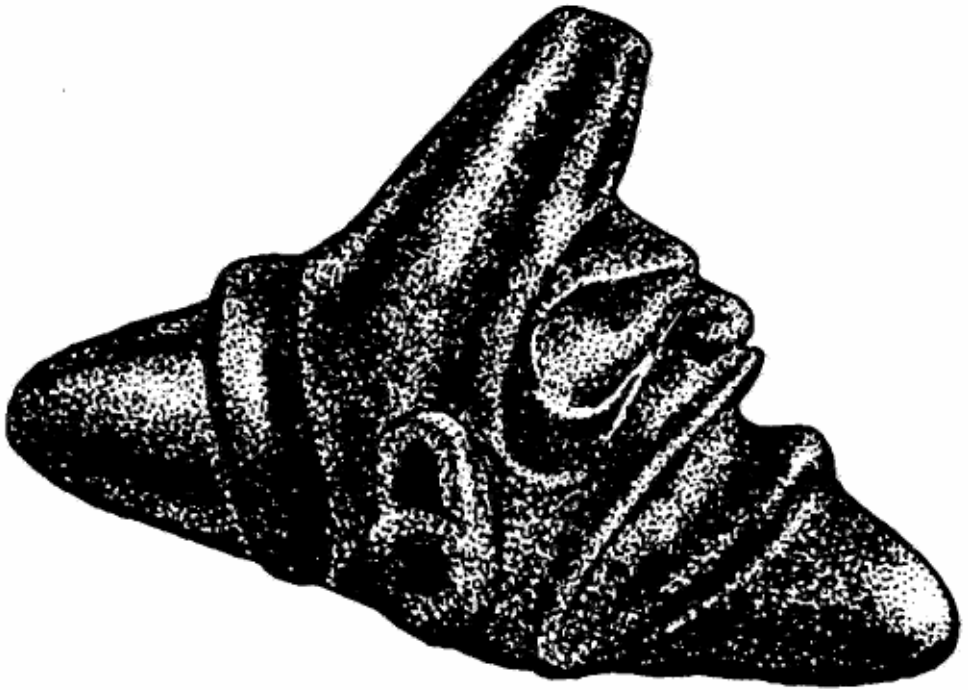
Es gracioso oír lo que los indígenas creen acerca del misterio de aquel antro, según se lo han transmitido sus antepasados. Piensan que la isla tiene espíritu vital, y que aspira y respira, y come y digiere cual vivo animal monstruoso de sexo femenino.

Juzgan que la caverna de aquel antro es la natura femenina de la isla y el ano por donde expele sus excrementos y echa sus inmundicias: prueba es el nombre que la región tiene de la cueva, pues guaca es región o cercanía. y yarima es ano, o lugar de limpiar.¹

¹ **Pedro Mártir de Anglería. Citado en Antonio Núñez Jiménez: Cuba: dibujos rupestres, pp. 14-15.**

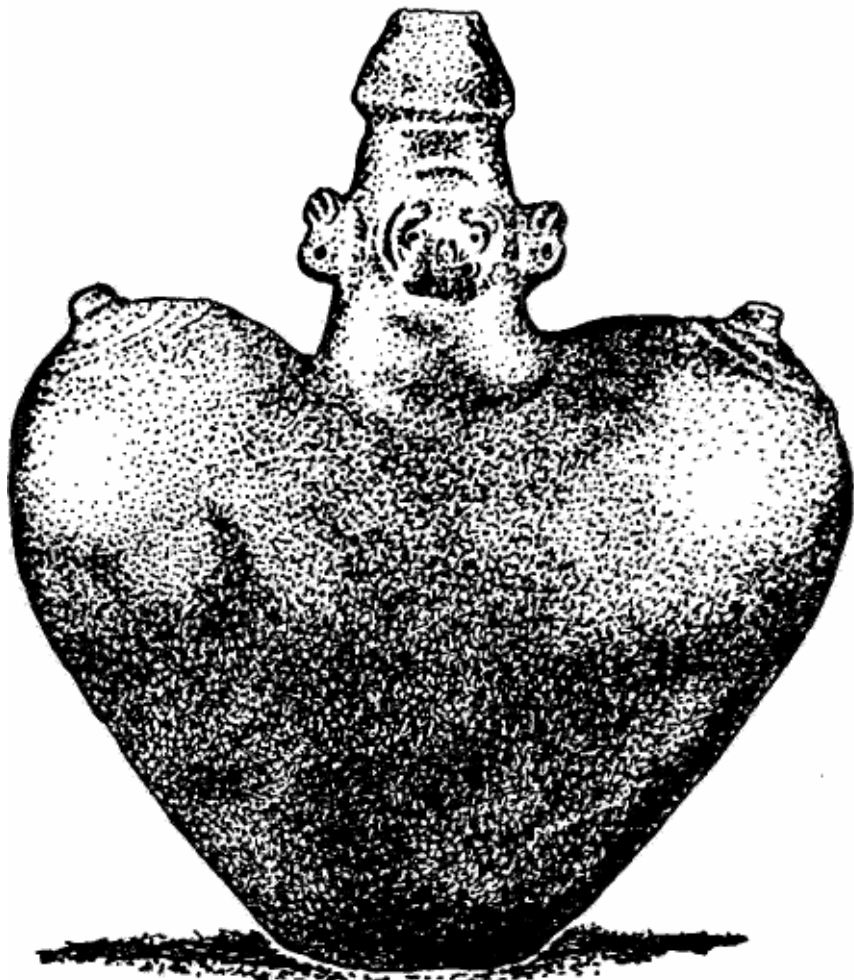
Anverso y reverso de un majadero o mano de mortero ceremonial taíno, tallado en piedra caliza. En una de sus caras aparece una figura que bien pudiera ser una lechuza; en la otra, una figura humana. Ambas tallas son muy geométricas. Procede de Cayo Iguana, bahía de Banes, en el oriente de Cuba,





Este trigonolito, de 10 cm. de largo, es una muestra de uno de los inconfundibles cemíes de la fertilidad que los taínos colocaban en sus conucos. Son piezas de gran expresión, síntesis de dramatismo y solemnidad, y donde la línea pura rivaliza con lo esmerado del pulido. Procede de República Dominicana.

Potiza de forma acorazonada, de 30 cm. de altura. que semeja un par de senos. En el vertedero aparece un diseño zoomorfo, representando un murciélago. Sin conocer el torno alfarero. el aborigen lograba figuras circulares asombrosamente perfectas. Esta pieza fue encontrada en Santo Domingo.



El vaso efigie es la culminación del arte cerámico taíno. El modelado de esta figura humana, de 16 cm. de altura, es de gran realismo plástico. Por la figuración y detalles de determinadas partes del cuerpo, hace suponer que debió ser un retrato. Procede de República Dominicana.





La forma antropomorfa de esta hacha petaloide ceremonial, es una representación tutelar, con sentido mágico y sagrado, que no afecta la simetría elíptica en los cánones de forma petaloide. Tiene 20 cm. de largo. Procede de República Dominicana.

Anverso y reverso de una pintadera o sello de barro, de aproximadamente 7 cm. de largo. En una de sus caras la agarradera tiene forma de rana; en la otra, aparece un diseño geométrico inciso.



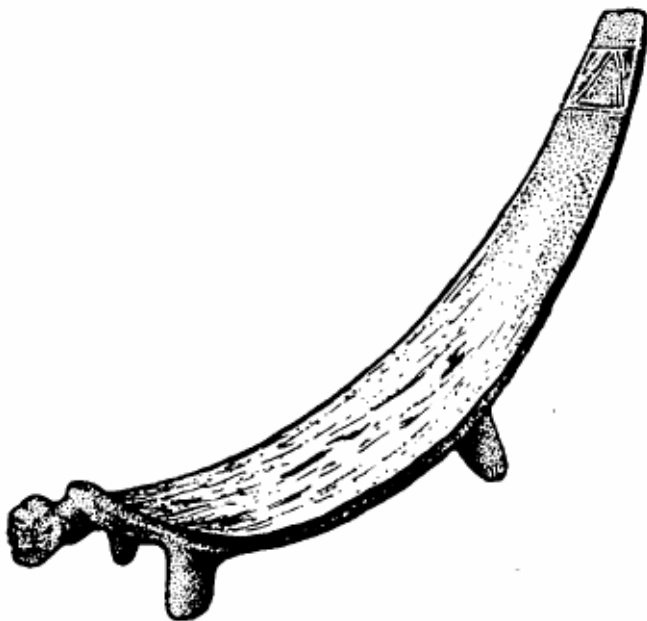
Tipo de ornamento llamado guaiza, de 5,8 cm. de largo, que generalmente era tallado en las conchas del caracol Strombus. En las partes destinadas a los ojos y boca, se pegaban piezas de oro. Procede de República Dominicana



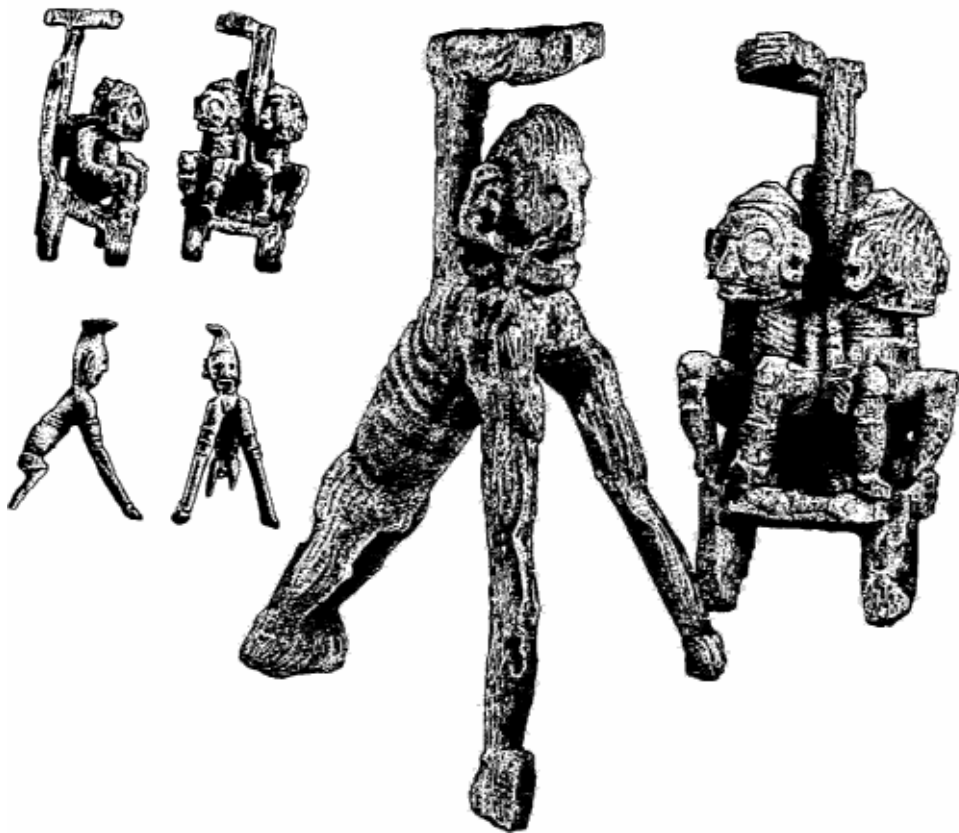


Cetro ceremonial, de 39,9 cm. de altura, donde se aprecian las trazas en secuencias, típicas del enigmático arte taíno. Procede de República Dominicana.

Banqueta ceremonial o dujo, tallado en madera. Procede de la isla Turks, en las Bahamas y se encuentra en la colección de la Institución Smithsonianiana de Washington, Estados Unidos de América.

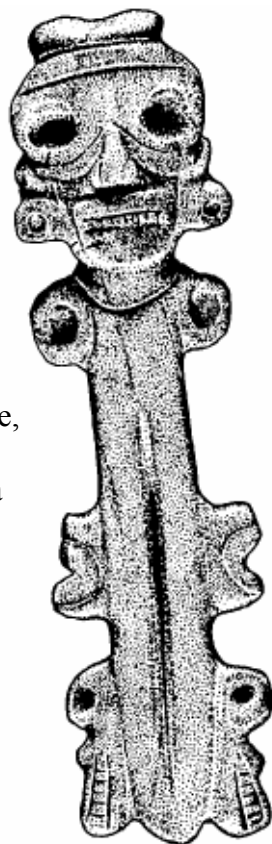


Obedeciendo a dictámenes religiosos, las tallas de cemíes para el culto de la cohoba se realizaban en madera de gran dureza. Era frecuente la representación de figuras bicéfalas o cemíes siameses. Las presentadas aquí son cemíes antropocaniformes, que José Juan Arrom relaciona con la cita de fray Ramón Pané sobre el dios-perro Opiyel Guaobirán: “El cual dicen tiene cuatro pies, como de perro, y es de madera, y muchas veces por la noche salía de casa y se iba a la selva.” Procede de Santo Domingo.





La pintura rupestre de rasgos geométricos que el aborigen indoamericano tuvo necesidad de plasmar, eran obras de un creyente devenido artista. Este es un fragmento de un mural pictográfico dibujado en rojo, encontrado en la cueva de María Teresa, en la Sierra de Cubitas, Camagüey, Cuba.



Amuleto o idolillo utilizado como colgante, realizado con gran simetría bilateral, Esta talla realizada en concha de caracol es una miniatura escultórica de apenas 12 cm. de largo. Procede de Santo Domingo.

Trabajo en concha de una realización incomparable. La talla semeja un cráneo humano con la dentición de un perro: se pueden apreciar los caninos, incisivos y molares. La deidad o cemí-perro era Opiyel Guaobirán. Procede de Antigua, en las Antillas Menores. Dibujado del libro de Fred Olsen, On the trail of the Arawaks.



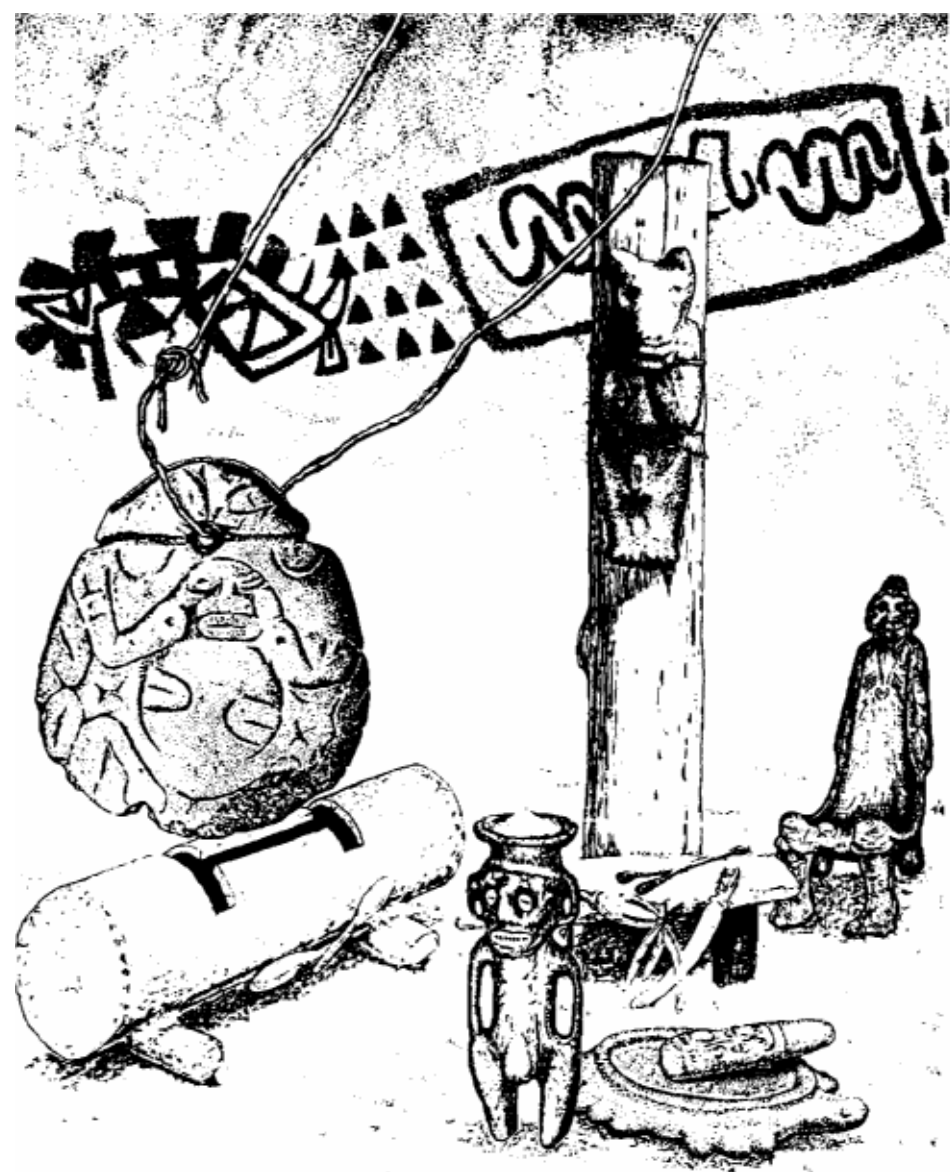
Cemí tallado en una estalagmita de la cueva de La Patana, en el municipio de Banes, Cuba. Se encuentra actualmente en el Museo del Indio Americano, perteneciente a la Fundación Heye, Nueva York, Estados Unidos de América,



Las tallas sobre las rocas de los farallones o en la caliza de las paredes de las cuevas, así como en estalagmitas y estalactitas, se lograban con la técnica del picado, utilizando para ello una piedra muy dura. Aquí se muestra la traza rellena con tiza para su contraste. Este petroglifo se encuentra en la cueva de La Patana, en el Municipio de Banes, Cuba.



Son variados los útiles y objetos que formaban parte del culto de la cohoba. En la siguiente ilustración estos objetos reales forman un conjunto supuesto. De fondo, un fragmento del mural de la cueva de María Teresa, en Cuba, con su dibujo en rojo de enigmático significado. En primer plano, la insignia tallada en piedra de un médico hechicero de una tribu del ámbito aruaco. Los tres temas no tienen una misma escala que los relacione.



La Cohoba

Quando el Cacique celebraba la festividad de su devoto y principal ídolo venían al oficio todos. Ataviaban al dios muy garridamente, se ponían los sacerdotes como en coro junto al Rey, y el Cacique a la entrada del templo con un atabalejo al lado. Venían los hombres pintados de negro, encarnado, azul, y otros colores. o enramados y con guirnaldas de flores o plumajes, y caracolejos y conchuelas en Los brazos y piernas por cascabeles: y venían también las mujeres con semejantes sonajas, mas desnudas si eran vírgenes, y sin pintura ninguna: si casadas, solamente con una especie de bragas. Entraban bailando y cantando al son de las conchas. Saludábalos el Cacique con el atabal al llegar. Al entrar en el templo, vomitaban metiéndose un palillo por el garguero, para mostrar al ídolo que no les quedaba cosa mala en el estómago. Sentábanse en cuchillas y rezaban, que parecían abejones, y así, armaban un extraño ruido. Llegaban entonces otras muchas mujeres con cestillas de tortas en la cabeza, y muchas rosas, flores y hierbas olorosas encima Rodeaban a los que oraban, y comenzaban a cantar una especie de romance viejo en alabanza de aquel díos. Se levantaban todos a responder. Al acabar el romance, mudaban el tono y decían otro en alabanza del Cacique, y así ofrecían el pan al ídolo, hincados de rodillas. Los sacerdotes lo tomaban, lo bendecían y lo repartían como nosotros el pan bendito, y después de esto, terminaban la fiesta. Guardaban aquel pan todo el año, y tenían por desdichada la casa que sin él estaba, y sujeta a muchos peligros.

FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA ¹

¹ **Francisco López de Gomara. Historia General de las Indias, Hispania Vitrix. cuya segunda parte corresponde a la conquista de México. Primera Parte, Barcelona. Editorial Iberia S. A.. 1954.**

El behique ¹ era a la vez sacerdote-hechicero y médico. Al asistir a los enfermos, tenía en cuenta las virtudes reales de una amplia farmacopea vegetal, conocida por medio de la tradición que, en sus funciones y experiencias, adquirieron sus predecesores. En la curación con las plantas medicinales que conocía, desempeñaba también su papel el ritual mágico. Las enfermedades eran casi siempre consideradas obra de espíritus malignos que él, con sus ayunos, meditaciones y ritos, expulsaba del cuerpo del enfermo, por cuya salud debía disputar con las fuerzas del mal.

Como sacerdotes, los behiques basaban su autoridad religiosa en la mitología y las tradiciones transmitidas de generación en generación a través de los areitos. Estas funciones situaban al behique entre los más importantes personajes de la sociedad taína. El era, además, el oficiante entre los cemíes, podía comunicarse con ellos y recibir sus indicaciones. Acerca de cómo el behique podía recibir los mensajes del cemí, es descrito por Las Casas, testigo presencial del rito: Ya dijimos arriba como en esta isla tenía ciertas estatuas aunque raras, en estas se cree que a los sacerdotes que llamaban behiques hablaba el diablo; i también los señores i reyes cuando para ello se disponían, de manera que aquellas eran sus oráculos; de aquí procedía otro sacrificio i ceremonia que ejercitaban para agradallo, que el debía habello mostrado. Este se hacía por esta manera: Tenían hechos ciertos polvos de ciertas yerbas muy secas y bien molidas, de color canela o de alheña molida, en fin eran de color leonada: estos ponían en un plato redondo, no llano sino un poco combado e hondo, hecho de madera, tan

¹ El behique era llamado ‘buhutío’ por los taínos. Según Arrom, fueron los escritores de la escuela ciboneyista los que impusieron la forma behique, incorporada por la Real Academia a su Diccionario.

hermoso, liso i lindo, que no fuera mui más hermoso de oro o de plata. era cuasi negro i lucio, cini de azabache. Tenían un instrumento de la misma madera, y materia y con la misma polidez y hermosura: la hechura de aquel instrumento era del tamaño de una pequeña flauta todo el hueco como lo es la flauta, que los dos tercios de la cual en adelante se abrió a por dos cañutos huecos de la manera que abrimos los dos dedos del medio, sacando el pulgar, cuando extendemos la mano. Aquellos dos canutos puestos en ambos a dos ventanas de las narices, i el principio de la flauta, digamos, en los polvos que estaban en el plato, sorbían con el huelgo hacia adentro i sorbiendo recibían por las narices la cantidad de los polvos que tomar determinaban, los cuales recibidos salían luego de seso cuasi como si bebieran vino fuerte, de donde quedaban borrachos o cuassi borrachos. Estos polvos i estas ceremonias o actos se llamaban cohoba, la media sílaba luenga. en su lenguaje: allí hablaban como en la algarabía, o como alemanes confusamente, no sé qué cosas y palabras. Con esto eran dignos del coloquio de las estatuas y oráculos o por mejor decir del enemigo de la naturaleza humana: por esta manera se le describían los secretos, i ellos profetaban o adivinaban, de allí oían i sabían si les estaba por venir algún bien, adversidad o daño. Esto era cuando el sacerdote solo se disponía para hablar i que le hablase la estatua, pero cuando todos los principales de pueblo para hacer aquel sacrificio. o que era (que llamaron cohoba) por permisión de los behiques o sacerdotes, o de los señores, se juntaban entonces verlos era gas ajo. Tenían de costumbre para hacer sus cabildos i para determinar cosas arduas como si debían mover alguna de sus guerrillas, o hacer otras cosas que le pareciesen de importancia, hacer su cohoba, ide aquella manera embriagarse o cuasi .. Yo los vi algunas veces celebrar su cohoba, era cosa de ver como la tomaban i lo que parlaban. El primero que la comenzaba era el señor, tanto que él la hacía todos callaban; tomada su cohoba (que es sorber por las narices aquellos polvos, como está dicho, i todos hallábanse asentados, en unos banquetes bajos pero mui bien labrados, que le allaman duhos. la primera sílaba luenga) estaba un rato la cabeza hacia el cielo hablando sus ciertas palabras, que debían ser oraciones a Dios verdadero, o al que tenían por dios; respondían todos entonces cuasi como cuando nosotros respondemos Amén; i esto hacían con grande apellido de voces o sonido, i luego dábanle gracias, i debían decille algunas lisonjas, captándole la benevolencia i rogándole que dijese lo que había visto. E les daba cuenta de su visión diciendo que el Cemí le había hablado de buenos tiempos o adversos, o que había de haber hijos, o que se les habían de morir, o que habían de tener alguna contención 0 guerra con sus vecinos, i otros disparates que a la imaginación estando turbada de aquella borrachera le venían, o por ventura, i sin ella, et demonio para los engañar e introducir en ellos su culto les había traído. ¹

Gracias a esta insuperable narración de un testigo excepcional del rito, se conocen los detalles de cómo el behique recibía la comunicación del cemí

¹ Fray Bartolomé de las Casas. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., pp. 189-194.

de la cohoba. En esta ceremonia, el cemí era representado por una figura de madera labrada, en posición de cuclillas y con un platillo o depósito sobre la cabeza, donde mantener los polvos embriagadores.

El fraile Pané describe, por otra parte, cómo se realizaba la ceremonia mediante la cual se seleccionaba la madera que serviría después para la construcción del cemí. Se debe tener en cuenta que, según la tradición religiosa aborigen, la planta también era poseedora de un alma.

El hechicero o brujo corre en seguida a ver el árbol del que el otro le ha hablado, se sienta junto a él, y le hace la cohoba, como antes hemos dicho en la historia de los cuatro hermanos. Hecha la cohoba se pone de pie, y le dice todos sus títulos, como si fueran de un gran señor, y le pregunta:

"Dime quién eres, y qué haces aquí, y qué quieres de mí y por qué me has hecho llamar. Dime si quieres que te corte o si quieres venir conmigo, y cómo quieres que te lleve, que yo te construiré una casa con una heredad"... Entonces aquél árbol o cemí, hecho ídolo o diablo, le responde diciéndole la forma en que quiere que lo haga. Y el brujo lo corta y lo hace del modo que se le ha ordenado; le edifica su casa con una posesión y muchas veces al año le hace la cohoba y toca un instrumento; mientras hace la cohoba ninguno de los que están en su compañía habla hasta que el señor no ha concluido. Después que ha terminado su oración, está un rato con la cabeza baja, y los brazos sobre las rodillas; luego alza la cabeza, mirando al cielo, y habla. Entonces todos le responden a un tiempo en la visión que ha tenido, ebrio de la cohoba que ha sorbido por la nariz y se le subió a la cabeza. Y dice haber hablado con el cemí y que conseguirán la victoria, o que sus enemigos huirán, o que habrá gran mortandad, o guerras. o hambres u otras cosas tales. según que a él, que está borracho, se le ocurre decir.¹

En el proceso evolutivo de las manifestaciones superestructurales del pueblo taíno, los ritos tribales, en los que el behique era oficiante, adquirirían mayor significación a cada momento. Particular importancia tenía la adoración de los cemíes o ídolos de los espíritus familiares y tutelares.

Los cultos tribales eran, sin embargo, más impresionantes, dados sus ritos y ceremonias — en los que tomaba parte mayor número de individuos—, que los cultos familiares o consanguíneos, que eran totémicos de carácter gentilicio. La importancia de los cultos tribales se manifiesta en la existencia misma de lugares cerca de los poblados, destinados especialmente para ese fin, como también su instalación en cuevas. Prueba de la existencia de estos centros ceremoniales subterráneos son los ídolos tallados en las rocas y estalagmitas de las cavernas, y los petroglifos.

Las citas de los cronistas presentadas más arriba hablan del proceso ceremonial realizado en las Antillas; en particular, en la isla de Santo Domin-

¹ Fray Jerónimo Ramón Pané. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 189.

go. Falta agregar la descripción de algunos de los objetos con que contaban los aborígenes para sus ceremonias.

Los behiques, además de someterse al proceso de ayuno, utilizaban el dujo, asiento ceremonial; tabaco; un instrumento en forma de Y que servía para inhalar por la nariz los polvos usados durante la ceremonia, y las espátulas que se introducían en la garganta para producir el vómito purificador.

Los polvos, comparándolos con los usados en ritos y ceremonias semejantes en la zona orinoco-amazónica, debieron ser no sólo de la planta del tabaco, *Nicotina tabacum* Linneo. Esta planta se usaba entonces como hoy para fumar, pero también se mezclaba con otros polvos para producir efectos alucinógenos.

El sabio investigador Alejandro de Humboldt informó acerca de los métodos de utilización y preparación de los polvos alucinógenos por los indios otomacos, quienes los preparaban mezclándolos con una mimosácea conocida por *Acacia niopo*, cultivada por los pueblos indígenas del Orinoco. Entre las tribus aruacas continentales se menciona el uso del yopo, *Piptadenia peregrina* Benth.

Sería interminable la lista de tribus y etnias que, en los ritos del tipo alucinógeno, usan inhaladores en las ceremonias para consumir el niopo, yupa, paricá, curapá o cohoba.

Fernández de Oviedo describe una planta llamada cohoba, que parece tener las mismas características de la *Piptadenia*:

“E a queste cohoba lleva unas arvejas que las vaynas son de un palmo e mas e menos luengas, con unas lentejuelas por fructo que no son de comer, e la madera es muy buena e recia.”¹

Los grupos orinoco-amazónicos, del mismo modo que transportaron desde el continente hasta las Antillas las plantas comestibles, pudieron traer también la *Piptadenia*.

En 1939, el doctor Rafael M. Moscoso Puello localizó, por primera vez en la isla de Santo Domingo, la *Piptadenia*, conocida allí con el nombre de “tamarindo de teta” y “calderón de teta”.

El investigador cubano José M. Guarch ha escrito lo siguiente sobre el rito de la cohoba: “...debió regir, como rito mágico, no sólo las actividades puramente religiosas, sino todas aquellas ceremonias que revestían gran importancia para la comunidad.

“De igual forma se confunde, por múltiples autores, las posiciones y atribuciones del cacique y el behique en el acto de la cohoba, asignándoseles indistintamente funciones a uno u otro. La complejidad de la ceremonia,

¹ Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 49.

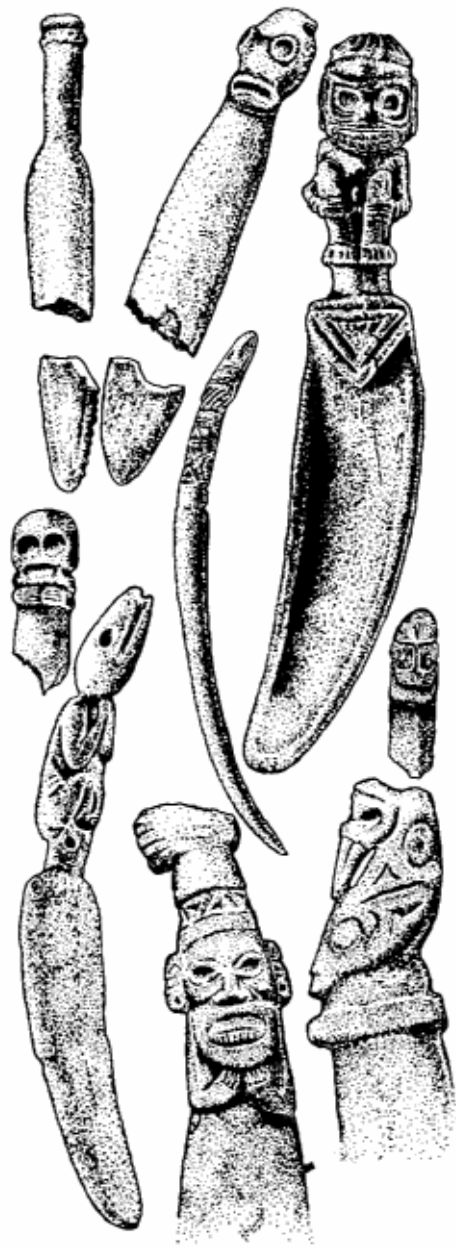
ante los ojos inexpertos a la par que fanáticos de los conquistadores, debió ocasionar tales confusiones.”¹

El culto de la cohoba y la selección ritual del material para la construcción del cemí, estaban complementados por una artística elaboración de todo lo relacionado con el culto, que incluía labores en piedra pulimentada, tallas en madera, trabajos en concha y una meticulosa labor en hueso. Como todo se relaciona estrechamente, no se puede desvincular un mortero de forma zoomorfa de un hacha petaloide ceremonial; una talla de figura humana bien definida de la incomparable belleza en diseño y pulimento de los escasos dujos o de un artefacto de uso desconocido: y, por supuesto, todo esto, de la paciente labor del artífice, que no se apartó un instante de la consagración a su obra hasta verla realizada, con mística emoción de creyente. Estas obras aborígenes pueden compararse, en labor artística, con las tallas y pulido de las culturas similares del arte aborígen mundial.

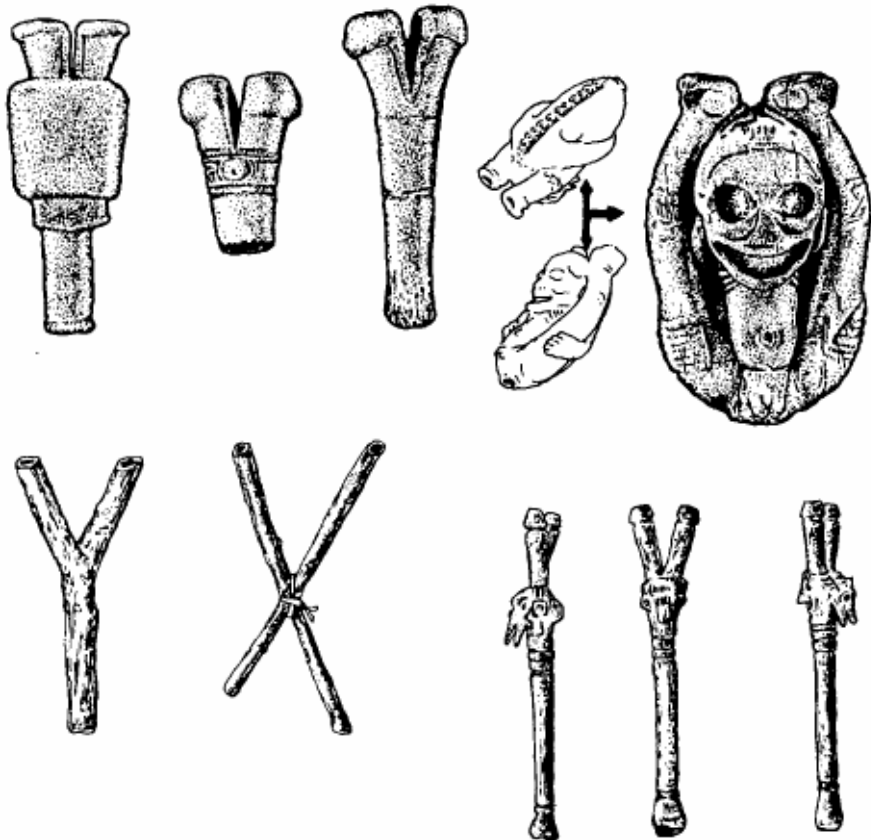
¹ José M. Guarch Delmonte: ob. cit., p. 170.



Durante la ceremonia religiosa de la cohoba, el oficiante inhalaba unos polvos alucinógenos, hasta que entraba en estado de trance. Esta pieza, de 41 cm. de altura, que procede de Santo Domingo, es de un gran realismo. Representa una figura masculina sedente con la cabeza apoyada en las manos, y con un plato o parte plana sobre la cabeza, que servia para colocar los polvos del culto.



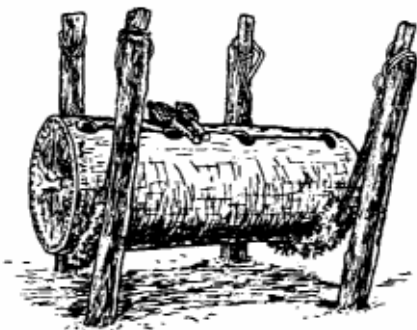
En el rito de la cohoba, el oficiante se introducía en la boca una espátula con el fin de provocar el vómito, y purificar así el cuerpo para poder recibir la cohoba. Estas bellas piezas talladas en hueso, frecuentemente de manatí, tomaron parte importante en el ritual. De variados tamaños, las espátulas con fines vomitivos representan imágenes figurativas zoomorfas, antropomorfas o antropozomorfas. Desconocemos el nombre con que los aborígenes designaban a este objeto.



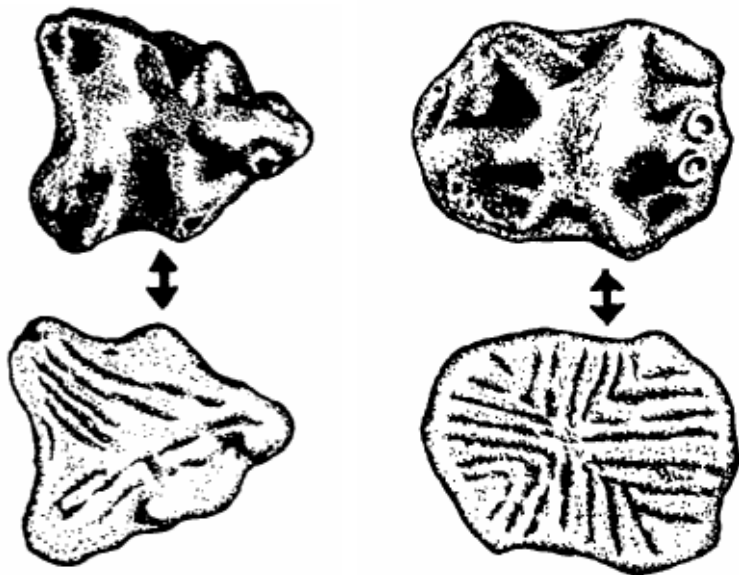
El siripo o inhalador en forma de Y era llamado tabaco. Se colocaba en las fosas nasales y a través de él se absorbía el polvo mezclado que producía la embriaguez alucinante necesaria para la ceremonia. Los tres primeros, tallados en hueso, proceden de la isla de Santo Domingo. El mayor es de 9,9 cm. de largo. El cuarto, también tallado en hueso y de la misma isla, es una pieza de una belleza única, antropomórfica, contorsionada y

muy compleja, de 8,6 cm. de largo. El quinto, muy simple, es el que describe Fernando de Oviedo en el siglo XVI. El otro, también muy simple, según Crevaux, procede de las selvas orinoco-amazónicas. Los últimos tres son los que describen Margones y Maximilien, y fueron encontrados en la zona de la actual República de Haití. Las piezas no mantienen escalas relacionadas entre sí.

Este cemí de la cohoba, procedente de Santo Domingo, confeccionado en madera, es uno de los pocos que se han logrado preservar. Representa una figura antropomorfa masculina en posición de rodillas. En la parte posterior, Como surgiendo de la espalda, se aprovecha el madero para tallar el plato donde se colocaban los polvos para inhalar durante el rito.

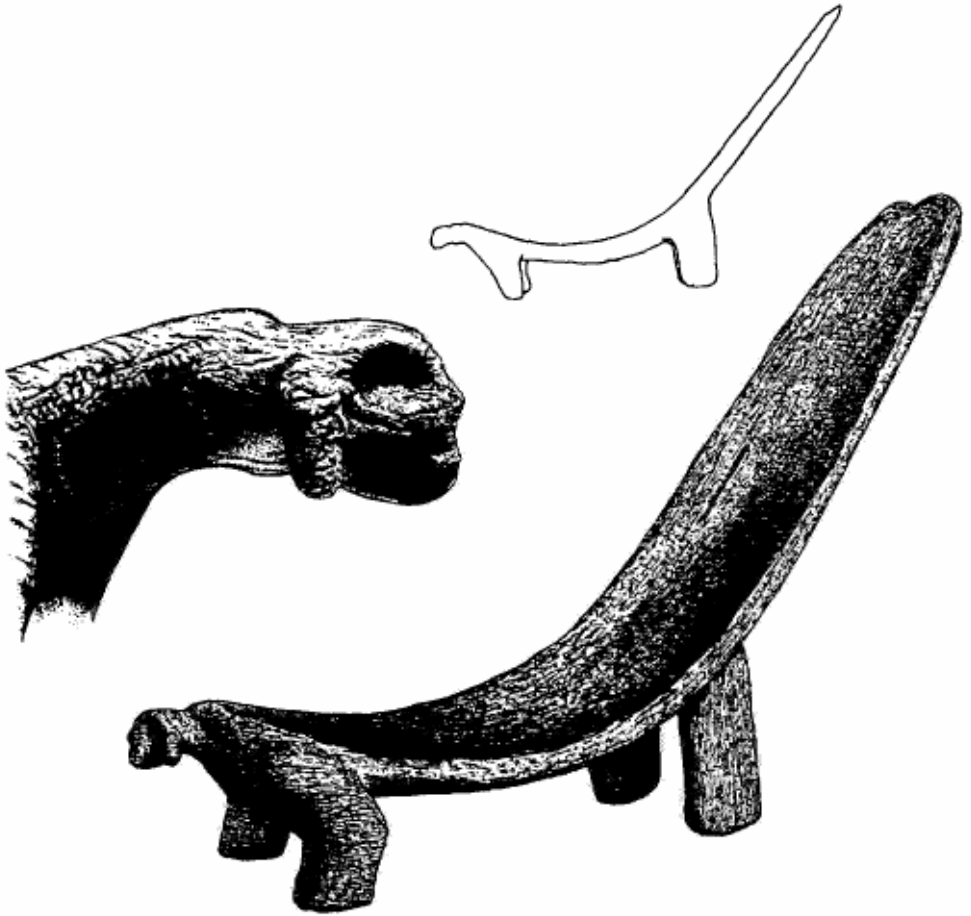


Este tambor de singular importancia, llamado mayohuacán, fue descrito por Oviedo como “...un tronco de un árbol redondo, hueco, concavado... e tan grueso como un hombre e más o menos.. e tan grande como lo quiera hacer... y por todas partes está cerrado, salvo por donde lo tañen, dando encima con un palo como en atabal... que es sobre... dos lenguas... de unos agujeros a rayos que trascienden a lo hueco...” (Citado en Pichardo Moya: ob. cit., p. 86.) En la parte superior derecha, un tambor de los aruacos del río Negro, en el Amazonas.



La decoración del tejido y del cuerpo para las festividades y otras actividades, incluía la utilización de la pintadera como medio para el estampado de formas.

Estas piezas representan una rana (a la cual los indios llamaban toa), figura que aparece reiteradamente en el arte aborigen antillano.



El asiento, confeccionado en madera, tallado en una sola pieza, era llamado por los aborígenes antillanos dujo.

El aquí ilustrado es del tipo antropozoomorfo, ya que imita la posición de un animal de cuatro patas. y la parte anterior semeja una cabeza humana, que debió representar un símbolo totémico. Esta preciada pieza fue localizada cerca de la desembocadura del río Santa Ana, en Santa Fe, La Habana. Se encuentra actualmente en el Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana.

Maraca monoxila periforme, de 15 cm. de longitud, tallada mediante una cuerda. La misma pieza es engalanada por el ilustrador con adornos de plumas. Una de las características de estas maracas, procedentes de Santo Domingo, es que en su interior contienen dos barras sueltas de la misma madera para darles sonoridad. Son piezas de gran valor artístico y artesanal por sus tallas en el tope.



En su obra Cuba precolombina,



Pichardo Moya hace notar que estos muñecos de madera, llamados por los aborígenes manquiin, eran utilizados por los médicos hechiceros aruacos. El que aparece a la derecha, lo identifica como encontrado en la zona oriental de Cuba, pero no señala la fecha ni el lugar, como tampoco la colección donde se encontraba. El que se encuentra arriba, procede de Sancti Spiritus y es de 22 cm. de altura.



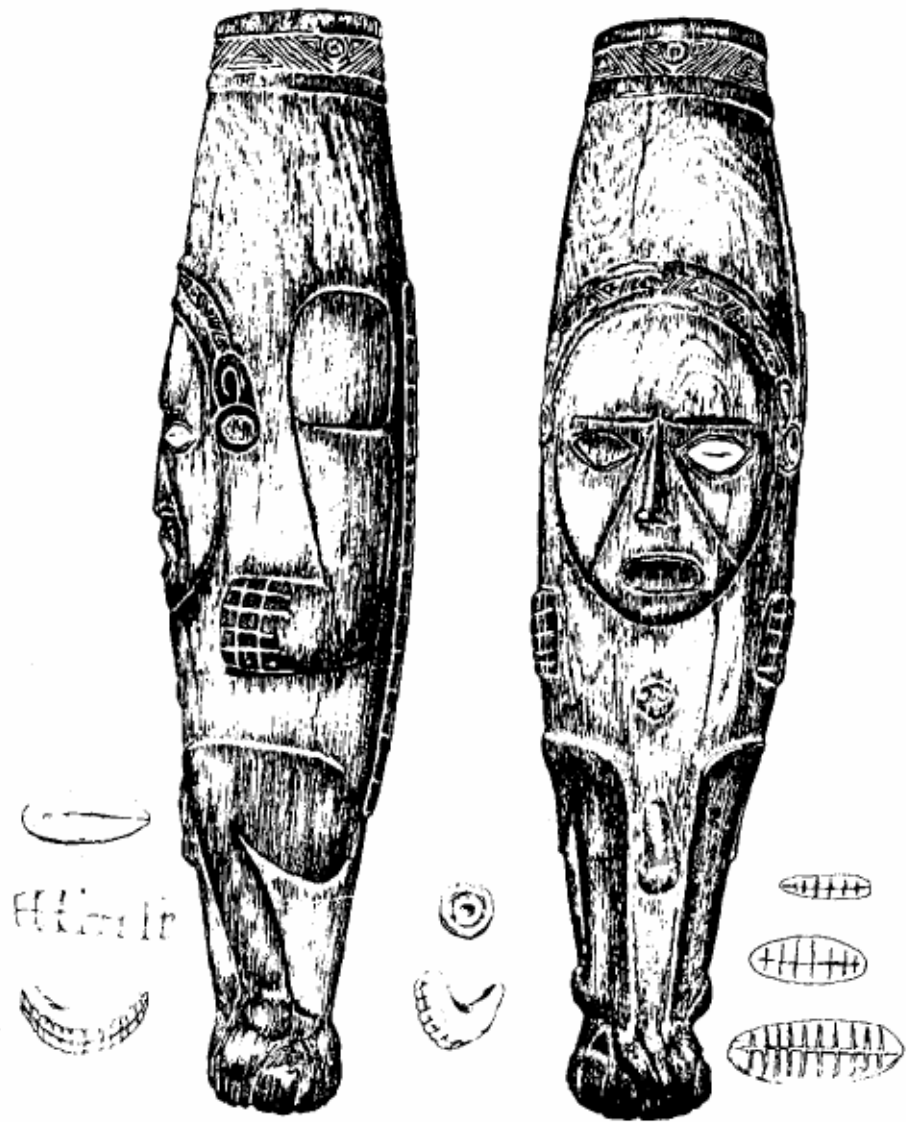
Una ceremonia que debió de ser muy importante era la investidura del médico hechicero o behique. En las tribus orinoco-amazónicas del ámbito aruaco, el aspirante se somete a grandes ayunos y a otros preparativos, como ingestión de brebajes, etcétera. Esta escena es reconstruida a partir de imágenes fotográficas de una tribu tapirapé, donde al iniciado lo acompaña un asistente que lo cuida y lo vigila.

Con el rostro y el cuerpo pintados de negro y haciendo resonar la maraca, el behique se dispone a curar al enfermo.

Cuánto nos comunica una silenciosa pieza esculpida en un solo trozo de madera de guayacán. La pieza mostrada en la siguiente pagina tiene 92 cm. de alto y 70 cm. de circunferencia, un socavado de 64,5 cm. de profundidad. y ha hecho pensar a muchos que es un tambor. Para otros es un cemí, conocido popularmente como Gran Ídolo del Tabaco, que fuera localizado en Gran Tierra, Baracoa, en la zona oriental de Cuba. Técnicamente es un ídolo antropomorfo de una representación humana con vida ya que se detalla claramente el ombligo. [El muerto en la mitología taína carecía de él.] Este ídolo era adornado con incrustaciones de conchas y muestra reproducciones de otros atavíos de las que no quedaron evidencias materiales.

Debajo. a otra escala. se observan muestras de distintos objetos que se utilizaban para incrustar en ídolos, dujos u otros objetos de madera.

Promedian 2.5 cm.



Adornos y Atavíos

La desnudez era habitual en nuestros taínos: pero se adornaban con plumas, y coa guirnaldas, collares y cintos de cuentas de piedra, llamadas sibas, y de concha, y con pectorales y aretes también de concha, y de hueso.

Felipe Pichardo Moya ¹

¹ **Felipe Pichardo Moya: ob. cit., p. 51.**

El taíno, igual que las culturas primitivas que le precedieron, tuvo una variada gama de objetos de ornamento. Esta variedad aumentó según el grado de cultura alcanzado por cada grupo, por lo tanto, le corresponde a los taínos el mayor grado de complejidad y desarrollo estilístico. Las escasas muestras que existen de estos objetos—de incalculable valor arqueológico—, son utilísimas precisamente para conocer este nivel de desarrollo. Se debe tener en cuenta, no obstante, que los aborígenes, por utilizar materiales encontrados en la naturaleza y elaborados con técnicas muy rudimentarias, no tuvieron piezas deslumbrantes por el valor del material utilizado, como otras culturas indoamericanas que trabajaron el oro, la plata y las piedras preciosas. Sin embargo, sus complejas tallas y ornamentaciones hacen de las piezas antillanas verdaderas obras artísticas de gran valor cultural.

La madera fue uno de los materiales más utilizados por los taínos. La grandiosa foresta tropical les brindaba la oportunidad de seleccionar árboles y raíces que sugerían formas, y cuya dureza les permitía progresar en el trabajo de terminación con un pulido impresionante. De estas piezas existen pocas muestras. El tiempo y el clima hicieron mella en la madera. Pero algunos de los ejemplares que sobrevivieron, son excelentes muestras de tallado y pulido realizados en bandejas, vasijas, asientos ceremoniales o dujos, que dan qué pensar acerca de las innumerables variantes de esos exponentes, que debieron abundar. Otras piezas—collares, pectorales, amuletos—, por su pequeño tamaño y uso, fueron mucho más vulnerables al paso del tiempo y a la acción de los elementos naturales.

Los adornos y atavíos forman parte compleja y, en su mayor parte, desconocida significación simbólica del taíno.

Para confeccionar estas obras, los aborígenes seleccionaron el guayacán y otros árboles que rivalizan con él en dureza.

Algunos artefactos ceremoniales con adornos realizados con fines religiosos, se convertían, en el momento del rito, en parte de los atavíos, cuando el oficiante y los participantes en la ceremonia utilizaban inhaladores del culto de la cohoba, espátulas vómicas, maracas monoxilas y otros objetos engalanados con plumas y otros materiales que daban lucimiento al espectáculo ritual. En tan importantes actividades, tanto el cacique como el behique y otros altos personajes de la comunidad, se engalanaban con cintos y sayos confeccionados con plumas, y tejidos adornados con escamas, caracoles y huesecillos. Es inimaginable la diversidad de diseños obtenidos en estos sayos, también teñidos de diferentes colores.

Los hombres usaban una banda tejida, la cual servía de soporte a las plumas que llevaban en la cabeza.

En un pasaje de la crónica de Mártir de Anglería, se menciona uno de los adornos para la frente:

“A estos simulacros los indígenas llaman zemes, de los cuales, los más pequeños, que representan a los diablos chicos, cuando van a pelear con los enemigos se los atan en la frente; por eso llevan los cordeles que viste.¹ Este adorno que menciona el cronista, atado a la frente y ceñido en ciertas ocasiones, es un cemí o ídolo, que representa a alguna divinidad con “poderes” atribuidos por alguna práctica o creencia religiosa. El uso de este tipo de atavío muestra el vínculo que existe entre las manifestaciones utilitarias y las artístico-religiosas y pone en evidencia la interrelación entre misticismo y representación artística en la cultura del taíno. Los objetos tallados en hueso y concha son de trabajo más esmerado, ya que su finalidad es casi siempre servir para alguna ceremonia o rito.

La piedra también era utilizada para estos fines. Se trabajaba con buriles de hueso y sílex, y sierras de fibra, que no eran otra cosa que la paciente labor del artesano con un hilo tensado, acompañado con agua y arena silíceo muy fina. Así se fabricaban amuletos o fetiches. Muchos de ellos trataban de imitar figuras humanas en posición de cuclillas, forma común de sentarse y de participar en ceremonias que también, con cambios en la colocación de los brazos, semeja la posición fetal, en ocasiones simulada en los enterramientos al nivel del suelo.

Los aborígenes antillanos también usaban otros adornos de cabeza o pequeñas carátulas de concha llamadas “guaizas”, que a veces llevaban en la parte frontal de los cinturones.

¹ Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 241.

Era frecuente que los taínos se pintaran el cuerpo y se decoraran la piel con tintes vegetales. El rojo se obtenía de la bija, *Bixa orellana* Linneo; y el negro de la jagua, *Genipa americana*, y del carbón.

Fernández de Oviedo señala:

Este es arbusto o planta, producido de si mismo por industria i obra de la Natura, como todos los que he dicho. Pero también este e los otros los plantan los indios, quando quieren, i puse aquí este, porque vino a propósito de la pintura de los indios con la bixa, e la xagua. Esta planta o bixa hai en esta e las otras islas e en La Tierra Firme... Después de apuesta la bixa es mui mala de quitar hasta que passan muchos días... e aun tiene un bien o sirve a los indios en esto: que quando están assi pintados, aunque los hieran, como es la pintura colorado e de la color que le sale la sangre, no desmayan tanto como los que no están pintados de aquella color roxa o sanguínea.¹

En otro pasaje, Las Casas añade:

Hay en esta Isla asimismo unos árboles que los indios llamaban xaguas; árboles son hermosos y copados como naranjos, pero mucho mas altos y la hoja verdeoscura, no me acuerdo a que la pueda comparar: tiene una fruta de hechura de huevos grandes de aburtadas, blanca la tez y dura por defuera, lo de dentro no hay a que lo pueda comparar de las cosas de Castilla. El zumo desta fruta es blanco y poco a poco se hace tinta muy negra, con que se teñían los indios algunas cosas que hacían de algodón y nosotros escribíamos. Este zumo o agua de las xaguas tiene virtud de apretar las carnes y quitar el cansancio de las piernas y por eso se untaban los indios las piernas principalmente y también el cuerpo; después de pintada se quita con dificultad en algunos días que se lave, porque ninguna diferencia parece tener, hay en la isla de Cuba, y allí también Los llamaban los vecinos naturales de allí xaguas; dándoles con un palo o piedra, porque son duras y poniéndolas muchas de ellas a su rincón tres o cuatro días pocos mas, se maduran y se hace la carne della muy zumosa o lleno de un licor dulce como miel y causi del color de la miel, que las hace como una breva muy madura, y tan dulcísima que pocas o ninguna fruta les hace ventaja en las de Castilla, pero en esta isla no la comían los vecinos della, o porque no cayeron en ello, o porque por ventura son aquellas de otras especies; aunque no lo parece por ningún indicio.²

Por su parte, Pedro Mártir de Anglería expresa lo siguiente:

“Hay otro árbol llamado xagua, de cuya fructa verde el jugo azul obscuro tiñe cuanto toca, pegándose tanto que con ninguna cosa que se lave se quita en menos de veinte días; cuando la fruta ha sazonado, el jugo pierde aquella virtud. La fruta se come y sabe bien.”³

¹Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 46.

²Fray Bartolomé de Las Casas. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit. p. 54.

³Pedro Mártir de Anglería. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 54.

Los taínos se decoraban el cuerpo en ocasión de sus festividades o contiendas; a tal punto que, cuando los cronistas querían expresar que los indios estaban en pie de guerra, decían que estaban “embijados”. Se desconoce el detalle de la forma de los diseños y aplicaciones de estas pinturas corporales, aunque existen muestras arqueológicas de sus sellos o pintaderas de barro, que debieron emplearse como cuños para aplicar tintes en los tejidos o directamente sobre el cuerpo.

Entre los atavíos de piedra, los tainos usaban sargas de cuentas líticas llamadas “cibas”, tan preciadas que se utilizaban para obsequiar a los padres de las novias solicitadas en matrimonio. Las cibas se han encontrado relacionadas con amuletos en forma de collares. También se han encontrado collares confeccionados con dientes de tiburón, vértebras de pescado y otros materiales de origen óseo. Los collares de cuentas, ya sean de piedra o de fragmentos de caracol, son el adorno más utilizado por las culturas indoamericanas, con un alto grado de perfeccionamiento de las técnicas de perforación y pulido. Usaron, además, caracoles completos del género *Oliva* para formar collares y ajorcas que acompañaron con sus tintineos la música de los areitos.

Es importante el guanín de los caciques, especie de distintivo de oro en forma de disco, atributo de su jerarquía, ya que ese metal precioso estuvo asociado con el poder jerárquico de los jefes.

Fray Pané ha dejado una interesante descripción de los abalorios de los taínos, los mitos que se les relacionan y sus usos.

Dicen que estando Guahayona en la tierra adonde había ido, vio que había dejado en el mar una mujer, de lo cual tuvo gran placer, y al instante buscó muchos lavatorios para lavarse, por estar lleno de aquellas llagas que nosotros llamamos mal francés. Ella le puso entonces una guanara, que quiere decir lugar apartado, y así, estando allí, sanó de sus llagas. Después le pidió licencia para seguir su camino y él se la dio. Llamábase esta mujer Guabonito. Y Guahayona se cambió el nombre, llamándose de ahí en adelante Albeborael Guahayona. Y la mujer Guabonito le dio a Albeborael Guahayona muchos guanines y muchas cibas, para que las llevase atadas a los brazos, pues en aquellas tierras las cibas son de piedras que se asemejan mucho al mármol, y las llevan atadas a los brazos y al cuello, y los guanines los llevan en las orejas, haciéndose agujeros cuando son pequeños, y son de metal casi como de florín. El origen de estos guanines dicen que fueron Guabonito, Albeborael Guahayona y el padre de Albeborael. Guahayona se quedó en la tierra con su padre, que se llamaba Hiauna. Su hijo por parte de padre se llamaba Híaguaili Guanín, que quiere decir hijo de Hiauna, y desde entonces se llamó Guanín y así se llama hoy día. Y como no tienen letras ni escrituras, no saben contar bien tales fábulas, ni yo puedo escribirlas bien. Por lo cual creo que pongo primero lo que debiera ser último y lo último primero.

Pero todo lo que escribo así lo narran ellos, como lo escribo, y así lo pongo como lo he entendido de los del país.¹

Las orejeras que los indios pasaban con fines decorativos por los agujeros hechos con ese fin en los lóbulos, se llamaban “taguaguas”. También usaban otro tipo de pendientes; entre ellos, unas placas que, según refiere el arqueólogo dominicano Veloz Maggiolo, se usaban tanto en las orejas como en la nariz. Este especialista recalca que fueron usados como símbolo de rango al llevarse colgados de la parte inferior de la nariz.

Complemento del adorno personal del taíno era su concepto de la higiene. Los cronistas testimonian que practicaba el baño asiduamente con el auxilio de plantas jabonosas y muchos de sus ritos terminaban con un chapuzón. Las crónicas también hacen referencia al hábito de barrer plazas y casas.

Según Fernández de Oviedo:

"En esta isla e otras de la Tierra Firme, en muchas partes e en grandísima cantidad, hay una hierba que se llama y, la cual es muy común e hay mucha abundancia della..."²

Esta hierba, tal como expresó Las Casas:

“Tiene la virtud del jabón para lavar ropas en especial de lienzo, puesto que los españoles no han curado della para en esto dello se aprovechar.”³

Y añade Fernández de Oviedo:

“Los que fueron de los navíos a traer el agua dijeron al Almirante que habían estado en sus casas, i que las tenían mui barridas i limpias, i que sus camas i paramentos de casa eran como redes de algodón.”⁴

En “El taíno” se hace referencia al modo del peinado y a las características físicas de este grupo aborigen: el pelo recortado sobre la frente a modo de cerquillo y un poco más largo en la parte posterior en los hombres. Hay referencias de que las mujeres usaban adornos en el peinado con trenzas.

Otro grupo aborigen, los ciguayos de la región este-noroeste de Santo Domingo, se dejaba el pelo largo detrás, recogido en una redcilla, a la cual añadían plumas de distintos colores. Junto con el modo de peinarse, también se recordará la costumbre de deformarse el cráneo.

¹ Fray Ramón Pané: ob. cit., pp. 25-26.

² Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 53.

³ Fray Bartolomé de Las Casas. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 53.

⁴ Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 205.



Amuletos colgantes de expresiones dramáticas, tallados en hueso, piedra o en conchas de caracol, donde predominan las figuras sedentes o acucilladas, típica posición ceremonial, que también utilizaban para enterrar a sus muertos. Era como un regreso, ya que semeja la posición fetal. Estas verdaderas miniaturas artísticas se colocaban junto a las piedras llamadas cibas en los collares.



Las guaizas o símbolos distintivos de los caciques u otros personajes importantes. eran carátulas de gran fuerza expresiva, generalmente talladas en conchas. La primera es de Cuba; las tres restantes, de Santo Domingo.

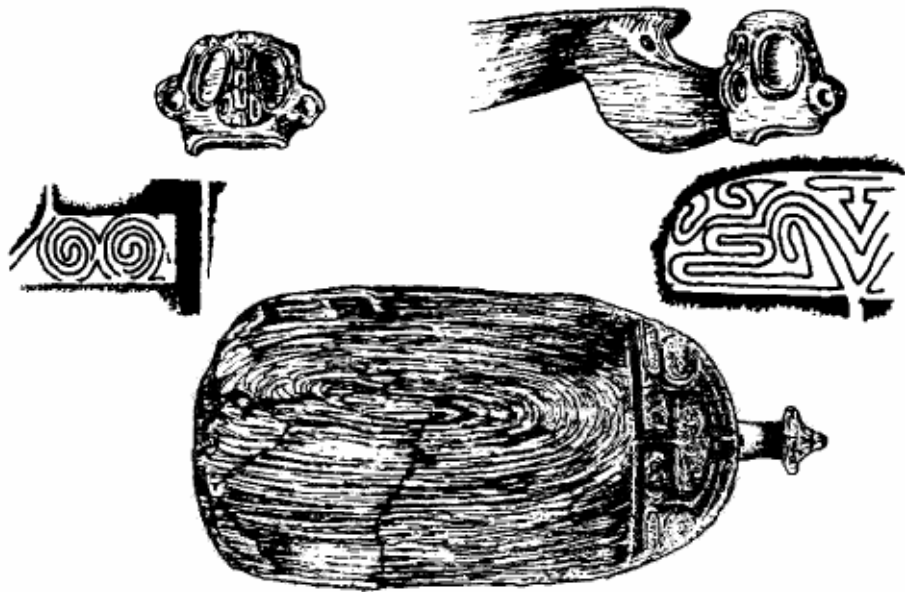


Supuestos atributos de un cacique, quien luce colgado al cuello el guanín que lo distingue. Las decoraciones corporales son arbitrarias, pues no existe ningún documento que describa sus trazos.



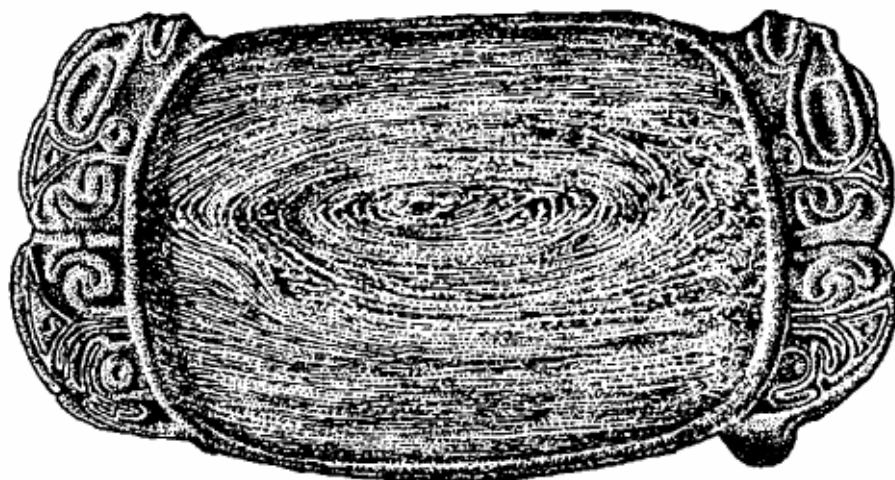
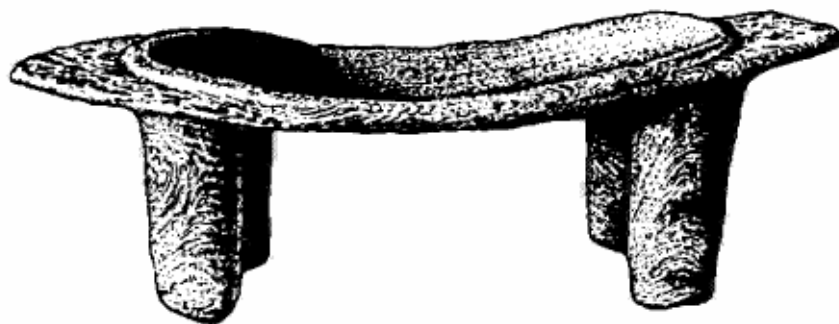
Dientes de tiburón perforados en su base y unidos por una cabuya para formar un collar: al centro, en la parte superior, aparecen dos a tamaño natural del alecrín o tiburón tigre, el Galeocerdo cubieri y uno de un tiburón de alguna especie de la familia Carcharhinus.

Distintos tipos de aretes-pasadores que los aborígenes llamaban taguaguas. Los taínos se perforaban los lóbulos de las orejas para colocarse en ellas pasadores con fines decorativos. Los que aparecen en la ilustración proceden del oriente de Cuba y de Santo Domingo.



Las complejas ornamentaciones laberínticas y adornos que conformaban las piezas y objetos indoantillanos las convierten en obras artísticas de valor cultural universal. Bandeja de madera con un asidero de gran fuerza expresiva. Sobre ésta una talla con adornos geométricos, cuyo significado nos quedó oculto, e ignorado para siempre. En la parte

superior, detalles de la talla del asidero y, a la derecha, trazas del dibujo laberíntico. Esta bandeja fue hallada por Harrington en una cueva cerca de La Patana, Maisi, en el oriente de Cuba. Está tallada en una sola pieza de madera de guayacán y mide 39.5 cm de largo. Actualmente se encuentra en el Museo del Indio Americano de Nueva York.



Esta bandeja o posible dujo, sobre cuatro patas, es un ejemplo de decoración con tallas simbólicas de gran belleza y trazos muy complicados. Pudiera representar una jutía u otro animal agazapado en cada extremo. Fue encontrado en la Mesa del Sordo, Jauco, Maisí, extremo oriental de Cuba y elaborado en una sola pieza de guayacán. En la actualidad se encuentra en el Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana. Mide 37 cm de longitud y 12 cm de altura.



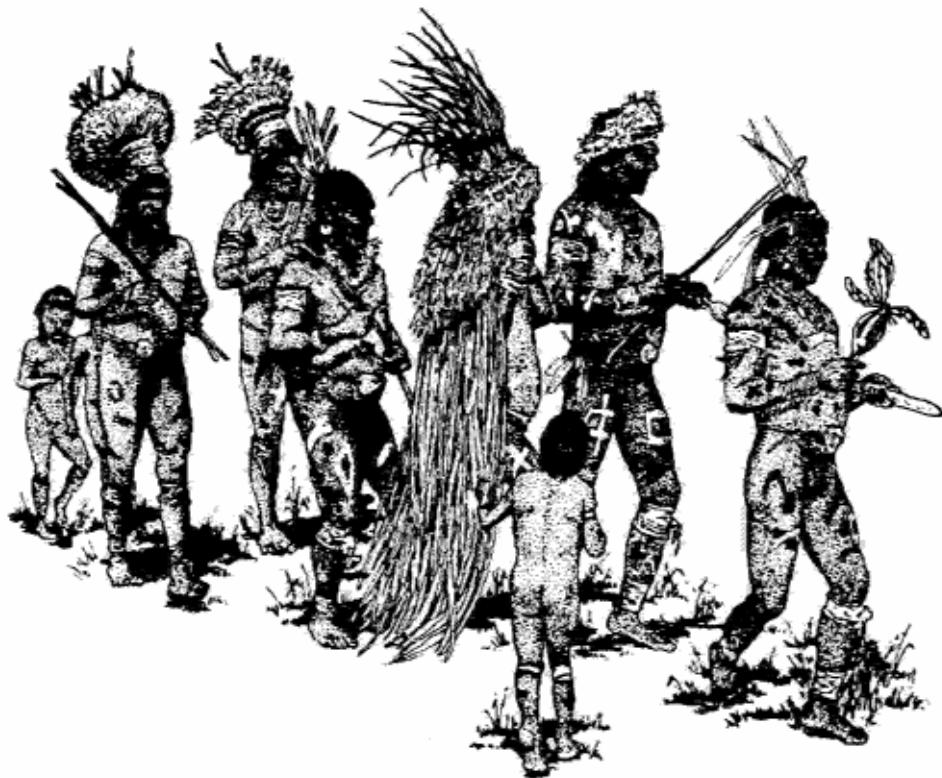
Supuesta representación de un collar formado con las cuentas llamadas cibas y adornado, además, con plumas de ave. Estos objetos, aunque de técnica sencilla y confeccionados con materiales tomados de la naturaleza, tienen un gran valor arqueológico.



En la variada gama de los objetos corporales de los aborígenes antillanos proliferan los collares que se colocaban también en piernas y brazos, confeccionados con vértebras de peces, cuentas de conchas de caracol, o elaboradas con cilindros de piedra, a los que llamaban cibas. Debajo, distintos tipos de piedra, como mármol, ópalo, cuarzo, etcétera, utilizados como cuentas para formar collares. Todos tienen más de 1.5 cm de diámetro como promedio.



Idolillos de cuarzo, colgantes de hueso, pendientes de concha o tallados en un diente de cocodrilo, son muestras de notable arte que abundan en los yacimientos taínos. Pertenecen a las colecciones de Banes y Holguín, Cuba.



Después de conocer las labores de los aborígenes antillanos y analizar los escritos de los cronistas donde describían tocados, vestimentas de plumas, etcétera, y apoyándonos en los atavíos de las tribus aruacas actuales, no dudamos en reconstruir una supuesta actividad con los atuendos festivos, imaginando lo que tanto impresionó al conquistador español.

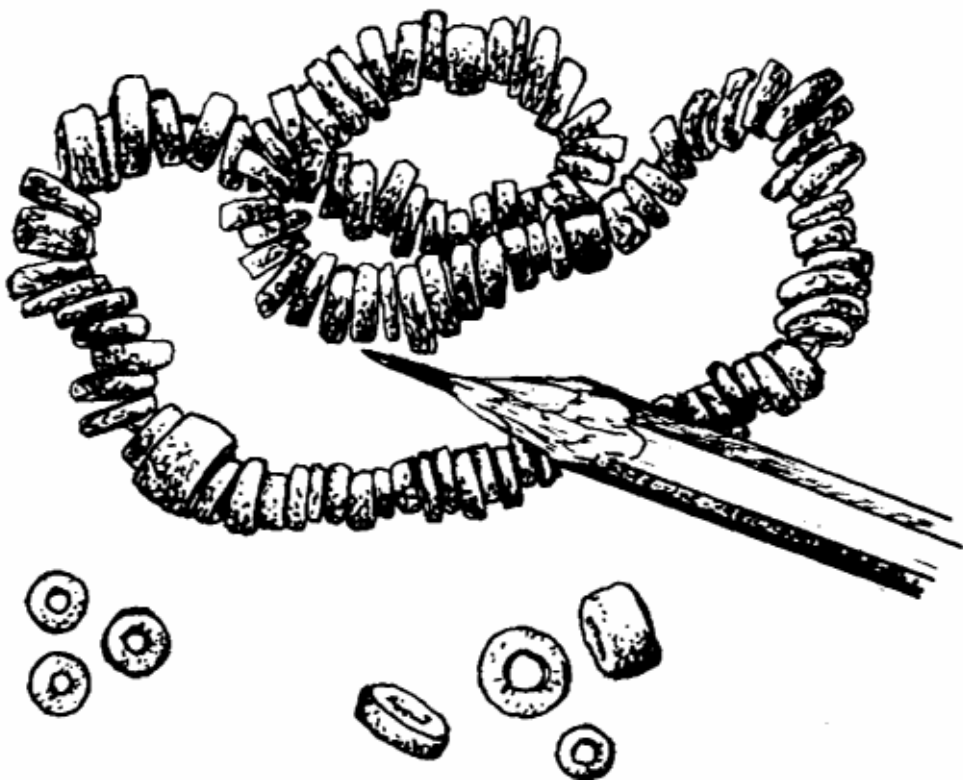


Atuendo decorativo que debía tener alguna connotación religiosa. El dibujo está basado en la fotografía de un auténtico collar de cuentas de cuarzo, idolillos tabulares y un ídolo-pendiente de la región oriental de Cuba. Se encuentra en la llamada Colección García Fera, Holguín, Cuba.



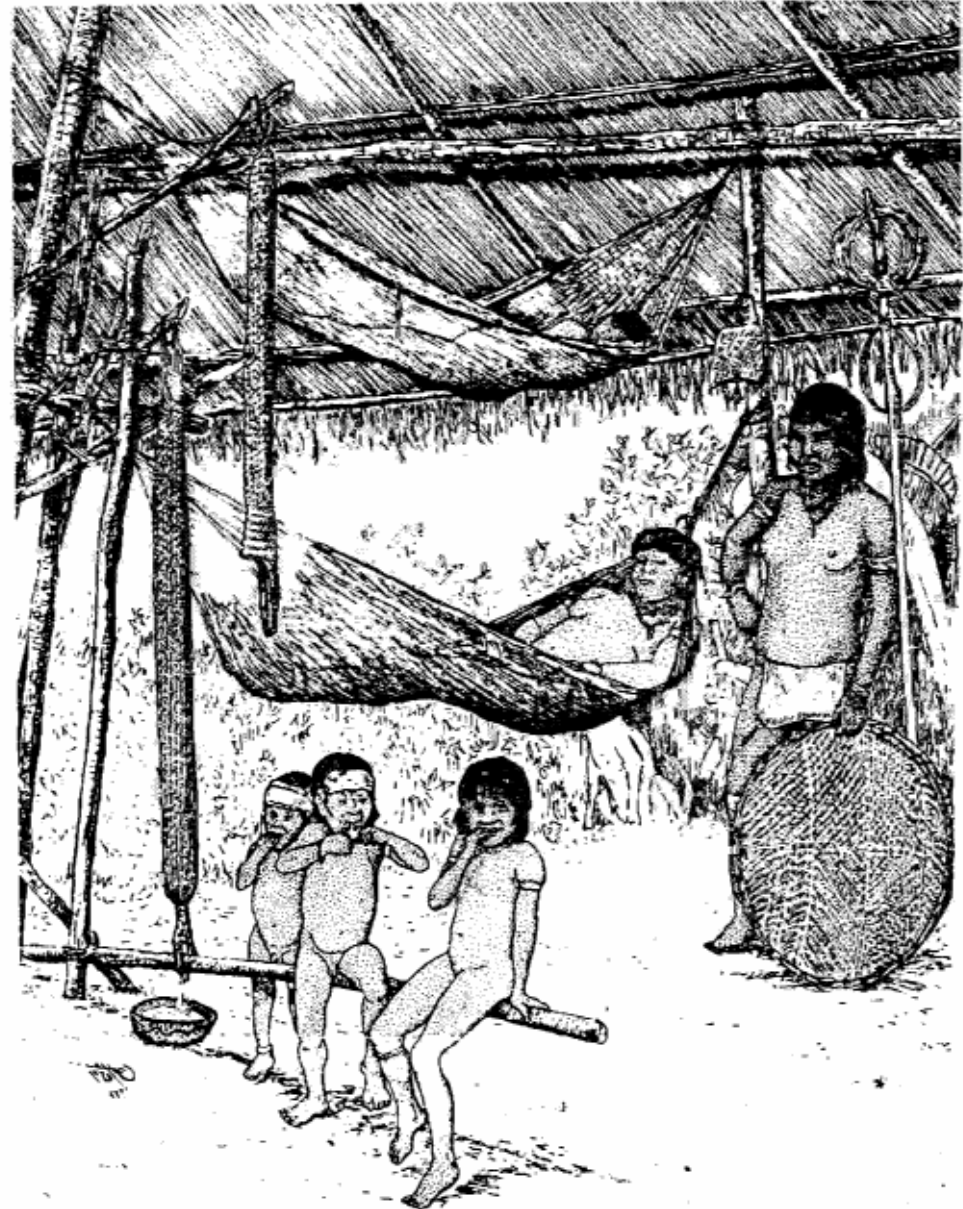
Muestras de distintas expresiones escultóricas en pequeño formato: idolillo, máscara, amuleto o cemí de tres puntas en la típica posición sedente, anillo de barro, pendiente de concha con una cara tallada, y otro amuleto también de concha. Todos ellos promedian 4.5 cm en su medida mayor. Los idolillos tabulares son una manifestación artística muy interesante. Son figuras estilizadas, con una gran

simplicidad de rasgos, que perforaban en uno de sus extremos para ser colgados, o atados para formar un collar y así cumplir su doble objetivo de adorno corporal y místico. Finalmente, una pieza en forma de ave y un pendiente de concha muy enigmático, con diseño pentagonal. Todos estos objetos fueron encontrados en la región oriental de Cuba, aunque en distintos yacimientos.



Los protoagrícolas confeccionaban microcuentas para collares, que luego los agroalfareros decoraron en formas más complejas. Muchas de ellas no sobrepasan los dos milímetros de diámetro. Debajo, al tamaño natural.

La cesta fue un utensilio de gran utilidad en el ajuar taíno: puede ser útil para transportar o depositar, o, en forma de jíbe, para cernir o descascarar. Todo esto se realiza con las fibras textiles tantas veces utilizadas por los aborígenes americanos en la labor de cestería de hamacas, jabucos y otros enseres. La ilustración de la página siguiente está inspirada en fotografías de obras sobre tribus del ámbito aruaco actuales. Es, a su vez, una imagen de la vida cotidiana de esta pacífica etnia que pobló nuestras Antillas.



Cestería y textiles

Las camas en que dormían, que llamaban hamacas, eran de hechura de una honda... y todo de hilos de algodón torcidos... a la lengua extendidos. A los cabos de la longura de toda ella quedan muchas asas... de todos Los hilos que la hamaca en el luengo tiene. Allí, en cada una de aquellas asas ponen unas cuerdas muy delgadas y muy bien hechas y torcidas, de mejor materia que cáñamo, pero no tan buena como de lino, (y ésta llaman cabuya)... Estas cuerdas son tan luengas como una buena braza... las cuales van ajuntarse al cabo como una rosca chica y aun como una manilla; de aquellas dos roscas o manillas se asen con otras cuerdas recias... y átanlas a sendos palos de una parte y de otra, y queda en el aire suspensa, y así se echan en ella, que es buena cama y limpia...

FRAY BARTOWME DE LAS CASAS

Los aborígenes antillanos usaban diversos artículos tejidos: catauros, jabas, hamacas, naguas y rolletes de algodón o ajorcas, con las que se ceñían piernas y brazos, ya que conocieron y practicaron, con mucha habilidad, el hilado de fibras vegetales. Las muestras de tejido y cestería son escasas porque la humedad del clima y el tiempo destruyeron fácilmente estos objetos.

Algunos de los artículos que los aborígenes confeccionaron fueron hechos con tejidos de la planta de algodón, *Gossypium barnadense* Linneo. Entre ellos, las hamacas, de las cuales hay noticias por los cronistas, y que son utensilios destinados a servir de lecho o cama colgante. Las ha-macas estuvieron difundidas ampliamente en el ámbito aruaco.

Los cronistas también dejaron noticias de las jabas de malla, que servían para colgar múltiples objetos de diversos usos dentro de sus albergues, sujetándolas del techo o de los horcones de madera.

De igual manera se mencionan redes de pesca, confeccionadas con algodón, y se describe su empleo, así como la forma de calarlas. Se menciona además el uso de bandas, ajorcas, cintas y cinturones de tejido.

Entre las piezas más impresionantes del ajuar aborígen, están los cemíes confeccionados con algodón. Son piezas de uso ritual y de carácter funerario que contenían dentro del tejido, en el lugar destinado a la cabeza, un cráneo humano. Esta reproducción corpórea tenía decoraciones de piedra, hueso o concha, aplicadas también en la ornamentación de los seres vivos. Estas muestras son escasísimas. Hay indicios de que los conquistadores llevaron a España algunas de ellas y sólo se ha conservado una, localizada por Bernardo Vega Boyrie, en el Museo de Antropología y Etnografía de Turín, Italia. De sus detalles hay noticias gracias a la obra *El arte taíno de la República Dominicana*, del arqueólogo Manuel Antonio García

Arévalo, y por un dibujo reproducido por Rodolfo Cronau en su obra *América*, de 1892.

Con tejidos se hacían otros artículos de uso corporal: naguas o faldellines, también tratadas junto con los adornos y atavíos. Se debe tener en cuenta que la desnudez era habitual entre los aborígenes debido a las características del clima antillano y a su costumbre de vivir a la intemperie. Pero, hay referencias que, durante las ceremonias, algunos caciques y principales vestían, alrededor de las caderas, una especie de cinto o sayo hecho con plumas tejidas, o de algodón con huesecillos y escamas de pescado, a manera de aljorfar, según expresión de los antiguos historiadores de Indias.

Es de suponer la existencia de una numerosa variedad de estos sayos y de bandas sobre la frente para sujetar las plumas y otros pendientes hechos con distintos materiales.

Los hombres usaban con frecuencia un pequeño pedazo de tejido que servía para cubrir los genitales. Las mujeres casadas usaban unas faldas muy cortas, tejidas con algodón, llamadas también naguas. Es interesante el testimonio acerca del vestuario aborigen escrito por Andrés Bernáldez, capellan del arzobispo de Sevilla y cura de los Palacios, quien fuera amigo de Colón y que, teniéndolo como huésped después de su regreso del segundo viaje a las Indias, tuvo acceso a documentos colombinos. Bernáldez describe los vestuarios taínos que, hay quien dice, pudo apreciar por sí mismo en el sur de Jamaica. Pichardo Moya nos resume la descripción de Bernáldez:

...traía un Cacique un sayo de plumas coloradas, de hechura de cota de arma, y en la cabeza una bella pluma de gran lucimiento; y dos hombres de los que con él iban, lucían también plumas en la cabeza, una de ellas en forma de celada. Otros dos llevaban un como sombrero de palmas verdes, y uno de ellos además una joya de alambre de guanín, en forma de flor, en un collar de cuentas de piedras de mármol, y una guirnalda y un cinto de las mismas cuentas. Una de las mujeres iba del todo desnuda, con sólo un cinto de pequeñas cuentas de piedra negra, del que pendía un corto delantal de algodón tejido y adornado de piedrecillas verdes; y la otra, apenas se cubría con un delantal de algodón en forma de hoja de naranjo, llevando en las piernas y cerca de las rodillas unas grandes ajorcas, también de algodón.¹

Los cronistas también mencionan en sus relaciones, el uso de cuerdas, algunas de ellas confeccionadas con algodón torcido.

Después de la lectura de estos testimonios descriptivos hay que notar que, sin embargo, se desconoce cómo tejían los taínos el algodón y otras

¹Felipe Pichardo Moya: ob. cit., pp. 53-53.

fibras textiles. Sólo existen referencias etnológicas sobre los aruacos continentales.

Numeroso y de uso intensivo debió de ser el ajuar de la cestería aborígen. Al tratar la yucubia, se menciona el cibucán y el jibe, que se tejían con hojas de palma del género *Roystonea*. Usaba, además, jabas, jabucos y los cestos conocidos por catauros, hechos con yaguas. Estas parecen ser las denominaciones aruacas que designaban determinadas formas y tejidos de guano, y de la vaina de la hojas o yagua.

Para otros tejidos, trenzados y cordelería, se aplicaron otras fibras más ásperas y resistentes, utilizadas además en la confección de redes. Con este propósito se usó la cabuya, *Fourcroya cubensis* Haw, el henequén y el maguey.

En las cestas de los aruacos, por su trama, predominan las formas geométricas y éstas se convierten en las formas predilectas de las ornamentaciones taínas utilizadas en las grecas de los esgrafiados de las cerámicas y en otros motivos pictóricos.

Entre los utensilios empleados por los aborígenes para la confección del casabe, las palas utilizadas para voltear la torta no eran sino una especie de abanico de guano que también era útil para avivar el fuego. Existe la posibilidad de que las tribus insulares fabricasen asientos y pequeñas mesas de cestería, tal como hacen las tribus aruacas continentales. Muchas de las escasas muestras y huellas de las tramas de los indoantillanos son muy parecidas o idénticas a las que realizan los aruacos continentales, lo cual parece justificar esta hipótesis.

El uso de esteras en las viviendas aborígenes lo atestiguan las noticias de los cronistas y el hecho de que la trama de estos útiles quedara impresa en los burenes y en el fondo de vasijas de barro, donde se imprimieron durante su elaboración. Esta noticia amplía la utilización del tejido de fibras vegetales en otras labores como la de los alfareros. Lamentablemente, sólo quedaron estas trazas grabadas, ya que la natural destrucción del paso del tiempo impidió que pudieran conservarse las esteras originales.

Por último, el numeroso ajuar cestero de la vivienda del taíno debió ser muy variado, aunque los cronistas —fuertemente impresionados tal vez porque los marinos de Colón encontraron cráneos humanos dentro de cestos en el interior de dos casas aborígenes aruacas cubanas— dejaron de enumerar otros objetos menos impresionantes. Según Colón:

“Hallaron también los marineros en una casa una cabeza de hombre dentro de un cestillo, cubierto por otro cestillo, y colgado de un poste de la casa, y de la misma manera hallaron otra en otra población.”

Cristóbal Colón. Citado en José M. Guarch Delmonte: ob. cit., p. 177.

Esto es posible, porque existió entre los taínos la costumbre funeraria de cercenar la cabeza del cadáver y enterrar sólo el cuerpo. La cabeza del difunto se guardaba. Estos ritos estarían quizás relacionados con cultos de la cabeza humana, considerada albergue de los principales órganos sensitivos y, por ende, parte principal del sujeto donde residiría la esencia del ser.



Esta impresionante reproducción corpórea, realizada con el objeto de contener en el interior del lugar destinado a la cabeza, una calavera humana, sin duda forma parte de un rito funerario y animista. El cemi, de 75 cm. de altura, fue localizado por Bernardo Vega Boyrie. Se encuentra actualmente en el Museo de Antropología y Etnología de Turín, en Italia. Está reproducido de la obra El arte taíno de la República Dominicana, de Manuel A. García Arévalo.

Impresión de la trama del tejido de una estera sobre un pedazo de un burén de barro que fue encontrado en Antigua, isla de las Antillas Menores. Se adicionaron a la lámina dibujos de diseños incisos utilizados en la decoración de las cerámicas, que demuestran la posibilidad de que la trama textil fuera fuente de inspiración para el artista aborigen.

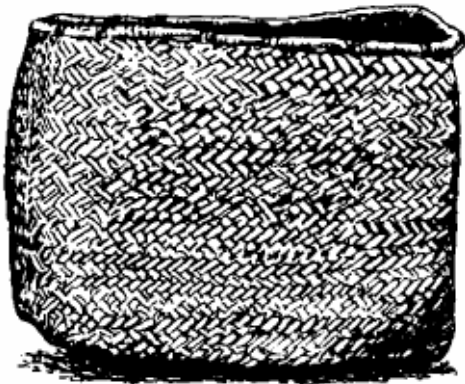




Los taínos en general, hombres y mujeres, ceñían las piernas por debajo de las rodillas, y alrededor de los tobillos y los brazos, con rodetes o ajorcas de algodón. Se muestra uno de estos vendajes desplegado, que pertenecen a tribus aruacas continentales y, de fondo, una joven que indica las zonas donde se los ajustaban.



En la utilería y ajuar del indoamericano antillano y continental de la etnia aruaca, abundaban los utensilios y artículos tejidos. En la ilustración, una joven hace pasar por el ya conocido jibe, la masa de yuca rallada. Trabaja sobre una gran estera tejida, y, a su lado, una cesta con pellas salidas del cibucán, otra pieza de la cestería aborigen.



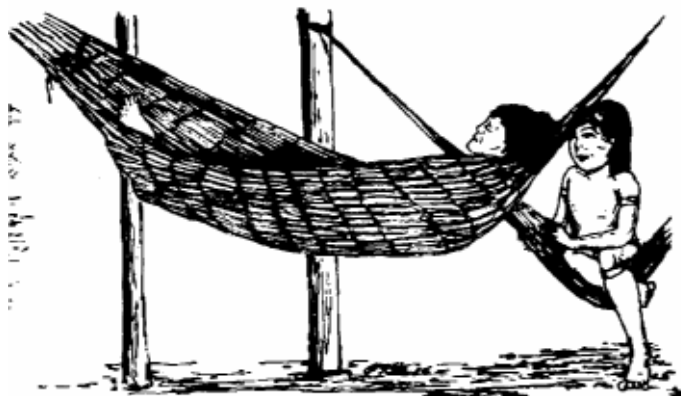
Cestas, catauros, jabas y jabucos, forman parte del ajuar del indoamericano. Los realizaban con fibras de palma, yagua, guano y cabuyas. La trama del tejido que se utilizaba en las cestas y otros artículos, puede verse en la actualidad en los continuadores de la tradición campesina.



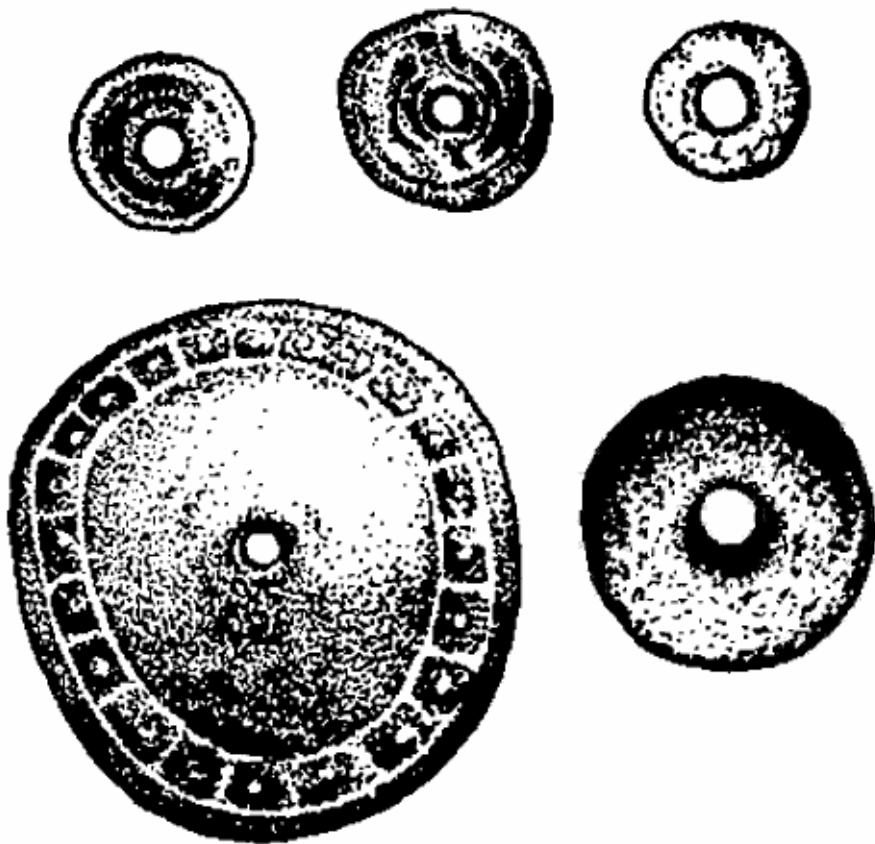
Las mujeres taínas llamaban naguas al corto delantal de tejido de algodón que algunas veces, según la ocasión, adornaban con piedrecillas, escamas de pescado y plumas. El que aparece en la ilustración es de los usados por las tribus aruacas continentales del mismo tronco étnico, ya que no se conserva nada del vestuario de nuestros aborígenes.

En los primitivos telares las etnias aruacas tejieron una conocida pieza: la hamaca. Sobre esta nos dejo dicho Las Casas: "Las camas en que dormían. que llamaban hamacas, eran de hechura de una honda... y todo de hilos de algodón torcidos... a la luenga extendidos. A los cabos de la longura de toda ella quedan muchas asas... de todos los hilos que la hamaca en el luengo tiene. Allí, en cada una de aquellas asas, ponen unas cuerdas muy delgadas y muy bien hechas y

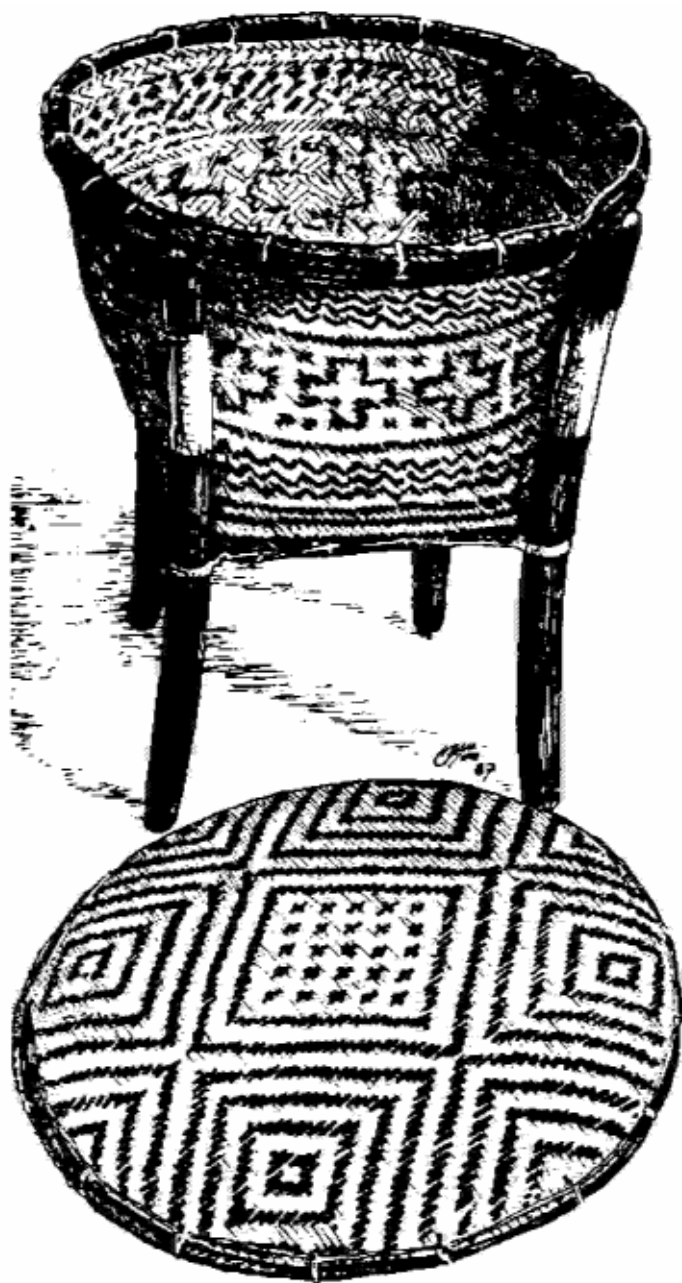
torcidas, de mejor materia



que cáñamo, pero no tan buena como de lino. (y ésta llaman cabuya)... Estas cuerdas son tan luengas como una buena braza... las cuales van a juntarse al cabo como una rosca chica y aun como una manilla; de aquellas dos roscas o manillas se asen con otras cuerdas recias... y átanlas a sendos palos de una parte y de otra. y queda en el aire suspensa. y así se echan en ella. que es buena cama y limpia (Ibid., p. 80.)



Se desconoce el método empleado por los aborígenes para tejer el algodón y otras fibras textiles que utilizaban con frecuencia, pero algunos de los discos de concha o los llamados pesos de calar redes, realizados y tallados en piedra, se parecen a los torteros o fusiolas del huso que utilizaban para tejer. Estas piezas son de Banes y Las Villas, en Cuba.



Los aruacos continentales fabricaban asientos y pequeñas mesas de cestería, pero no tenemos muestras de labores semejantes entre los antillanos. El de la ilustración fue confeccionado por aruacos contemporáneos de Guyana.



La confección de cestos debió ser directamente proporcional a las habilidades del artesano que le imprimía sus interpretaciones y diseños, los cuales debieron tener múltiples usos, entre ellos, algunos de tipo ceremonial.

En el Diario de Colón se encuentra que el martes 6 de noviembre se consigna el reporte de la visita de Rodrigo de Jerez al interior de la

Isla de Cuba y dice:
muchu cantidad de algodón cogido y filado y obrado, y que en una sola casa habian visto mas de quinientas arrobas y que se pudiera haber allí cada año quatro mil quintales."
(Cristóbal Colon. Diario de Navegación: p. 85.)

Esta cita nos hace suponer que existía una actividad relativa al algodón. El dibujo está inspirado en un documento fotográfico de una etnia aruaca continental.



Como consta en las crónicas de los españoles que arribaron a sus ínsulas, nuestros aborígenes antillanos fueron un pueblo alegre, con dotes para manifestar su cordialidad y acogida. El común origen de los pueblos que poblaron distintas regiones, daba a las Antillas una unidad e integridad que fue truncada por el genocidio desatado casi a la llegada de los descubridores y consumado por los colonizadores en poco tiempo, borrando todo vestigio del desarrollo y cultura de un pueblo y que sólo gracias a la arqueología y a las crónicas de los mismos ejecutores de los hechos, hemos podido reconstruir.



Manayas o Hachas de Piedra

El indígena hizo el hacha en paciente labor, frotando piedra sobre piedra, y con toda seguridad vio transcurrir muchas lunas antes de que en una de ellas se reflejase en la especular superficie del noble material seleccionado. Y entonces, en su fe, el simple guijarro dejó de ser tal y encerró por siempre la potencialidad de un dios privado y protector, fuente de fuerza y valor para su artífice y propietario, posiblemente no consagrado como guerrero en la tribu hasta que no tuvo totalmente terminado el preciado amuleto, y quizás sí presentado ante el behique en alguna ceremonia colectiva.

RENÉ HERRERA FRITOT ¹

¹ René Herrera Fritot: *Estudio de las hachas antillanas*. p. 47.

Estas líneas del doctor René Herrera Fritot transmiten una bella imagen del trabajo y posible significado religioso del hacha, instrumento más que arma, preciado claustro de su divinidad.

El hacha de piedra fue uno de los utensilios de trabajo más empleados por los aborígenes antillanos. Les era muy útil en las múltiples actividades que realizaban como, por ejemplo, el trabajo con madera, la fabricación de canoas y el desbroce de bosques, etcétera. Las hachas más típicas del periodo agroalfarero son las llamadas petaloides, debido a su forma parecida a los pétalos de algunas flores. Otras toman las denominaciones de otras formas como la de cuello, por su estructura adaptada a ajustar un mango de madera, o las destrales, de uso manual.

Para la fabricación de sus hachas, los pueblos antillanos escogieron, por lo general, piedras de gran consistencia, en cuya superficie desarrollaban un gran trabajo de pulido. Sólo las culturas agroalfareras caribeñas produjeron hachas líticas. ya que sus predecesores en las Antillas produjeron hachas de concha.

Las hachas de piedra tuvieron su evolución particular. Las rectangulares corresponden a los asentamientos igneri de las Antillas Menores y son parecidas a las de la llamada serie saladoide de Venezuela, encontradas en el llamado estilo cuevas de Puerto Rico.

A las hachas de cuello también se les llama caribes. Son armas muy eficaces por su contundencia. Aunque no son tan tajantes, posiblemente —según el criterio de Herrera Fritot— su origen es igneri. Se encuentran en las Antillas Menores, la legendaria tierra de los belicosos isleños caribes, a quienes se les atribuyen.

Las hachas petaloides son abundantes en las Antillas Mayores. Son hachas que fueron derivando hasta evolucionar en maravillosas piezas

de formas zoomorfas y antropomorfas. También se construyeron hachas petaloideas de pequeño tamaño, probablemente simbólicas, para usarse como amuletos o hachas votivas. Algunas tienen perforaciones que sugieren que se usaron para colgar o adornar.

Las materias primas con que se confeccionaron las hachas aborígenes eran materiales recogidos en las costas y playas, y en las márgenes de los ríos, en pedregales de cantos rodados, o donde la erosión les insinuara la talla adicional, pues los aborígenes carecían de las herramientas requeridas para extraerlos de las rocas.

El taíno llegó a adquirir un conocimiento empírico de las rocas y de su dureza, y llegó a escogerlas rigurosamente para su talla y posterior pulido y acabado. Mostró preferencia por la piedra muy dura, con lo cual se dificultaba su labor, pero dejó para la posteridad muestras que ni el tiempo ni el clima lograron mellar.

De las formas más primitivas de hacha, se derivaron formas más complejas, como las hachas enmangadas monolíticas, que llegaban a ser verdaderas hachas efigies por sus grabados y formas. Estas hachas son de una pieza donde se funden la hoja y el mango, de ahí su denominación de hachas enmangadas. En estas hachas macizas y bien pulidas, la hoja atraviesa el mango.

Otras hachas. llamadas ceremoniales, se derivan de la petaloide y llevan rostros humanos y otros signos en una o ambas caras.

Otras se convierten, debido a su extensa labor de grabado, en hachas efigies en las que se representan formas de ídolos antropomorfos o zooantropomorfos.

Las hachas taínas son obra de artífices aborígenes que evidenciaron, con ejemplos fehacientes, su destreza para realizar una talla admirable de la piedra y un pulido posterior de un acabado exquisito, con lo que dieron muestra de su incansable paciencia, de su tenacidad y de sus concepciones artísticas y religiosas.

Estas habilidades del artesano taíno, las puso también en evidencia en otras obras de piedra, como los trigonolitos. Estos objetos tricúspides alcanzaron un elevado nivel artístico, como muestra el efecto que nos producen las garras representadas en el hacha cubana, llamada de Ponce, que además tiene una magnífica cabeza antropozoomorfa. Estas garras se asocian con las de otros trigonolitos hallados en La Española y Puerto Rico que, como señala el doctor Arrom, parecen estar listas para escarbar la tierra e introducirse en ella y fecundarla.

Todos, o la mayor parte de los de la isla Española, tienen muchos cemíes de diversas suertes. Unos contienen los huesos de su padre, y de su madre, y pa-

rientes, y de **SUS** antepasados; los cuales están hechos de piedra o de madera. Y de ambas clases tienen muchos; algunos que hablan, y otros que hacen nacer **las** cosas que Comen...¹

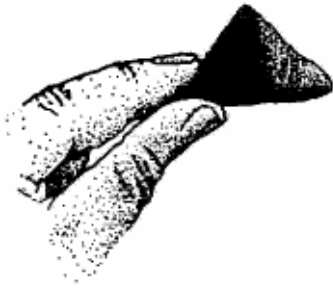
De piedra también eran los aros o colleras formados con un trozo de roca monolítica, cuya perforación permite el paso de la cabeza para descansar después sobre los hombros. Son una imagen pétreo de un adorno vegetal o floral que, para Herrera Fritot y otros etnólogos, era como una identificación o escudo de armas del clan.

Los aborígenes que trabajaron la piedra también fabricaron los discutidos codos de piedra de Puerto Rico, cuya función aún se desconoce, y las cabezas pétreas de Macorís que, según De Hostos, insigne dominicano, debieron de ser bocetos o retratos, dadas sus características. Estas piezas sitúan a la isla de Santo Domingo como el lugar donde el taíno alcanzó su más alto nivel artístico.

¹ **Fray Ramón Pané: ob. cit., pp. 34-35.**



La extensa labor lítica del aborigen antillano se muestra en el arte escultórico taíno, donde los trigonolitos, o cemíes de tres puntas, ocupan un lugar muy importante, pues los elementos figurativo-expressionistas contenidos en el concepto y de formato triangular, son la manifestación de un arte inspirado en ideas animistas y totémicas.



Mientras en Santo Domingo y Puerto Rico hay culminación del arte escultórico, con piezas talladas con precisión y delicadeza de escultor ducho, en Cuba sólo se han encontrado pequeñas piedras de tres puntas: los microtrigonalitos.

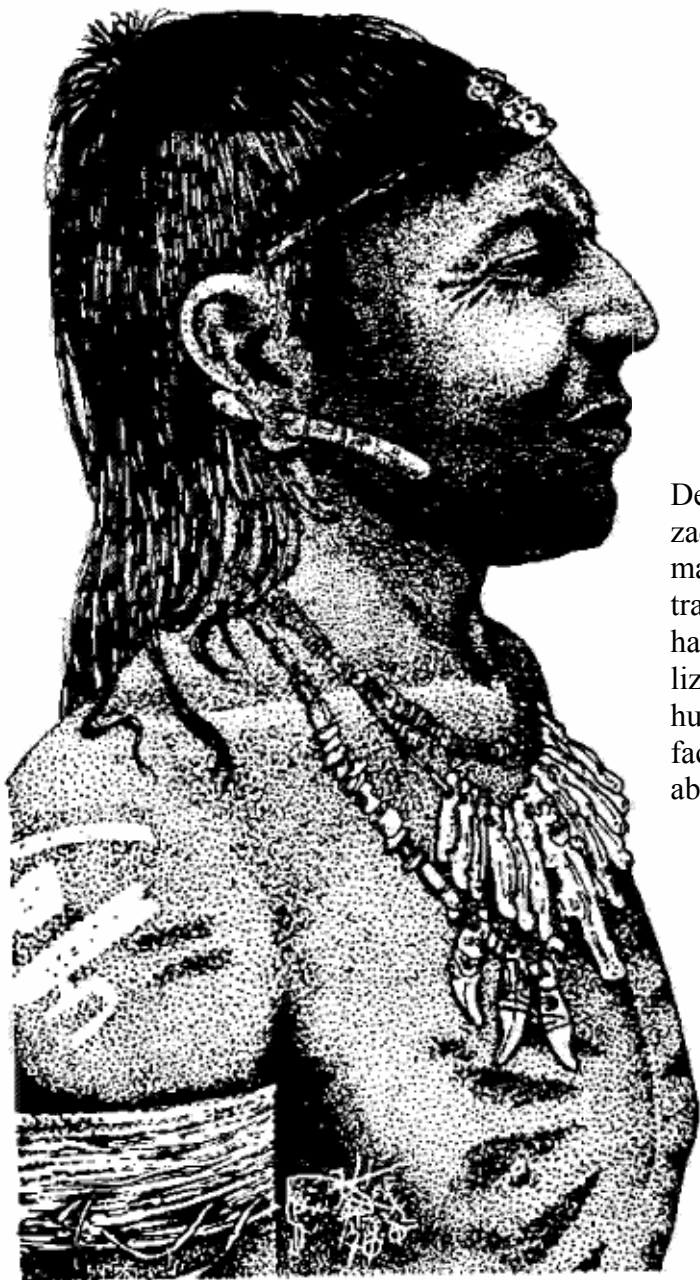
Las cabezas macoris son otra manifestación de arte taíno. Son tallas de piedra de gran



realismo a las que se les da el nombre de cabezas o caras de “macorís”, por ser de la zona de San Pedro de Macorís, en el sudeste de la República Dominicana y no por ser propias de los indios macorixes que habitaron

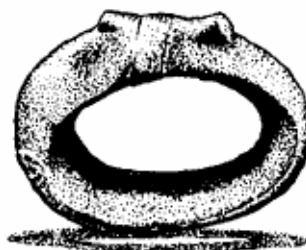
el noroeste de la isla.

La pieza de la izquierda mide 9,5 cm. de altura y 14 cm. de longitud; la del centro no se refiere la medida por no tenerla, y la de la derecha mide 13 cm. de altura y 23 cm. de longitud.

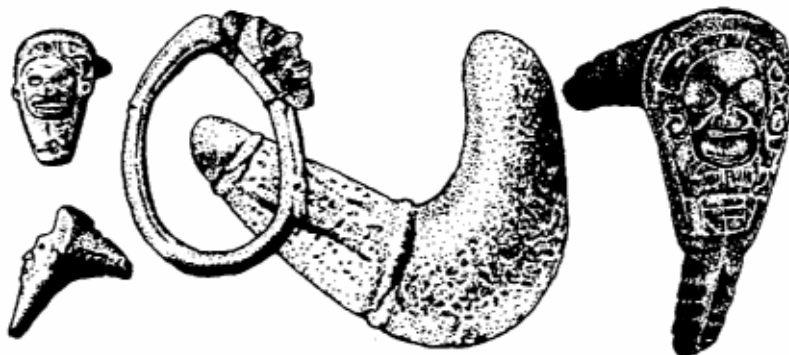


Después de haber analizado los cráneos deformados del taíno y los retratos pétreos macorís, se ha reconstruido una idealización de lo que hubieran sido los rasgos faciales de estos aborígenes antillanos.

Los aros, colleras o yugos líticos son manifestaciones artísticas supuestamente relacionadas con el juego de batos en las islas de Puerto Rico y Santo Domingo. Pesan, aproximadamente, 7 Kg.



El uso o utilización del codo lítico sigue siendo enigmático, por lo que es tema de diversas interpretaciones. Son muy decorados y parecen pertenecer al taíno final. Se han encontrado con frecuencia en la isla de Puerto Rico y algunos pocos en Santo Domingo. El del centro está dibujado a partir del que aparece en la obra El arte taíno de la República Dominicana, de García Arévalo y mide 18 cm. de longitud por el segmento mayor.

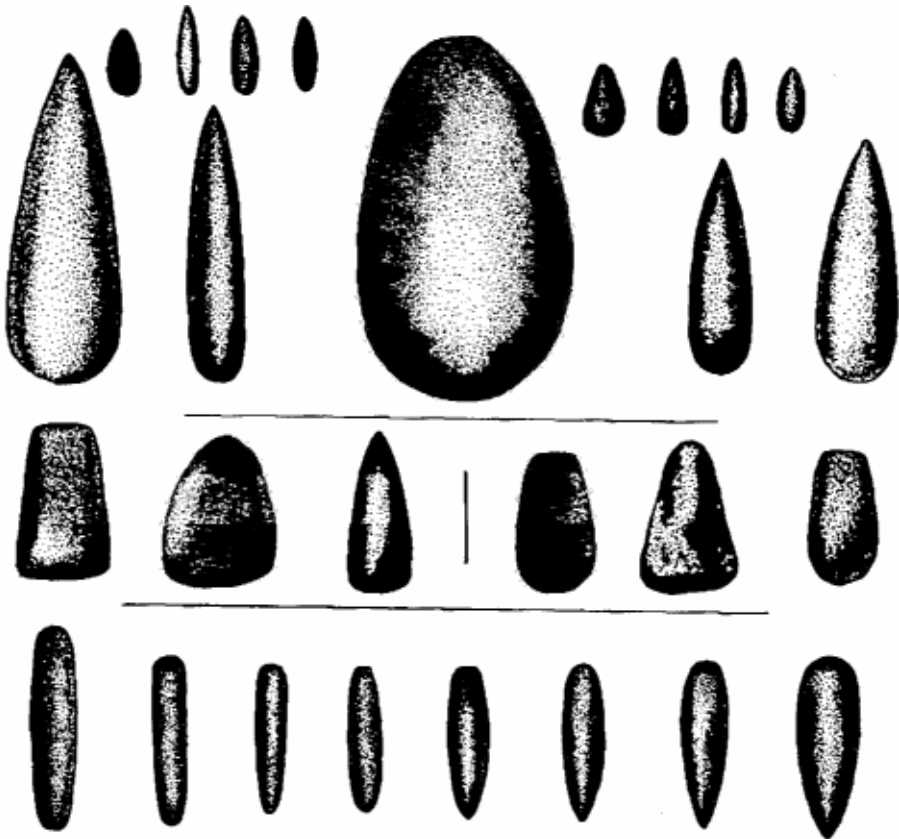




Hacha petaloide simple, enmangada por medio de una abertura transversal en un mástil de madera sin usar cuerda de amarre. Ejemplar encontrado en una caverna de la isla Gran Caicos, Bahamas orientales. Actualmente se encuentra en la colección de lady Blake.

Hachas petaloideas de variadas formas y tamaños. La primera, en el extremo izquierdo, es de una longitud de 21,5 cm.; la del medio es un hacha atípica dado su ancho anormal de 14,2 cm. También se muestran hachas miniaturas cuyo tamaño varia entre los 4.4 cm. y los 6 cm. de longitud. Todas son de distintas localidades del oriente de Cuba, salvo la periforme, que es del yacimiento Juandolio, en la República

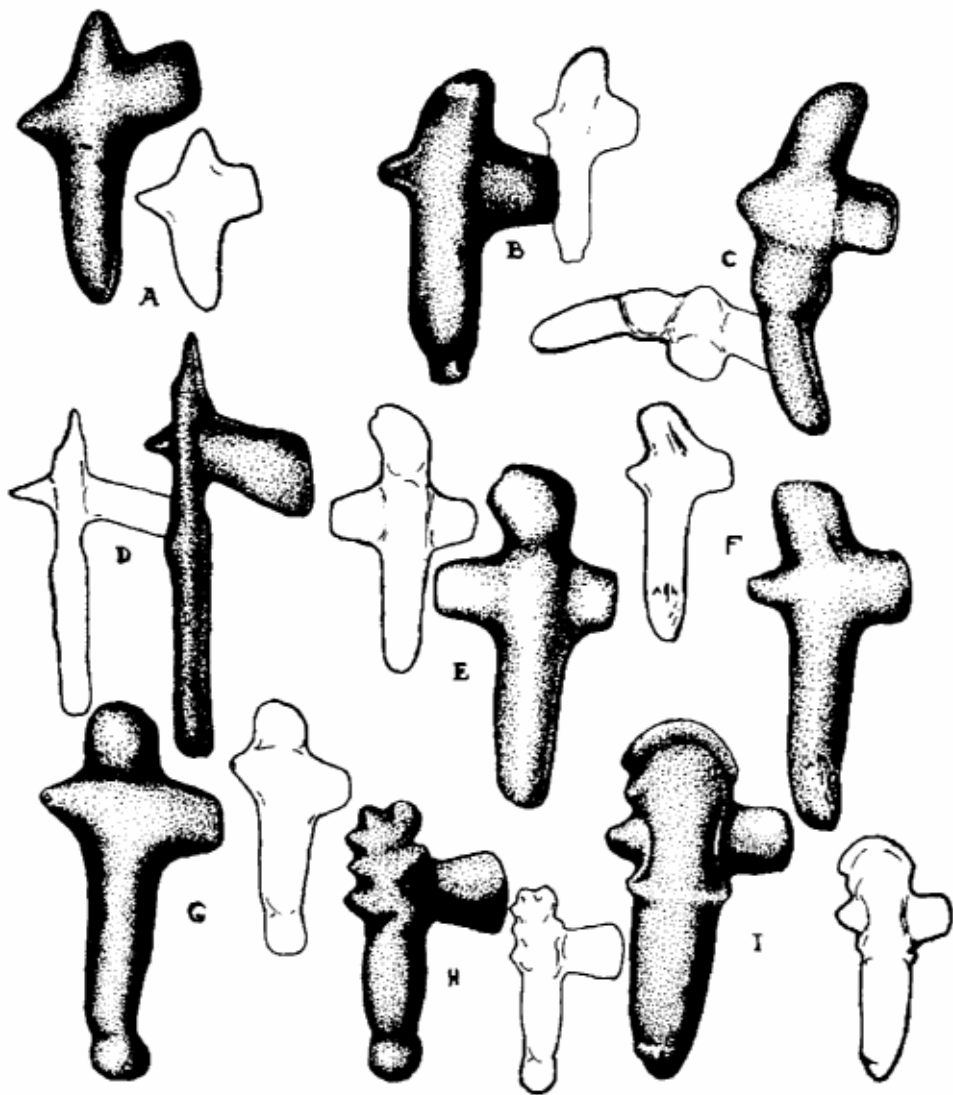
Dominicana. Al centro, tres hachas del tipo de cuña, y tres instrumentos fabricados con restos de hachas rotas y convertidos en útiles para pulir, cincelar, percutir, etcétera. Por último se muestran, por medio de piezas consideradas subtaínas, buriles y hachas petaloideas típicas, que marcan etapas de transición. Tomado de la obra de René Herrera Fritot, Estudio de las hachas antillanas.

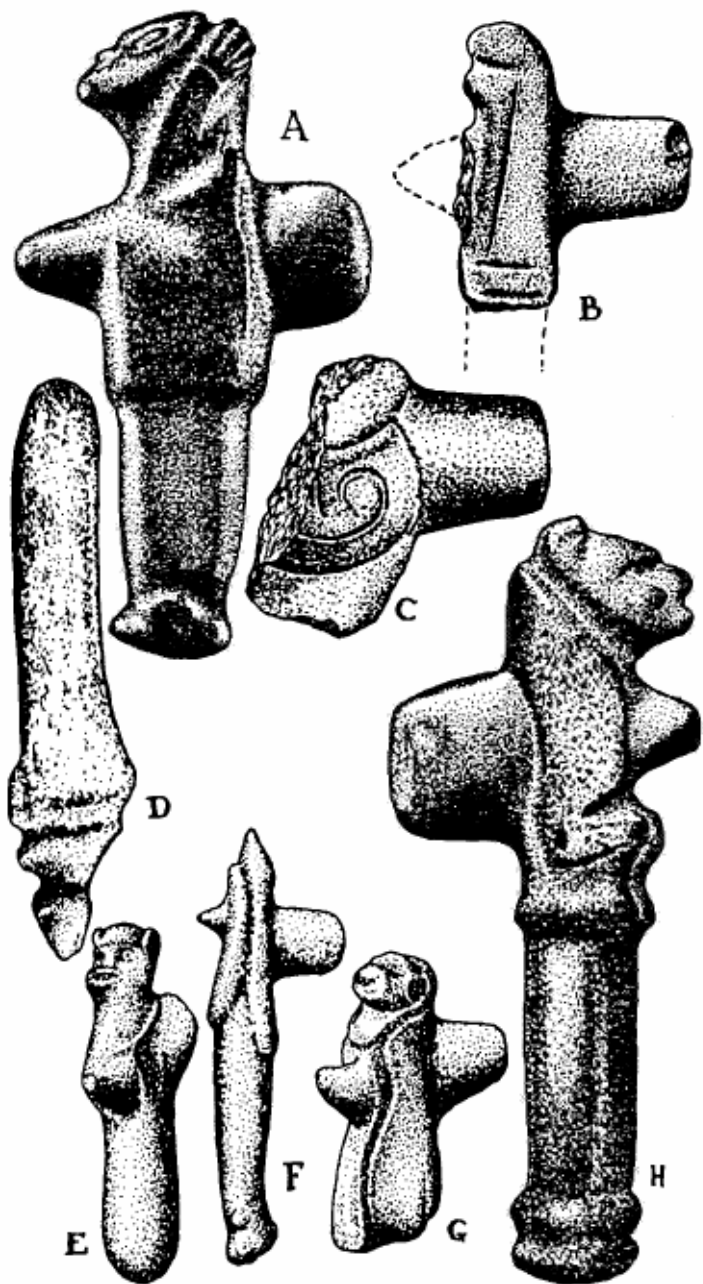


En las hachas monolíticas la hoja y el mango eran tallados en una sola pieza. La ilustración de la siguiente página nos muestra cómo fueron fijadas las hojas a los mangos. como en el caso de la que fue encontrada en las Bahamas, enmangada en madera.

Sobre esto nos aclara Herrera Fritot: “A juzgar por los hallazgos arqueológicos. las hachas monolíticas taínas pertenecen a un área muy restringida de las Antillas, comprendida por el grupo inferior de las Bahamas, tercio oriental de Cuba, e isla de Santo Domingo. En el resto del archipiélago no se ha encontrado un solo ejemplar de este tipo.” (Herrera Fritot: ob. cit., p.⁷.)

La primera que aparece es un hacha semi-pulimentada, en forma de **cruz**, que mide 19,7 cm de longitud. Fue encontrada en Santo Domingo y más tarde vendida por el arzobispo Meriño al Museo Nacional de Estados Unidos de América. en Washington, donde se encuentra actualmente. La marcada como B procede de la cueva de Ovando, Maisí, en el oriente de Cuba. Está tallada en serpentina verde oliva pálido, con el mango pulido, cilíndrico. La pieza mide 19,7 cm de longitud y el ancho de la hoja es de 9.2 cm. Don Carlos de la Torre la donó al Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana. La C fue encontrada en Santo Domingo. De mango curvo y muy pulimentada, tiene una longitud de 23,5 cm. También fue vendida por el arzobispo Meriño al Museo de Estados Unidos de América en Washington. La pieza D es de forma muy esbelta, labrada en piedra de grano fino de 31,6 cm de largo. No se precisa de qué isla antillana es oriunda, Se encuentra en el Museo Británico desde 1830. La única hacha que presenta filo por ambas palas es la E. Tiene 20,3 cm de longitud. Se encuentra en el Museo Cincuentenario, de Bruselas. Esta muestra de 19 cm de largo (F) fue tallada en serpentina. Procede de las islas Providenciales, grupos Caicos de Bahamas. Actualmente se encuentra en el Museo del Indio Americano, perteneciente a la Fundación Heye, de Nueva York, Estados Unidos de América. Otra pieza de Santo Domingo, la G, corrió la misma suerte que la anterior y fue a parar al Museo Nacional de Estados Unidos de América en Washington. Mide 22,8 cm de longitud. La pieza H es un ejemplar de 18,1 cm de longitud con surcos en la parte superior del mango y bien delineada hoja. Procede de Gran Caicos. Pertenece a la colección privada de lady Blake. La i es un hacha petaloide como incrustada en el mango. Procede del grupo de islas Caicos. Mide 24,8 cm de longitud. Se encuentra en el Museo Americano de Historia Natural en Nueva York.



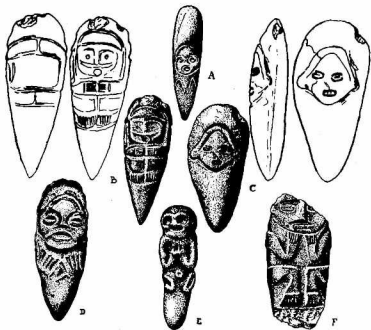


El arte escultórico taíno se manifestó en todo tipo de objeto. pero hace su máxima demostración en el hacha monolítica: en la funcionalidad del mango, en su figuración zoomórfica o antropomórfica y en su pala por cuanto se distancia del núcleo central. En la ilustración de la pagina anterior se observa la simetría y fina pulimentación de la pieza A, para transformarse en una muestra única. Las piernas se convierten en la empuñadura. En la parte superior se encuentra la talla de un rostro con las manos en la cabeza. Está actualmente en el Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana. La B es una bella pieza mutilada, adornada con surcos, de la que sólo queda un fragmento de 15,2 cm de longitud. Procede de Santo Domingo y actualmente se encuentra en el Museo del Indio Americano, perteneciente a la Fundación Heye, Nueva York. Se desconoce el origen de este fragmento de hoja y mango (C). Se encuentra en el mismo lugar que la pieza anterior. Puñal ceremonial de 30 cm de longitud (D). Su empuñadura tiene grabada la cabeza de un animal. Procede de Santo Domingo y se conserva en el Museo Etnológico de Copenhague, en Dinamarca. La E es una pieza antrozoomorfa, de alto relieve, donde se aprecian también tallas de adorno. Procede de Santo Domingo. Actualmente se encuentra en el Museo del Trocadero de París. Mide 22,8 cm de longitud. La F mide 36 cm de longitud y es la mayor de las que han aparecido en las Antillas. Procede de Santo Domingo y pertenece a un coleccionista privado. Herrera Fritot describe la figura tallada en la pieza G como de una cabeza de manatí. Fue encontrada junto a la que se halla en Paris y se conserva en el mismo museo. Mide 15,3 cm de longitud. La *pieza* H, de hermoso tallado y esmerado pulimento, presenta un gran parecido con la nominada A. Procede de Santo Domingo y pertenece a la colección Lluberés. Tomada de una fotografía de la obra *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*, de M. Veloz Maggiolo,

Aunque ha sido significativo el trabajo de Herrera Fritot sobre la evolución y simbología de las hachas y otros objetos líticos, todavía se requiere un amplio y definitivo estudio sobre este tema.

En la ilustración de la siguiente página, la pieza nominada A es un hacha de 34,3 cm de longitud y 8,3 cm de ancho, de forma petaloide, alargada y simétrica bilateralmente. Por uno de sus lados aparece grabada una cara redonda, y tiene señalados los brazos con los codos hacia arriba. Fue encontrada en Haití y más tarde enviada al Museo de Berlín. Esta muestra (la B), de 20,9 cm de largo y 7.6 cm de ancho es una pieza efígie de contornos petaloides, simétrica y muy pulida. Herrera Fritot opina que fue tallada en piedra silicea, dura y tenaz, a juzgar por la conservación de los detalles. Se parece a los idolillos acucillados. Fue tallada en la isla de Santo Tomás, del grupo de las Islas Vírgenes, inmediata a Puerto Rico. Actualmente se encuentra en el Museo de Berlín. La C fue descrita por primera vez por René Herrera Fritot en su obra *Revisión de las hachas de ceremonias de la cultura taína*. Esta hacha de forma amigdaloide. ancha y pesada, tiene grabada una cara de forma romboidal con adorno sobre la cabeza. Mide 19 cm de longitud y 45 cm de ancho y está tallada en serpentina verde oscura.

Fue encontrada en el oriente de Cuba y hoy se encuentra en el Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana. La D está tallada en piedra verde, probablemente peridotita o serpentina, y representa una figura humana, pero sin piernas. Tanto Fewkes en 1907, como Herrera Fritot en 1938, opinaron que nunca debió poseer mango, ya que éste taparía parte de la figura. De 35,5 cm de longitud, pertenece al grupo de piezas vendidas por el arzobispo Meriño al Museo Nacional de Estados Unidos de América en Washington. La E, tallada en peridotita o serpentina, es un ejemplo de transición de la petaloide a la forma alargada o de puñal. Mide 25 cm de longitud aproximadamente. Procede de Puerto Rico, y actualmente se encuentra en la Colección de Hostos. La pieza F fue tallada en una piedra pizarrosa muy frágil, de la que sólo se conserva un fragmento de 11,4 cm. Se calcula que originalmente tuvo una longitud de 18 cm. Fue hallada en Betsy Bay, isla Mariguana, en las Bahamas. La isla Mariguana es de formación coralina; en ella no existe la piedra verde pizarrosa, por lo que su origen real se desconoce. Por las características de la talla es posible que sea de Santo Domingo o Cuba y fuera llevada por las migraciones aruacas al lugar del hallazgo.





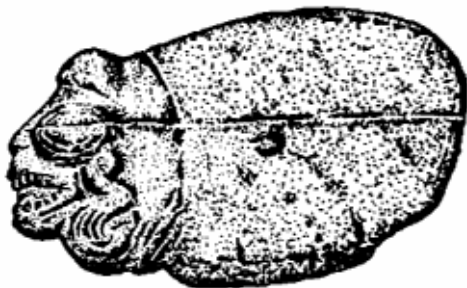
Ejemplar procedente de la isla de Santo Domingo con 20,3 cm de largo y 3,8 cm en su parte más ancha. Está tallada en piedra peridotita y pulida con esmero. Herrera Fritot opina que es una figura sentada que ocupa toda la parte superior del mango, con dos perforaciones bicónicas, semejante al hacha de Holguín, de Cuba. Se encuentra, en la actualidad, en el Museo del Indio Armericano, perteneciente a la Fundación Heye, de Nueva York.

Interesante hacha petaloide ceremonial antropomorfa, de 30 cm de longitud, tallada en una piedra muy dura de color negro. Semeja una figura agachada: sobre el adorno de la cabeza se extiende, como un arco, la pala cortante del hacha. Es oriunda de Santo Domingo y desde 1861 se encuentra en el Museo Etiológico de Copenhague, en Dinamarca.



Hacha efigie de tipo ancho y de cuello, tallada en una arenisca compacta, con una veta longitudinal de cuarzo, llamada Hacha de Ponce, por el nombre de la cueva donde se halló, cerca de la Punta de Maisí, en el oriente de Cuba. Fue rescatada, en 1847, de manos de unos campesinos que la utilizaban como piedra de afilar cuchillos. Recuerda las tallas de los trigonolitos dominicanos y puertorriqueños. En la actualidad se encuentra en el Museo Arqueológico de Madrid. Tomado de una de las caras dibujadas por Fewkes.

La primera pieza que aparece de izquierda a derecha, de forma oval, procede del oriente de Cuba y se encuentra en el Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana; la otra,



igualmente oval, procede de Banes, también en el oriente de Cuba. Mide 15 cm de ancho y 8,9 cm de grueso, y su peso es de más de 2 kg. Se encuentra actualmente en el Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana. Y, por último, un ejemplar de hoja ancha y cuello, correspondiente al contorno de la figura humana. Fue encontrada en el Caney, Santiago de Cuba, y se conserva en el Museo Bacardí de esa ciudad.

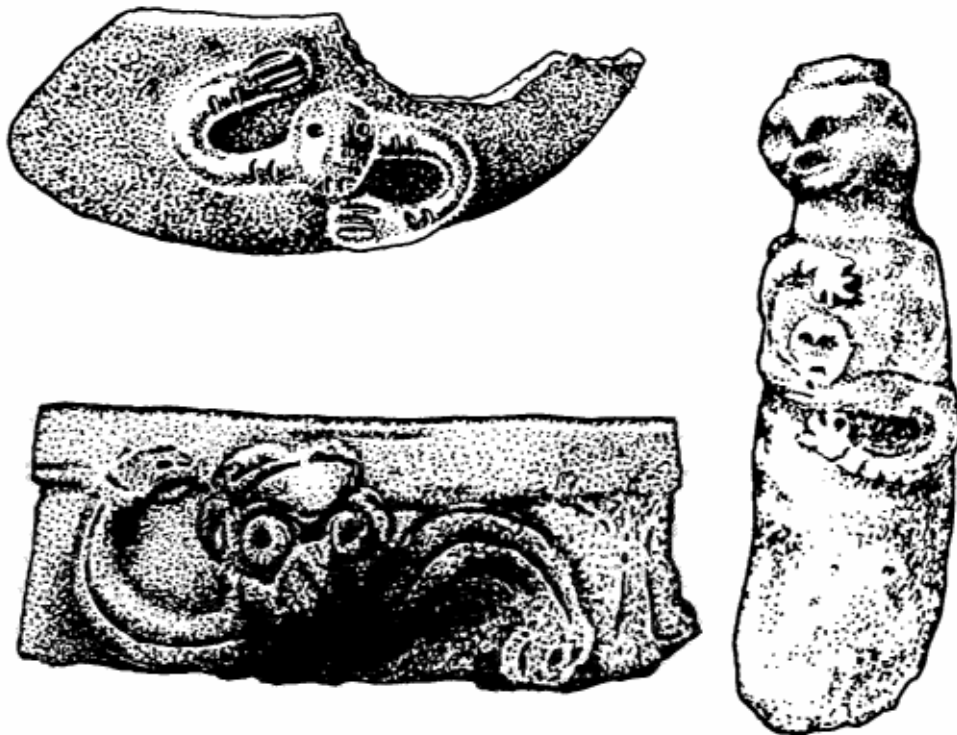


En la siguiente ilustración aparece el hacha de Holguín, tallada en peridotita verde oliva. Puede considerarse como la más perfecta en su tipo de las Antillas. Mide 350 cm de longitud, 76 mm de anchura y 48 en la parte más gruesa. Representa la figura humana de cuerpo completo enmarcada en su forma petaloide. Fue hallada en 1860 por un capitán del ejército español, en una loma cerca de Holguín. Durante mucho tiempo no se supo de ella. hasta que Herrera Fritot la localizó en La Habana, y en 1936, la compró al señor Snider para donarla al Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana. Esta bella pieza se expone en la actualidad en la provincia donde fue hallada. Los holguineros, orgullosos de la belleza y perfección de la pieza, le entregan réplicas de ella a personalidades de relevantes méritos.





Pieza que nos recuerda a Atabeyra, diosa de la fertilidad, por la forma incisa con brazos en forma de 5, aparenta un feto, dada la posición que ocupa en tórax y abdomen, y la intranquilidad que muestran sus brazos. Este símbolo es frecuente y hasta el momento sólo ha sido encontrado en Cuba.

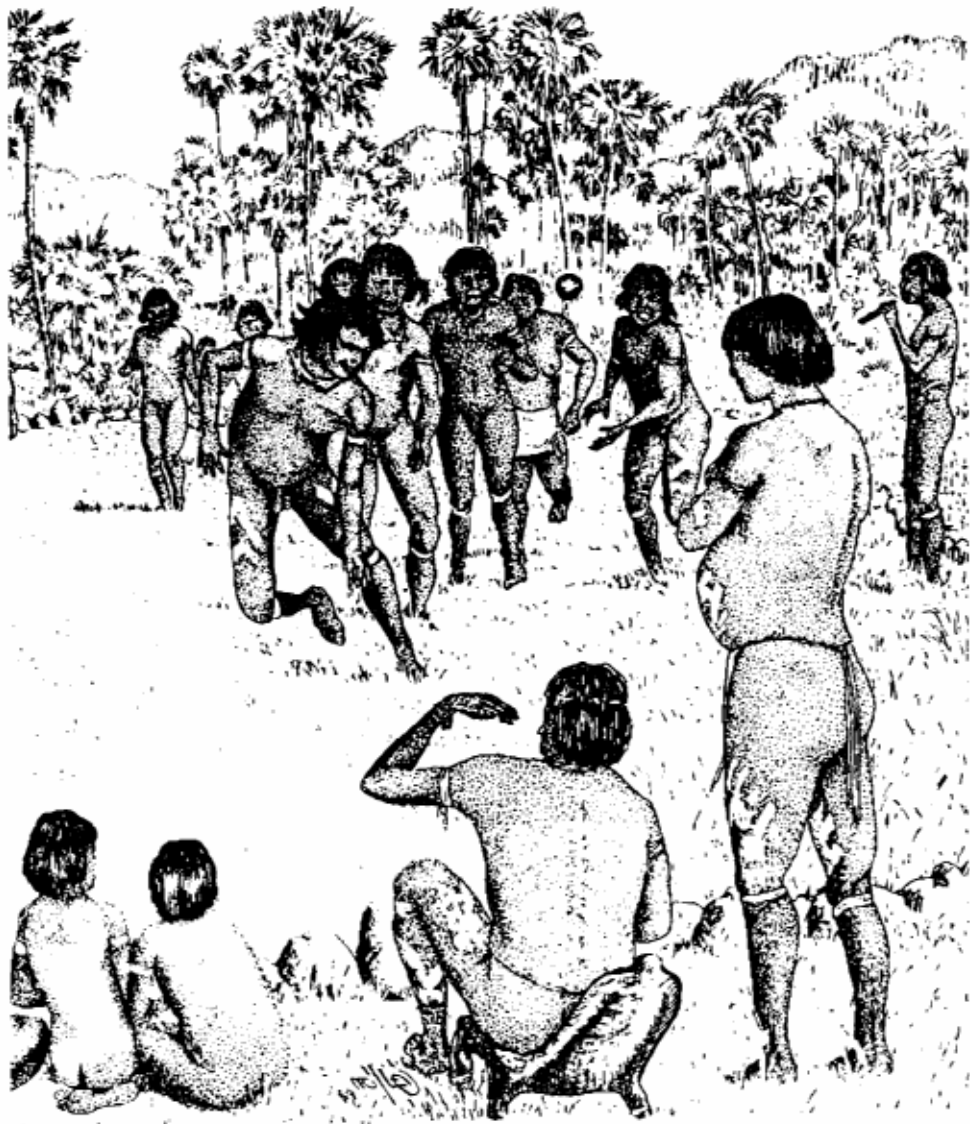


Piezas encontradas en Cuba. A la izquierda, se muestran dos realizadas en barro. La ilustración está basada en la obra de Harrington, Cuba antes de Colón, (restos de cerámicas). La obra está realizada en piedra. El autor se basó para ilustrarla en la obra de Pichardo Moya Cavernas, costas y mesetas. En todas ellas se puede apreciar el enigmático dibujo de la cara con los brazos en forma de S. Don Fernando Ortiz lo interpreta como símbolo mitológico del huracán.

Las tribus, dirigidas por los caciques. se asentaban en aldeas. Las de los taínos se denominaban yucayeques.

“Tenían una plaza —dijo Las Casas— comúnmente ante la puerta de la casa del señor, muy barrida, tres veces más luenga que ancha, cercada de unos lomillos de un palmo o dos de alto (Citado en Pichardo Moya: ob. cit., pp. 63-64.)

Se han encontrado algunas de esas plazas, con demarcaciones hechas de piedra y otros señalamientos, que eran llamados bateyes. En estos lugares se efectuaban trueques y se celebraban juegos y competencias, como luchas y combates cuerpo a cuerpo y, además, los muy practicados juegos de pelota. El juego de batos se conoce muy superficialmente, pues no se han podido descubrir sus relaciones y significado. A falta de otro lugar ceremonial, el batey servía también para las fiestas de ritos colectivos o areitos.



Los Llamados <<Juegos>>, el Batos

Muy posiblemente el batos. a más de ser un juego, tenía tradicionalmente un simbolismo agrícola y sexual.

FELIFE PICHARDO MOYA¹

¹**Felipe Pichardo Moya: ob. cit.. p. 89.**

Los aborígenes insulares del periodo cultural taíno, especialmente los habitantes de las Antillas Mayores, fueron muy aficionados al juego de pelota o batos. Para jugarlo utilizaban una bola de goma, posiblemente extraída del copey (*Clusia rosea* Jacq.), la cual sorprendió a los españoles, que desconocían la existencia de la goma. Fernández de Oviedo dejó uno de los pocos testimonios que se conservan sobre el juego de batos en la isla de Santo Domingo:

I en cada plaza que avía en el pueblo o villa estaba lugar diputado para el juego de la pelota (que ellos llamaban batey) i también a la salida de los pueblos avía assi mismo sitio puesto con asientos para los que mirasen el juego, e mayores que los de las plaza... En tomo de donde los jugadores hacían el juego, diez por diez o veinte por veinte, y más o menos hombres, como se concertaban, tenían sus asientos de piedra: e al cacique e hombres principales poníanles unos banquillos de palo: mui bien labrados, de lindas maderas, e con muchas labores de relieve e concavados, entalladas i esculpidas en ellos, a los cuales bancos o escalo llaman duho. E las pelotas son de unas raíces de árboles e de hiervas de Zumos e mezcla de cosas, que toda junta, esta mixtura parece argo cera pez negra. Juntas estas y otras materias, cuécnlo todo y hacen una pasta; e redondéanla e hacen la pelota, también como una de las de viento en España, e mayores e menores: la qual mixtura hace una pez negra, e no se pega a las manos; e después que está enxuta tórnase algo espangiosa, no porque tenga agujeros ni vacuo alguno, como la espanja, pero alijerescesse, y es como fofa i algo pesada. Estas pelotas saltan mucho mas para arriba, e dan un salto e otro muchos, disminuyendo en el saltar por si mismas, como lo hacen las pelotas de viento e mui mejor. Mas como son macizas, son algo pesadas; e si les diesen con la mano abierta o con el puño cerrado, en pocos golpes se abrirían la mano o la desconcertarían. Ya esta causa le dan con el hombro y con el cobdo y con la cabeza, y

con la cadera lo más continuo. o con la rodilla; y con tanta presteza y soltura, que es mucho de ver su agilidad, porque aunque vaya la pelota quassi a par del suelo. Se arrojan de tal manera desde tres o cuatro passos apartados, tendidos en el ayre, y le dan con la cadera para la rechazar. I de cualquier bote o madera que la pelota vaya en el ayre (e no rastrando) es bien tocada; porque ellos no tienen por mala ninguna pelota (o mal jugada), porque haya dado dos, ni tres, ni muchos saltos, con tanto que al herir le den en el ayre. No hacen chazas, sino pónense tantos a un cabo como a otro, partido el terreno o compás de juego, y los de acullá la sueltan o sirven una vez, echándola en el ayre. esperando que le toque primero cualquiera de los contrarios; y en dándole aquel, luego subzede el que antes puede de los unos o de los otros, y no cesan con toda la diligencia posible a ellos, para herir la pelota. I la contención es que los deste cabo la hagan passar del otro, puesto adelante de los contrarios, o aquellos que la passen de los límites o puesto destes otros; y no cesan hasta que la pelota va rastrando, que ya por no haber seydo el jugador a tiempo, o hace bote, o está tan lexos que no la alcanza, a ella se muere o se para de sí. I este vencimiento se cuenta por una raya, e tornan a servir para otra los que fueron servido en la passada. e a tantas rayas, quantos primeros se acordaron en la postura, va el prescio que entre las partes se concierta... I es cosa de ver quán diestros y prestos son los indios (e aun muchas indias) en este juego: el qual mas continuamente juegan hombres contra hombres, o mugeres contra mugeres, y algunas veces mexclados ellos y ellas; también acaescen jugarle las mugeres contra los varones y también las casadas contra las virgenes.¹

La descripción que hizo Fernández de Oviedo sobre el batos es muy completa y aporta gran información. Si a ésta se agrega la constancia histórica y los restos de bateyes o canchas, entonces es posible apreciar más fácilmente su simbolismo dentro de la cultura aborígen antillana.

Los bateyes eran, generalmente, de forma rectangular o circular y sus linderos podían estar demarcados por una hilera o calzada de piedra. Algunos de los peñascos utilizados tenían gran tamaño y estaban decorados con petroglifos o figuras labradas con representaciones de cemíes u otras imágenes tutelares. Ejemplos de este tipo de piedras decoradas han sido localizadas por arqueólogos del Museo del Hombre Dominicano en el vasto cacicazgo de Higüey, en la región oriental de la isla La Española. Existe una de ellas en el Parque Nacional del Este, cercano a la costa, frente a la isla Saona, antigua Adamanei, en lo que se cree que fue el poblado del cacique Cotubanamá.

Otras plazas indígenas importantes son las de San Juan de la Maguana y Chacuey, estudiadas por sir Robert Schomburgk, en 1851, y más tarde por Emile Boyrie de Moya, en 1955.

¹ **Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 216.**

Es interesante detallar algunos aspectos de este importante descubrimiento: Robert Schomburgk era un diplomático inglés, estudioso de las culturas aborígenes, que en 1851, había realizado trabajos en Guyana y en el Orinoco. Ya en Santo Domingo, Schomburgk elaboró un informe sobre la mencionada plaza de San Juan de la Maguana, el llamado Corral de los Indios. El informe de 1851 dice:

Un descubrimiento infinitamente más interesante que estos montículos de conchas, es el que hice durante un viaje a Santo Domingo, en las proximidades de San Juan de la Maguana, de un circo (ring) granítico que parece haber escapado completamente a la atención de los historiadores y de los viajeros anteriores. Maguana formaba uno de los cinco reinos en los cuales estaba dividido Santo Domingo a la llegada de los españoles. Estaba gobernado por el cacique caribe Canoabo,¹ (cuyo nombre significa lluvia).² el más indómito, el más poderoso de los jefes y enemigo irreconciliable de los europeos. Su esposa favorita era la infortunada Anacaona, célebre por su belleza y su circunspección.

El círculo granítico, ahora conocido en los alrededores con el nombre de Cercado de los Indios, se encuentra en una sabana rodeada de bosquecillos y limitada por el río Maguana. El circo está formado en general por rocas graníticas que prueban por su pulimento que fueron recogidas en la orilla del río, probablemente el Maguana, aunque la distancia sea considerable. Las piedras son, en su mayor parte, de un peso de 30 a 50 libras y han sido colocadas muy juntas unas de otras, dando así el circo la apariencia de un camino empedrado (adoquinado) de 21 pies de ancho, y, tanto como lo permiten asegurar los árboles y los zarzales que han crecido entre las piedras, puede decirse que tiene 2 270 pies de circunferencia. Un gran bloque granítico de 5 pies y 7 pulgadas de largo, que termina en una punta obtusa, se encuentra casi en medio del circo y está en parte enterrado en el suelo. Yo no pienso que ese bloque ocupe actualmente el lugar que tenía originariamente; ese bloque estuvo probablemente en el mismo centro. Ha sido pulimentado y dándole forma por la mano del hombre; y aunque su superficie ha sufrido las influencias atmosféricas, es evidente que ella debía representar una figura humana. Las cavidades de los ojos y de la boca están visibles todavía. Ese bloque tiene, desde todos los puntos de vista, la apariencia de la figura representada por el padre Charlevoix en su Historia de la Isla Española o de Santo Domingo, donde ella está designada como una figura encontrada en una sepultura india. Un camino de la misma anchura que el circo se extiende a partir de éste en la dirección oeste y dobla después en un ángulo recto hacia el norte, concluyendo en un arroyito. Este camino está, en

¹ No se ha precisado el origen caribe de Canoabo. Las Casas afirmaba que procedía de las Lucayas o Bahamas. Fernández de Oviedo era el que lo consideraba caribe. Ha sido imposible esclarecerlo.

² Las Casas afirma que canoa se le llamaba al oro fino y que el sufijo bo puede significar señor o jefe: por tanto, Canoabo sería Señor del Oro.

casi toda su extensión, invadido por una espesa selva; es pues imposible determinar su longitud exacta. No se puede dudar de ningún modo que este círculo rodeaba el ídolo indio y que, en su interior, miles de indígenas adoraban la divinidad bajo la grosera apariencia de un bloque granítico. Pero queda aun otra cuestión por resolver y es saber si los habitantes que los españoles encontraron en la isla fueron los constructores de ese circo. ¿Eran ellos los adoradores de aquella divinidad?¹

De esta descripción se pueden obtener datos de interés que permiten comprender el mapa que el propio Schomburgk trazó, si dejan a un lado sus dudas finales acerca de quiénes construyeron y adoraron en el Corral de los Indios.

Además del Corral, también son notables por sus características los grandes centros ceremoniales de Ponce y Utuado, en Puerto Rico. El último ha sido reconstruido por el Instituto de Cultura Puertorriqueña y el arqueólogo Ricardo Alegría.

Algunos etnólogos suponen que este juego de los taínos tenía influencia mexicana. Esta idea ha sido estudiada y el batos ha sido comparado con el juego de pelota maya, con el cual tiene indiscutiblemente una sorprendente similitud. Existe, sin embargo, una diferencia sustancial entre el juego maya y el batos taíno: en el juego maya la bola debía pasar por un aro.

El batos también se relaciona con el juego de pelota de los otomacos de la región del Apure, en Venezuela, en el cual la pelota es recibida y devuelta con los hombros.

El problema que tratan de dilucidar estas comparaciones de los juegos indoamericanos, es precisar cómo pudo haber llegado el juego mesoamericano de los mayas a las Antillas. Si se descartan las tesis de poblamiento desde Yucatán, hay que cerrar el caso. Por el contrario, si se piensa que el origen del juego estuvo en Suramérica, aunque se acepte cierta influencia mesoamericana a través del istmo, se puede afirmar que el juego otomaco fue el origen del antillano.

Se pueden aceptar variantes y puntos intermedios entre otomacos y guamos de Venezuela, y los aruacos de la misma zona, supuestos introductores del juego en Suramérica.

Es oportuno señalar que el juego de pelota otomaco tenía carácter religioso. También en él se efectuaban apuestas, como uno de sus objetivos. Se hacían sacrificios linguales, comunes entre los pueblos mesoamericanos, además de herirse muslos y otras partes del cuerpo con espinas y otros objetos cortantes. Es de suponer que con esto perdían mucha sangre. El juego de pelota pareció tener un vínculo directo con las aguas y la pesca.

¹Robert Schomburgk. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 4.

Es importante señalar también la relación de similitud con las Antillas que tiene la costumbre otomaca de la geofagia, cuyo origen debió de ser común. Uno era ritual, el otro alimenticio, en el cual el barro era mezclado con algún alimento.

Aunque los cronistas no señalan hechos de geofagia en las Antillas, han sido las labores recientes de los arqueólogos dominicanos Luis Chanlatte, Fernando Morbán y Veloz Maggiolo, y el norteamericano Irving Rouse, las que han aportado nuevos datos de gran interés, así como análisis de distintos tipos a las muestras encontradas.

Hay una observación interesante en el Diario de Colón, correspondiente al día 15 de octubre de 1492, que, aunque no tiene relación con el juego de pelota, si aporta información sobre la relación de un antillano con bolas de tierra y alimentos para una posible geofagia:

hallé un hombre solo en una almadía que se pasaba de la isla de Santa María a la Fernandina, y traía un poco de pan y sería tanto como el puño, y una calabaza de agua y un pedazo de tierra bermeja hecha en polvo y después amasada..."¹

A lo poco que se conoce acerca de la geofagia antillana, se añade el uso de collares monolíticos o yugos, que no son más que aros líticos con una perforación que admite el paso de la cabeza y que pudieran ser una especie de representación en piedra de otros aros o collares anteriores, posiblemente de materia vegetal, debido a su tallado imitativo.

Algunos etnólogos los mencionan como un ornamento personal relacionado con el juego de pelota, al igual que los yugos mayas abiertos para esos fines. No existe, sin embargo, ninguna referencia en las crónicas que los relacione. Estos collares se han encontrado en Puerto Rico y en Santo Domingo. Los primeros, con mayores matices ornamentales.

Lo mismo ocurre con las piezas llamadas codos de piedra, también de Santo Domingo y Puerto Rico. Son piezas muy problemáticas. Algunos autores las relacionan como aditamentos para propulsores; otros, con la construcción de collares y yugos, ya que se asocian con la estructura o parte del codo del yugo, como remate angular.

Son objetos bellamente decorados y su ornamentación, generalmente antropomorfa, corresponde al taíno final o tardío. Estos objetos —aros y codos—, que otros etnólogos consideran relacionados con ceremonias religiosas, no han sido hallados durante las labores arqueológicas realizadas en Cuba.

¹Cristobal Colon. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 187.

Según Las Casas, para el batos, los aborígenes:

...tenían una plaza comúnmente ante la puerta de la casa del señor, muy barrida tres veces más luenga que ancha, cercada de unos lomillos de un palmo o dos de alto, salir de los cuales la pelota creo que era falta.¹

Poníanse veinte y treinta de cada parte, a la luenga de la plaza. Echaba uno de los de un puesto la pelota a los del otro, y rabatíala el que se hallaba más a mano, si la pelota venía por alto, con el hombro, que la hacía volver como un rayo, y cuando venía junto al suelo, de presto, poniendo la mano derecha en tierra, dábala con la punta de la nalga, que volvía más que de paso; los del puesto contrario, de la misma manera la tornaban.. hasta que, según las reglas de aquel juego, el uno o el otro puesto cometían falta...²

El juego de pelota o batos no era el único juego que practicaban los aborígenes antillanos. Practicaban también carreras, realizaban concursos de fuerza, hacían de la pesca un deporte competitivo. Existe una descripción de Las Casas de un simulacro guerrero o gladiatorio, poco divulgado y escasamente conocido, sobre las costumbres de los pobladores de las Antillas y que, según la narración, fue sangriento.

El D. Bartolomé [Colón] con media docena de cristianos quedóse aposentado en la casa del rei Behechío. Otro día tuvieron concertado en la plaza del pueblo hacerles otras maneras de fiestas, i así llevaron al D. Bartolomé i cristianos a verlas. Estado en ella salen súbitamente dos escuadrones de gente armada, comienzan a escaramuzar i jugar entre sí, al encenderse, como si pelearan contra sus mui capitales enemigos, de tal manera se hicieron, que cayeron en breve espacio cuatro dellos muertos, i muchos bien heridos.

Todo, con todo el regocijo y placer alegría del mundo, no haciendo más caso de los heridos i muertos que si les dieran un papirote en la cara: durara más la burla i cayeron hartos más sin vida, sino que, a ruego de D. Bartolomé Colón i de los cristianos, mandó cesar el juego el rei Behechío.³

El interesante tema de las costumbres lúdicas de los aborígenes antillanos requiere todavía que sea estudiado e investigado profundamente. Sin duda aportará datos de interés sobre los orígenes comunes de las primitivas etnias.

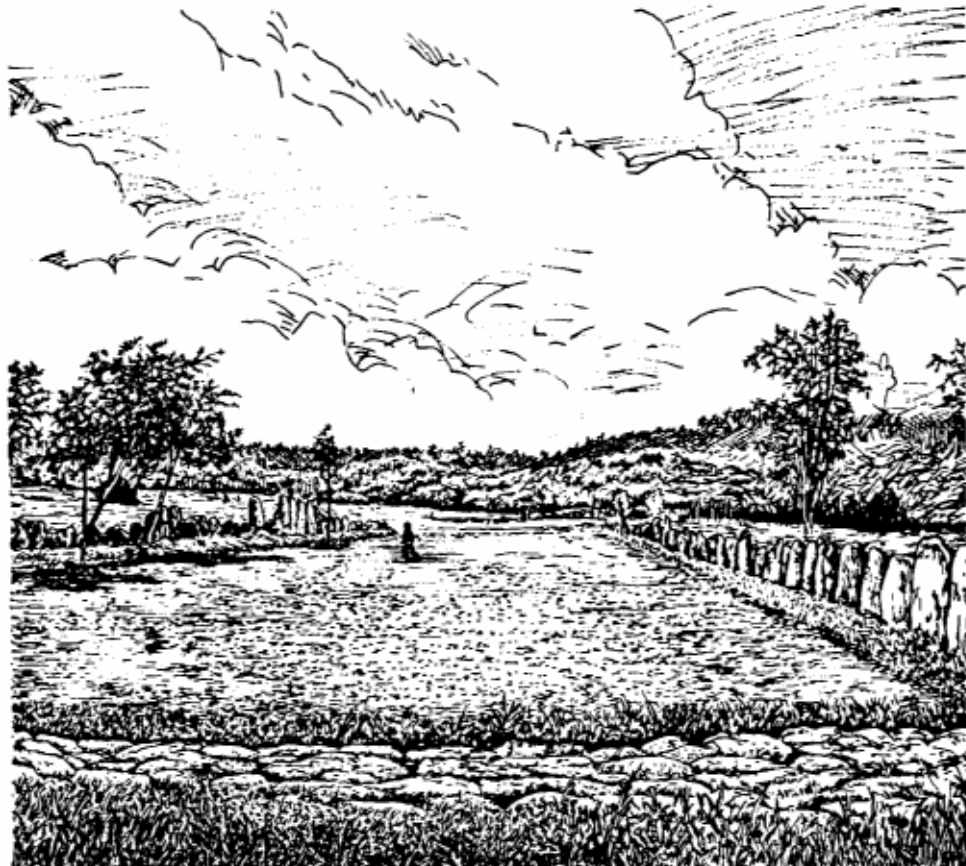
¹Fray Bartolomé de Las Casas. Citado en José M. Guarch Delmonte: ob. cit., p. 77.

²Fray Bartolomé de Las Casas. Citado en Felipe Pichardo Moya: ob. cit., p. 89.

³Fray Bartolomé de Las Casas. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 215.



Los aros de piedra, también llamados collares o yugos, son verdaderas joyas del arte taíno. De incisiones y diseños muy bellos, es innegable que es una representación pétreo de un collar vegetal, cuya evolución y significado desconocemos. Fueron muy comunes entre los taínos de Puerto Rico y Santo Domingo. Aunque su uso no fue especificado por los cronistas, hay teorías que los relacionan con el juego de batos, por su semejanza con los yugos mesoamericanos de igual función. El superior mide 43,7 cm. en su eje mayor y 26.8 cm. en su eje menor. El otro mide 45 cm. en su eje mayor y 37 cm. en el menor. Ambos proceden de Santo Domingo.



Sitio de Capa, plaza ceremonial de Puerto Rico.

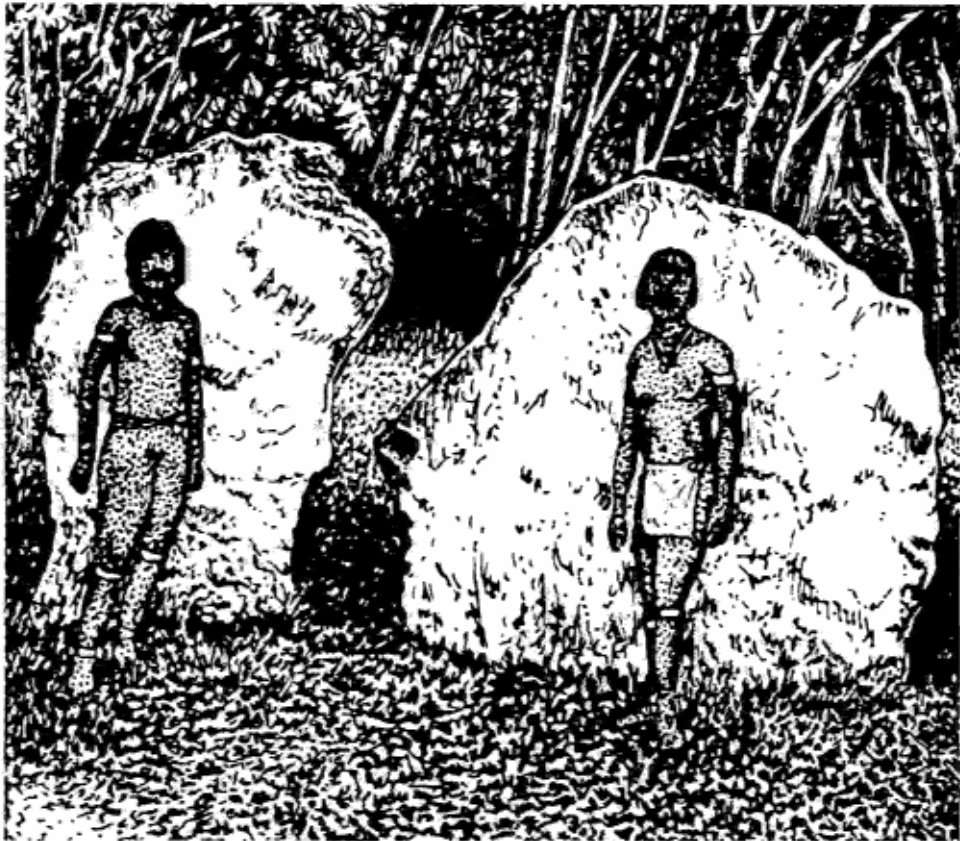
La altura de los cercados pétreos y las dimensiones de las plazas ceremoniales en Puerto Rico, demuestran que fue en esta isla donde el taíno logró su mayor desarrollo, dejando tras sí una cultura muy específica. En Santo Domingo existen plazas con iguales funciones, pero sus

cercados no tienen las características ciclópeas, ni las tallas de las de Puerto Rico. Por último, en Cuba, estos cercados eran sólo lometones de tierra, lo cual demuestra que su asentamiento en la zona oriental de la isla era muy reciente. La ilustración está basada en una fotografía de la obra de Fred Olsen *On the Trail of the Arawaks*.

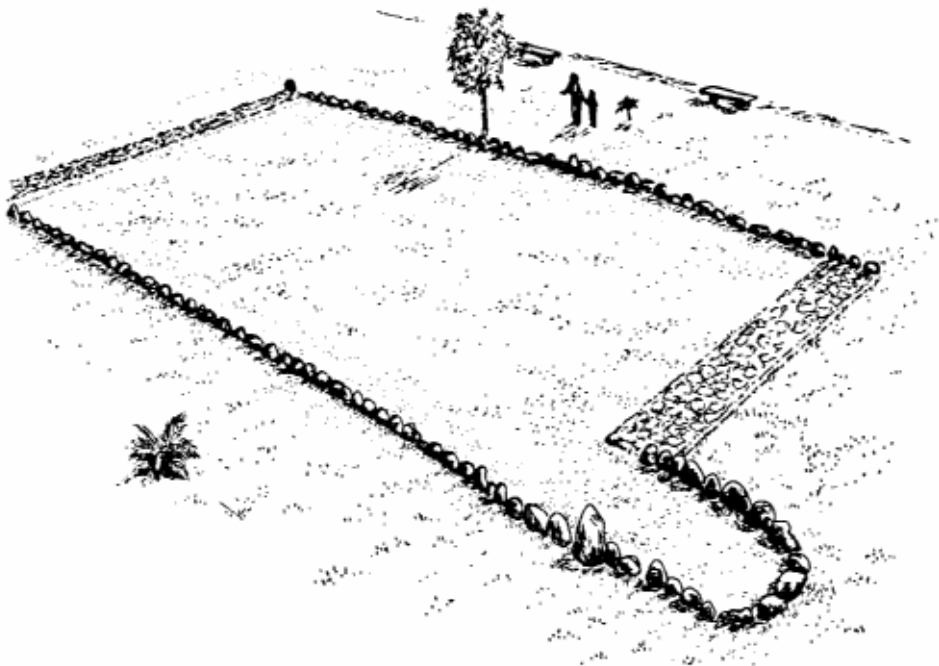


Petroglifo de Atabeyra en una de las piedras que circundan el recinto de la plaza ceremonial de Capa, en Puerto Rico.

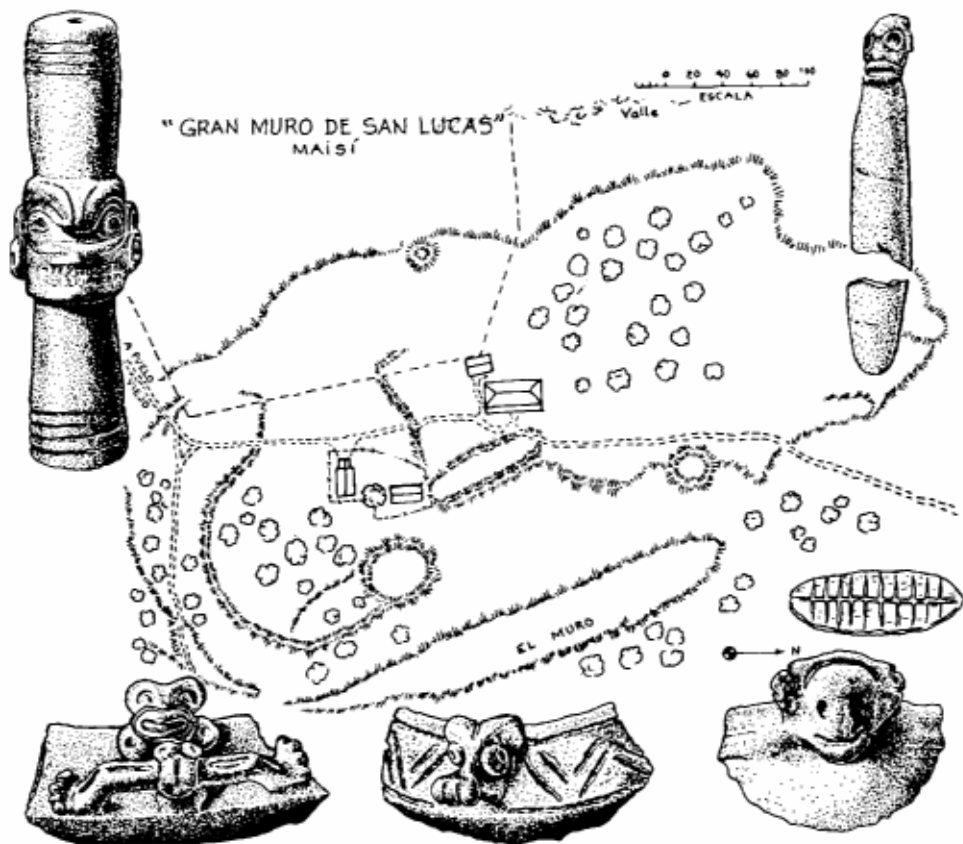
Fragmento del muro que limita con piedras ciclópeas los bateyes del centro ceremonial de Capa, en Puerto Rico.



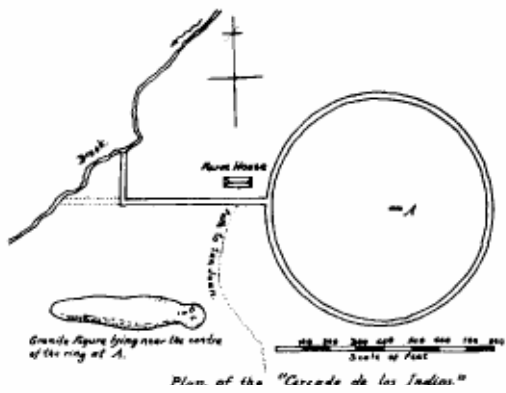
Las dimensiones de las piedras que forman el cercado dan muestras del desarrollo del taíno en Borinquen.



Dibujo basado en una fotografía de la reconstrucción de la plaza ceremonial de Yuba, en los jardines del Museo del Hombre Dominicano, tomada de la obra de García Arévalo donde se muestran calzadas de piedras y plazas, limitadas también con piedras, donde durante el desarrollo de la ceremonia se hacían cultos colectivos. Esta manifestación, de carácter colectivo, indica un mayor grado de organización políticosocial.

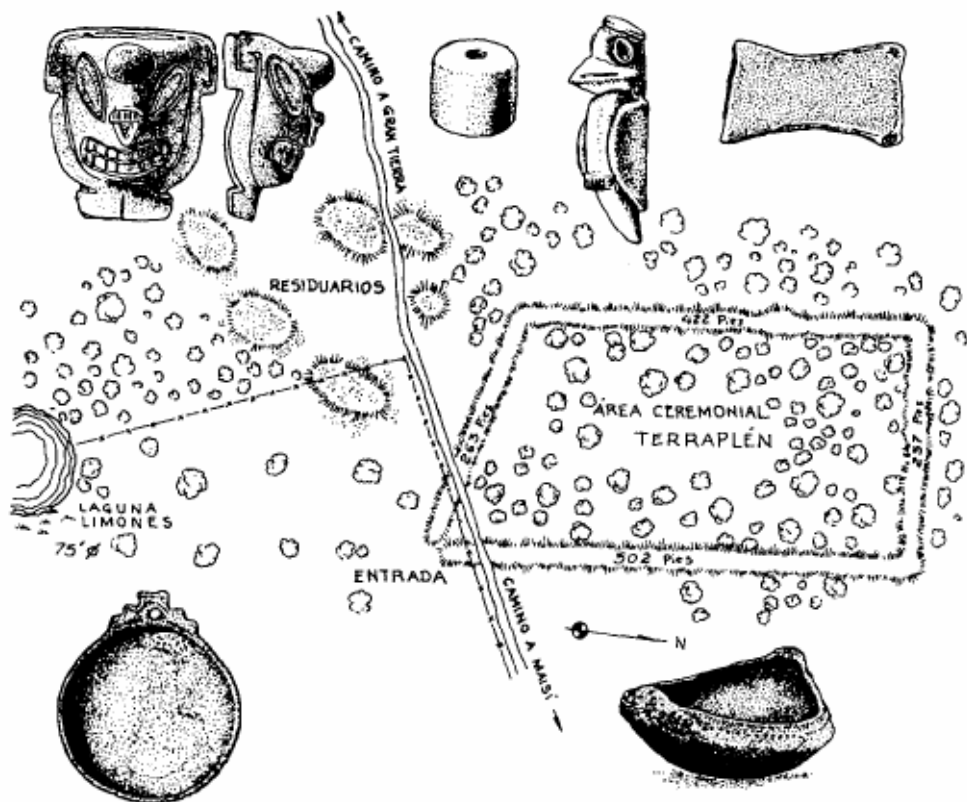


Plano del asiento del Gran Muro de San Lucas, Maisí, en el extremo oriental de Cuba, que muestra la forma de un asentamiento aborigen taíno en la isla. Del mapa original confeccionado por M. R. Harrington en 1913, se eliminaron algunas referencias y anotaciones y fueron sustituidas por muestras de las piezas arqueológicas encontradas en el sitio: espátula vómica, pendiente de piedra, aditamento que representa una dentadura para adornar un cemí y piezas de cerámicas.



Plaza ceremonial de San Juan de la Maguana. según sir Robert Schomburgk. Al igual que en el Corral de Chacuey, existió una calzada que conducía hasta el agua, que suponemos tenía una función ceremonial. A la derecha, un ídolo o cemí monolítico columnar, de los que se colocaban en medio de los bateyes o en sus entradas, nos recuerda los menhires de otras culturas.

La plaza ceremonial de Capa se ha reconstruido y se utiliza como lugar de recreo, para de esta forma mostrar al visitante la importancia que el pueblo taíno le otorgaba a estas construcciones como lugar de actividad social y religiosa.



Plano del terraplén y depósito de Laguna de Limones, en Maisí, extremo oriental de Cuba, confeccionado por M. R. Harrington. Cuando este arqueólogo visitó el lugar, en lo alto del terraplén crecían grandes caobas. Al igual que en lugares semejantes de Puerto Rico y Santo Domingo, éste fue erigido para ceremonias, bailes y, por que no, para el juego de batos. En la parte superior izquierda se inserta una pequeña máscara de 4,5 cm. de altura tallada en

concha de caracol, que fue encontrada a la entrada del asiento del pueblo en Laguna de Limones. Esta enigmática y valiosísima pieza arqueológica se encuentra en el Museo del Indio Americano, perteneciente a la Fundación Heye, en Nueva York. Se muestran otros objetos encontrados, como el amuleto en forma de pájaro, un raspador de piedra, cuentas de piedra y tiestos de cerámica, todas ellas provenientes del residuario al sur del terraplén.

No se puede tratar de ilustrar un tema aborigen sin tener presente los caminos y tratamientos dados por un maestro del realismo y de la fidelidad, pionero en el dibujo y reconstrucción arqueológica, José Martínez. Abordó el tema de la transportación, donde realizó un arduo trabajo, a gran formato, sobre el arribo de los aruacos a costas cubanas; así como otros sobre la migración, donde detalla el tránsito de isla en isla, las canoas, objetos de cerámica, etcétera.

Mi deseo es tener presente, en esta modesta ilustración reproducida en la siguiente pagina, a quien ha emprendido de forma tan exhaustiva estos temas, y ha prestado desinteresadamente su obra para la divulgación en textos, museos y otras muestras que rebasan el marco de nuestra nacionalidad.



La Transportación

María ¹ es un árbol de los grandes que hay en esta Isla Española, y el nombre es muy sanctísimo. Más los indios en el acento no le nombran como nosotros; antes se diferencia, porque ellos después que han dicho mari, dicen a con un poco de pausa entre la penúltima sílaba e la última. Esta es buena madera, e hácese dello muy gentiles canoas, que son las barcas de los

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO ²

¹ **María: árbol corpulento y maderable de la isla de Santo Domingo: Calophyllum antillanum (Nota del Autor.)**

² **Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit.. p.2 13.**

Ya se ha señalado antes, que las Antillas Menores, y más tarde las Mayores, fueron pobladas por tribus agrícolas que se trasladaron a ellas por incitación ecológica al comienzo de nuestra era. Dos mil años antes, grupos indígenas preagrícolas y ceramistas, con hábitos de pescadores-recolectores-cazadores, habían remontado el rosario de islas antillanas. Antes de 1400, tribus caribes comenzaron a ocupar las Antillas Menores. Los caribes, cuyo lugar era el Alto Xingú, tenían experiencia como navegantes de ríos de gran caudal y parece ser que estos conocimientos les sirvieron para adquirir habilidades como marinos. Con sus métodos de navegación y sus técnicas guerreras, los caribes dominaron a sus vecinos aruacos insulares y continentales.

Por esta razón es importante conocer con más detalle el importantísimo medio de transporte acuático de los aborígenes antillanos, que les sirvió de vehículo para trasladarse de sus zonas de origen hasta los posteriores lugares de asentamiento donde se dieron las culturas antillanas.

En “El taíno” se hace referencia a la travesía de Colón por las Lucayas o Bahamas, el día 15 de octubre de 1492, y a su encuentro con un navegante solitario. Lo significativo de este encuentro para el análisis de los medios de transportación aborígenes es notar que con tan escaso avituallamiento como el que describe el Almirante, los indígenas antillanos realizaban con frecuencia navegaciones de altura y no quedaban a la zaga de los navegantes caribes.

Su medio de transportación básico era la canoa. Se construía de una sola pieza o tronco único, por lo cual se clasifica de monoxila. Así la describió Fernández de Oviedo:

Cada canoa es de una sola pieza o un sólo árbol, el qual los indios vacían con golpes de hachas de piedra enhastadas; como aquí se ve la figura della; i con

esta cortan o muelen a golpes el palo, i matando el fuego, tomando a cortar i golpear como primero; continuándolo assi, hacen una barca quasi de talle de artesa o dornaje: pero honda e luenga i estrecha, tan grande i gruesa como lo sufre la longitud y latitud del árbol de que la hacen: si por debaxo es llana i no le dan quilla, como nuestras barcas y navíos.¹

El cronista describe en su testimonio el método de construcción del medio de transporte que permitió a los aborígenes desplazarse por los ríos y más tarde por los mares. La canoa es, por lo tanto, un elemento básico para esclarecer —si alguna duda quedase— el origen continental de los aruacos insulares y de los asentamientos con los que pobló las islas del archipiélago caribeño.

La pesca y la necesidad de trasladarse utilizando las corrientes de agua en las pequeñas islas y la navegación de altura entre las islas cercanas, mantuvieron en el taíno la tradición marinera del aruaco, dominador de los ríos de gran caudal del continente y posterior conquistador del mar Caribe.

La importancia de este medio de transportación estriba en que influyó decisivamente en los intercambios culturales de los pueblos de la región y en su economía.

Los aborígenes también construyeron balsas, de elemental forma de fabricación, que utilizaban en el transporte por las aguas interiores. Algunos autores consideran que también se empleó algún tipo de embarcación hecha con corteza de árbol, utilizada quizás en actividades de transporte por aguas mansas, lagunas y remansos, a la que los aborígenes llamaban cayuco. Es de notar que la palabra aborígen cayo significaba isla en su lengua y que probablemente este tipo de embarcación también sirviese para navegar entre ellas.

La palabra aborígen canoa parece ser de origen caribe y el método de propulsión utilizado fue el remo o naje. Colón lo describe “como pala de fornero”.²

Fernández de Oviedo dejó escrito que:

En esta Isla Española i en las otras partes destas indias que hasta el presente se saben, en todas costas de la mar, i en los ríos que los chripstianos han visto hasta agora, hai una manera de barcas que los indios llaman canoas, con que ellos navegan ríos grandes y assi mismo por estos mares de acá; de las quales usan para sus guerras i saltos i para sus contractaciones de una isla a otra, e para sus pesquerías i lo que les conviene. E assi mismo los chripstianos que por aqui vivimos, no podemos servirnos de las heredades que están en la costa de la mar ide rios grandes, sin estas canoas... Estas he visto de portes de quarenta y cinquenta hombres, tan anchas que podrá estar de través una pipa holgadamente entre los indios flecheros, porque estos usan estas canoas tan grandes o mayores, como que he dicho, e llamánlas los caribes piraguas y navegan con

¹ Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., p. 213.

² Cristóbal Colon. Citado en Felipe Pichardo Moya: ob. cit., p. 84.

velas de algodón i al remo assi mismo con sus nahes (que assi llaman a los remos). I van algunas veces vogando de pies, i a veces asentados, quando quieren, de rodillas. Son estos nahes como palas luengas, i las cabezas como una muleta de un coxo o tollido, según aquí está pintado el nahe o remo y canoa. Hai alguna des las canoas tan pequeñas. que no caben sino dos o tres indios, otras seys, otras diez o de ahí delante según su grandeza.¹

De las velas a que hace referencia Fernández de Oviedo, no se tiene certeza de si se tratan de un artículo autóctono o si fueron resultado de la imitación posterior del método europeo.

El amplio uso de las canoas por los aborígenes evidencia la amplitud de los contactos dentro del área antillana. Muchos de ellos fueron premeditados, dentro del orden comercial, y en ellos viajaron, sin proponérselo, la cultura, la religión, las costumbres, las formas de vida y hasta las nuevas técnicas, que los viajeros intercambiaban en sus contactos en los distintos puntos de arribo. Se ha pensado, además, que los viajes de los aborígenes antillanos no se limitaron sólo a las Antillas, sino que pudieron remontarse hasta Centroamérica. Hay referencias de posibles contactos con Yucatán y en el libro Chilam-Balam de Chumayel, se narra una posible incursión de los caribes en 1359, en busca de presas humanas. Como no existían animales en las islas que permitieran su uso para el acarreo de grandes pesos, éste debió realizarse por los seres humanos. Con ese fin se utilizaban recipientes tejidos en forma de jabas, jabucos y catauros. Las rutas de este tipo de transportación eran pequeños caminos y veredas paralelos a la costa y senderos que se internaban hacia los lugares deseados.

Guarch describe en una de sus obras el modo de transportar por tierra a los jefes taínos:

Existen algunas referencias de los cronistas sobre formas especiales de trasladarse por tierra cuando se trataba de ciertas personas con jerarquía dentro de la tribu, debido a funciones específicas, como era el caso del cacique, su hijo y sus hermanos. Las noticias que tenemos sobre este aspecto no se refieren a Cuba sino a La Española, aunque no es imposible que ese tipo de tratamiento fuera tributado a algunos caciques Taínos en Cuba. Según las referencias, parece que los caciques viajaban en literas, en tanto que su hijo iba en hombros y sus hermanos sostenidos por otros dos hombres por debajo de los brazos.²

Se considera también que los taínos, por ser animistas en sus creencias, no viajaban con frecuencia de noche, aunque lo hicieran en grupo.

¹ **Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., pp. 108-111.**

² **José M. Guarch Delmonte: ob. cit. p. 162.**



La incitación ecológica, el instinto de migrar y la necesidad de exploración de los aborígenes. fue favorecida por la posibilidad geográfica brindada por el arco que forman las Antillas Menores.



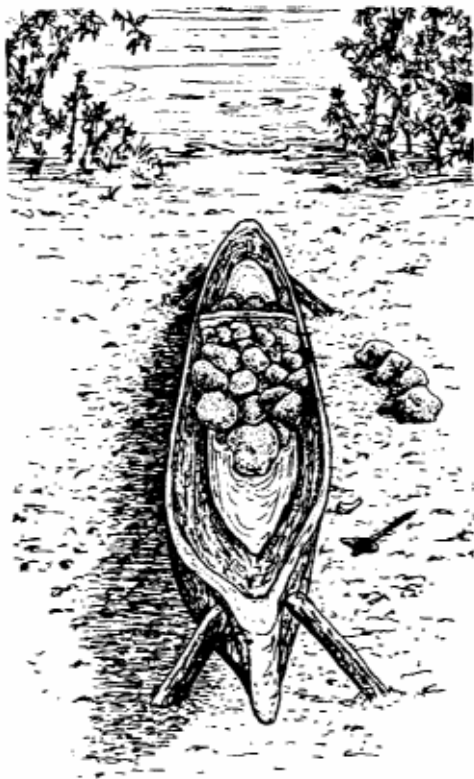
Las únicas barreras franqueables con que contaban las tribus del ámbito aruaco, eran las marítimas, por lo que la necesidad de trasladarse por ríos de gran caudal, aguas costaneras, e incluso eventualmente por aguas profundas, les creó una gran tradición marinera.



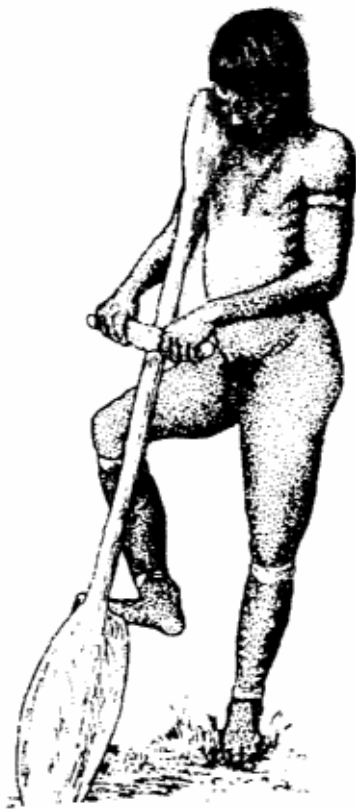
El naje o remo del aborigen lo describió Colón “como pala de fornero” (Ibíd., p. 84.) Este fue encontrado en una cueva cerca de Monte Cristo, en el oriente de Cuba. por el arqueólogo Harrington. Mide 98 cm. de longitud, y es el único que es considerado auténtico. Actualmente se encuentra en el Museo del Indio Americano, que pertenece a la Fundación Heye, en Nueva York, Estados Unidos de América.



Jóvenes habitantes de uno de los poblados sobre estacas que nos describen los cronistas, en la labor de pesca con fija, en una pequeña embarcación de fondo plano hecha de corteza de árbol. Pudiera ser el cayuco, término que todavía es empleado por el campesinado cubano para denominar a las embarcaciones hechas con tablas.



Para la construcción de una canoa monoxila, o sea, de una sola pieza de madera, se utilizaba un tronco de árbol corpulento, ahuecado mediante el fuego. La madera carbonizada del interior se raspaba con conchas, y para que la cavidad se combara convenientemente, se llenaba de piedras y agua, se



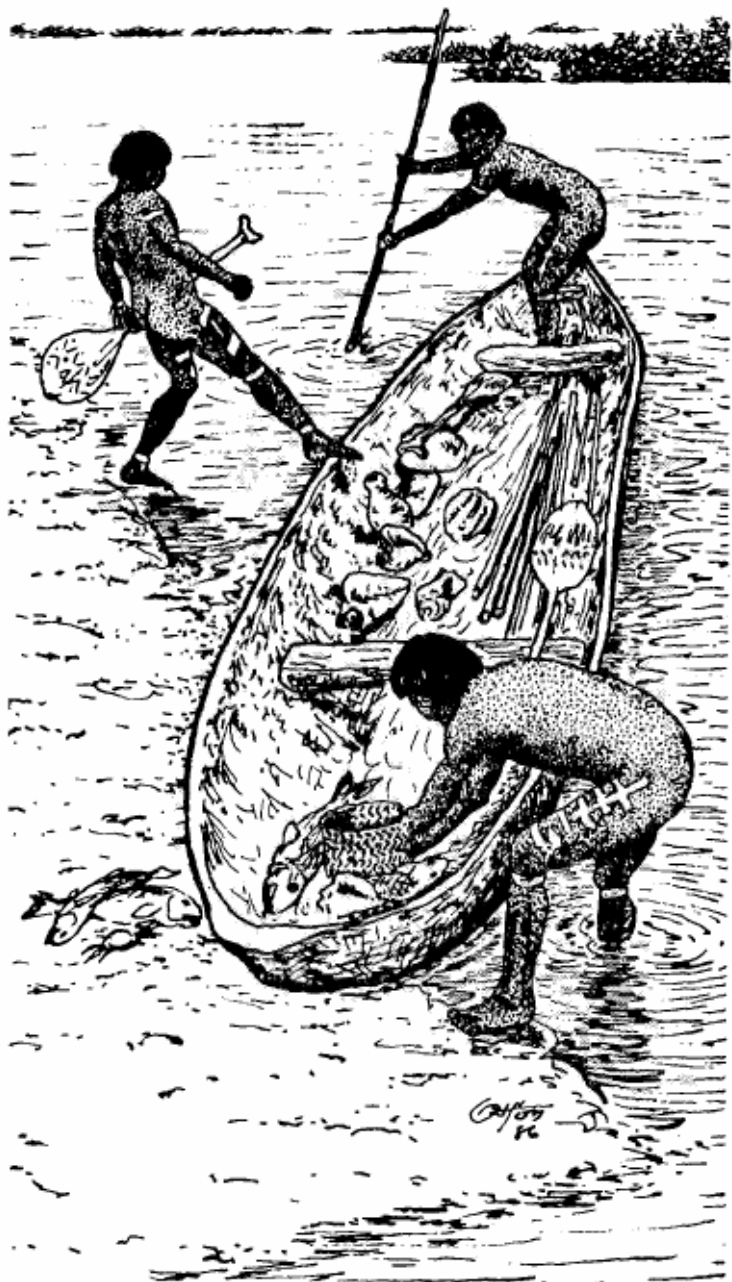
afianzaba con traviesas interiores, y se rodeaba por el exterior con un fuego lento. Confección de un naje o remo utilizando los instrumentos primitivos, hechos de concha de caracol o sílex, que le servían al aborigen para desbastar la madera.



El naje o remo era un objeto de suma importancia para el hombre antillano, por eso se supone que los dibujos y tallas con que eran adornados, tenían un carácter simbólico.



La embarcación era imprescindible para la persecución y caza, en ríos y estuarios, de grandes mamíferos acuáticos, como el manatí.





Oviedo describió ampliamente la función de la canoa: En esta isla Española i en los otras partes destas indias que hasta el presente se saben, en todas las costas de la mar, i con los ríos que los criptianos han visto hasta agora, hai una manera de barcas que los indios llaman canoas, con que ellos navegan ríos grandes y assi mismo por estos mares de acá: de las quales usan para sus guerras i saltos i por sus contractaciones de una isla a otra, e para sus pesquerías i lo que les conviene.” (Citado en Veloz Maggiolo: ob. cit.. pp. 108-111.)

Colón reporta en su Diario de Navegación que ^{vio} en la costa norte de las provincias orientales de Cuba, una canoa varada bajo un abrigo de hojas de palma, confeccionada en una sola pieza y tan grande ...como una fusta de doce bancos". (Citado en Pichardo Moya: ob. cit., p. 83.)

Las descripciones del areito por los cronistas han sido los únicos documentos con que se ha podido contar para su estudio. Su música y textos se perdieron; pero se sabe que se hacían acompañar por el mayohuacán y el rítmico tintineo de los caracoles. Si el areito era festivo, se acompañaba con banquete y bebida “...de un vino hecho de maíz que para emborrachar tenía harta fuerza”, dijo Las Casas. (Ibíd.. pp. 88-89.)

Y del baile, Oviedo dejó dicho: “...júntanse mucha compañía de hombres y mujeres, y tómanse de las manos mezclados, y guía uno, y dícenle que sea él el tequina, esto es, el maestro; y éste ha de guiar, ora sea hombre, ora sea mujer, dá ciertos pasos adelante y ciertos atrás... y andan en torno de esa manera, y dice cantando en voz baja o algo moderada lo que se le antoja, y conierta la medida de lo que dice con los pasos que anda dando; y como él lo dice, respóndele la multitud de todos los que en el contrapás o areito andan lo mismo, y con los mismos pasos y orden juntamente en tono más alto (Ibíd., p. 88,)



El Areito

En tanto que turan estos sus cantares e los contrapases y bayles, andan otros indios e indias dando de beber a los que danzan, sin se parar alguno al beber, sino meneando siempre los pies e tragando lo que les dan. I esto que beben son ciertos brevages que entre ellos se usan, e quedan, acabada la fiesta, los mas dellos i dellas embriagos i sin sentido, tendidos por tierra muchas horas. I assi como alguno cae beodo, le apartan de la danza e prosiguen los demás: deforma que la misma borrachera es la que da conclusión al areyto. Esto cuando el areyto es solemne o fecho en bodas o mortuorios o por una batalla, o señalada victoria e fiesta: porque otros areytos hacen mui amenudo, sin se emborrachar. E assi unos por este vicio, otros por aprender esta manera de música, todos saben esta forma de historiar, e algunas veces se inventan otros cantares i danzas semejantes por personas que entre los indios están tenidas por discretos e de mejor ingenio en tal facultad.

Gonzalo Fernández De Oviedo ¹

¹ Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit.. p. 225.

Mucho se ha popularizado el conocimiento de que los aborígenes antillanos tenían bailes y cantos, que se llamaban areitos. Este nombre fue divulgado por los cronistas de Indias y es cierto que el areito fue fiesta y canción, baile y rito, al mismo tiempo. Fue una de las principales manifestaciones sociales y ceremoniales del pueblo taíno, y tenía importantes funciones. La primera: mantener en la memoria de los miembros del clan, tribu y pueblo, los acontecimientos del pasado, las historias o leyendas sobre las que se basaban las tradiciones aborígenes. Conceptos de todo tipo eran recordados en el areito, junto con el mito, que tenía la función de educar y era como una canción de gesta.

Los areitos eran celebrados frecuentemente en la plaza o batey de las aldeas y en ellos los miembros del poblado bailaban al son de una lenta cadencia. Nada quedó de esa música y como no fue estudiada, nada se sabe de lo que pudo haber quedado de ella en la vernácula de algunas de las islas antillanas.

Quedó registrado en las descripciones de los cronistas que los indios se tomaban de los hombros para formar hileras, mientras entonaban las canciones en las que exponían sus tradiciones, la mitología de sus cemies y la historia de sus orígenes.

El historiador Pedro Martyr —ha expresado Pichardo Moya— subraya especialmente el carácter tradicional de los areitos, y Oviedo los compara con los romances españoles, por lo que tenían de historia y saber populares. Las Casas dice que su letra era “referir cosas antiguas, y otras niñerías”, y estas que a Las Casas parecían niñerías, suponen los etnólogos modernos que pudieran ser fábulas y relaciones de sus mitos.¹

¹Felipe Pichardo Moya: ob. cit., p. 88.

Como instrumentos musicales de acompañamiento, los aborígenes utilizaban maracas de madera, flautas de caña o hueso, sonajeras y ocarinas de barro, el tintineo de brazaletes, collares y ajorcas de caracoles y semillas, que les servían de adornos y de sonajeras corporales. No faltaba tampoco el tambor confeccionado con el tronco ahuecado de un árbol, que, colocado sobre algún soporte, sobre el suelo, para no ahogar el sonido, era golpeado con un mazo. Entre los tambores de tronco ahuecado existieron diferencias —señala Veloz Maggiolo—: uno de extremo cerrado, de uso corriente, y el llamado mayohuacán, tambor de guerra hecho de un grueso tronco ahuecado y cerrado en ambos extremos, con una hendidura rectangular en la parte inferior: en la superior otra en forma de media luna hecha de la madera del tronco mismo; sobre este tronco se golpeaba con una maza, haciendo una especie de eco largo y prolongado. Se sostenía colgado con cuerdas, de modo que el contacto con el suelo hacía más grave, profundo y penetrante su sonido.¹ Fernández de Oviedo, por su parte, dejó el siguiente testimonio:

“Es un tronco de un árbol redondo, hueco concavado... e tan grueso como un hombre e más o menos... e tan grande como lo quieran hacer... y por todas pártes está cerrado, salvo por donde lo tañen, dando encima con un palo como en atabal... que es sobre... dos luengas... de unos agujeros a rayos que trascienden a lo hueco”²

En ocasión de celebrar un areito, los indios se pintaban sus cuerpos utilizando pigmentos y pintaderas impregnadas de tintes como estampadores. Se utilizaban tintes de color rojo, blanco y negro. Algunos de los aborígenes llevaban mascarar. El areito podía incluir el consumo de alimentos y bebidas “de un vino hecho de maíz, que para emborrachar tenía harta fuerza”, según una referencia de Las Casas.³

Tenían esta gente una buena e gentil manera de memorar las cosas pasadas e antiguas, esto era en sus cantares e bailes, que ellos llaman are yto, que es lo mismo que nosotros llamamos bailar cantando... El cual areyto hacían desta manera. Quando querían aver placer, celebrando entre ellos alguna notable fiesta, o sin ella por su pasatiempo, juntábanse muchos indios e indias, algunas veces los hombres solamente i otras veces las mugeres por si, en las fiestas generales, así como por una victoria, o vencimiento de los enemigos, o casándose el cacique o rei de la provincia o por otro caso en que el placer fuese comúnmente de todos, para que hombres e mugeres se mezclasen. E por mas extender su

¹ Marcio Veloz Maggiolo: *Ibíd.* pp. 221-224.

² Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en Felipe Pichardo Moya: *ob. cit.*, p. 86.

³ Fray Bartolomé de Las Casas. *Idem*: pp. 88-89.

alegría e regocyo. tomanse brazo con brazo ensartados, o asidos muchos en rengles (o en corro así mismo), e uno dellos tomaba el oficio de guiar (ora fuese hombre o muger,), i aquel daba ciertos pasos adelante e atrás, a manera de un contrapás mui ordenado e lo mismo (i en el instante) hacen todos, e así andan en torno, cantando en aquel tono alto o baxo que la guía los entona, e como lo hace e dice, mui med ida e concertada la cue nta de los pasos con los versos o palabras que cantan. I assi como aquel dice, la multitud de todos responden con los mismos pasos, e palabras, e orden; e en tan to que le responden la guía calla, aunque no cesa de andar al contrapás. I acabada la respuesta, que es repetiro decir lo mismo que el guiador dixo, procede encontinente sin intervalo, la guía a otro verso e palabras, que el corro o todos tornan a repetir; e assi sin cesar, les tura estos tres o quatro horas i más, hasta que el maestro o guiador de la danza acaba su historia; i a veces les tura desde un dia hasta otro... Esta manera de cantar en esta i en las otras islas aun en mucha parte de la Tie rra Firme) es una esfijie de historia o acuerdo de las cosas passadas. assi de guerras como de paces, porque con la continuación de tales cantos no se les olvidan las hazañas e acaescimientos que han pasado... I estos cantares les quedan en la memo ria, en lugar de libros de su acuerdo, por esta forma rescitan las genealogías de sus caciques reyes o señores que han tenido, i las otras que hicieron, i los malos i buenos temporales que han pasado o tienen. e otras cosas que ellos quieren que a chicos e grandes se comuniquen e sean mui sabidas e fixamente esculpidas en la memoria. I para este efecto continúan estos areyts, porque no se olviden, es especial las famosas victorias por batallas...1

Este canto histórico, método rememorativo de los pueblos analfabetos, era dirigido por el maestro, como describe Fernández de Oviedo. A este personaje importante del areito le llamaban tequina.

La actividad danzaria del areito también era acompañada por otros instrumentos. Probablemente supervivencia de los antiguos instrumentos aborígenes, son algunos de los más rudimentarios que aún se conocen en algunas zonas orientales de Cuba, como por ejemplo el bao. También se utilizaron el guamo o trompeta de caracol y la maraca de güira. Hay, además, referencias a un tubo o caña que se hacia resonar dentro de una botija de barro.

Hay noticias de areitos celebrados por los taínos cubanos en la etapa de la Colonia, como el que realizaron Hatuey y sus seguidores antes de emprender la lucha contra Diego Velazquez. Desgraciadamente, se desconoce todo lo relativo a su música y no se recogió su letra, llena de importantes datos etnológicos. Tampoco se recogieron informaciones de los últimos descendientes de los aborígenes cubanos que, todavía a mediados del siglo XIX, acostumbraban celebrar en San Luis del Caney algunas fiestas conme1 Gonzalo Fernández de Oviedo. Citado en Marcio Veloz Maggiolo: ob. cit., pp. 224-225.

morativas de estos tradicionales festejos, según una información proporcionada por Pichardo Moya.

Este testimonio de Mártir de Anglería plantea una interesante cuestión en sus últimas líneas:

Ambas clases de preceptos las tienen compuestas en sus ritmos en su lengua, i los llaman areitos, i, como entre nosotros los citaristas, así ellos con atabales hechos a su modo cantan sus areitos de amores, i otros lastimeros, otros bélicos, con sus respectivas sonatas acomodadas. También tiene danzas, en las cuales son más ágiles que los nuestros, porque en ninguna otra cosa ponen más cuidado, como van desnudos no les estorba la ropa... En areitos han recibido de sus antepasados el vaticinio de la llegada de los nuestros con los cuales gimiendo como si recitaran elegías, significan su ruina. ¹



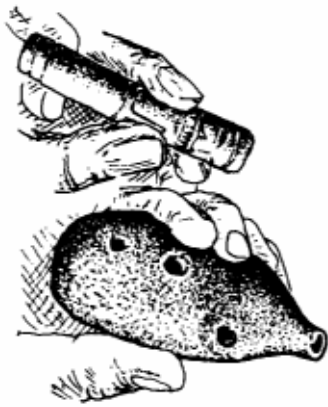
¹ Pedro Mártir de Anglería. *Ibíd*: p. 224.



En la esquina noroeste de la Gran Plaza Ceremonial de Capa, en Puerto Rico, existe un area circular, circundada por un anillo de grandes piedras, que hubiera podido estar destinada a las danzas durante los areitos. Esta forma circular es semejante al Cercado de los Indios de San Juan de la Maguana, en Santo Domingo, por lo cual podemos pensar que existan otras destinadas para iguales funciones.

Sobre la base de la descripción de los cronistas, se ha hecho una reconstrucción ideal de un grupo danzario durante el areito.



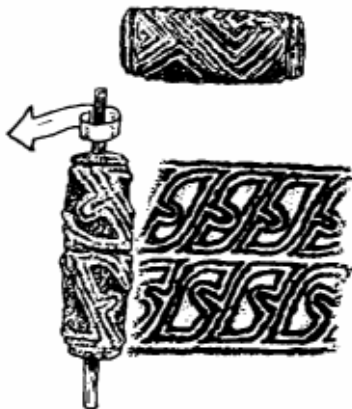


La escasa información brindada por los crónistas sobre las manifestaciones musicales del pueblo antillano, nos permite sólo referirnos a la ocarina y a la flauta, que confeccionaban con un hueso de ave.

Las pintaderas, sellos circulares o discos ideales, fueron frecuentes también entre los taínos, por lo que se han encontrado en abundancia en las islas de Santo Domingo y Puerto Rico.

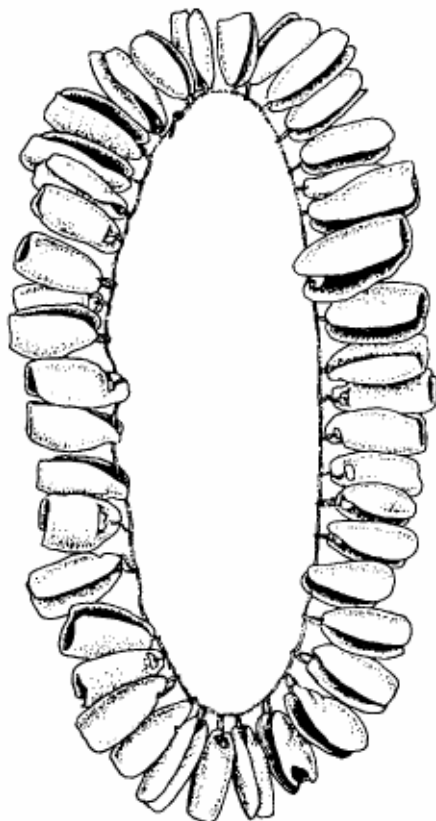
Arriba se muestra su sujeción y empleo: debajo, tres piezas con sus incisiones que conforman el diseño de una de sus caras. Las tres tienen, aproximadamente, 6cm de diámetro.

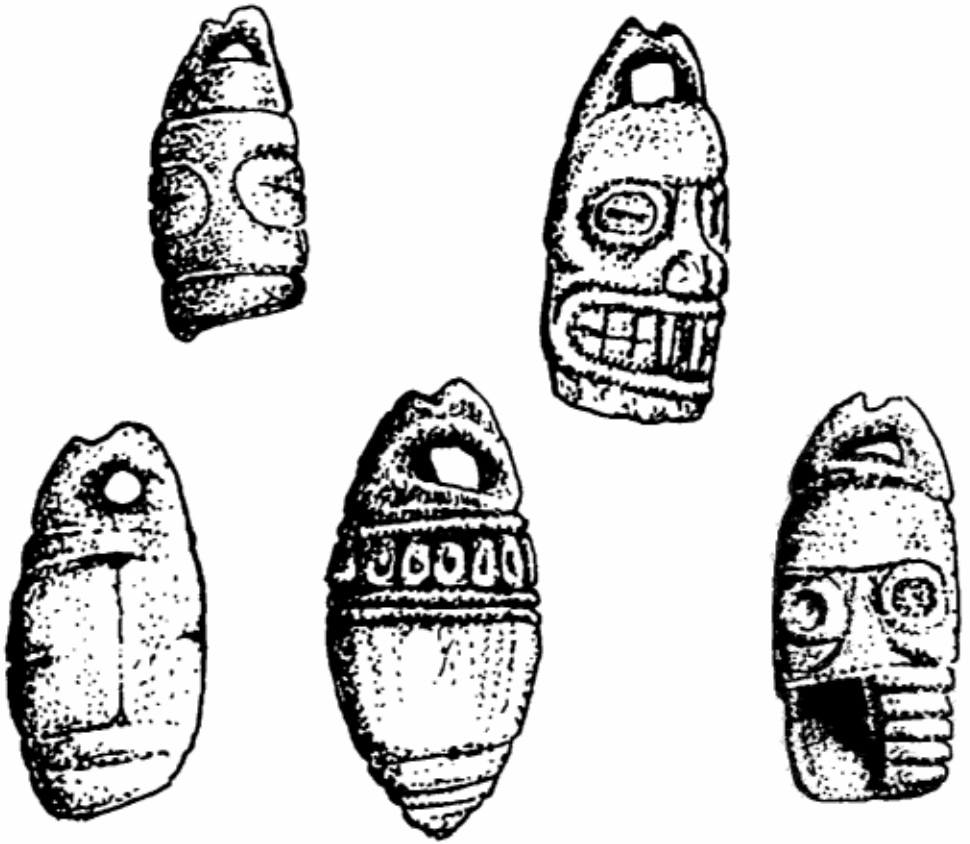




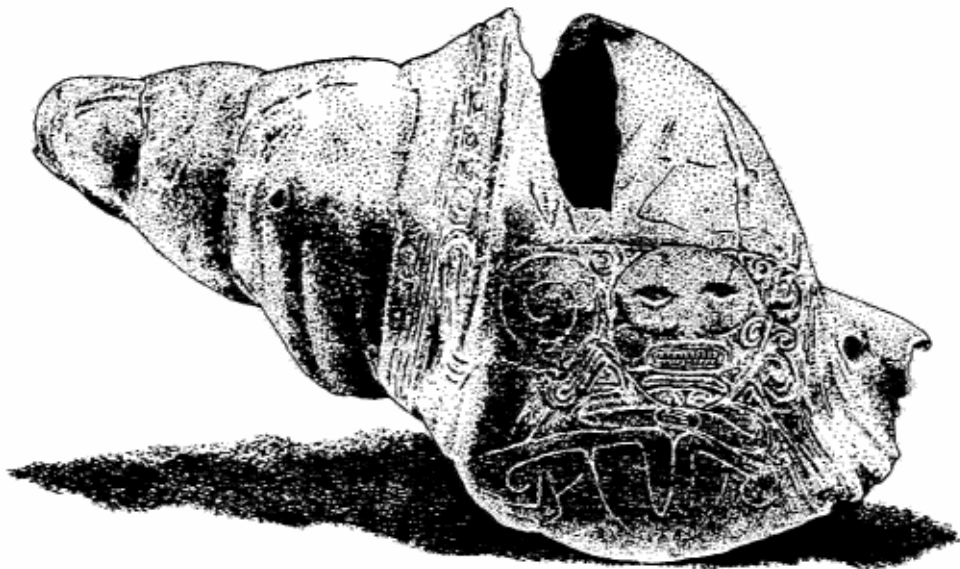
Empleo y aplicación de la pintadera cilíndrica, según el arqueólogo Manuel A. García Arévalo.

Sarta de caracoles del género *Oliva*, que servían de sonajeros corporales al ritmo del danzante. Tanto los colgantes simples como los sonoros son abundantes en Cuba, pero escasos en la isla de Santo Domingo.





Caracoles marinos del género *Oliva*, tallados para una función decorativa y ritual. Eran usados como adorno, pero, a la vez, como instrumento musical al hacerlos golpear unos contra otros. Estas piezas arqueológicas son conocidas como olivas sonoras.



Un instrumento musical del cual no sabemos su participación en los ritos, es el fotuto o trompeta de caracol. El ilustrado es un tritón, con una complicada y expresiva talla antropomórfica. de cuerpo y extremidades distorsionadas. Los motivos geométricos que aparecen en la espiral la convierten en una pieza de valor y belleza artística inigualables. Procede de Santo Domingo y posee una longitud de 26,5 cm. Dibujado a partir de la obra de Manuel A. García Arévalo.



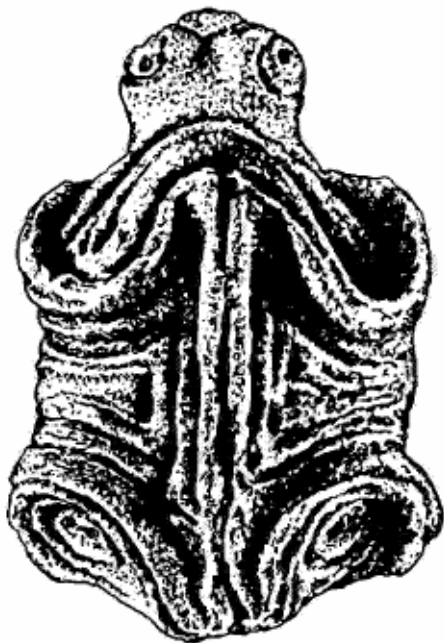
Las sargas de caracoles colocadas en piernas y brazos, así como en forma de collares, es una de las más importantes piezas deL atuendo de los danzantes, al ritmo y cadencia del areito. En este collar se muestra cómo perforaban el ápice para ensartarlas al través. Junto a éstas. otras decoradas y con otro tipo de perforación para colgar.



EL conocimiento que poseía el alfarero taíno sobre el modelado y cocción de las piezas, le permitió crear infinidad de tipos de sonajeros. ya que sabia cuántas partículas de barro podía dejar sueltas dentro de una masa, también de barro, hueca y cerrada. Esta pieza procede de la República Dominicana y es antropomorfa. Dada su forma y baja sonoridad, debió de ser utilizada en algún rito. Está dibujada a partir de la muestra publicada en Arqueología prehistórica de Santo Domingo, de Marcio V. Maggiolo.

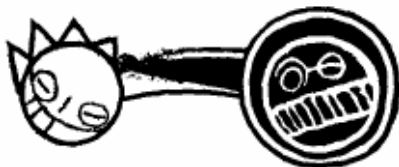


Maracas de güira o higuero que por su resonancia eran más usadas en el acompañamiento de los ritmos para ritos colectivos.



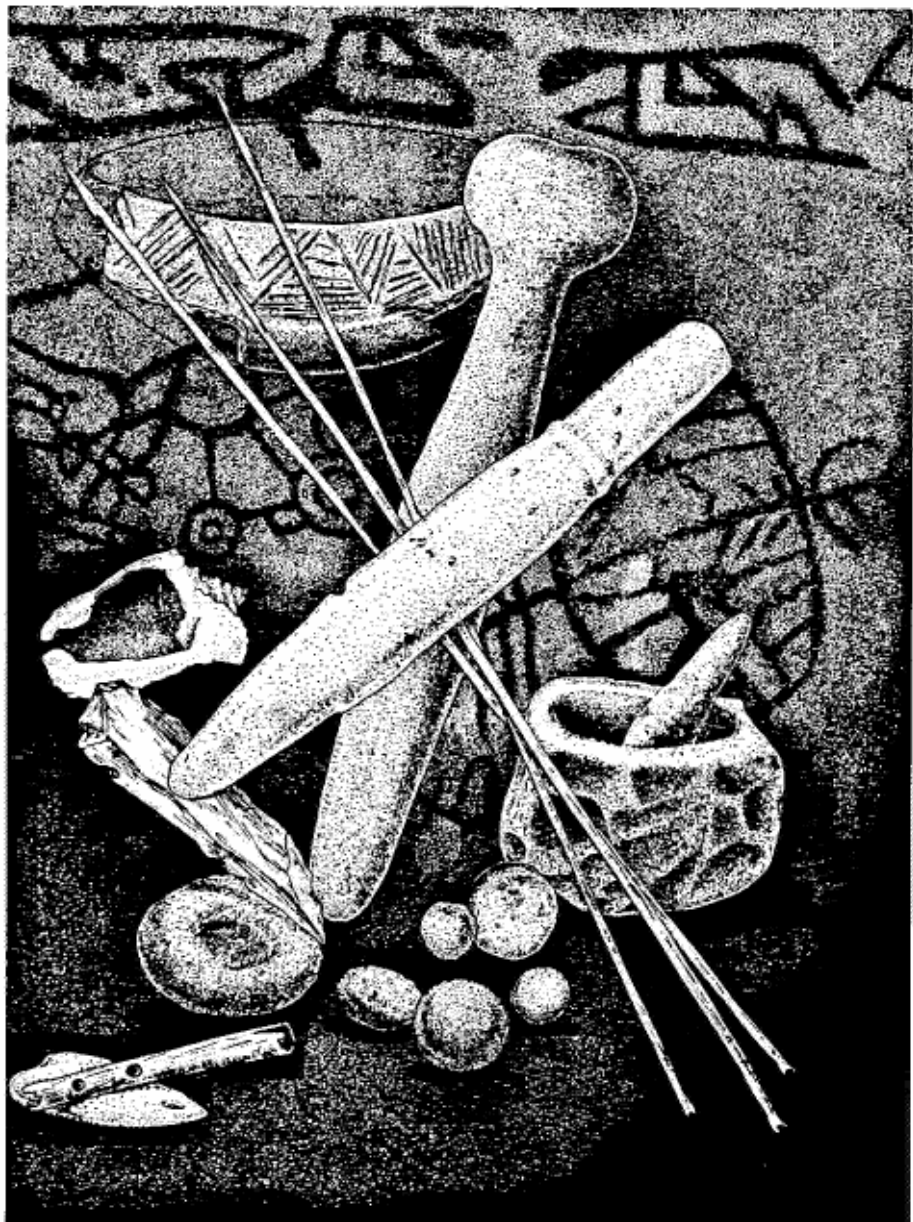
El sello o pintadera de barro, que a la vez era sonajero, pudo haber tenido una función religiosa, al utilizarse para estampar el cuerpo de los participantes en el rito. La mostrada es de la República Dominicana, y semeja una rana, toa. La parte funcional muestra un diseño geométrico inciso. Mide 8,9 cm. de largo.

Las Culturas Prealfareras. El Ciboney¹



¹ El nombre ciboney aparece escrito con c y con s. Cuando aparece en este texto con s es porque se respeta la ortografía de algún autor citado que prefiere la forma siboney. Aquí se prefiere la forma ciboney, aplicada por la Academia de Ciencias de Cuba.

Los aborígenes antillanos prealfareros estuvieron representados por el ciboney. Fueron los primeros habitantes de estas islas y dejaron muestras que los arqueólogos, junto a los datos de los cronistas, ayudaron a reconstruir. Su cultura estuvo estrechamente ligada al medio marino, aunque también fueron cazadores y recolectores.



Las Culturas Prealfareras. El Ciboney

Harrington, como resultado de sus trabajos arqueológicos efectuados en Cuba en 1915 y 1919. denominó con el único nombre de ciboney a Los grupos aborígenes no cerámicos. Años más tarde, por el 1944, Pichardo Moya estableció por primera vez, las diferencias existentes entre los grupos no cerámicos que hoy como dos aspectos de una misma cultura, conocemos con el nombre de Guayabo Blanco y Cayo Redondo. El concepto que tenía Pichardo de estas diferencias le hizo crear dos " culturas " diferentes: La guanahatabey, equivalente a nuestro Ciboney aspecto Guayabo Blanco y la siboney, equivalente a nuestro Ciboney aspecto Cayo Redondo (Pichardo Moya, 1945 y Tabío y Rey, 1965). Es decir. lo que para Pichardo constituían dos " culturas " para nosotros son dos "aspectos" de una misma cultura.

Ernesto E. Tabío y Estrella Rey¹

¹ **Ernesto Tabío y Estrella Rey: ob. cit.. p. 54.**

En la parte norte de la península de Guanahacabibes, lugar cenagoso y de mangle, muy cerca de La Fe, en la bahía de Guadiana, se encuentra un cayuelo llamado Cayo Redondo. En 1941, Cornelius Osgood realizó excavaciones en este lugar, donde aparecieron residuos de una cultura no alfarera, que tampoco realizaba labores agrícolas y usaba artefactos de piedra, como bolas (esferolitas) y dagas de piedra (gladiolitos), que presentaban simetría y cierto pulimento.

Según Las Casas, este grupo americano llamado ciboney habitaba las costas y los cayos. Él los llama con el plural zibuneyes en su Historia de las Indias y considera que habían sido los naturales habitantes de Cuba. Según el propio Las Casas eran de condición pacífica y hacían vida de pescadores, comparándolos con los que vivían en las islas de los Jardines de la Reina y del Rey, y consideraba que habían sido sojuzgados y sometidos a la servidumbre por otros indios a los cuales los españoles designaban como generales pobladores de la isla y que se conocen por el término tainos, y procedentes de La Española.

“...los indios de los Jardines —dice Las Casas en su Memorial—, que son el uno que se llama del Rey y el otro Jardín de la Reina, que estaban el uno a la costa del sur y el otro a la costa del norte, junto con la tierra de la misma Cuba, y en cada uno son muy muchas isletas en la mar, y están llenas de indios que no acostumbran comer sino pescado solo...”¹

Y después prosigue:

“...Otros hay que se llaman siboneyes, que los indios de la misma isla tienen por sirvientes, y así son casi todos los de los dichos Jardines...”²

¹ Fray Bartolomé de las Casas. Citado en Felipe Pichardo Moya: *Caverna...*, p. 67.

² Ídem p. 67.

Antes de las invasiones de las tribus aruacas del continente, estos grupos más primitivos debieron de llegar en oleadas migratorias similares, con las que poblaron muchas de las islas del archipiélago.

Las características de este grupo aborigen, que vivía cerca de las costas cenagosas o en las playas con bajos fondos de donde extraer fácilmente sus riquezas marinas, eran muy primitivas.

Carecían de objetos que denotaran la existencia de un sistema religioso elaborado o un ceremonial complicado. Tampoco practicaron la deformación artificial del cráneo. Sus objetos de uso o ajuar eran predominantemente confeccionados con conchas modificadas y materiales pétreos, como las esferas, cuentas de piedra y dagas. Además, empleaban lascas de sílex. Se han encontrado, en algunos lugares, restos de alfarería muy tosca, pero esto es tema de grandes investigaciones y estudios que deben aportar una respuesta final. Probablemente su cultura recibió influencias posteriores de los poblamientos aruacos que los siguieron.

Sobre la cultura ciboney, las informaciones son escasas. Igual que los taínos, se supone que *vivían* desnudos y el hallazgo de piedras tintóreas hace suponer que se decoraban el cuerpo con pigmentos, entre los cuales predominaba el ocre. Se desconoce si estas decoraciones tuvieron funciones guerreras, rituales o de cualquier otro tipo. Se puede suponer, por otra parte, que se embadurnaban el cuerpo con fango o alguna amalgama coloreada para combatir las plagas de insectos —tábanos, mosquitos, jejenes— que infectaban los lugares bajos donde habitaban.

Los ciboneyes tallaron con sentido de la simetría y pulieron en cierto grado sus esferolitas para un uso funerario, cuya significación no ha sido aún esclarecida. Además de los instrumentos de piedra, tenían en su ajuar tazas y vasijas de madera, pesos y caladores para las redes de pesca, lo que denota su sentido del uso práctico del tejido. En La Española, en la parte correspondiente al norte de Haití, Rouse ha localizado, en la región de Fort Liberté, la cultura aborigen couri, equivalente al ciboney cubano, también representado en Samaná, República Dominicana, por una cultura similar, aunque con sus particularidades cada una.

Los asentamientos ciboneyes en las costas, esteros y cayos utilizaban canoas o algún tipo de piragua o armadía para comunicarse entre sí a través de los lugares de bajo fondo y efectuar las faenas de la pesca. Colón los vio cazar flamencos y capturar tortugas por medio del guaicán o pezpega, y atestiguar, además, haber visto corrales para servir de viveros donde se conservaban tortugas y lisas.

Las excavaciones en los residuarios han confirmado estas observaciones con hallazgos de huesos de flamenco, pedazos de carapachos de tor-

tugas, huesos de jutías, espinas de pescado y conchas de distintos tipos de caracoles.

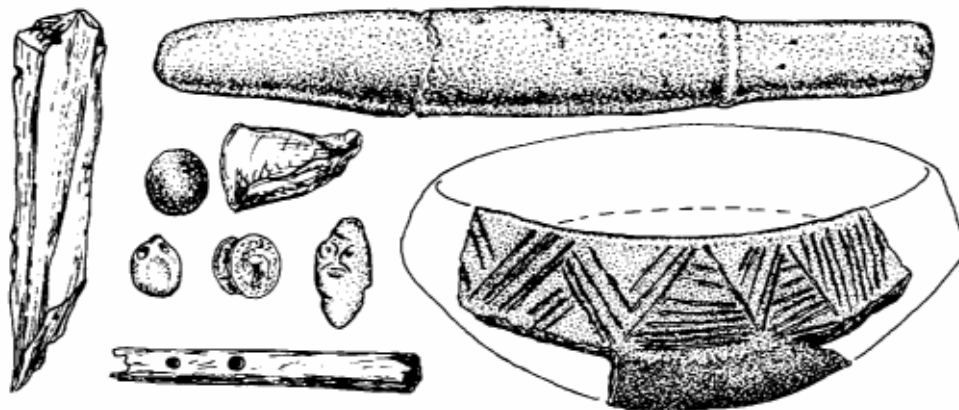
Las viviendas utilizaban empalizadas, cuyos nombres han quedado registrados en la toponimia de muchos lugares cubanos como Estacadas, Palizada, Palizones, Punta de Empalizadas, entre otros. Hay referencias de que construían palafitos, pero no ha sido comprobado.

La lengua del ciboney es desconocida, pero los cronistas relatan que había diferencias con las de las otras poblaciones aborígenes.

La designación de este grupo aborígen con el nombre de ciboney se debe a los taínos, que según autores como Fernando Ortiz, parece provenir de la voz ciba (piedra) y la terminación eyeri (hombre), que formaría el apelativo taíno de ciboney (hombre que vive en las rocas).

Lamentablemente se conoce poco de este grupo aborígen, de sus orígenes, de la organización de sus comunidades, de su proceso de formación cultural, de sus creencias religiosas. No hay documentos de los cronistas que ayuden a conocer a los ciboneyes, debido a su aislamiento y al sometimiento de su población por los aruacos.

Se conoce la cultura ciboney sólo a partir de la labor de los arqueólogos en los entierros colectivos, los residuarios de su alimentación y sus restos.



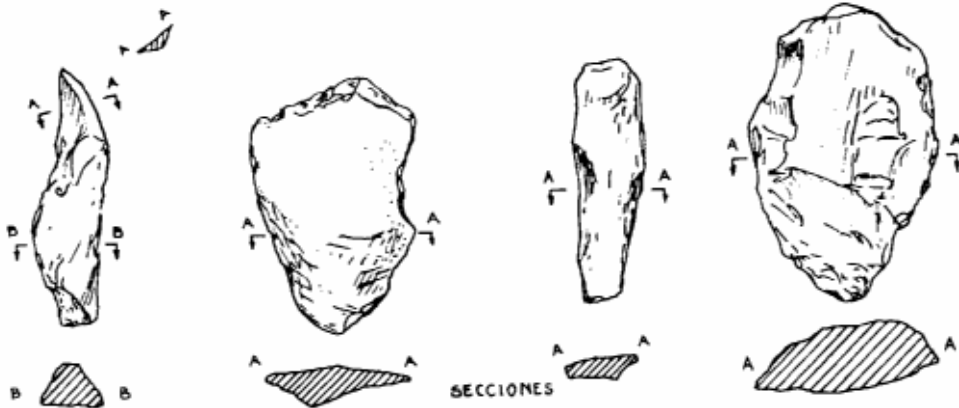
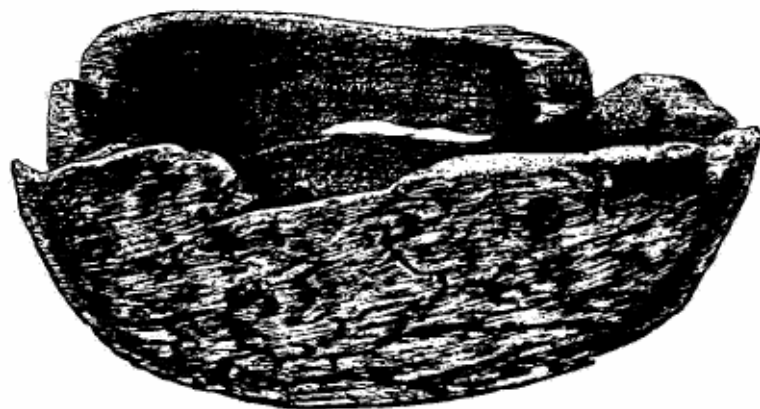
Las labores de excavación e investigación llevadas a cabo por los arqueólogos cubanos Ernesto Tabío y José M. Guarch, en el lugar conocido por Arroyo de Palo, lograron testimonios materiales que establecen la presencia de un nuevo grupo cultural indocubano: el llamado Ciboney Complejo II o Ciboney aspecto Cayo Redondo. Más recientemente fue hallada una comunidad primitiva llamada Mayarí, localizada en la parte oriental de Cuba, en el área

que lleva su nombre, al sur de la bahía de Nipe. Se trata de grupos aborígenes asentados en pequeñas comunidades, probablemente seminómadas con una dieta similar a la del grupo Ciboney aspecto Cayo Redondo, con incipiente labor cerámica y, presumiblemente, de también incipiente agricultura. Se calcula en fecha anterior al 800-850 d.n.e. El autor detalla, en escala arbitraria, piezas del hallazgo en Arroyo de Palo.

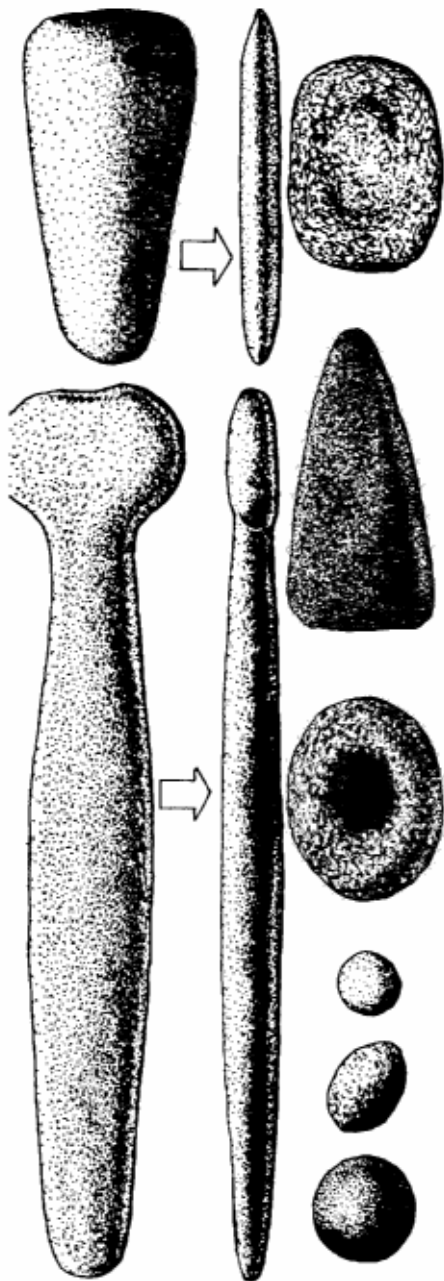
Este ajuar de concha era común en todas las culturas aborígenes, donde se mezclaban con otros tipos de cerámica, en los grupos más avanzados,



En general se puede decir que el Ciboney Cayo Redondo no conocía la cerámica. aunque se han encontrado fragmentos de alfarería tosca, asimétrica y sin ornamento. Piezas excepcionales son las realizadas en madera, como esta vasija de 26 cm. de longitud, encontrada en el fondo de la laguna de Malpotón. Pinar del Rió. Cuba. con muestras de haber sido vaciada por medio del fuego y concavada con gubias de conchas.

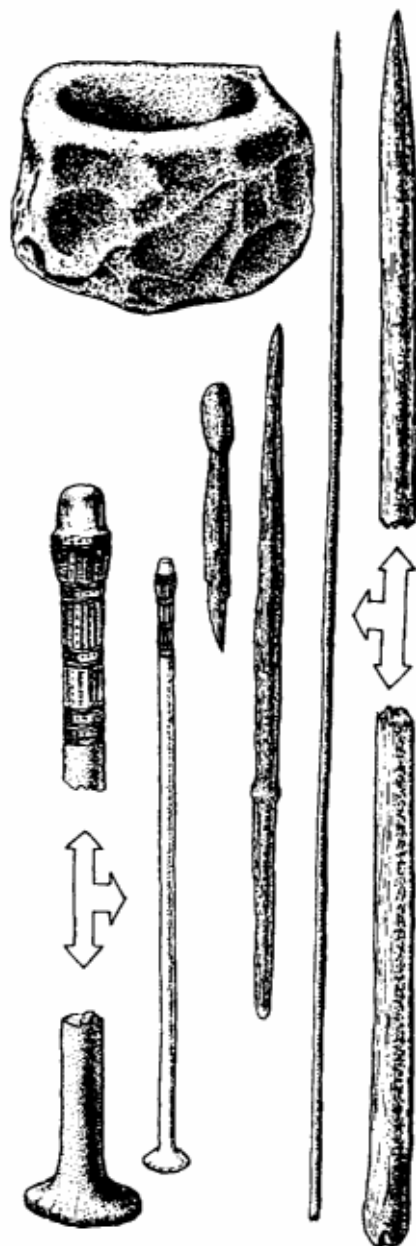


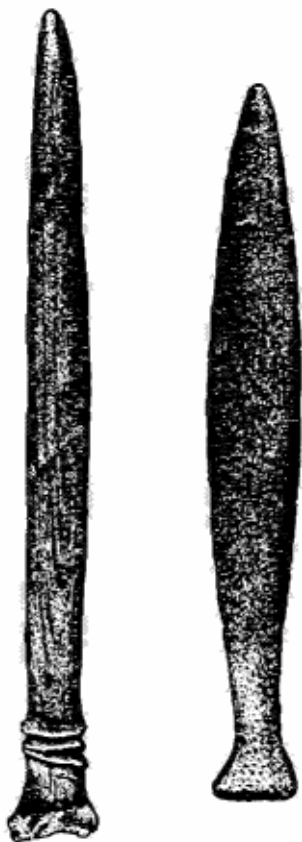
Insignificante muestra de lo que era la industria pétrea de lascas para la confección de cuchillos, raspadores, puntas, etcétera. Las técnicas utilizadas eran similares a todas las comunidades primitivas.



La labor lítica del Ciboney Cayo Redondo marchaba paralela a la de la madera y la concha. Sus objetos más típicos son el esteolito (para algunos gladiolito) o daga de piedra, que al parecer era un objeto ritual o arma simbólica de jefatura o alcurnia. Las mayores se acercan a los 40 cm. de altura. Las bolas de piedra (esferolitas), de variados diámetros y materiales, parecen estar asociados a un particular carácter funerario.

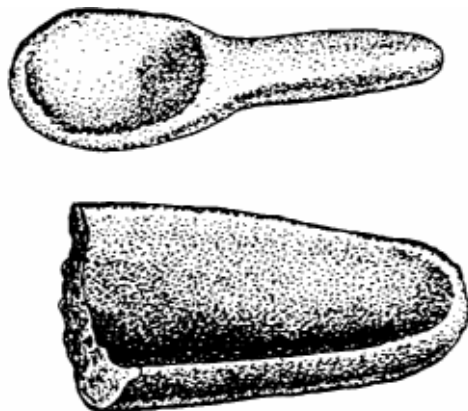
Los hallazgos de la laguna de Malpotón, descritos por Harrington en su obra Cuba antes de Colón, demuestran el desarrollo de la talla de la madera en este grupo cultural. A pesar de la poca conservación y durabilidad de este material se pudo recuperar, entre la turba y el cieno del fondo, un bastón de mando de 24,5 cm. de diámetro y 56 cm. de largo aproximadamente, realizado con decorado inciso de fino dibujo: una flecha de madera de palma de 104 cm. de largo, endurecida al fuego, así como un mortero de piedra hallado en la superficie del suelo del mencionado lugar, que mide 7 cm. de altura y 13 cm. de diámetro.





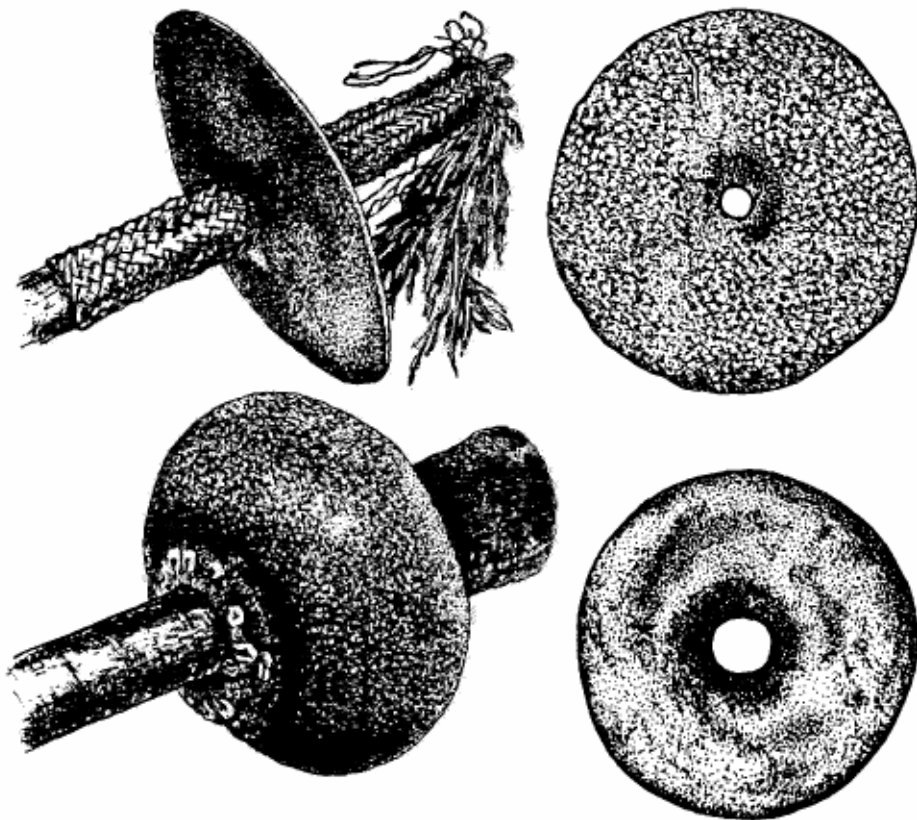
Las dagas líticas o estrenolitos, generalmente encontradas en los entierros, debieron ser objetos religiosos o de origen jerárquico y no armas. Son relativamente abundantes y aparecen de distintos tamaños. Irving Rouse las llamó clavijas y con ese nombre se les conoce en la República Dominicana. Don Fernando Ortiz las llamó gladiolitos. La mayor de las que aparecen en la lámina, de 37 cm. procede

de la laguna Malpotón. en Pinar del Río: la otra, de 35,2 cm. es de San Miguel de los Baños, en Matanzas, ambas en Cuba. Otro objeto que se relaciona con la labor lítica del Ciboney Cayo Redondo son los morteros con asas, parecidos a cucharas de piedras, supuestamente utilizados para triturar pigmentos ceremoniales. Se muestra un ejemplar tipo y un fragmento de otro que bien pudiera definirse por su forma como una taza. Sus medidas se encuentran entre los 5 cm y los 10 cm de diámetro. Fueron encontrados en el residuario de El Carnero, cerca de Bayamo, Cuba.

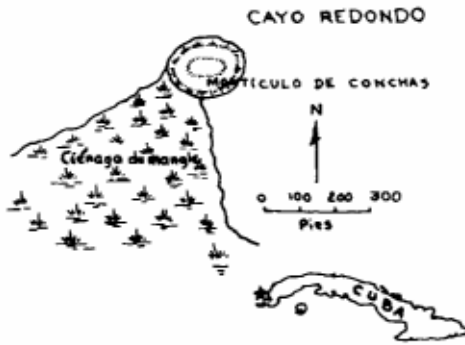


Discos de piedra encontrados con frecuencia en Cuba. Muchos autores consideran que se utilizaban como pesos para calar redes, pero su esmerada labor de pulido hace pensar en otro uso. Pudiéramos relacionarlos con la labor textil de los aborígenes agroalfareros, pero en el caso de los ciboneyes nos inclinamos a pensar que eran objetos

rituales, por su semejanza con los bastones enmangados de Nueva Bretaña, los del archipiélago Bismarck, o los discos de piedra de Nueva Guinea del Sur en Oceanía. Rivero de la Calle en su obra Las culturas aborígenes de Cuba también los compara con este tipo de bastones. Su tamaño varía: los hay de 8 cm. de diámetro y de unos 3 cm. de grueso.



BAHÍA DE LA FE

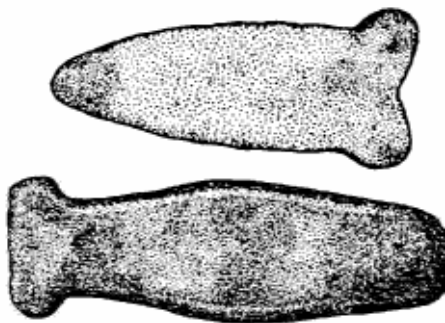


En 1941 el arqueólogo Cornelio Osgood realizó la primera excavación sistemática de este complejo, ubicado en un cayuelo de costa cenagosa y mangle, muy cerca de La Fe, en la bahía de Guadiana, parte norte de la península de Guanahacabibes, Cuba.

La ilustración está basada en el plano del Conchal de Cayo Redondo, que Harrington confeccionó. El montículo posee una altura de 1,20 m. de longitud; se extiende, aproximadamente, unos 55 m al noroeste y unos 34 m al suroeste. Está constituido casi enteramente de concha, pues los moluscos servían de base a la alimentación del ciboney.

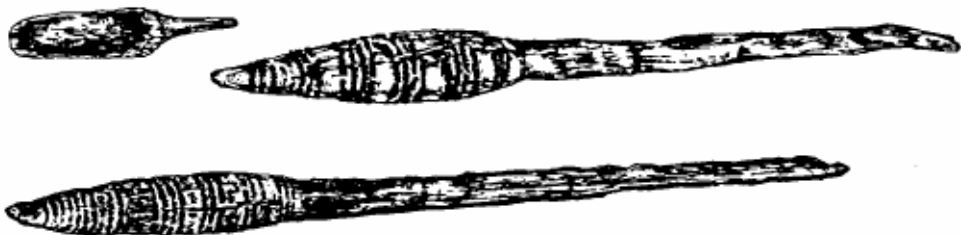
Aquí aparecen las zonas donde se han localizado residuarios aborígenes del Ciboney en Cayo Redondo, en Cuba. Se señala además el lugar tipo que da nombre a este grupo aborigen, dados sus implementos y características. También los cayos llamados Jardines del Rey y de la Reina, los cuales son referidos por los cronistas como lugar de habitación de indios que "... no acostumbran a comer sino pescado solo" (Citado en Pichardo Moya: *Cavernas, costas y mesetas*, p. 67.)





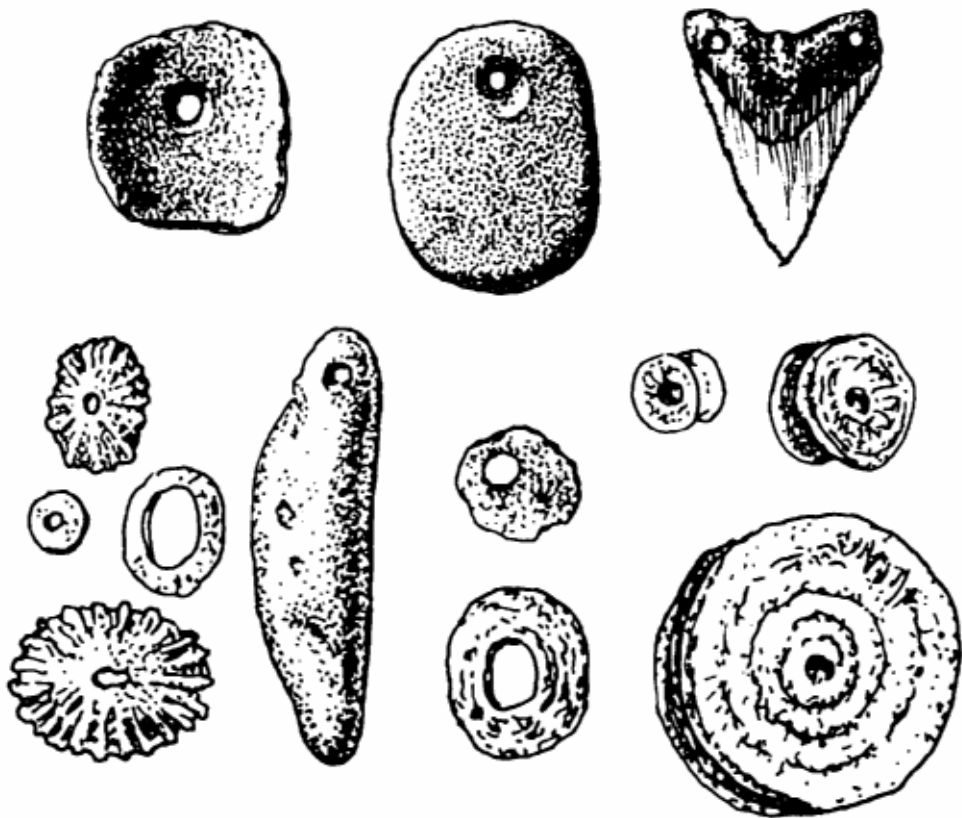
Dagas líticas de simetría bilateral y con labor de pulido. La de la parte superior fue encontrada por el arqueólogo Osgood. en Cayo Redondo, Pinar del Rió, Cuba, y la otra en el oriente de Cuba, de la llamada colección García Feria. Tomado de la obra de Pichardo Moya, Cuba precolombina.

La labor en madera de los ciboneyes asombra por su delicadeza y ornamentos, pero más asombra el hallazgo de unas piezas como bastones y una cucharita de madera, conservadas entre el fango en la Laguna del Tesoro, en la Ciénaga de Zapata, Cuba.



En el ajuar de los grupos aborígenes no alfareros se pueden distinguir cuentas de conchas, como la que se muestra, encontrada en el valle de San Juan, cabo de San Antonio, Pinar del Río, Cuba, y mide 1,5 cm. aproximadamente. El pendiente de piedra fue hallado en una cueva en Siboney, cerca de Santiago de Cuba, y tiene una longitud de 4 cm.; el diente de tiburón, preparado como pendiente, fue hallado cerca

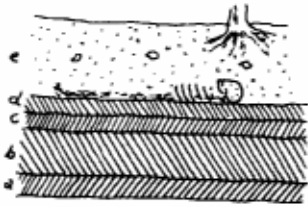
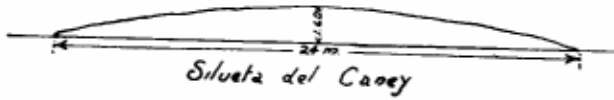
de Jauco, y tiene una longitud de 3,5 cm. aproximadamente. Junto a estas piezas aparecen cuentas de concha de factura burda, vértebras de pescado y microcuentas confeccionadas con valvas de moluscos con perforación natural y otras perforadas ex profeso.



Pictografía de color rojo en la Cueva de las Conchas, Caguanes, provincia de Sancti Spiritus, costa norte de Cuba. La enigmática simbología mágico-religiosa dejada por nuestros aborígenes en sus templos subterráneos, es una posibilidad de establecer las relaciones entre si de los grupos prealfareros. las zonas en que se establecieron y los lugares de donde migraron.

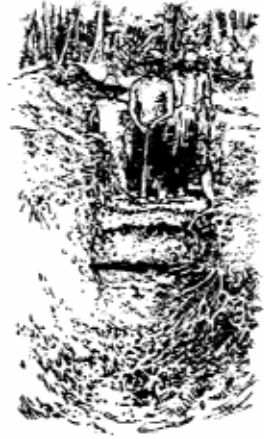


Aunque no existen referencias precisas de los cronistas, ni un estudio antropológico que pueda dar criterios absolutos, al ciboney se le puede describir coma de mediana a baja estatura. Se le clasifica generalmente como de talla pequeña con una capacidad craneana promedio de sólo 1.200 cc, del tipo Hipsisubraquicéfalo, sin deformaciones artificiales y con un maxilar robusto. El dibujo trata de representar el cráneo encontrado en la Cueva del Purial, Sancti Spiritus, Cuba. explorada por el profesor Luis Montané en 1888.



Esquema de la estructura del caney: a) capa de neritinas sueltas; b) capa del conglomerado de neritinas con ceniza; c) capa de neritinas sueltas; d) capa del conglomerado de neritinas con ceniza; e) capa de tierra con neritinas, donde se hicieron todos los hallazgos

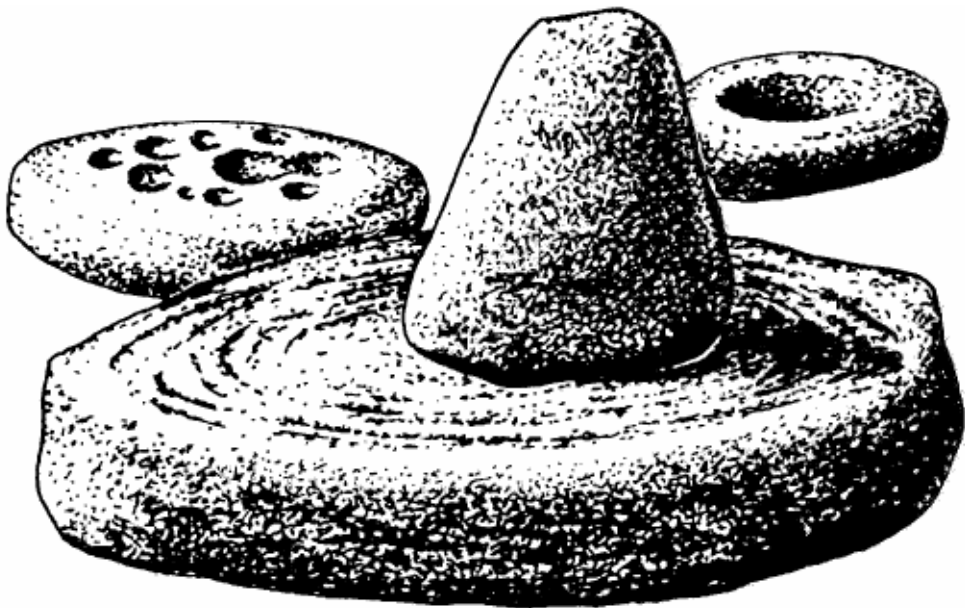
E = 1:50

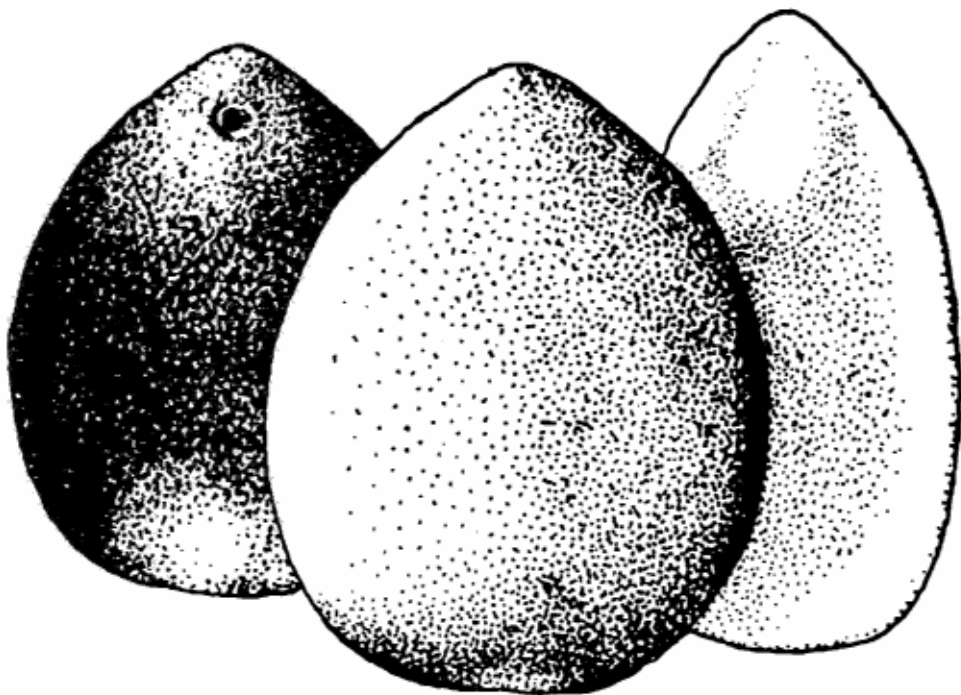


La construcción de los montículos funerarios, llamados popularmente caneyes de muertos, denota un trabajo colectivo. Estaban contruidos por capas alternas de caracoles, ceniza, tierra, y otras capas con mezcla de los anteriores ingredientes. En ellos se encontraron objetos de adorno y otros artefactos ceremoniales. Se enterraban ofrendas del tipo de bolas de piedra (esferolitas), casi siempre junto a cadáveres de niños: y junto a cadáveres de adultos

colocaban objetos como dagas de piedra, etcétera. Los cadáveres aparecen colocados en forma paralela y orientados con la cabeza hacia el este. La ilustración muestra el boceto facsimilar de la exploración del caney El gato, explorado en 1942 y 1943 por la Junta Nacional de Arqueología. La labor fue iniciada por Felipe Pichardo Moya y continuada por el doctor Antonio R. Martínez.

Ajuar lítico con variados instrumentos domésticos, como percutores, majaderos cónicos —que casi siempre indican la trituración de algún óxido de hierro como colorante para utilizar en el embadurnamiento corporal—, morteros y piedras moledoras.

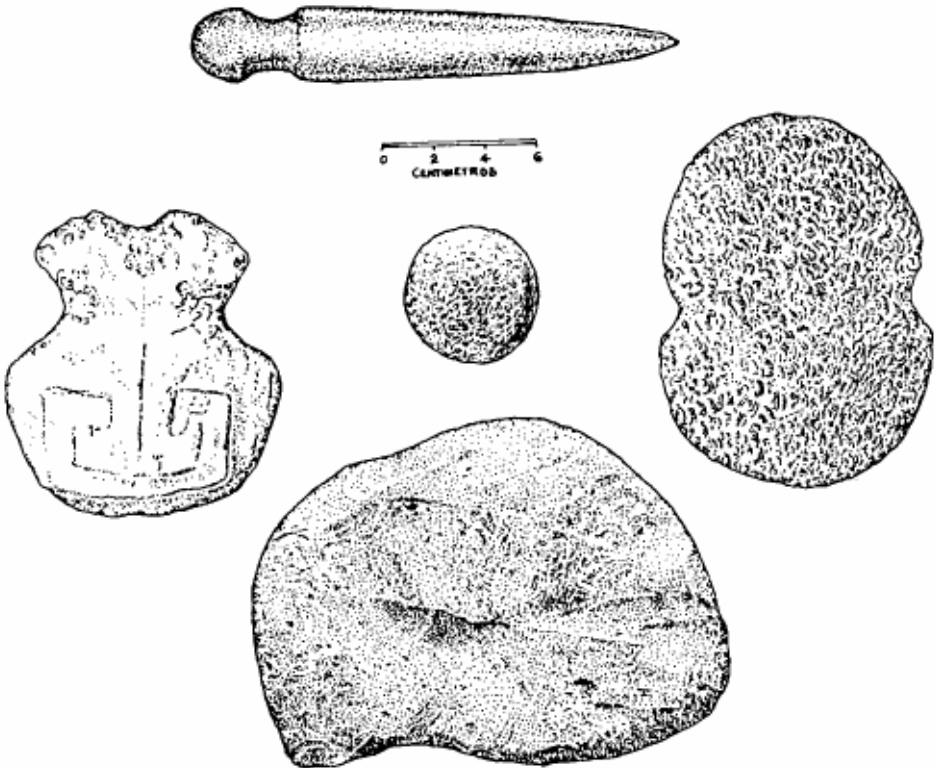




Piezas a las cuales no se les conoce un uso definido, que bien pudieron ser un adorno jerárquico o mágico-ritual: son los corazones (Dacal-Rivero de la Calle) tallados en cuarzo, de gran acabado.

La tesis de poblamiento mesoindio en las Antillas es un tema muy discutido, por lo que la investigación sistemática del área dará respuestas definitivas a esos orígenes tan debatidos.

En la ilustración, objetos de Haití: un bastón, una pieza grabada, una esferolita, un hacha de doble muesca y una piedra con una depresión como para usar de mortero (según Rouse y Cruxet). Están reproducidos de la obra del doctor Marcio V. Maggiolo. Arqueología prehistórica de Santo Domingo.



Los aborígenes más arcaicos utilizaban la gran variedad y cantidad de moluscos que pululaban en nuestras islas, tanto para proveerse de alimento como para confeccionar distintos objetos con los caracoles de mayor tamaño. Este aprovechamiento, aunque de forma tosca, fue de gran amplitud, y caracterizó esta cultura primitiva. por lo que bien podemos considerar ese tiempo o momento como la era de la concha.



La Era de La Concha

“Así como se habla en Europa y en otros continentes de la Edad de Piedra, para la cultura conchera de Cuba pudiera hablarse con más propiedad de la Edad del Caracol, contemporánea, por ejemplo, con la confección de las pictografías de Punta del Este...”¹ Este aspecto del grupo ciboney lleva el nombre de Guayabo Blanco porque las primeras manifestaciones de este complejo cultural aparecieron en las excavaciones realizadas por J. A. Cosculluela en el año 1913, en el sitio de ese nombre, que está localizado en la ciénaga oriental de Zapata, al nordeste de la Bahía de Cochinos, Matanzas (Cosculluela, 1918.) De acuerdo con la últimas evidencias, este grupo cultural no fue conocido, directa o indirectamente, por los conquistadores españoles.

Ernesto E. Tabío y Estrella Rey ²

¹ Antonio Núñez Jimèncz: ob. cit.. p. 45.

² Ernesto Tabío y Estrella Rey: ob. cit., p. 18.

En el oeste pinareño de Cuba y en muchas cavernas de las islas antillanas, se han encontrado restos humanos y otras evidencias —objetos de concha y piedra de ruda factura—, acompañados de residuos de alimentos, entre ellos, huesos de *Megalocnus rodens* o gran perezoso, posiblemente ya extinguido cuando el Descubrimiento. Estos hallazgos y el empleo de técnicas modernas de investigación permiten considerar que este tipo de cultura arcaica es de notable antigüedad y que se extendía por las Antillas y la parte continental de Venezuela.

En todos estos sitios es notable la similitud de los materiales comparados y hay evidencia de que pertenecen a grupos más antiguos. Estos primitivos aborígenes antillanos se refugiaron en las cavernas o en los abrigos rocosos, donde quedaron depositados sus objetos de uso (vasijas hechas de grandes caracoles) y algunos de sus sitios de trabajo (morteros cavados en la roca).

Es poco lo que ha llegado hasta la época actual de estos grupos aborígenes. Se sabe que es una cultura muy antigua en el archipiélago antillano, pues su presencia se calcula en seis mil años antes de nuestra era, aunque su llegada a Cuba es posible que se haya realizado en fecha más reciente, digamos 3 000 años antes de nuestra era. La afirmación está sustentada por las últimas investigaciones. “¹

Estos aborígenes, denominados “ciboney aspecto Guayabo Blanco” eran amerindios muy primitivos, “hombres completos que producían instrumentos y utilizaban el fuego” (Kuczynski, 1957).²

¹ **Ibíd., p. 19.**

² **Jürgen Kuczynski. Ibíd., p. 34.**

Según Pichardo Moya:

En 1514, en carta al Rey dándole cuenta de la pacificación de Cuba, el Adelantado don Diego de Velázquez informa que al cabo de la Isla, a la banda del poniente, está la provincia “de los guanahatabibes, que son los postreros indios della; y la vivienda destos guanahatabibes es a manera de salvajes, porque no tienen casas, ni asientos, ni pueblos, ni labranzas, ni comen otra cosa sino las carnes que toman por los montes y tortugas y pescado.”¹

Por su parte, Antonio Núñez Jiménez ha señalado:

Guanahatabey. indio al cual los cronistas españoles ubican en el occidente de Cuba, viviendo en cuevas: fue básicamente pescador y recolector dependiendo en gran medida de los caracoles para construir su ajuar, así como para su alimentación (moluscos). Es muy posible que el Guanahatabey fuese el último grupo sobreviviente de los primitivos indios Guayabo Blanco.²

Los ciboneyes aspecto Guayabo Blanco vivían de la recolección, además de la caza de mamíferos, aves, peces, crustáceos, reptiles e insectos. La actividad de la recolección era un proceso destinado a asegurar la sustentación colectiva. La dieta animal se complementaba con el consumo de frutas y frutillas, como los hicacos. la papaya —menor que la fruta bomba conocida actualmente. pero de masa más compacta, que abundaba en las ciénagas—, guayabas de pequeño tamaño y el mamey. además de raíces y otros tubérculos silvestres.

Este grupo aborígen habitaba solapas, cuevas u otro tipo de abrigos rocosos próximos a las áreas donde realizaba su recolección, principalmente cerca de las costas, aunque es posible que construyesen algunos abrigos rústicos con ramajes y hojas, según sus necesidades.

Su organización social era muy primitiva y de ella se conoce muy poco. Como se han hallado sustancias colorantes en sus residuarios, se supone que se coloreaban el cuerpo con dibujos decorativos cuyas formas se desconocen y con otros elementos que no han sido encontrados.

De sus hábitos funerarios si dejaron testimonios importantes. Los caneyes de enterramientos o de muertos de estas comunidades y sus alrededores, han aportado piezas de su ajuar, conchas para distintas funciones y lascas de sílex, entre otros objetos. Se desconocen otras manifestaciones de su vida espiritual, pues los objetos hasta ahora conocidos no tienen usos que podamos relacionar con ceremonias mágico-religiosas.

Muchos huesos humanos hallados en los pisos de las cuevas se han encontrado rotos y dispersos, sin orientación alguna. Se han encontrado también restos óseos largos, como los del fémur, con rayas paralelas trans-

¹ **Diego Velázquez. Citado en Felipe Pichardo Moya: Caverna..., p. 26.**

² **Antonio Núñez Jiménez: ob. cit., p. 34.**

versales y otras a la longitud del hueso, con alguna evidencia de que posiblemente se realizaran estas marcas recién descarnado, lo cual, junto a hallazgos de huesos quemados y de otros pintados de rojo, hacen suponer cierta práctica antropófaga y no en costumbres funerarias de tipo ceremonial.

Los caneyes muertos, dado su tamaño, requirieron sin duda del concurso organizado de un grupo para su realización.

Las notas de campaña de Juan A. Cosculluela, tomadas durante los trabajos de estudio en la ciénaga de Zapata, en 1913, son muy interesantes con respecto a su importante hallazgo sobre este grupo cultural aborigen:

Campamento Salvear, Octubre 5 de 1913

Llegamos a la finca Cocodrilos, propiedad del Señor Ambrosio de Cárdenas, residente actualmente en Estados Unidos. Superficie, 4 000 caballerías. 30 de ciénaga por su lindero Sur.

Por la tarde, nos acompaña a comer el señor José Caro, antiguo vecino de la zona, quien nos hace, entre otros, el siguiente relato:

“Existe en las costaneras de la ciénaga pertenecientes a esta finca, un Cayo hoy casi todo anegado, que se llama Guayabo Blanco y que en la antigüedad tenía sobre 25 caballerías de extensión: en la actualidad conserva una pequeña parte alta. seca, pero el resto está todo cubierto de ciénaga, que la rodea por todas partes. Mi relato se refiere a sucesos que han acaecido precisamente en este Cayo, pero quiero antes significarles mi gran antigüedad en esta zona. (...)

“Recuerdo haberle oído a mi abuelo muchas veces, antes que mi padre lo visitara, el siguiente cuento de Guayabo Blanco, que ahora se lo voy a referir a ustedes contrariando las recomendaciones que siempre nos hizo, pero a sus grandes deseos de conocer estas antiguallas únese para mí la obligación de complacerlos, por ocupar el cargo de Práctico en la Comisión de los trabajos.

“Antes de la guerra del 68, vivíamos en esta finca, dedicados a la crianza de cochinos, habiendo logrado reunir una extensa crianza, debido a los buenos palmares que antes existían y a los cuidados de mi padre, en cuya labor le ayudábamos todos sus hijos, bien en el sabaneo de los puercos o en la recogida de lechones.

“No recuerdo bien la fecha, pero creo que fué antes de empezar la guerra grande, se presentó un año tan seco, que la ciénaga toda se quedó sin agua; se podía caminar perfectamente sobre ella y los perros jíbaros de sus Cayos interiores, invadieron la costanera en busca de comida, e iniciaron una gran campaña de destrucción, que acababa con nuestros cochinos.

“Siguiendo el uso del campo, mi padre, en vida todavía de mi abuelo, se preparó a emplear el único remedio eficaz que se conocía para terminar con los jíbaros: ahuyentarlos colocando trampas para cazarlos.

“Después de situar varias a lo largo de la costanera se dirigió un día a Guayabo Blanco, con el mismo propósito, pero regresó antes de terminar la faena, haciéndonos el siguiente relato: «Había llegado a Guayabo, cubierto entonces de impenetrable bosque, y escogido el lugar más alto y sin acordarse de las recomendaciones del abuelo, había procedido a cavar la trampa, sacando con la tierra infinidad de caracoles y restos humanos; que tan pronto se dio cuenta, volvió a enterrar los restos y abandonó el Cayo, temeroso de que algo le pasara antes de llegar a la casa. (...)»

“De lo acontecido a nuestro padre nunca con nadie hablamos, pero ya que ustedes quieren conocer antecedentes que se relacionen con los Indios, y habiendo pasado tanto tiempo, no tengo inconveniente alguno de indicarles cuanto con los enterrorios se refiera. Nadie sabe que ahí, en ese Cayo, existen restos Indios; hace algún tiempo, después de desmontado el Cayo, el Ingenio Covadonga construyó una línea férrea que lo atraviesa, y el cayo en su mayor parte está sembrado de caña, pero a pesar de que cerca del lometón se excavó algo, nadie ha encontrado restos algunos.

“El lometón no lo han demolido porque lo aprovecharon por su proximidad a la línea y por su altura como embarcadero de madera. Unos carboneros que estuvieron buscando tierras para el plan del horno, cavaron algo en el lometón, pero según tengo entendido sólo encontraron un ladrillo grande con unas inscripciones que luego no han aparecido.

“Yo les respondo de la veracidad de cuanto dejo manifestado: puedo indicarles el camino, pero no me comprometo a llegar con ustedes hasta el Cayo, no por temor, sino por respeto a cuanto nuestro abuelo nos decía.

Así habló el viejo Caro, despertando su relato nuestra curiosidad por comprobar la certeza de cuanto manifestaba, pues empleaba un tono tan mesurado y tal acento de convicción imponía a su palabra que nos decidió a emprender el viaje al día siguiente.

Conocida la ruta y habiéndose prestado a acompañarnos un viejo llamado Marrero que nos serviría de Práctico, preparamos la excursión durante la noche.

Octubre 6 de 1913

A las 7 a.m. hemos salido del campamento Salvear, acompañados del Notificador de la Comisión Julio Montejo, del Médico del Campamento Miguel Suárez, Práctico Pedro Peñalver y dos peones, guiándonos el Marrero, que previamente se había prestado declarando que no le infundían miedo los muertos de “Guayabo Blanco” (...) Alto en el centro, pero cenagoso en sus orillas se presenta el cayo Guayabo Blanco, distando más de un kilómetro de la costanera: casi en el centro del mismo se encuentra el lometón donde decía Caro estaban los restos. El aspecto del enterrorio es muy particular; a primera vista claramente se aprecia su procedencia, la mano del hombre se retrata perfectamente en su construc-

ción. Su planta circular (20 metros de diámetro aproximado), su pequeña altura, la gran abertura de la generatriz que forma su sección cónica, su emplazamiento en aquel Cayo perfectamente llano y cuantos detalles pudimos apreciar, fijamente nos indicaban que el hombre había sido su constructor: antes de excavar lo recorrimos en todas direcciones, observando la capa vegetal que lo cubría, recogiendo las piedras que sobre su superficie encontramos, y sacando un croquis, ya que no llevábamos cámara fotográfica alguna, de su aspecto exterior.

Terminada la minuciosa inspección del conjunto. procedimos a excavar (...)

Nadie hablaba; reinaba un silencio fúnebre, intenso, que sólo era interrumpido por los golpes en las excavaciones y los cantos de los pájaros; el teatro de nuestras operaciones arqueológicas no podía ser más bello en aquella mañana de Octubre. Al fondo del Cayo y desde la altura donde estábamos cavando se divisaba la inmensa sabana de ciénaga, florido pantano salpicado de verde por la multitud de sus cayos interiores, donde agrupados estrechamente se levantan caobas, cedros, ceibas y palmares en íntima confusión; en el resto de la enorme planicie, rastreras se extendían las flores de verdes ovas, los juncos y cortaderas. y sobre un pequeño manglar que se distinguía no muy distante, bandadas de yaguasas, patos, garzas y guariaos, jugueteaban con alborozo sin preocuparse con nuestra presencia.

Sirviendo como de barrera infranqueable al Cayo, el Arroyo Pesquero serpenteaba entre sus montes aún no destruidos, y engrosaba con sus aguas, cubiertas de verdes cortaderas, donde traidoramente se esconde el cocodrilo, el enorme volumen que en la ciénaga se deposita en aquella época de lluvias incesantes. Hacia el Sur, en la ciénaga, todo es silvestre; en todo el horizonte la naturaleza se manifiesta en prepotente majestuosidad todavía no profanada por la mano del hombre; en cambio, hacia el Norte, la caña sembrada, la línea que en época de zafra al batey la conduce y más allá, más lejos, el Central Covadonga, contrastando marcadamente con el bello panorama cienaguero que representa el pasado, aquel pasado donde vivieron esos seres que duermen en el Cayo y cuyo reposo vamos nosotros a interrumpir ahora con nuestras investigaciones.

Recogimos cuidadosamente los restos, proseguimos las excavaciones pudiendo establecer el siguiente orden en las capas que encontramos a partir de la superficie:

- 1- Capa de tierra vegetal: 0,25 metro.
- 2- Capa de caracoles sin restos: 0,25 metro.
- 3- Capa de tierra vegetal: 0,65 metro.
- 4- Capa de caracoles con muchos guamos: 0,25 metro.
- 5- Capa de guamos, piedras y restos de animales: 0,25 metro.
- 6- Caracoles con restos humanos.

Comprobadas las revelaciones de Caro, envasamos cuidadosamente los restos y en el primer viaje que efectuamos a La Habana dimos cuenta a la Secretaria de Obras Públicas de nuestro hallazgo.¹

Los estudios continuaron. En 1945, Núñez Jiménez excavó las cuevas de Seboruco, en la región de Mayarí, en el oriente de Cuba, donde encontró grandes cuchillos de sílex lasqueado, que pusieron en evidencia otro grupo cultural aborigen de carácter paleo-indio, cuyo principal medio de subsistencia era la caza y la recolección. Sus artefactos eran de piedra desbastada, y su antigüedad y tipo se relacionaron con el del sitio de Mordán, en Santo Domingo, residencia de un grupo aborigen que vivió de la caza, la recolección y la pesca. Núñez Jiménez ha expresado que: “Efectivamente, la pala de los arqueólogos ha puesto de manifiesto en Cuba pueblos muy primitivos, digamos de los más antiguos del área antillana.”²

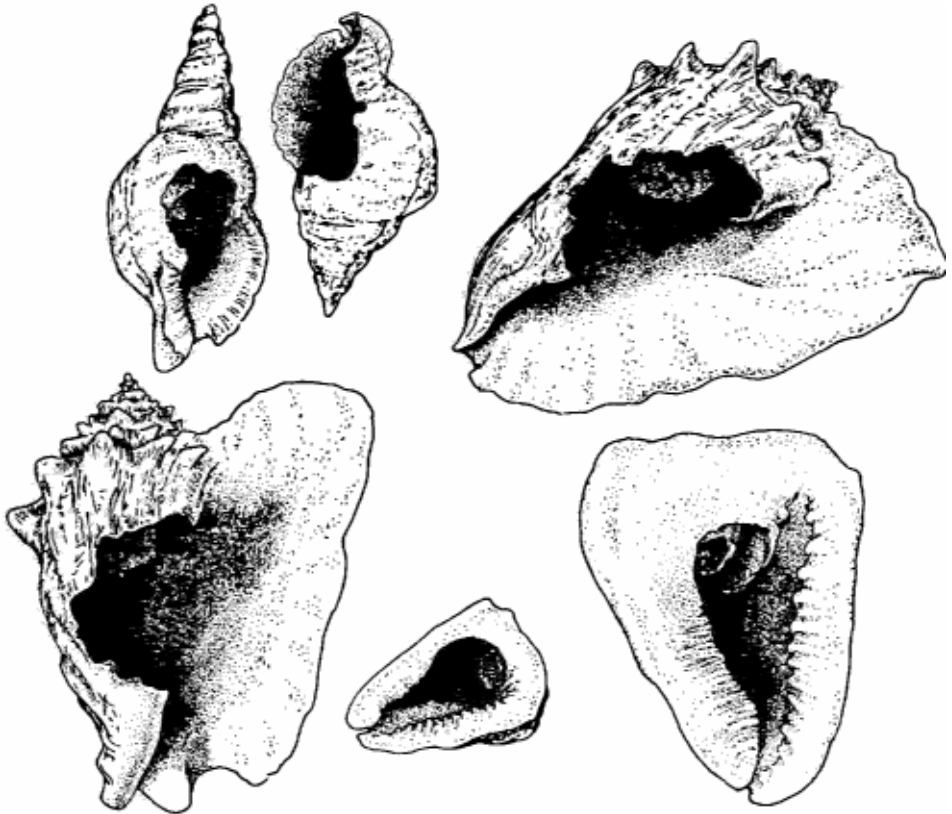
Años más tarde, también en Cuba, el Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias excavó un abrigo rocoso en la localidad de Levisa. La labor realizada en el sitio conocido como Levisa parece indicar la presencia de una cultura remota, con instrumentos de piedra no encontrados hasta ahora en las Antillas y un paleo-indio muy complejo.

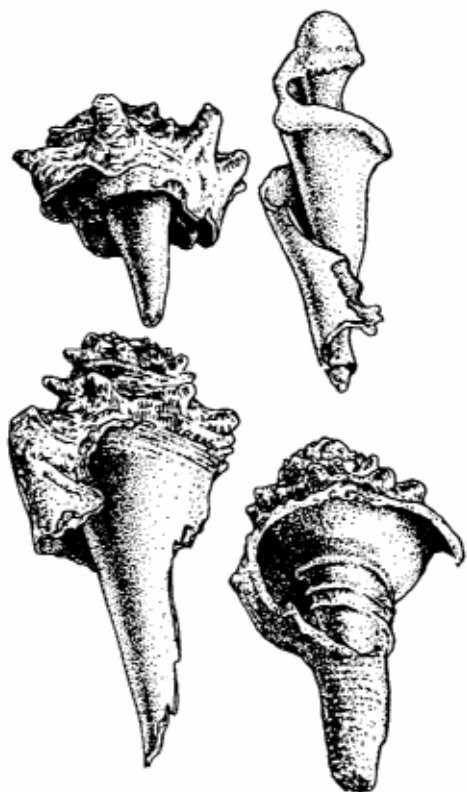
Todos estos datos abren una interrogante —que se debe resolver mediante el estudio y la investigación científica— sobre la antigüedad y los orígenes de estas culturas preagroalfareras, en las épocas más tempranas del poblamiento antillano.

¹ José A. Cosculluela: “Cuatro años en la Ciénaga de Zapata”, en *Revista de Arqueología y Etnología*, pp. 124-133.

² Antonio Núñez Jiménez: *ob. cit.* p. 29.

Las vasijas de caracol se lograban al extraerle la columela o parte central del mismo. Implementos tan primitivos formaron parte del menaje en todas las culturas de la cuenca antillana. Estos objetos se realizaban en caracoles de moluscos de distintos géneros, como el *Strombus*, así como con los *Cassis*, los *Charonis*, etcétera.

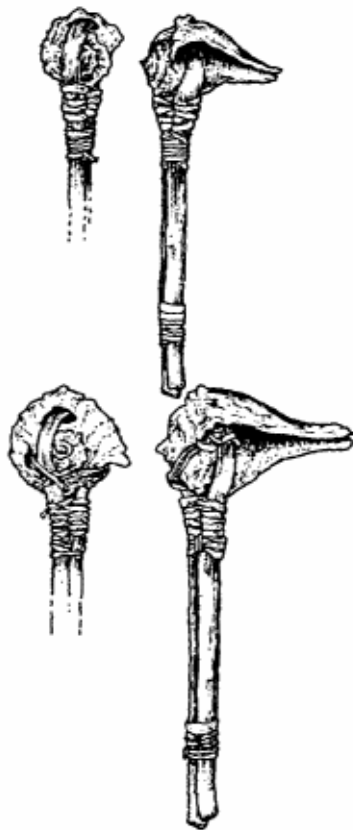


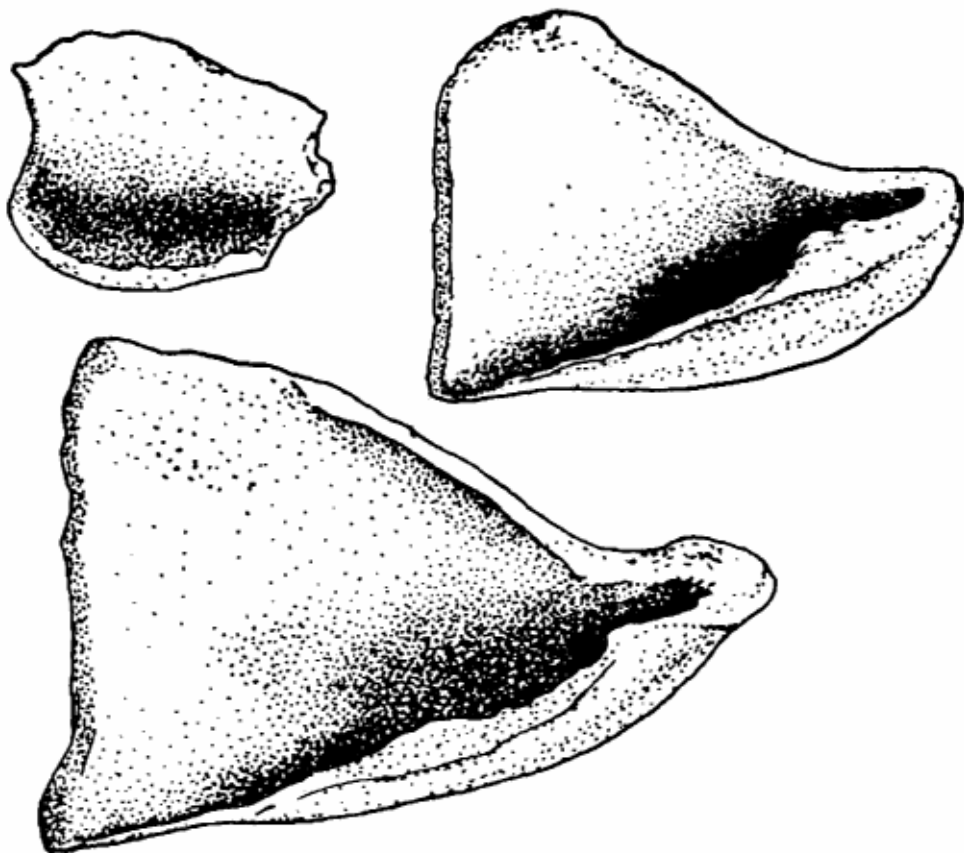


enmangarlos, de esa manera se utilizaba la parte aguda del sifón para golpear, debido a la gran resistencia de la columela o columna central de las vueltas internas del caracol. Según More, estos eran los distintos tipos de amarre. La ilustración está basada en un dibujo de Rivero de la Calle.

Para confeccionar los picos de caracol o picos de mano, se retiraba gran parte de las vueltas o espirales, hasta que quedaba expuesta la columela, a la cual le hacían un corte en bisel que le daba forma de punzón o pico. y, de esta forma, lograban un instrumento aguzado y resistente, utilizado para producir golpes perforantes y contundentes.

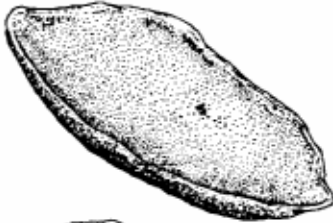
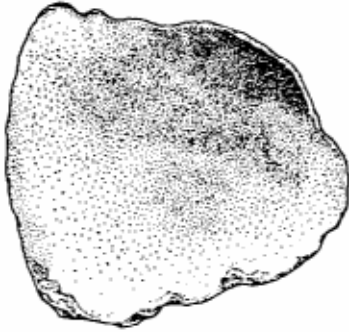
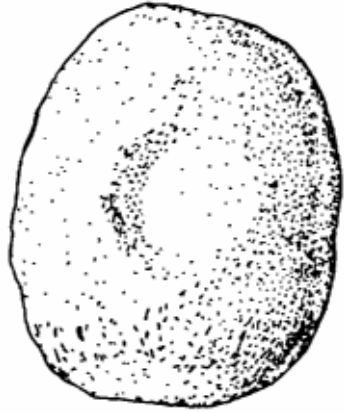
A los caracoles se les hacían perforaciones adecuadas para poder



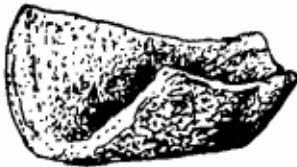
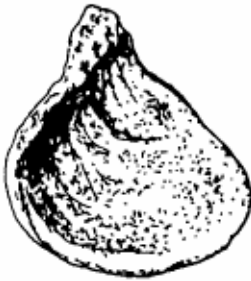
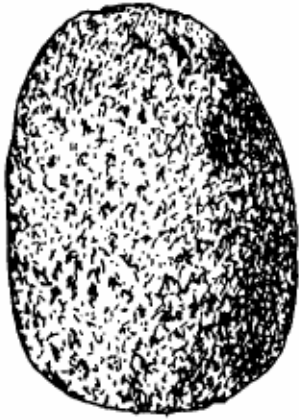


Gubias de caracol con su bisel característico para cortar, y útil también para raspar la madera, descamar peces, etcétera. La cuchara es similar, pero sin bisel. La utilizarían para raspar alimentos y objetos que no requerían del cortante filo.

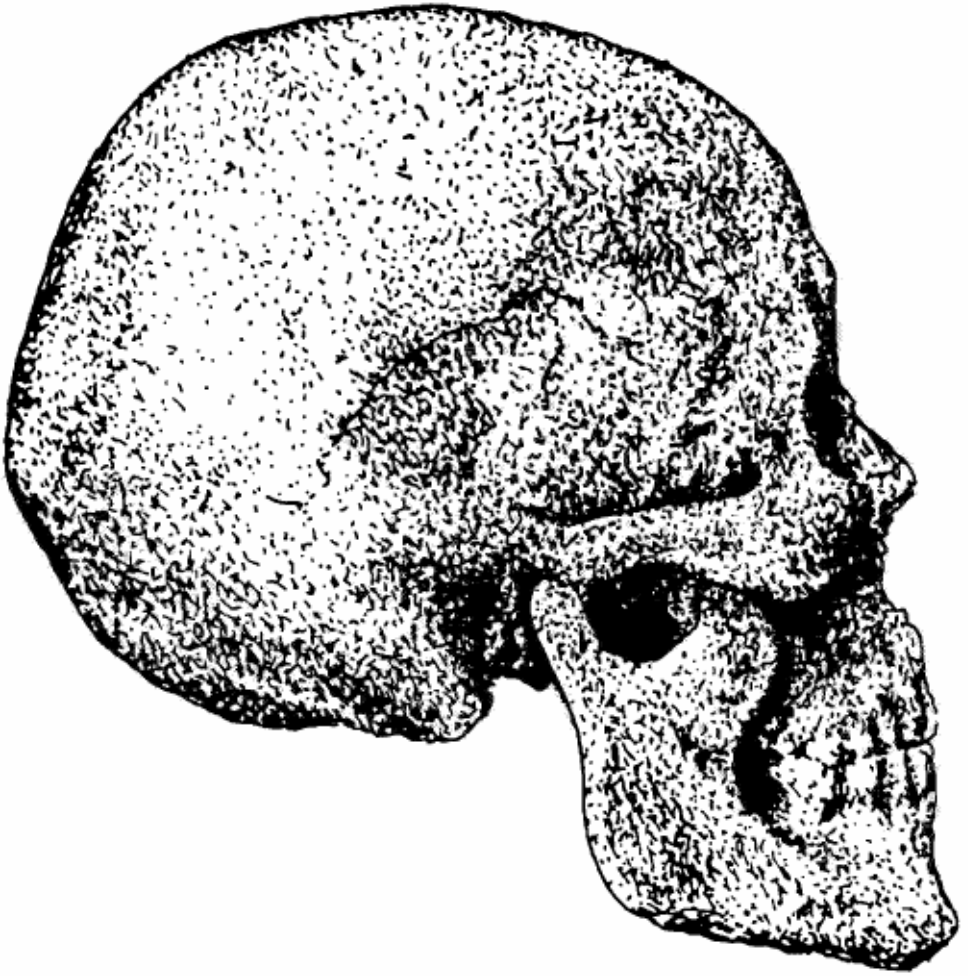
Instrumento para percutir con una hendidura o depresión para mejor agarre.



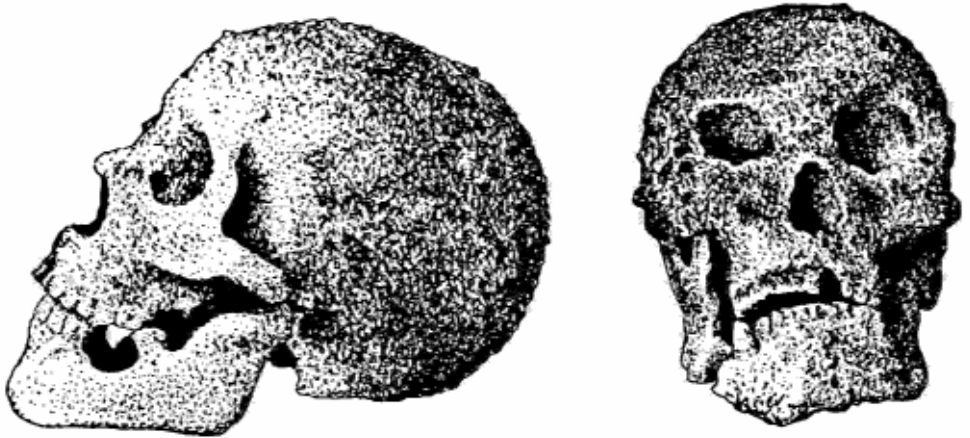
Los platos eran elaborados aprovechando la parte del caracol llamado manto. Es posible fuera utilizado para llevar o guardar alimentos, pero no lo debemos relacionar con el concepto actual de plato y sus funciones. El caracol que tiene el manto más extenso es el Strombus, conocido popularmente como cobo.



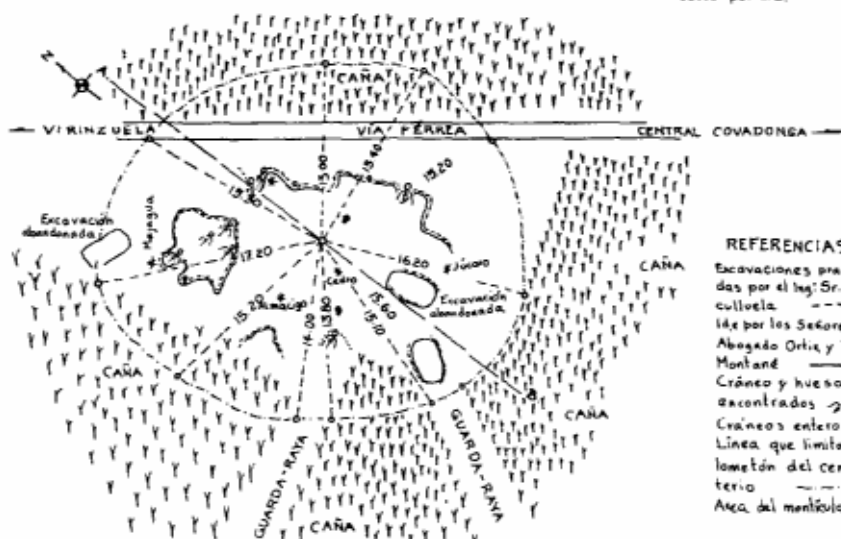
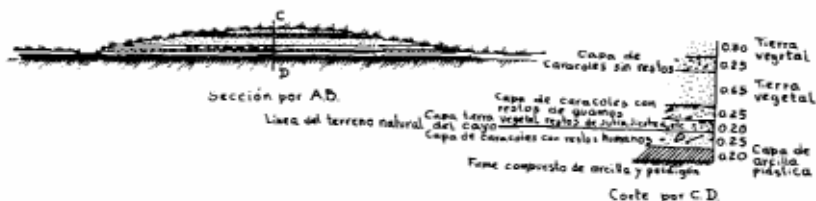
Muestra de algunos de los objetos de piedra, así como algunas gubias de concha encontradas en el montículo funerario de Guayabo Blanco, en la Ciénaga de Zapata, Cuba.



Cráneo que no presenta deformación artificial, encontrado en el caney de Guayabo Blanco, en la Ciénaga de Zapata, Cuba.
Se encuentra en el Museo Antropológico Montané, de la Universidad de La Habana.



Basado en el material fotográfico publicado en la Revista de Arqueología y Etnología, de mayo de 1951, el ilustrador reproduce dos vistas independientes de lo que se ha llamado el "cráneo del indio de Zapata". Se pueden apreciar partículas de tierra adheridas al cráneo, a causa de su reciente extracción.



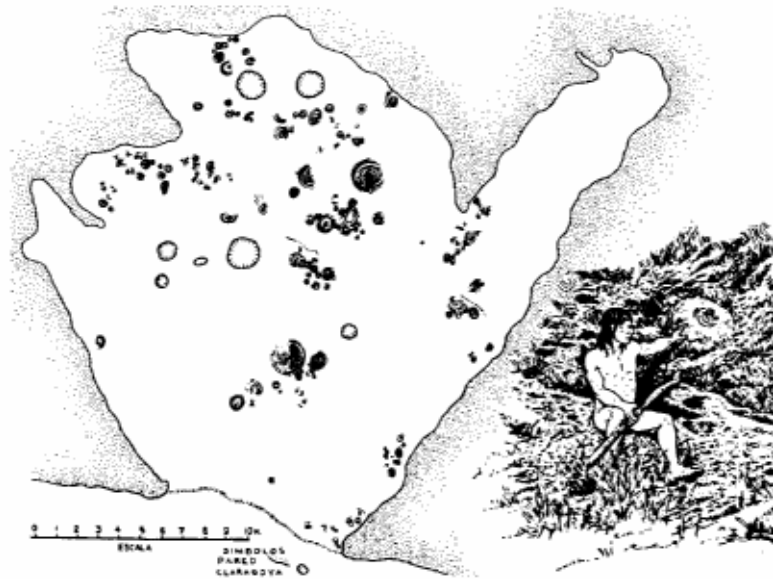
Planta del Mound de Guayabo Blanco

Dibujos basados en los mapas reproducidos del Ing. COSCULLUELA

Existe un tipo de entierro llamado secundario, que es, como su nombre lo indica, cuando el cadáver era trasladado allí después de sacarlo de su sepultura original. En estos entierros secundarios aparecen los huesos mezclados, en completo desorden y donde los cráneos y huesos largos aparecen a veces pintados de rojo. En algunos de estos entierros se han encontrado, junto a los huesos, varias piezas del ajuar. Algo que ha llamado la atención de los arqueólogos e investigadores, son los restos humanos fragmentados,

marcados con rayas transversales y a veces quemados, pues más que entierro parece ser producto de costumbres antropofágicas. En la ilustración, el entierro funerario de la cueva de Florencio, en la hacienda Las Carboneras, en Matanzas, explorada por la Sociedad Espeleológica de Cuba.

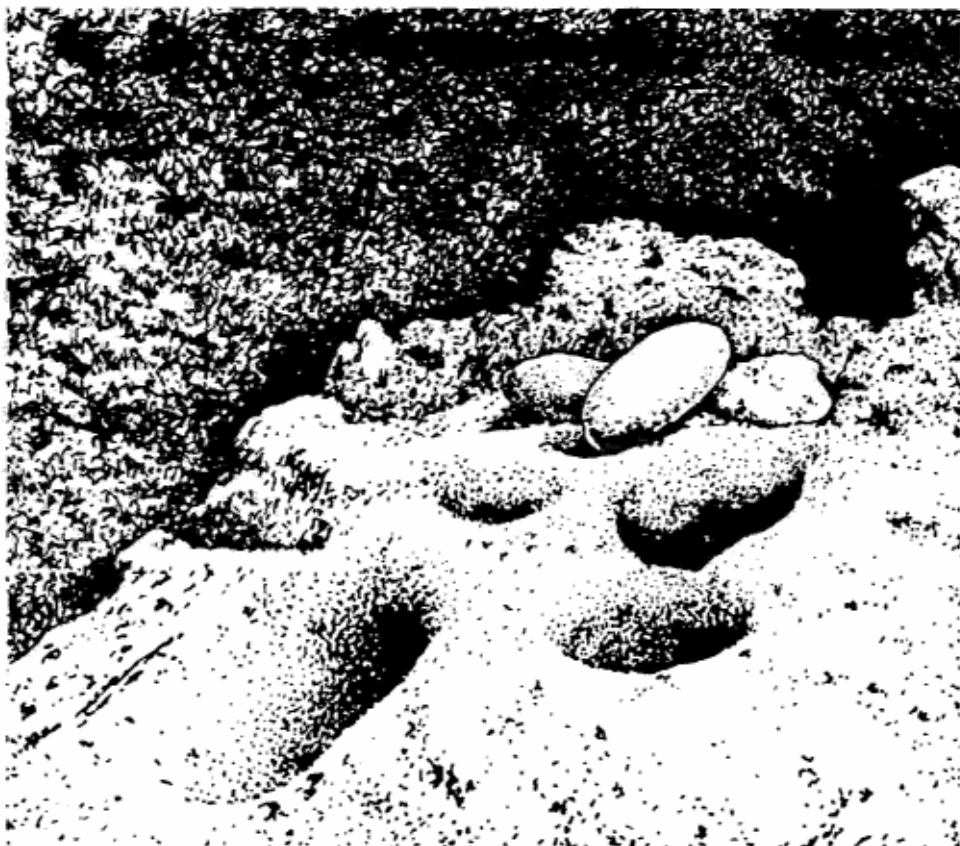




Cuba posee extensas áreas pictográficas, y una de las más importantes y bellas es la cueva de Punta del Este, descubierta en 1922, en la Isla de la Juventud. Don Fernando Ortiz la denominó la "Capilla Sixtina" de nuestros aborígenes, y en Las cuatro culturas indias, de 1943, la describe así: "Como es sabido, el techo de la cueva de Punta del Este está lleno de pinturas negras, rojas o de ambos colores combinados. Todos los dibujos son rigurosamente lineales y preferentemente curvilíneos y formados por círculos concéntricos del mismo color o de ambos, con alternancia casi siempre regular. "El dibujo más notable está casi en el centro de la bóveda. Se compone primeramente de un fondo formado por numerosas líneas concéntricas alternativamente rojas y negras. Precisamente son 28 rojas y 28 negras. Las cuales bien pudieran representar conjuntamente el mes Lunar, tal como debieron de concebirlo aquellos hombres primitivos, con 28 días (rojos)

y 28 noches (negras); no como científicamente es: alrededor de 29 días y medio." (Citado en Núñez Jiménez. Cuba: dibujos rupestres, p. 235.) "EL sentido cronológico de los círculos concéntricos en ciertas figuras ya lo apuntaron Mallery en Norteamérica y Martínez del Río en la América del Sur. Así ocurrió en la antigüedad euroasiática. Los mismos vocablos de nuestro lenguaje castellano revelan esa equivalencia entre los círculos y los conceptos de la cronometría. 'Año', de annus y annulus: anillo; siglo, y ciclo, círculo; período de peri y odo. Entre los egipcios, el tiempo fue una línea que volvía sobre si misma. La eternidad era el círculo." (Ibid., p. 242.) En la actualidad Herrera Fritot y Núñez Jiménez han realizado un estudio exhaustivo de esta cueva. Tomando como base la obra de este último, Cuba: dibujos rupestres, el ilustrador ha reconstruido el aspecto físico de este aborigen y una somera ubicación simbólica de los dibujos en el techo de la mencionada cueva.

El ciboney buscaba albergue bajo refugios rocosos o en cavernas, pues les resultaban lugares apropiados y de abrigo para establecerse. Frente a estos lugares preparó sus cocinas y aprovechó los huecos de las rocas para utilizarlos como morteros fijos, como el encontrado en la Cueva del Pueblo, cerca de Jauco, Maisí, en el extremo oriental de Cuba. La ilustración está tomada de una fotografía hecha por Harrington, en 1919. Se supone que también habitaran en espacios abiertos, donde fuera fácil la obtención de agua potable, pero hasta el presente no se han podido encontrar testimonios fehacientes.



Bibliografía

Publicaciones no periódicas

- AMSLER, JEAN. El renacimiento (1415-1600). Madrid, España-Calpe S.A., 1968.
- BACHILLER Y MORALES, ANTONIO. Cuba primitiva: origen y lenguas, tradiciones e historia de los indios de las Antillas Mayores y las Lucayas. Segunda edición corregida y aumentada. La Habana, Librería de Miguel de Villa, 1883.
- BOND, JAMES. Birds of the West Indies. London and Glasgow. Collins Clear-Type Press, 1979.
- BUIDE, Mario. Reptiles de Cuba. La Habana, Editorial Gente Nueva, 1985.
- CARPENTIER, Alejo. Lo barroco y lo real maravilloso. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1984. Razón de ser. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1984.
- CASAS, BARTOLOMÉ DE LAS. Apologética historia de las Indias. Madrid, Bailly-Baillière, 1909. Historia de las Indias (3 vols.) México, Fondo de Cultura Económica, 1951.
- COLÓN, CRISTÓBAL. Diario de navegación. Buenos Aires, Editorial Tor, 1943.
- COLÓN, HERNANDO. Vida del almirante don Cristóbal Colón. México, Fondo de Cultura Económica, 1947.
- CRONAU, RODOLFO. América. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos. Barcelona, Montaner y Simón, 1892.
- DACAL MOURE, RAMÓN Y MANUEL RIVERO DE LA CALLE. Arqueología aborigen de Cuba. La Habana, Editorial Gente Nueva, 1986.
- DOMINGUEZ, LOURDES. Algunos aspectos sobre las artes de los grupos aborígenes agroalfareros. Inédito.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO. Sumario de la natural historia de las Indias, México, Fondo de Cultura Económica, 1950.
- FRIEDERICE, GEORGS. El carácter del descubrimiento y de la conquista de América. México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

GARCÍA ARÉVALO, MANUEL A. El arte taíno de la República Dominicana. Barcelona, Artes Gráficas Manuel Pareje, 1977.

GARCÍA MONTAÑA, FLORENTINO. Las aves de Cuba. Especies endémicas, t. 1. La Habana, Editorial Gente Nueva, 1980.

Las aves de Cuba, Subespecies endémicas, t. 2. La Habana, Editorial Gente Nueva, 1981.

GUARCH, DELMONTE, José M. El taíno en Cuba. Ensayo de reconstrucción etno-histórica. La Habana, Instituto de Ciencias Sociales, Academia de Ciencias de Cuba, 1978.

GUITART, DARIO J. Sinopsis de los peces marinos de Cuba. La Habana, Instituto de Oceanología, Academia de Ciencias de Cuba, 1978.

HARRINGTON, MARK R. y FERNANDO ORTIZ. Cuba antes de Colón, t. 2. Traducción de A. del Valle y Fernando Ortiz e Historia de la arqueología indocubana por Fernando Ortiz. La Habana, Cultural S.A., 1935.

HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO. Historia de la Cultura de la América hispánica. México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

H. R. M. THE PRINCE PHILIP, DUKE OF EDIMBURGH, y JAMES FISHER. Wildlife Crisis. Londres, Hamish Hamilton Ltd., 1970.

HERMANOS, LEÓN y ALAIN. Flora de Cuba, 5 t. La Habana, Cultural S.A., 1946-1961.

HERRERA FRITOT, RENE. Estudio de las hachas antillanas. La Habana, Departamento de Antropología, Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba, 1964.

Revisión de Las hachas de ceremonia de la cultura taína. La Habana, Museo Antropológico Montané, Universidad de La Habana, 1938.

HERRERA FRITOT, RENE y CHARLES LEROY YOUMANS. La Caleta, joya arqueológica antillana. La Habana. Imprenta "El Siglo XX", 1946.

INSTITUTO NACIONAL DE DESARROLLO Y APROVECHAMIENTO FORESTAL. Los árboles maderables de Cuba. La Habana, Instituto del Libro, 1970.

LE RIVEREND, Julio. Breve historia de Cuba. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978.

MARTÍNEZ ARANGO, FELIPE. Arqueología de Maisí II. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1980.

Superposición cultural en Demajayabo. La Habana, Ciencia y Técnica, Instituto del Libro, 1968.

NUÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO. Cuba con la mochila al hombro. La Habana, Editorial UNION, 1963.

Cuba: dibujos rupestres. La Habana, Cuba y Lima. Perú, Editorial de Ciencias Sociales e Industrialgráfica, 1975.

Geografía de Cuba. La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1959.

OLSEN, FRED. On the Trail of the Arawaks. Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1974.

ORTIZ, FERNANDO. Las cuatro culturas indias de Cuba. La Habana, Antillano y Cia., 1943.

PANÉ, Fray RAMÓN. Relación acerca de las antigüedades de los indios. Nueva versión con notas y mapas y apéndices por José Juan Arrom. México, Siglo XXI, 1978.

PICHARDO Moya, FELIPE. Caverna, costa y meseta. Interpretaciones de arqueología indocubana. La Habana, Jesús Montero. editor, 1945.

Cuba precolombina. La Habana, Librería Selecta, 1949.

PINO, MILTON. La dieta de los aborígenes de Cueva Funche (Guanahacabibes, Pinar del Río, Cuba). La Habana, Serie Espeleológica y Carsológica no. 2, Academia de Ciencias de Cuba, 1970.

RAMÓN CUEVAS, JORGE Y FERNANDO GARCÍA GUTIÉRREZ. Los recursos naturales y su conservación. La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1982.

Publicaciones no periódicas

- REYES, ALFONSO, FRANCISCO ROMERO, FEDERICO DE ONÍS Y OTROS. *Historiadores de Indias*. vol. 27.
Buenos Aires, W.M. Jackson IIVC, 1949.
- ABERCROMBIÉ, THOMAS J. "Venezuela Builds on Oil", *The National Geographic Magazine*, vol. 123, no. 3, marzo, 1963.
- ACOSTA SAIGNES, MIGUEL. *La cerámica de la Luna*. Años 2 y 3, t. 2, no. 3. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, 1953-1954.
- ALAYO DALMAU, PASTOR. "Lista de peces fluviales de Cuba", en Torreia, Dirección Nacional de Zoológicos y Acuarios, Consejo Nacional de Cultura, julio, 1973.
- ARRAZCAETA, ROGER Y FERNANDO CHUNG. "Cuentas de collares prehistóricos en Cuba", en *Mar y Pesca*, no. 237, La Habana, junio, 1985.
- ATTENBOROUGH, DAVID. "Animal Safari to British Guiana", en *The National Geographic Magazine*, vol. 3, no. 6, junio, 1957.
- BUIDE, MARIO. "Lista de los anfibios y reptiles de Cuba", en Torreia, Dirección Nacional de Zoológicos y Acuarios, Consejo Nacional de Cultura, febrero, 1967.
- COSCULLUELA, José: A. "Cuatro años en la Ciénaga de Zapata". en *Revista de Arqueología y Etnología*. Número especial Homenaje a Cosculluela, año 6, 2a. época, no. 12, La Habana. mayo. 1951.
- GARCÍA CASTAÑEDA. José A. "Los burenes marcados", en *Revista de Arqueología y Etnología*, año 2, 2a. época, nos. 4 y 5. La Habana, enero, 1947.
- HERRERA Fritot. RENÉ.: "Informe sobre una exploración arqueológica a punta del Este, Isla de Pinos, realizada por el MUSCO Antropológico Montané de la Universidad de La Habana". en *Revista Universidad de La Habana*, año 3, nos. 20 y 21, La Habana. 1938.
- "Los complejos culturales indo-cubanos basados en la arqueología ", en *Revista del Instituto Nacional de Cultura*, vol. 1, no. 2. Ministerio de Educación, La Habana, 1956.

- ORTIZ, FERNANDO. “La música y los areitos de los indios de Cuba”, en Revista de Arqueología y Etnología 6 y 7, año 3, 2da. época, La Habana, enero y diciembre, 1945.
- PEREZ DE LA RIVA, FRANCISCO. “La agricultura indoantillana”, en Revista de Arqueología y Etnología, año 7. 2a. época, nos. 13 y 14. La Habana, enero, 1951.
- RIVERO DE LA CALLE. MANUEL. “Estudio comparativo y localización del hacha de ceremonia de Cueva de Ponce”, en Revista Santiago, no. 85. Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 1984.
- TABÍO, ERNESTO Y ESTRELLA REY. ‘Sobre las comunidades primitivas de Cuba’, en Bohemia, año 57, nos. 15, 16, 18 y 20, La Habana, abril-mayo, 1965.
- TABÍO. ERNESTO y José M. GUARCH DELMONTE. “Culturas más primitivas de Cuba precolombina”, en Revista de Arqueología y Etnología, año 7. 2a. época, nos. 13 y 14, La Habana, 1951.
- UTSET BERNARDO. "Exploraciones arqueológicas en la región sur de Oriente". en Revista de Arqueología y Etnología, año 7, 2a. época, nos. ¹³y 14, La Habana, enero-diciembre, 1951.

